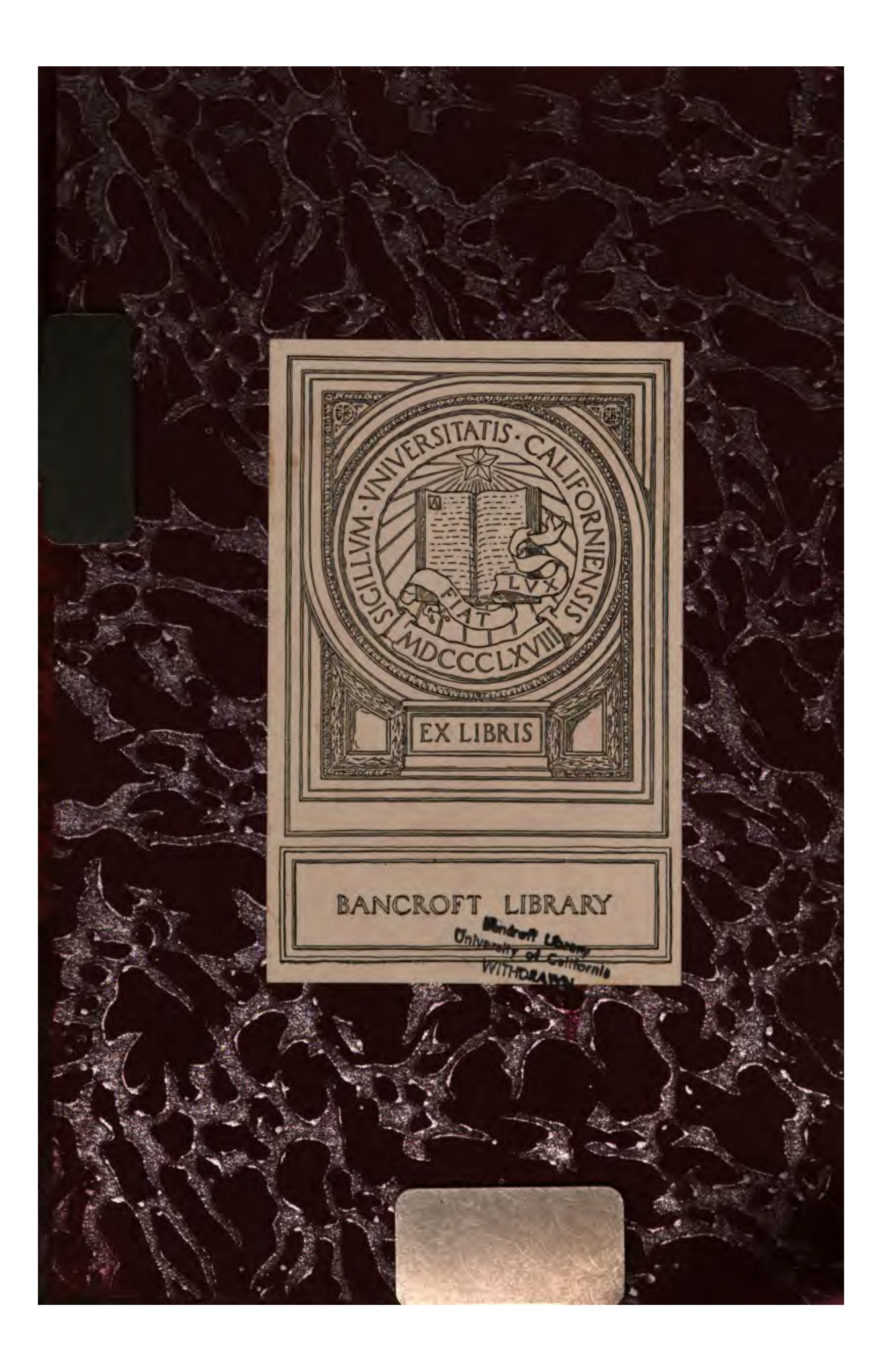
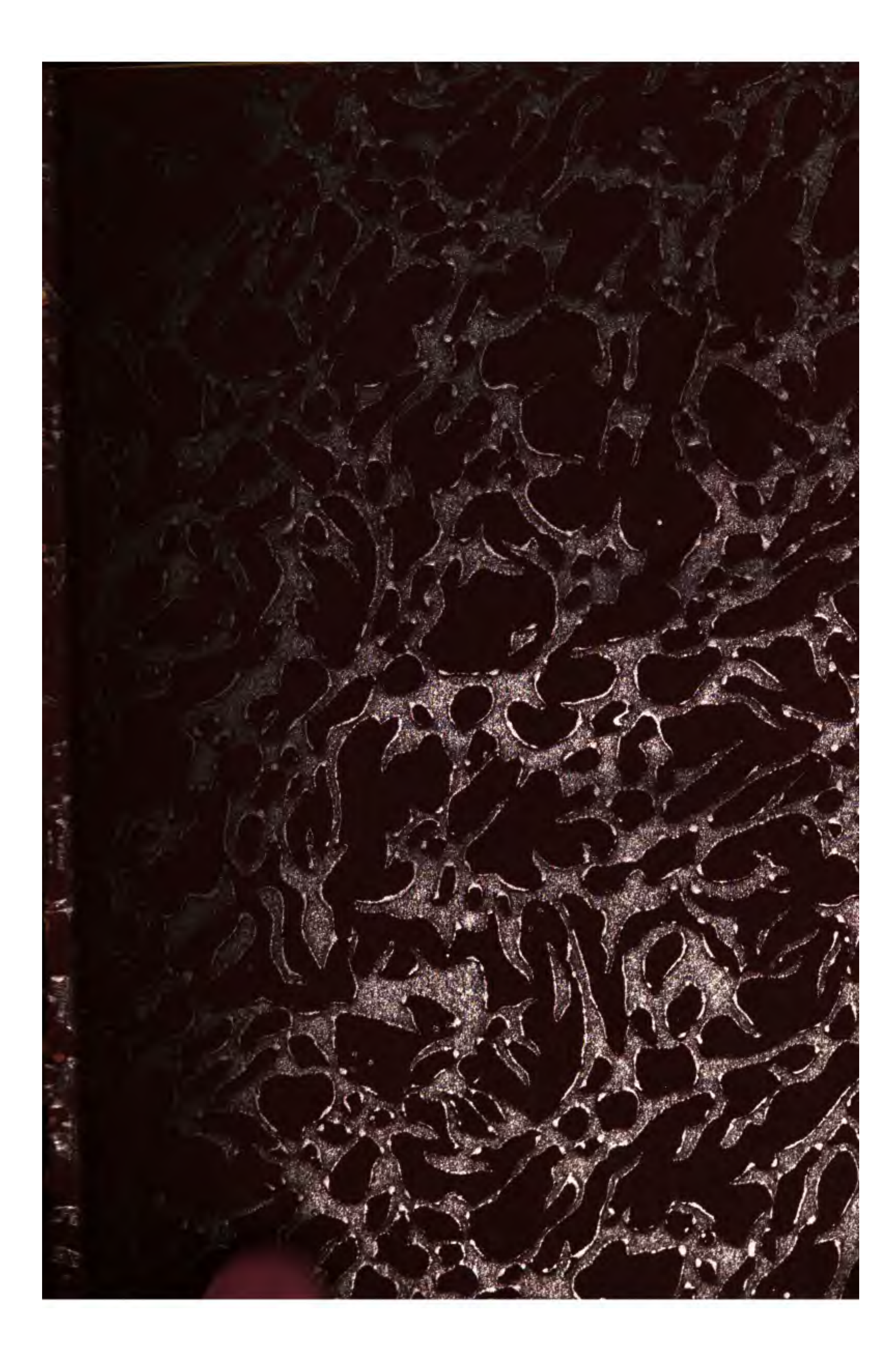



SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS
BANCROFT LIBRARY



MEMORIAS

DEL CORONEL

JUAN CRISOSTOMO CENTURION

Ó SEAN

REMINISCENCIAS HISTÓRICAS

SOBRE LA

GUERRA DEL PARAGUAY

This above all.—To thine own self be true;
And it must follow, as the night the day.
Thou canst not then be false to any man.

SHAKSPEARE.

—

Je sentais qu'il ne faut parler de soi au public q'une fois en sa vie, très sérieusement, et n'y plus revenir.

GEORGE SAND.

TOMO TERCERO

BUENOS AIRES

IMPRENTA DE OBRAS, DE J. A. BERRA—BOLÍVAR, 455.

1897

TERCERA PARTE

CAPÍTULO I

Movimiento de flanco del Ejército Aliado.—Su marcha de *Tuyutí* á *Tuyucué*.—Regreso del General Mitre al Ejército Aliado.—La Escuadra brasilera pasa *Curupayty*.

Hemos visto (1) que el Jeneral Mitre, antes de la toma de *Curuzú*, había aceptado de mal grado la idea de atacar nuestra posición por la derecha, y como prueba de que no había tenido predilección por ese plan, hemos aducido el hecho de que esa operación se había llevado á la práctica sin que en ella haya tomado parte un sólo argentino; mas, después del éxito obtenido, parece haberse operado en su ánimo una reacción que le hizo cambiar de idea, concibiendo la posibilidad de que por *Curupayty* pudiese estrechar al Mariscal hasta obligarlo

(1) T. 2º Cap. IX.

á refugiarse con su ejército en la fortaleza de *Humaitá*, cuya caída constituía la más decidida aspiración de los aliados para la terminación de la guerra.

Pero el descalabro que sufrió el ejército aliado en el asalto de *Curupayty*, que tuvo, como dije, una resonancia terrible para la alianza, le hizo volver sobre su antigua idea, reasumiendo el plan de operar por nuestra izquierda, como el medio más seguro de conseguir la realización del objetivo en perspectiva.

En efecto, antes de ausentarse del ejército en el més de Febrero de 1867, Mitre dejó al marqués de Caxías encargado, mientras durara su ausencia, del mando en jefe de todo el ejército aliado, acordando con él sobre la ejecución del plan de operaciones que había concebido, con promesa de enviarle desde Buenos Aires una memoria, para el caso en que se prolongase su ausencia del teatro de la guerra. No fué enviada la memoria; però en cambio, dirigió al marqués una extensa carta con fecha 17 de Abril de 1867, en que resumía y explicaba todas las operaciones que deberían practicarse con arreglo al plan, urgiéndole al mismo tiempo para que las iniciara definitivamente. Al acusar recibo de dicha carta con fecha 30 de Abril del mismo año, y al mencionar las causas que habían retardado la práctica de las operaciones, el marqués expuso como

la principal, los estragos del cólera morbus que hasta esa fecha había llevado del ejército brasilero 2000 hombres, entre éstos 1c:o oficiales, y que aún continuaba haciendo 3c víctimas diarias.

Consistía dicho plan en ejecutar con la mayor parte del ejército aliado un movimiento de circunvalación de *Tuyutí* á *Tuyucué*, de manera á completar por tierra el sitio de la fortaleza de Humaitá, ó sea de todo el cuadrilátero que ocupaba nuestro ejército como avanzada de ésta. Una de las bases principales de este plan, era el pasaje de *Curupayty* y *Humaitá* por la escuadra brasilera, á fin de impedir la comunicación libre de nuestros vapores por el río Paraguay con esta última, y tener, en lo posible, garantida la suya por el mismo río, el cual llegaba á constituir una nueva base de las operaciones del ejército aliado.

El marqués de Caxías había comenzado los preparativos para el movimiento de flanco en todo el mes de Mayo y Junio de 1867; pero recién el 22 de Julio emprendió la operación, marchando de *Tuyutí* para *Tuyucué* con una fuerza oompuesta más ó menos de 38.500 hombres de las tres armas.

El Jeneral Osorio, que había llegado con su columna á mediados de Junio, llevaba la vanguardia. Quedó guarneciendo *Tuyutí* una fuerza de 13.000 hombres á las órdenes del Jeneral Porto-Alegre.

El ejército brasilero en marcha, siguió primero la

costa del Paraná hacia arriba, y luego atravesó el Bellaco en *Paso-Canoa*, donde chocó su vanguardia con la nuestra acaudillada por los mayores Medina y Rolón, resultando de la escaramuza algunos muertos de una y otra parte.

Por una mala inteligencia entre los jefes aliados, el ejército argentino marchó por la derecha del Bellaco, sin que, debido á esta circunstancia, pudiese recibir ninguna protección del brasilero en caso de un ataque repentino de parte de los paraguayos. Al Mariscal López no podía ocultarse el designio del enemigo al ejecutar aquel movimiento, y á esta virtud, no deja de ser extraño que no haya hecho nada absolutamente para entorpecer aquella marcha que se prestaba á un golpe, dado el orden en que se hacía. Un ataque á la columna argentina en esa ocasión, hubiera producido tal vez desmoralización entre los aliados, cuya consecuencia hubiera sido funesta á sus planes.

El 25, ó sea tres días después de haberse puesto en marcha el marqués, llegó el Jenerál Mitre y volvió á asumir el mando en jefe del ejército aliado; y, notando que se habían hecho algunas modificaciones al plan primitivo, hizo serios reclamos sobre el particular al marqués.

A medida que marchaba el ejército, iban colocando un telégrafo bajo de tierra, aislando el alam-

bre por medio de un tubo de gutapercha, echado en el surco que dejaba un pequeño arado.

Una vez en *Tuyucué*, parte de las fuerzas se adelantó hasta ponerse al alcance de los cañones de nuestra trinchera del *Espinillo*. Estos rompieron un vivísimo fuego sobre ella, y en seguida se retiró hasta ponerse fuera del alcance de ellos, colocando su vanguardia en *Puesto-Guaiayví*,—distante más ó menos media legua del *Espinillo*.—Sin pérdida de tiempo, comenzaron los trabajos de atrincheramiento, colocando en las trincheras piezas de á 32 Whitworth *(fiú)*.

Previendo el movimiento del enemigo, el Mariscal ordenó la colocación de una nueva línea telegráfica desde Humaitá á Villa del Pilar, cruzando por el carrizal, de manera que cortada por el enemigo la del camino real, no quedase interrumpida su comunicación con la capital. Cuando el enemigo cortaba la del camino real, la mandaba componer en seguida, para hacerle creer que no tenía otra.

A poco de haberse acampado en *Tuyucué*, establecieron una guardia en *San Solano*, distante más ó menos una legua del camino real de *Humaitá* á la Asunción, y desde allí lanzaron varias expediciones exploradoras al interior de nuestra campaña, recogiendo ganado y levantando planos científicos de los parajes que les convenían, á cuyo

objeto acompañaban ó iban con esas fuerzas ingenieros militares.

Antes de forzar el paso de *Humaitá*, nuestros vapores continuaban siendo dueños del río Paraguay desde esta fortaleza, y, de consiguiente, los aliados en *Tuyucué* no disponían de otro medio para proveerse de víveres que las arrias de mulas y carros que cada dos días partían de *Tuyutí*, escoltados por una fuerza de infantería y caballería, tomando el camino del *Bellaco*. (1) Estos convoyes pasaban tranquilamente á la vista de nuestras guardias avanzadas, distantes más ó menos media legua. Un día, (10 de Agosto), el Mariscal ordenó al capitán José González que con su escuadrón de caballería se emboscase por la noche á la cabecera de uno de los esteros más difíciles de pasar y se apoderase del convoy enemigo. Así lo hizo, y á las 7 de la mañana del día 11 del citado mes vino apareciendo en el paraje donde se hallaba el capitán González un numeroso é importante convoy custodiado por una fuerza militar. El capitán González, sin dar tiempo para nada, cayó con su escuadrón sobre él, matando á todos los conductores de las carretas, llevando á éstas dentro de nuestras lineas, y en cuanto á la fuerza que custodiaba, no quiso saber nada de pelea y pusieron

(1) Veinticinco ó treinta mulas y otros tantos carros, componían cada convoy.

pies en polvorosa, los unos hacia *Tuyutí* y los otros hacia *Tuyucué!*

El capitán González, para evitar todo compromiso con fuerza que enviasen á dar protección al convoy, de *Tuyutí* ó de *Tuyucué*, hizo acertadamente su retirada por el *Paso-Satí*, penetrando en nuestras líneas en *Paso-pucú*. El golpe, como se vé, fué coronado del más completo éxito, sin que hayamos tenido más que tres oficiales y doce de tropa levemente heridos.

El Jeneral Mitre, á fin de corregir la omisión en que había incurrido el marqués de Caxías, de no mandar forzar el paso de *Curupayty*, al iniciar su movimiento de flanco, el 5 de Agosto ordenó terminantemente por su intermedio, que el paso fuese forzado por la escuadra imperial.

Cuando el almirante Ignacio recibió esta orden, hizo algunas observaciones, calificando la operación del pasaje de *peligrosísima y grandiosa*, poniendo en duda su éxito y aún su utilidad. Sin embargo, declaró que estaba dispuesto á tentarla en cuanto *humanamente le fuese posible.*

Después de estas vacilaciones, y previos algunos informes periciales, el Jeneral Mitre declaró que la operación era posible, y la ordenó terminantemente bajo su responsabilidad con fecha 12 de Agosto de 1867; pero recién el 15 del mismo mes, día de la Asunción de Nuestra Señora, diez

acorazados, con bandera desplegada, forzaron á todo vapor la batería de *Curupayty* á las 7.30 minutos a. m. Los buques, como en otras ocasiones, sufrieron daños de consideración en el pasaje, sobre todo el *Tamandaré*, que al abrir una de las troneras para hocer fuego, le metieron los nuestros una bala de á 68 que hirió al comandante y á 14 hombres de la tripulación; su máquina quedó inutilizada, teniendo que sacarlo á remolque el *Silvado* y el *Herval*.

Antes de efectuar esta operación, el almirante Ignacio dió la siguiente orden del día:

« ¡ Brasileros! las Santas protectoras de este « día son Nuestra Señora de la Victoria, Nuestra « Señora de la Gloria, Nuestra Señora de la Asun- « ción. Con la victoria y con la gloria marche- « mos á la Asunción ».

Esta proclama fué vivamente criticada por los periódicos de la época que veían la luz en la Asunción y en el campamento, que decían que no hay más que una Madre de Dios que según la letanía lauretana, no solo es llamada Virgen de la Gloria y Señora de la Victoria, sino también Torre de David y Auxilio de los Cristianos.

La carta (1) que, con fecha 11 de Noviembre de 1869, dirigió el Jeneral Mitre al capitán de

(1) Esta carta fué publicada bajo el título de *Revelaciones históricas*.

fragata, Arturo Silveira da Mota, con motivo de un escrito de éste publicado en la *Reforma* de Río Janeiro el 29 de Octubre del mismo año, contiene algunos datos curiosos sobre el paso de *Curupayty* y de *Humaitá*, y por ser un documento histórico de alta importancia por la autoridad que le imprime el personaje de quien procede, nos vamos á permitir insertarlo aquí á fin de que el lector vea también que la opinión general que existía en la época respecto á la escuadra imperial, no dejaba de tener su fundamento, y que nuestras apreciaciones sobre aquel poderoso elemento de guerra, no se apartaban mucho de la verdad.

Helo aquí:

« Buenos Aires, Noviembre 11 de 1869.

« *Sr. Capitán de fragata, Arturo Silveira da Mota.*

« Aunque no creo llegada la oportunidad de
« romper el silencio que me he impuesto respecto
« á las operaciones que he dirigido como Jeneral en
« Jefe de los Ejércitos Aliados, durante la guerra
« del Paraguay, un escrito suyo publicado en la
« *Reforma* de Río Janeiro del 29 del pasado, me
« obliga á quebrantar mi propósito por esta vez.
« Siendo Vd. un oficial caracterizado de la mari-
« na brasilera, que ha sido actor en los sucesos á
« que se refiere, y que ha poseído la confianza de

« los jenerales aliados (incluso la mía) asistiendo
« algunas veces como testigo á sus juntas de gue-
« rra, y enunciando Vd. en su escrito hechos de
« que por la primera vez se hace mención, no pue-
« do prescindir de dirigirle algunas observaciones
« sobre el particular.

« En la publicación á que me he referido, con
« motivo de exponer Vd. algunas consideraciones
« respecto de un informe que dió en Agosto de
« 1867, sobre la imposibilidad ó inconveniencia
« de forzar la escuadra el paso de *Humaitá*, des-
« pués de haberse forzado el de *Curupayty*, dice
» Vd, lo siguiente: — « De mis palabras: — *For.*
« *zar el paso de Humaitá en el estado actual de sus*
« *defensas, sería un error injustificable* — se ve
« claramente que yo no juzgaba imposible forzar
« el paso, y que me refería únicamente á la inopor-
« tunidad de la operación, y á los medios con que
« podría realizarse más ventajosamente. Además
« de esto, cuando se sabía que el almirante se ha-
« llaba en una situación afligente á consecuencia de
« la intimación que le había hecho el Jeneral Mi-
« tre, desde su tienda de Tuyucué para que forzase
« á Humaitá, tocaba á nosotros, sus subordinados,
« reunirnos en torno de nuestros jefes para apo-
« yarnos en la protesta con que debía repeler la
« intervención del jeneral argentino en las opera-
« ciones de la escuadra brasilera.»

« Dejando de lado las apreciaciones militares
« de su escrito, y contrayéndome exclusivamen-
« te á los hechos, debo decirle: que no es exac-
« to que en la ocasión á que Vd. se refiere, el
« almirante Ignacio me dirigiese ninguna protes-
« ta, ni mucho menos repecto de mi participación
« en las operaciones de la escuadra, que dieron
« por resultado el paso de las baterías de Curu-
« payty y el subsiguiente de Humaitá.

« Para comprobar esta aserción me bastará
« decirle, que el paso de las baterías de Curu-
« payty se efectuó por orden terminante que, pre-
« vio acuerdo, transmití al almirante por conducto
« del marqués de Caxías, con fecha 5 de Agosto de
« 1867. Es cierto, que con fecha 7 del mismo, el
« almirante hizo algunas observaciones sobre la
« operación, calificándola de *peligrosísima y gran-*
« *diosa* poniendo en duda su éxito y aún su utili-
« dad, declarando, sin embargo, que estaba dispues-
« to á tentarla en cuanto *humanamente le fuese*
« *posible;* como es cierto también, que el mar-
« qués apoyó esas observaciones en comunicación
« del 9 de Agosto, insinuándome desistir de mi
« resolución. Pero habiendo exigido por el mismo
« conducto un informe facultativo al almirante,
« pidiendo fundase su opinión en los principios
« de la guerra, y declarando que la operación
« era posible, la ordené terminantemente bajo mi

« responsabilidad con fecha 12 efectuándose felizmente con fecha 15 del mismo mes, con « la sola pérdida de diez muertos y dos heridos, « subiendo y bajando posteriormente hasta los « buques de madera, sin experimentar daño « alguno por aquel pasaje, que casi se había declarado «*humanamente imposible*» para los encorazados.

« Ocho días después de tan feliz y fácil operación, « es decir, el 23 de Agosto, el almirante no solo « consideraba imposible el paso de Humaitá, sino « que se consideraba casi perdido en su nueva « po ición, pidiendo en consecuencia, autorización « para retirarse á su antiguo fondeadero de Curuzú. « Esta opinión y esta solicitud era apoyada en la « opinión de todos los jefes y comandantes de buques, entre los cuales se contaba Vd. Fué sin « duda, en tal ocasión, que dió Vd. el informe á « que se refiere en su escrito, y que siento no conocer; pero me basta su palabra para persuadirme que Vd., no declaró imposible el paso, como « lo declararon por escrito casi todos los jefes de « la escuadra, incluso el almirante, que se apoyaba « en su opinión para no intentar la empresa, diciendo, que según el sentir de todos, la operación sería en *pura perda*, y caso de ser posible « conseguirse, más sería perjudicial que ventajosa.

« El marquéz de Caxías, profundamente impre-
« sionado (como él mismo me lo declaró por es-
« crito) por la triste situación que le pintaba el
« almirante, dando crédito á la opinión de todos
« los jefes de la escuadra, y desesperando no solo
« de forzar Humaitá, sino hasta de conservar la
« posición conquistada más arriba de Curupayty,
« (y aun la de Tuyucué) autorizó la retirada de la
« escuadra á su antiguo fondeadero y me lo parti-
« cipó con fecha 26 de Agosto.

« En fecha 27 del mismo mes, protesté enérjica-
« mente contra tal desición, y convenciendo al
« marquéz de lo funesta de la retirada y á despecho
« de la opinión en contrario de todos los jefes de la
« escuadra, la posición más arriba de Curupayty
« se conservó; y así se salvó el honor de las ar-
« mas aliadas y el éxito definitivo de la campaña,
« preparando el paso subsiguiente de Humaitá,
« que fuí por mucho tiempo el único que lo decla-
« ró no solo posible sino fácil, como la experiencia
« lo probó.

« En cuanto al paso de Humaitá, con fecha 9 de
« Septiembre, demostré facultativamente unen a
« extensa memoria militar, no solo la necesidad y
« conveniencia del paso, sino también su practica-
« bilidad, en presencia del terreno y comparando
« los medios de ataque y defensa. Mi demos-
« tración, meditada por el mismo Emperador y

« obrando sobre el ánimo de sus consejeros, deter-
« minó la orden dada desde la corte á la escua-
« dra, de forzar á todo trance el paso de Humaitá.
« El éxito más completo coronó seis meses des-
« pués los esfuerzos de los mismos marinos brasi-
« leros que habían declarado imposible la opera-
« ción, cuando Humaitá se hallaba menos fortifi-
« cado y las baterías de Timbó no se habían le-
« vantado más arriba de aquella posición; y Hu-
« maitá fué forzada sin perder un solo buque, como
« yo lo había demostrado, previsto y asegurado
« contrariando la opinión de los almirantes, de los
« jenerales, de los comandantes de buque, y la
« opinión acreditada en los ejercitos aliados.

« Lo dicho basta por ahora, limitándome á la sim-
« ple exposición de los hechos y determinación pre-
« cisa de las fechas, prescindiendo de hacer uso del
« texto de los documentos que orijinales se hallan en
« mi poder, y que comprueban palabra por palabra
« todo cuanto dejo expuesto. Estos documentos es-
« tán á su disposición en esta su casa donde en todo
« tiempo será recibido con la misma cordialidad,
« que en mi tienda en Tuyucué, cuando conversába-
« mos bajo el fuego del enemigo común. »

De Vd. afmo. y S. S.

(Firmado) BARTOLOMÉ MITRE.

s|c. Octubre de 1869.

El pasage de *Curupayty* por la escuadra imperial puso de manifiesto de una manera palpable el hecho de que nuestra artillería era enteramente impotente contra los buques acorazados. El Mariscal trató, como era natural, de atenuar el efecto moral que pudiera producir aquella feliz operación en el ánimo de nuestro ejército. Dijo: que había dejado pasar á la escuadra para luego rendirla por hambre; pues colocada entre *Curupayty* y *Humaitá*, creyó ó fingió, que no podría recibir provisiones, y que si intentaba repasar *Curupayty*, la echaría á pique!

Según se desprende del documento que antecede, el almirante Ignacio, incluso los comandantes de buque, no dejaban de participar de ese sentimiento, porque no solo consideraba imposible el paso de *Humaitá*, sino que se creía casi perdido en su nueva posición. Tan fué así, que solicitó autorización del marqués de Caxías para retirarse á su antiguo fondeadero frente á *Curuzú*, cuya autorización le fué acordada, y si no fué llevada á cabo dicha retirada, era debido á la enérgica protesta del Jeneralísimo, que conceptuaba funesta semejante disposición.

El almirante Ignacio, viéndose así obligado á permanecer en su nueva posición, tomó algunas disposiciones para sostenerse y hostilizar á nuestras baterías. Mandó abrir un camino por el Chaco,

el cual, partiendo del riacho Quyá, llegaba hasta el punto que media entre *Curupayty* y *Humaitá*, donde se hallaba fondeada la escuadra imperial, y por medio de un tramway que construyeron, llevaban y suministraban abundantes provisiones á los buques. Hizo tomar posición á tres encorazados para bombardear por la retaguardia á *Curupaity*, y á otros cinco para bombardear como bombardearon durante cinco meses la iglesia de *Humaitá*, cuya torre era el único objeto visible que les servía de blanco en aquella fortaleza.

Todo lo que hace la ribera entre *Humaitá* y *Curupaity* es un carrizal intransitable, excepto una estrecha lonja de tierra firme que corre por la costa del río de un punto á otro; la que no permite desviarse de ella hasta internarse en *Curupaity* ó *Humaitá*. Sin embargo, en la selva que puebla la izquierda de ésta y donde comienza el carrizal, existe un paraje que ofrece facilidad para verificar un desembarco de tropas conducidas por el camino del Chaco recientemente abierto. Y á fin de prevenir esa posible operación, el Mariscal mandó levantar allí una pequeña fortaleza con tres piezas de á 24, colocadas de manera que pudiesen hacer fuego por el frente y por la retaguardia, flanqueando en esa parte los fosos de *Humaitá*. El Mariscal pasó á visitarla una vez, cuando la obra estaba próxima á terminar, la cual fué llevada á

cabo á las barbas de los encorazados, sin que éstos se hubiesen apercibido de ella.

En aquel entonces la fortaleza de *Humaitá* contaba con muy pocas piezas de artillería. Después que la escuadra forzó el paso de *Curupaity*, fué necesario sacar de ésta la mayor parte de los cañones de grueso calibre y llevarlos á colocar en aquélla. De esta manera, sucedió que los buques imperiales, debido á su excesiva lentitud, han tenido que sufrir dos veces el fuego de las mismas piezas: primero en *Curupaity* y luego más tarde en *Humaitá*. A medida que nuestro ejército se retiraba hacia el interior, esas piezas eran constantemente trasladadas á los puntos más ventajosos del río por donde bebía pasar la escuadra, y ésta ha tenido, por tanto, que sufrir el fuego de las mismas varias veces: en Timbó, en Fortín y en Angostura!

El Coronel Alén que había sucedido al finado General Díaz en el mando de *Curupayty*, fué enviado á tomar el mando de *Humaitá*, quedando en su reemplazo con el de *Curupayty*, el capitán Pedro V. Gill.

La constante preocupación del Mariscal era indudablemente la escuadra brasilera. La cooperación de este poderoso elemento por el río con el ejército aliado, trastornaba sus planes, hasta que finalmente hizo impotentes sus esfuerzos contra la

invasión de la triple alianza. Desde el principio de la guerra ha procurado destruirla ó apoderarse de ella; pero nunca ha podido lograrlo. Los torpedos no daban resultado, porque casi todos ellos eran inservibles, y no contaba con buenos ingenieros para mejorarlos. Cavilando sobre el particular, se le ocurrió la idea que tal vez construyendo secretamente una batería más abajo del fondeadero de la escuadra de madera, podría conseguir cambiar el curso de la guerra. En efecto, la idea tenía su fundamento; porque cortado el abasto de la escuadra, ésta se hubiera visto obligada á bajar pasando por la nueva batería, y los acorazados se hubiesen visto igualmente en la imprescindible necesidad de repasar *Curupayty*. Maduró el plan mentalmente, y en seguida pensó llevarlo á práctica. Ordenó en consecuencia al Jeneral Brugués que, acompañado del ingeniero Thompson, fuese á ver si se encontraba algún camino ó picada, por donde fuese posible llevar piezas pesadas y aún mismo ligeras. El Jeneral Brugués á su regreso, informó que era absolutamente imposible sin hacer grandes trabajos, y careciéndose de los medios y del tiempo necesario para realizarlos, se tuvo que abandonar aquella feliz idea; y decimos feliz idea, porque tenemos la persuación, de que si hubiese sido posible su realización, el resultado previsto era indudable.

El movimiento del enemigo de *Tuyutí* tomando la dirección á *Parecué*, indicaba claramente el plan que se proponía realizar, y por esta razón, creemos que el Mariscal no debió haber perdido el tiempo inútilmente librando pequeños combates aquí y allá, sin ningún resultado favorable. Había llegado el momento de pensar seriamente en alijerar su ejército para luego efectuar la evacuación de sus posiciones y aún de la misma *Humaitá*, haciendo transportar al Norte á algún otro punto estratégico que haya elegido, toda la artillería pesada por ejemplo, quc, como se sabe, embaraza extraordinariamente el movimiento de un ejército, sobre todo cuando carece de elementos de movilidad. Por la experiencia de *Curupayty*, sabía que el paso de *Humaitá* era obra fácil para la escuadra, toda vez que no contaba sino con los mismos elementos de defensa que aquella, y que una vez sitiada, su caída era cuestión de tiempo mas ó menos prolongado.

El Mariscal, en vista de que sus comunicaciones estaban amenazadas, se concretó á mandar explorar el Chaco, abriendo un camino desde el *Timbó*, tres leguas más arriba de *Humaitá* hasta *Monte Lindo*, como dos leguas al Norte de la embocadura del *Tebicuary*. *Timbó* era el único punto donde podría hacerse un desembarco, porque todo el resto de la costa del río hacia el Norte es un carrizal inrompible. Allí se construyó una batería y se estableció

un campamento al mando del Coronel D. Bernardino Caballero. El camino era bastante bueno, cortado de trecho en trecho por arroyos profundos y pedazos de estero; no era recto, sino internándose en el Chaco, formaba una curva, cruzando en su mayor parte por montes no muy espesos que pueblan todo el territorio del Chaco. El ríc más considerable que se atraviesa es el Bermejo, que tiene una gran correntada. El terreno es llano casi en toda la extensión del camino, y en cuanto éste estuvo concluído, se establecieron postas de distancia á distancia.

Tan luego como los aliados se atrincheraron en *Tuyucué*, á ejemplo de ellos, el Mariscal mandó levantar un gran terraplén para defender su cuartel general por aquel lado. Las balas de los cañones Whitworth de á 32 *(fiu)* desde la distancia de 7.000 metros, pasaban algunas vecés por encima del cuartel general é iban á enterrarse á una gran distancia.

CAPÍTULO II

Combate con tropas enemigas conduciendo un convoy á *Tuyucué*.—Combates de Isla *Taty* y *Tataiybá*.—Asalto é incendio del campamento aliado de *Tuyutí*.—Prisioneros de guerra y trofeos.—Reflexiones.

Hemos visto que los aliados en *Tuyucué* se proveían de víveres y de cuantas cosas necesitaban de las proveedurías que tenían sus depósitos principales en *Tuyutí*, transportándolos en carros y lomos de acémilas por un camino ó vía que pasaba por frente de nuestras líneas que quedaban al otro lado del estero Bellaco del norte. También dijimos que esos convoyes iban custodiados por fuerzas de caballería, infantería y artillería. Los carros de los vivanderos ó del comercio que acompañaban al ejército aliado, seguían generalmente otro camino más retirado que pasaba por atrás de un gran palmar, de modo que se ocultaban á la vista de nuestras avanzadas; pero el Mariscal, á fin de estar al corriente del menor mo-

vimiento del enemigo y no dejarlo tranquilo por un momento, había mandado desparramar por esos lugares partidas de *espías* que cuando encontraban grupos aislados de los aliados, los atacaban de improviso, matándolos y apoderándose de cuanto llevaban. Una ocasión, en una de estas sorpresas, tomaron un carro cargado de papel. En la imposibilidad de poder llevar de día á nuestro campamento, resolvieron ocultarlo en un monte. Como se comprende, aquélla era una excelente presa, por la gran escasez de ese artículo en el país. Todas las noches, durante una semana, iban á buscar algunas resmas, cruzando por entre las patrullas aliadas.

El 24 de Septiembre de 1867 tuvo lugar un combate algo más serio.

El 23 del citado mes, el Mariscal dió orden al jefe de nuestra vanguardia, Teniente Coronel José M. Núñez, para que preparara una celada y atacara á las fuerzas enemigas que conducían provisiones de *Tuyutí* á *Tuyucué*.

Al efecto, dispuso el Comandante Núñez que los mayores Viveros y Bullo, con su respectivo batallón, y el Comandante Valois Rivarola, con su regimiento de caballería, se ocultaran detrás de una loma en la proximidad del paso de los esteros del *Ombú*, para caer de improviso sobre el enemigo.

Como á las 8 a. m. salió de *Tuyutí* una divi-

sión de 2.500 á 3.000 hombres de las tres armas, escoltando una recua de mulas y una porción de carros que conducían municiones de boca á *Tuyucué* siguiendo el camino que pasaba por entre los palmares frente al paso *Satí*, distante próximamente una milla de nuestra línea. Llevaba además el convoy ese día un globo inflado.

El comandante Rivarola, siguiendo instrucciones de su jefe, se situó al otro lado del paso, con orden de llevar un ataque fingido ó simulado sobre el convoy que pasaba, dejándose seguir en la retirada por la fuerza enemiga. Rivarola, saliendo de sus instrucciones, en lugar de fingir un ataque, se lanzó de veras sobre el convoy, tomándole dos carros y algunas mulas, y cuando hizo retirada al otro lado del estero, el enemigo se adelantó con ardor en persecución de él con tres regimientos de caballería y cinco batallones de infantería, lanzándose en el paso *Ombú* con agua hasta el pecho de los caballos, bajo la protección del fuego de su artillería colocada en posición conveniente.

El Comandante Núñez, que estaba observando el movimiento del enemigo, dió tiempo á que pasaran cuatro batallones, hecho lo cual, presentó de improviso sus dos batallones; entonces aquéllos se detuvieron, iniciándose por ambas partes un nutrido tiroteo que duró largo rato. La fuerza paraguaya no tenía artillería, pero en cambio había

llevado cuatro coheteras á la *Congrève*, con las que, durante el tiroteo, hicieron destrozos en las filas enemigas. Finalmente, la caballería brasilera, espléndidamente montada, llevó una carga al regimiento de Rivarola, que esperó formado en batalla; pero cuando aquélla llegó á la distancia de unos cien metros de éste, Rivarola mandó adelantar su gente al trote para recibirla. Con este movimiento, los brasileros volvieron grupas precipitadamente, rehusando medir sus sables con los de nuestra caballería, cuyos montados eran tan flacos que parecían esqueletos ambulantes!

El enemigo, después de ese encuentro, se retiró en desorden, dejando 200 muertos sobre el campo, muchos de ellos ahogados en las aguas del paso. Las bajas de nuestra parte, entre muertos y he ridos, no pasaron de 80 hombres.

Notándose que había en *San Solano* una considerable aglomeración de fuerzas enemigas á las órdenes del Barón del Triunfo, amenazando de cerca el Paso del *Arroyo Hondo*, por donde se introducía el ganado vacuno para el consumo del ejército nacional, el Mariscal dió orden al mayor Páez para que á la cabeza de su regimiento (el 21) se trasladase á aquel punto ó sus inmediaciones, á vigilar el movimiento del enemigo y tratase de impedir toda tentativa de su parte á interceptar el camino que conduce á la Villa del Pilar. En

cumplimiento de esta orden se trasladó á las inmediaciones de *Isla Taiy*, pero en un momento de descuido sufrió una fea sorpresa que motivó su relevo. El mayor Bernardino Caballero fué designado á hacer ese mismo servicio en reemplazo de Páez, y siguiendo sus instrucciones, salió el 3 de Octubre de las líneas con dos regimientos (el 8 de su mando inmediato y el 31 al mando del capitán Matías Goiburú) á practicar un reconocimiento cerca de *Isla Taiy*. El enemigo, así que se apercibió de su movimiento de avance, desprendió varias guerrillas para contenerlo, las cuales, viendo que no conseguían su objeto, fueron apoyadas por un regimiento de caballería que fué derrotado por la fuerza de Caballero, lo mismo que otros tres que trataron de sostenerlo. Entonces salieron algunos batallones de infantería y tomando posición en las isletas á la orilla del bosque, hostilizaron con su nutrido fuego á Caballero, que se vió obligado á retirarse. La caballería enemiga volvió á avanzar en persecución de Caballero; pero éste le llevó una terrible carga, dispersándola y quedando dueño del campo.

Los brasileros tuvieron una baja de 500 hombres y los paraguayos 300.

La fuerza de Caballero no ascendía á más de dos mil hombres, de modo que el resultado hace ver que el combate ha sido muy reñido.

Caxías, ávido de vengar el golpe que ha recibido su caballería, mandó preparar del 20 al 21 de Octubre una emboscada de 5000 hombres de caballería, que durante la noche se reunieron y ocultaron tras de las islas ó bosquecillos que pueblan la llanura.

El 21 del mismo, salió Caballero acaudillando á los regimientos 7, 23, 31, 13, 30 y 8 al mando respectivamente de los capitanes Manuel Montiel, Angel Castillo, Matías Goiburú, Crescencio Medina, Antonio Olabarrieta y Bernardino Caballero, jefe de toda la fuerza. A la orilla de la *Laguna Hermosa* mandó hacer pie á tierra para pastar sus caballos, ordenando al capitán A. Castillo que con su regimiento (el 23) se adelantara á practicar una descubierta por la cercanía de *Tataiybá*, que se encuentra situada no á mucha distancia de aquella laguna.

Cuando Castillo hubo avanzado lo bastante, fué repentinamente rodeado por una fracción de la columna brasilera emboscada detrás de las islas, y la otra, sin dar tiempo, siguió adelante cayendo sobre la fuerza principal del mayor Caballero. Este con el aviso de la aparición del enemigo, organizó su gente rápidamente, y le salió al encuentro, trabándose con él un singular y descomunal combate. La escena asumió, como era de suponerse, un subido colorido de heroicidad de parte de nues-

tros mal montados regimientos. Se veía un reñido entrevero enardecido con el entusiasmo de la lucha, en que la algazara de nuestros soldados, salpicada de sarcásticos chistes, como para indicar que el número exageradamente superior de sus adversarios, no les hacía abandonar su sangre fría en el peligro, acompañaba á los golpes de sable y lanza que menudeaban, fulgurando reflejos luminosos que deslumbraban de lejos la vista. Era tan numerosa la caballería brasilera que materialmente se estorbaba á sí misma para maniobrar en los terrenos secos que había entre los esteros. A pesar de esto, Caballero pudo mantener compacta su gente, y debido á esta feliz circunstancia pudo dár repetidas cargas sobre la caballería enemiga, haciéndola retirar cada vez á distancia de 300 á 400 metros, desde donde hacían extragos en nuestras filas con sus magníficos rifles; mientras que las fuerzas paraguayas armadas de viejas y gastadas carabinas de chispa, apenas herían desde la distancia de 200 metros. He aquí la razón porqué nuestra caballería peleaba poco á tiros, y prefería cargar desde luego á sable y lanza, cuyo ímpetu era irresistible, sembrando la confusión y el terror entre sus adversarios.

Hacía más de cuatro horas que se sostenía tan encarnizada y desigual lucha, cuando se presentaron otros regimientos brasileros en auxilio de sus

compañeros, sin duda los que rodearon al regimiento del capitán Angel Castillo que quedó aniquilado, y tomando la retaguardia de Caballero, trataron de destrozarlo entre dos fuegos, cortándole la retirada. Pero el bizarro mayor Caballero y demás valientes jefes de su mando, no perdieron su serenidad y presencia de espíritu en tan difícil situación, y reconcentrando sus fuerzas hicieron uno de los más heroicos esfuerzos: cargaron enérgicamente de frente y haciendo luego una rápida conversión á la izquierda abrieron paso por entre los regimientos enemigos que pretendieron cortarles la retirada. Estos al verse así burlados, emprendieron la persecución de aquel puñado de valientes; pero así que se pusieron al alcance de los cañones de *Humaitá*, á una señal convenida, se hicieron á un lado, y éstos rompieron fuego sobre aquéllos, obligándolos á retirarse precipitadamente y en desorden.

La caballería nuestra, en las tres millas de trayecto que ha tenido que recorrer, siempre peleando, ha sufrido horriblemente, dejando en el campo 400 cadáveres y 140 prisioneros, en su mayor parte heridos. Lo que debe admirarse, dice Thompson, «es que se salvara un solo paraguayo». Y ello es hasta cierto punto verdad, á juzgar de lo bien montada de la caballería enemiga y de su

número exageradamente superior en esa acción. Uno de los oficiales de los regimientos paraguayos que pelearon en esa acción y que está vivo, me ha asegurado que la caballería enemiga apenas tenía necesidad de hacer uso de sus armas, «suficiente hubiera sido embestirnos, dice, con sus poderosos corceles, pues los nuestros, comparados con éstos, eran esqueletos ambulantes.» Pero estas opiniones no deben tomarse como una negación del valor y arrojo de la caballería riograndense que puede figurar ventajosamente al lado de las primeras de Sud-América; ella es muy superior por sus condiciones guerreras á la infantería brasilera que tampoco es despreciable.

El Mariscal premió el brillante y heróico comportamiento de nuestra caballería en esa ocasión con una medalla de honor que fué acuñada en la Asunción y distribuída al fin del año á los regimientos que pelearon en *Tataiybá*. El decreto de creación de dicha medalla es el siguiente:

« El ciudadano Francisco Solano López, Ma-
« riscal Presidente de la República y Jeneral en
« Jefe de sus Ejércitos, etc., etc., etc.

« Queriendo dar un testimonio público de satis-
« facción á los Regimientos de caballería de extra-
« muros, que se batieron bizarramente en *Tataiybá*
« el día 21 del corriente á las órdenes del Mayor

« ciudadano Bernardino Caballero con fuerzas muy
« superiores:

« DECRETA

« Artículo 1° Concédese una medalla de honor
« á los regimientos citados.
« Art. 2° La medalla de honor será circular y
« de 30 milímetros de diámetro, llevando en el
« centro la figura ecuestre de un lançero orlada
« con la inscripción de EL MARISCAL LÓPEZ Á LOS
« VALIENTES DE TATAIYBÁ. En el anverso llevará
« la inscripción de 21 DE OCTUBRE DE 1867.
« Art 3° La medalla se llevará al lado izquier-
« do del pecho, pendiente de una cinta de 15 mi-
« límetros de ancho, mitad colorada y amarilla.
« Art. 4° La medalla de honor para los Jefes
« será de oro, plata para los oficiales y cobre para
« la tropa.
« Art. 5° El Ministro de Estado en el Depar-
« tamento de Guerra y Marina queda encargado
« de la ejecución del presente Decreto.
« Dado en el Cuartel General de *Paso-Pacú* á
« 24 de Octubre de 1867.

« (fir.) FRANCISCO S. LÓPEZ.

« El Ministro de Guerra y Marina

« (fir.) VICENTE BARRIOS.»

Once días después, es decir, en la antevíspera del asalto á *Tuyutí* el 3 de Noviembre, el Mayor Caballero fué promovido al grado de Teniente Coronel. (1)

Como se ve, esa acción no fué el resultado de ningún plan trazado de antemano. Una sorpresa dió lugar á ella. Caballero no podía evitarla, y obligado á un combate desigual, cumplieron él y sus compañeros con el deber del soldado, peleando como bravos.

Sin embargo, los que más se distinguieron esa ocasión por su asombrosa pujanza fueron los denodados Antonio Olabarrieta, Manuel Montiel, Matías Goiburú y Melitón Taboada.

Entre los que murieron gloriosamente, se ha tenido que deplorar al valiente Capitán Angel Castillo, que vivirá en la memoria de sus compatriotas, como militar pundonoroso que prefirió caer al lado de los suyos antes que hacer un paso atrás: digno ejemplo de valor y de patriótica abnegación.

Ese mismo día, los argentinos avanzaron contra la vanguardia paraguaya frente al *Angulo*, pero ésta se retiró, trayendo en pos al enemigo hasta ponerlo al alcance de las piezas de sus baterías, causándole de esta manera algunas bajas.

---

(1) Thompson ha estado mal informado sobre este particular.

En el plan de operaciones acordado por los aliados, cuya ejecución tuvo comienzo con el movimiento de circunvalación, entraba la idea de apoderarse del *Potrero Obella*, y de establecer una fortificación sobre el río Paraguay en algún punto más arriba de *Humaitá*. De modo que en prosecución de ese propósito, una vez hecho el reconocimiento, se ordenó la ocupación permanente de *Taiy*, completando así, en combinación con la escuadra, el sitio de todas nuestras posiciones.

El pensamiento y propósito del enemigo se manifestaron tan claros con sus movimientos, que no me parece cuerdo suponer que el Mariscal no se haya apercibido de ellas, como no hubiera dejado de comprenderlo el militar menos perspicaz y astuto. Bajo este concepto, repito, que no se comprende cómo el Mariscal no se había aprovechado del tiempo que tenía para tomar algunas determinaciones en el sentido de dejar burlada la hábil y atrevida operación del enemigo, evitando el sacrificio estéril de tantas vidas en pequeños y aislados combates (como luego se verá), con la vana idea de detener el avance de aquél en la prosecución de su plan.

Algunos suponen que el Mariscal recelaba que en cuanto diese comienzo á la evacuación de sus posiciones, el enemigo aprovechase esa coyuntura para traerle un ataque cuyo empuje no pudiese

contrarestar con las escasas fuerzas que guarnecían las extensas trincheras del cuadrilátero.

No podía haber temor de ataque mientras el grueso del ejército enemigo estaba en marcha. Por otra parte, él sabía, por los pasados y prisioneros, que el movimiento del enemigo no tenía, como objetivo inmediato, atacar nuestras posiciones, sino sitiarlas arreglado al sistema de guerra que hacía. La fuerza de Porto-Alegre que quedó guarneciendo el campamento de *Tuyutí*, tampoco era suficiente para arriesgar un asalto á nuestras trincheras de Paso-Gómez. De modo que no es fácil descubrir una razón plausible que explique satisfactoriamente la inacción del Mariscal durante la marcha lenta del ejército aliado de *Tuyutí* á *Tuyucué;* á menos que se acepte como tal el miedo que habitualmente tenía á todo ataque de parte del enemigo, y sin duda, debido á esta circunstancia, no se ha sujetado en el curso de toda la campaña cual era de su deber, al papel que rigurosamente le correspondía: al de la defensiva. Así se hubiera evitado el descalabro del 24 de Mayo. Además, por escasas que fueran las fuerzas que guarnecían nuestras trincheras, siempre era más ventajoso hacerlas pelear desde atrás de los parapetos de éstas, atento á que las fortificaciones suplen al número y tienen por objeto hacer

una defensa enérgica y eficaz con poca gente. Ahí está *Curupayty*.

Como *Potrero Obella* y el *Taiy* han llegado á ser, en el curso de los sucesos bélicos, puntos estratégicos de gran importancia, conviene, tan siquiera á la ligera, indicar sus respectivas posiciones para tener de ellos una idea clara que no dejará de ayudar al lector á la mayor compren. sión de mi relato.

Partiendo de *Humaitá*, aguas arriba, no hay tierra firme donde pueda verificarse un desembarco de tropa; todo es un carrizal, y recién á distancia de unas 15 millas se presenta una barranca llamada *Taiy*, donde antiguamente había una guardia de observación. Ese paraje es propio para un desembarco así como para establecer una batería sobre el río Paraguay.

El carrizal entre *Humaitá* y *Taiy* tiene la forma de un paralelógramo con caminos, perpendiculares de 5 á 6 millas cada uno, que cruzan por llanuras más ó menos extensas, las cuales llevan la denominación de *Potrero Obella*.

Por el lado del interior, este está rodeado de una espesa selva impenetrable, y sólo tiene una abertura en forma de embudo, por donde el Mariscal había mandado introducir ganado en número considerable, de donde se sacaba, á medida que se

necesitaba, por la extremidad Sud próxima á *Humaitá*.

Cuando el enemigo ocupó *Tuyucué*, el Mariscal, en previsión de un sitio, mandó aumentar la cantidad de ganado que había allí en existencia.

La abertura del interior que he mencionado fué cerrada con una trinchera de poca importancia, defendida por 300 hombres al mando del Capitán José González. Otro camino que conducía al potrero partía de *Taiy*, y recorriendo la orilla del río penetraba en un punto más al Sud llamado «*El Laurel*», donde el Mariscal había mandado levantar una batería con 14 piezas de artillería, y sostenida por 600 hombres, á las órdenes del mayor Franco. Dicha trinchera cerraba la entrada al potrero por el lado de *Taiy*.

Resueltos los aliados á llevar á cabo, sin pérdida de tiempo, la realización de su plan, y habiendo descubierto en uno de sus reconocimientos la trincherita que defendía al bosque por el lado del monte, dieron orden al General Mena Barreto, el 28 de Octubre de 1867, de atacarla á la cabeza de 5000 hombres de las tres armas. En efecto, á las 8 de la mañana atacaron aquella pequeña trinchera que estaba situada en la extremidad de la abertura del monte. El enemigo tenía forzosamente que recorrer toda su extensión antes de llegar al pie de aquélla, recibiendo durante esa

marcha el fuego terrible de enfilada de la batería. Los defensores de ésta la sostuvieron con heroísmo, conteniendo por largo tiempo al enemigo; y tal fué la mortandad y la confusión que produjeron entre los atacantes, que el Capitán González pudo salvarse con su gente, habiendo tenido una baja de 143 hombres entre muertos y heridos. Según el parte oficial de Caxías, los brasileros tuvieron una pérdida de 370 hombres.

Tomada la mencionada trinchera, Mena Barreto, el 29, avanzó sobre *Taiy*, y al llegar sobre la barranca del río, mandó hacer fuego con su artillería sobre los vapores nuestros que navegaban aguas abajo; pero éstos le retribuyeron el saludo, bombardeándolo y obligándolo á retirarse.

La noticia de la presencia del enemigo en *Taiy* produjo pésima impresión en el ánimo del Mariscal, como que con la ocupación de ese punto se completaba el sitio de *Humaitá* y de todo el cuadrilátero de *Paso-Pucú*, y una batería colocada allí bastaba para cortar nuestra comunicación fluvial.

El caso era urgente y no había tiempo que perder, aun cuando la oportunidad para una medida de defensa seria, ya había pasado. El Mariscal ordenó en consecuencia al Ingeniero Thompson, para que, embarcándose en el puerto de *Humaitá*, se trasladase á *Taiy*, y una vez

allí, mandase abrir en una posición conveniente una trinchera que, poniendo á cubierto la barranca, impidiese que el enemigo llegase á tomar posesión de ella. En cumplimiento de sus instrucciones, Thompson partió el 1º de Noviembre, embarcándose con él en el mismo vapor el batallón 9 de infantería, compuesto de unas 400 plazas, al mando del Capitán Ríos, y tres piezas de artillería de campaña, — todo bajo el mando en gefe del Mayor Villamayor, ayudante del Mariscal, hombre activo y de un valor á toda prueba.

Thompson trazó un reducto, cuya retaguardia se apoyaba en el río Paraguay, colocándose en posición conveniente tres vapores de manera á flanquear con sus fuegos el frente de la batería. El mismo día 1º, ya muy tarde, dieron principio á los trabajos de la trinchera, y al día siguiente, antes de estar terminada, el General Mena Barreto atacó á los paraguayos, que, en vista de la superioridad numérica, se retiraron al bajo de la barranca, desde donde hacían tiros por elevación. Llegadas allí las fuerzas enemigas, como no tenían retirada, fueron fácilmente vencidos y casi todos pasados á cuchillo por los brasileros. El Mayor Villamayor fué muerto de una bala de cañón, y el Capitán Ríos herido, pudo escaparse con algunos cuantos, retirándose al *Laurel*.

Los vapores no dejaron de causar daños al enemigo; pero este aproximó su artillería sobre la barranca y abrió un nutrido fuego sobre ellos, mientras que la infantería con sus rifles mataba casi á todos los tripulantes. Dos de ellos, — el *Olympo* y el *25 de Mayo* — fueron echados á pique, y al tercero, el *Ipora* ó *Pirabebé*, no recuerdo cual, consiguió escaparse. (1)

Dueño de *Taiy*, el enemigo, sin pérdida de tiempo estableció allí una fuerte batería con 14 piezas de excelente artillería, apoyada por una guarnición de 6000 hombres. Y para impedir totalmente el paso á los vapores paraguayos, extendió una cadena á través del río Paraguay.

El Mariscál con la idea de forzar el paso, mandó blindar el *Ygurey* con rieles del ferro carril; pero resultó inservible esta armadura por su èxcesivo peso, por cuya razón se mandó sacar otra vez el blindage.

Algunos días después de la toma de *Taiy*, un mayor brasilero y tres oficiales, desprendiéndose de sus cuerpos, se adelantaron siguiendo el camino que conducía al *Laurel* que se encuentra más al Sud de aquella posición, y habiendo sido encontrados por una descubierta del Mayor Franco, fueron muertos.

---

(1) Véase á Thosmpon, Cap. XVII, p. 256.

Con la toma de *Taiy* se completaba, repito, el sitio de nuestras posiciones por tierra; debiendo advertirse que el Mariscal guardó el más profundo secreto sobre todas las operaciones llevadas á cabo con mira de contener al enemigo en su avance, y las pocas personas del Cuartel General que las sabían, hablaban de ellas en voz baja con encargo de la más absoluta reserva cual requería la *importancia* del caso!

Así, las columnas del «*Cabichiú*» que veía la luz en *Paso-Pucú*, no registran nada respecto de aquellas emergencias.

La pequeña fuerza que al mando del Mayor Villamayor fué enviada á defender la posición de *Taiy*, iba á un sacrificio seguro y estéril. No era suficiente, ni mucho menos, por su número ni armamento, para contener el movimiento agresivo de grandes masas de fuerzas enemigas que llevaban el decidido propósito de establecerse en aquel punto. ¿No hubiera sido preferible y mucho más cuerdo, abandonarlo al enemigo que sacrificar estérilmente las vidas de tantos valientes? Aquella operación, desprovista como era de todo criterio militar, no merecía otro concepto que un acto de desesperación. Francamente, un general que no sabe prevenir oportunamente los golpes audaces del enemigo y preparar la victoria, da una triste idea de sí como táctico, y se hace poco

digno de dirigir á hombres tan decididos y valientes como los que componían los ejércitos nacionales. Al estado á que ha llegado la guerra, la prudencia y la necesidad misma de la defensa aconsejaban economizar hombres, por la sencilla razón de que la pérdida de uno, era una pérdida real para nosotros, y por consecuencia significaba más que dos hombres para los aliados. Desgraciadamente, el Mariscal hacía sus combinaciones sin nunca parar mientes en tan importante detalle.

Ahora vamos á ver cómo trata él de conjurar la situación, azás crítica en que habían colocado á nuestro ejército las últimas operaciones realizadas con felicidad por los aliados, conquistando la margen del Paraguay como nueva base de sus futuras operaciones para resolver la caída de *Humaitá*.

El Mariscal había dado orden al ingeniero Thompson para levantar un mapa de las fortificaciones de *Tuyutí*, que llevó á cabo valiéndose de las observaciones practicadas desde nuestros mangrullos y de los datos que le proporcionaban los pasados y prisioneros. Dicha orden fué dada, por supuesto, sin hacer la menor revelación ó cosa que se parezca, respecto al proyecto que concebía; pero á pesar de esto, indicaba que tenía el propósito ó la idea de atacar á *Tuyutí*, y sin duda, debido á esta circunstancias, aparentaba una ac-

titud pasiva é indiferente en presencia del movimiento de circunvalación que habían iniciado los aliados.

El 2 de Noviembre reunió á todos los jefes superiores que debían de encargarse de llevar la expedición, y con vista del mapa de Thompson les dió las órdenes que debían ejecutar, las cuales consistían en que todos debían estar listos en la noche de ese día, y colocados los cuerpos de infantería y caballería tan próximos como fuese posible, de las líneas enemigas, de manera que al romper el día, se lanzasen los infantes sobre el campo argentino, la caballería sobre los reductos brasileros de la derecha, y que llevándose todo por delante, tomaran el camino de Piris, remitiendo á nuestro campamento la artillería, así que fuese tomada, y retirarse en seguida. Thompson dice en su obra (pág. 261), que, después de comunicar estas instrucciones, les había dado la orden de que, una vez posesionados del campamento, permitieran á los soldados recorrerlo á fin de que recogieran lo que pudiesen. Y agrega: «Cuando un Jeneral llega » á dar una orden semejante, merece sufrir todas las » derrotas posibles».

De las averiguaciones que he hecho con los sobrevivientes del asalto del 3 de Noviembre, no resulta confirmada esta aseveración del citado autor. Los únicos responsables han sido los Jefes de cuer-

po que toleraron que sus tropas se entregasen al saqueo, y cuando ellos quisieron volver sobre sus pasos ó reparar sus faltas, ya no fué posible, porque la desorganización había llegado á su colmo. Lo propio no sucedió con la caballería que se mantuvo compacta sin quebrantar la disciplina, y su gefe no recuerda que semejante orden haya sido dada por el Mariscal.

De las instrucciones precedentes, se colige que la expedición en proyecto no tenía por objeto quedar en posesión de *Tuyutí*, toda vez que el Mariscal carecía de fuerza suficiente para guarnecerlo. De modo que parece que todo lo que se proponía era arrebatar algunas cuantas piezas de artillería, sobre todo las de alcance que le hacían falta para hostilizar á la escuadra de madera y á las posiciones de *Tuyucué* y obligar á los aliados á reconcentrarse sobre aquel punto que era su base de operaciones.

A las cuatro y media de la mañana del 3 entraron en operación 4 brigadas de infantería de 4 batallones cada una, y dos de caballería de 2 regimientos. A la misma hora el Coronel Francisco Roa, gefe de nuestra derecha del *Sauce*, mandó adelantar sus batallones á las órdenes de los Sargentos Mayores Rodas y Gamarra hasta *Punta Ñaró* para llamar la atención del enemigo con un recio tiroteo de fusilería.

La 1ª Brigada de Infantería iba al mando del

Comandante Manuel Ant. Giménez *(cala á)* llevando por 2° al Mayor Sebastián Bullo; la 2ª al mando del Comandante Eugenio Lescano, cuyo 2° era el mayor Martín Villalba; la 3ª al mando del comandante Luis González que llevaba por 2° al mayor José Duarte, y la 4ª al mando del mayor Juan Fernández, cuyo 2° era el de igual clase Bernardo Olmedo.

De las brigadas de caballería, la 1ª iba al mando del Comandante Bernardino Caballero que llevaba por 2° al Mayor Manuel Montiel, y la 2ª al mando del mayor Valois Rivarola, siendo su 2° el de igual clase Benito Rolón.

El Jeneral Barrios mandaba en jefe la expedición, cuyo segundo era el mismo Comandante de la 3ª brigada, Luis González.

El Jeneral Barrios á la cabeza de la infantería marchó por el camino de *Yataity-Corá*, formando la vanguardia la 1ª brigada al mando de Giménez.

El Comandante Caballero debía conducir la caballería más á la derecha del enemigo por el paso *Satí*.

Para evitar los repetidos golpes atrevidos de sorpresa de los paraguayos, los aliados habían tomado la precaucional medida de tener sus guardias avanzadas muy próximas á sus líneas. Esta circunstancia favoreció el plan del Mariscal, porque las fuerzas paraguayas consiguieron colo-

carse cerca de ellas durante la noche, sin ser sentidas, y aun dado el caso de que hubiesen sido descubiertas, la distancia era tan corta, que habría estado sobre las trincheras, antes que la guarnición hubiera podido defenderlas.

Las fuerzas que componían la expedición ascendían á 9000 hombres.

A la hora ya indicada, recibieron orden de avanzar, que lo hicieron silenciosamente á paso redoblado, encontrando al enemigo dormido. Una de las guardias les hizo fuego al pasar; pero no le contestaron para evitar toda alarma. Penetraron por el *Paso-Chena*, donde fueron saludados con dos tiros de cañón y fuego de fusilería; restableciéndose luego el silencio, sin que se notase ningún otro asomo de defensa. La infantería con su acostumbrada intrepidez, al grito entusiasta de «¡ *Viva la Patria* !» — llevó todo por delante á la bayoneta, sembrando de cadáveres el terreno que recorría y pegando fuego á cuanto encontraba en su paso; por manera que momentos, después, se vió arder todo el campamento como una inmensa hoguera, avivada á cada instante por la explosión de los polvorines en diferentes puntos. Columnas de humo negro, mezclado de rayos de llamas á guisa de relámpagos, se elevaban hasta juntarse en las alturas con las nubes del espacio. Aquello era un expectáculo de ho-

rrible sublimidad, que desafiaba á toda descripción. La imaginación nos transportaba en la antigüedad á recordar los grandes incendios de que nos habla la historia, que puedan correr comparación con el que teníamos á la vista, y tal vez de todos ellos el de la Pentápolis judaica sea el que guarde más semejanza por su magnitud y por su significación moral en cuanto á la violación del sagrado suelo de la patria.

La segunda línea de trincheras fué llevada con igual facilidad por nuestras brigadas, arreando por delante á la bayoneta en el más completo desbande á los que han estado guarneciendo, yendo á refugiarse en la ciudadela del marqués de Caxías. El mayor Bullo clavó la bandera paraguaya sobre la trinchera de este y luego, haciendo alarde de valor, se paseó sobre el parapeto; pero los que la guarnecían, le hicieron pagar cara su temeridad, volteándolo muerto de una bala de rifle.

Unos batallones brasileros que estaban de facción, sobrecogidos por tan impetuosa é inesperada tempestad de sangre y fuego, se desbandaron tomando la dirección de *Ytapirú*, huyendo tras de ellos los vivanderos, bolicheros y comerciantes ambulantes del campamento, haciendo subir el precio del pasaje al otro lado del Paraná á cien libras esterlinas!

Después de la toma de la segunda línea, los nuestros llegaron al *Comercio*, donde había depósitos y tiendas de ropas y comestibles, y bebidas de todas clases. Allí, tolerados por sus jefes ó comandantes de cuerpo, se esparcieron desordenadamente á *achurarse*! (1)

Porto-Alegre se condujo bizarramente, y haciendo actos de verdadero valor, había conseguido reunir en la ciudadela su gente para defenderla. Cuando los nuestros se abandonaron al saqueo del *mercado* ó *comercio*, incendiando lo que no podían recoger, mandó hacer sobre ellos desde aquélla un nutrido fuego, causándoles una verdadera mortandad. Algunos fueron muertos en los barriles comiendo azucar! Esto es vergonzoso! pero, ¿quién era el culpable de ello? Conteste el lector por nosotros. Los heridos que podían andar cargaron con todo el botin que pudierón, y se retiraron á nuestro campamento lo más pronto que les fué posible.

Una fuerza de caballería brasilera que se hallaba acampada en la proximidad del Estero Bellaco del Sud, que había permanecido sin moverse mientras nuestra tropa arreaba en confuso tropel al enemigo, cuando vió á los nuestros en el más completo abandono, los cargó acuchillán-

(1) A proveerse de todo género de botín.

dolos impunemente. Los Argentinos y Brasileros encerrados en la ciudadela, en vista de esto, resolvieron salir á secundarlos, bayoneteando á los que aún quedaban esparcidos aquí y allá en el campamento. Los que anduvieron más ligeros, por supuesto, consiguieron escaparse con sus *churas*.

El general Barrios que estuvo presenciando el heróico comportamiento de nuestras tropas desde *Yataity-Corá*, rodeado de más de mil hombres, no creyó deber enviar alguna fuerza para protejer á nuestra desbandada tropa. Una fuerza de refuerzo que hubiese enviado oportunamente, como era de su deber, es decir, inmediatamente después de la toma de la segunda línea, hubiera servido para mantener en triunfo nuestra bandera que flameaba sobre la trinchera enemiga, y para efectuar ordenadamente la retirada una vez terminada la operación.

La conducta del Jeneral Barrios fué muy criticada en voz baja por los demás jefes de la expedición; primero por la omisión indisculpable de no haber mandado un refuerzo, y segundo, por haberse quedado á una grande distancia, sin acompañar á las briosas fuerzas de su mando, tan siquiera hasta las primeras trincheras del campo enemigo.

Hay dos clases de valor, el uno que da la naturaleza, que á veces es temerario y expone el

todo por el todo; y el otro artificial, que impone el honor, que casi siempre obra con más ventaja, porque es más reflexivo. El primero es el verdadero *valor*! el segundo, es lo que se llama *valentía*. El *valeroso* tiene valor, el *valiente* valentía. El Jeneral Barrios carecía del primero y en cuanto al segundo, los hechos no acreditan haberlo tenido tampoco en escala muy superior.

El Jeneral Resquin, en sus Memorias, le hace el mismo reproche por la indiferencia culpable que observó Barrios esa ocasión; bien que aquel es un juez algo sospechoso, porque tampoco los hechos acreditan que él haya poseído valor ni valentía.

La caballería, á la vez de la infantería, pero con mejor éxito, había empezado su movimiento de asalto por la izquierda. Llegó á los fosos de los reductos de extramuros casi sin ser sentida. Allí saltaron de sus caballos á tierra y sable en mano treparon á las trincheras, obligando á salir en camisa de sus cuarteles á la guarnición. El jefe del reducto que asaltó la brigada del comandante Caballero, viéndose en situación tan apurada, y sin tiempo para disponerse á una defensa, levantó una bandera blanca en señal de rendición. Caballero, no satisfecho con esta señal, intimó al enemigo que dejase las armas, y como viera que vacilaba en obedecer, ordenó que continuaran á pasarlos á cuchillo. Los

que quedaron, arrojaron sus armas, con lo que Caballero mandó cesar la matanza, cayendo de esta manera en su poder 250 hombres, todos brasileros, 10 oficiales, 2 jefes, el sargento mayor brasilero Cunhas Matto y el argentino mayor Aranda, y seis mujeres, que fueron todos conducidos á *Paso-pucú* custodiados por un piquete de caballería.

Los sargentos mayores Rivarola y Montiel, tomaron por asalto otros dos reductos, matando á todos los que los guarnecían.

Tan pronto como tuvieron noticias en *Tuyucué* de lo que pasaba en *Tuyutí*, mandaron refuerzos con la prontitud que el caso requería. El Jeneral Hornos, á la cabeza de tres regimientos y la legión paraguaya, y el Jeneral Victorino con su propia división y otras más, de la caballería brasilera, llegaron á *Tuyutí* al galope, y atacaron con inusitados bríos á nuestra caballería, momentos después que esta había terminado la toma de los reductos. (1) Nuestra caballería, á pesar de sus malos montados, no desmintió esta vez la fama de que á justo título gozaba, peleando valerosamente, y llevando algunas cargas vigorosas á los adversarios, que fueron afrontadas con igual energía y valor. El combate brazo á brazo duró por más de una hora: en seguida hizo retirada nuestra caballería,

(1) Véase á Thompson, obra citada. p. 263.

quedando todo terminado á las nueve de la mañana.

El Jeneral Hornos, en premio de su conducta que mereció de sus superiores los mayores elogios, fué promovido á brigadier. La caballería brasilera se batió al lado de la argentina en esa ocasión, llevando á la nuestra varias cargas sucesivas, que fueron rechazadas con valentía.

Los trofeos tomados fueron los siguientes: tres banderas, dos brasileras y una argentina de seda bordada en realce, 14 piezas de todos calibres, entre ellas un cañón Krupp de acero, de á 12, de retrocarga, el cual fué tomado cargado; sin duda el enemigo no tuvo tiempo de descargarlo, y un Whitworth de á 32 *(fiu)*. Además una gran cantidad de objetos, tales como parasoles, polleras, miriñaques, camisas de Crimea, telescopios, relojes de oro y plata, libras esterlinas y pesos fuertes. También fueron tomados y llevados unos carros cargados de ropa con muchas mulas y caballos que iban para *Tuyucué*. La correspondencia de Buenos Aires que acababa de llegar, cayó igualmente en poder de los nuestros que fué presentada al Mariscal, que encontró entre las cartas una dirigida á Mitre, por su esposa. Después de recorrerla con la vista, exclamó: « ¡Pobre Mitre! Estoy leyendo una carta de queja de su esposa! » También se le trajo una caja grande de lata que acababa de

llegar para el Jeneral Emilio Mitre, la que contenía té, café molido, queso y un par de botas.

Las piezas, así que eran tomadas, fueron inmediatamente enviadas á *Paso-pucú*; pero la de Whitworth, como era muy pesada, se atolló en el barro del estero, hundiendo las ruedas hasta las mazas, y no pudiendo de pronto sacarla los soldados por falta de elementos de movilidad, la dejaron allí á tiro de rifle de las líneas enemigas.

El Mariscal manifestó mucho sentimiento por el abandono de esta pieza, que era indudablemente la más importante de todas las que fueron tomadas, por su gran alcance. Entonces el Jeneral Brugués, que se encontraba presente, le rogó que le diera permiso para ir á buscarla. El Mariscal consintió en ello, ordenándole que para el efecto pidiese al Jeneral Barrios dos batallones, y que de ida mandara fusilar á dos paraguayos que habían sido tomados prisioneros. Brugués, después de reunir, aunque con alguna dificultad, los dos batallones, partió, llevando 12 yuntas de bueyes y una gran cantidad de sogas ó cuerdas, y en cumplimiento de la orden que tenía mandó fusilar por la espalda á los mencionados prisioneros.

Cuando llegó, encontró que los brasileros trataban de rescatar la pieza, procurando llevarla á su campamento con hombres y muchas yuntas de bueyes. Así que se acercaron á ella los paraguayos,

aquellos se retiraron precipitadamente, y de las trincheras que estaban á un paso de allí, hicieron un nutrido fuego de cañón y fusilería sobre la gente de Brugués. Pero éstos preocupados del importante objeto de su misión, no se importaron mayormente de las balas enemigas, y con toda calma amarraron bien el cañón y tirando con los bueyes suyos y con parte de la misma boyada que abandonó el enemigo á su retirada, la trajeron á nuestro campamento donde llegó ya de noche. Las baterías enemigas no cesaron de hacer fuego sobre los conductores de la pieza hasta que desaparecieron de la vista lejos en la oscuridad. En tan arriesgada empresa, por supuesto, se perdieron algunos hombres, entre ellos el mayor Mendoza de la artillería.

Cuando en *Tuyucué* se apercibieron de lo que pasaba en *Tuyutí*, desprendieron 5 batallones para amenazar á nuestra posición del *Espinillo;* pero no se pusieron á tiro.

Las pérdidas ó bajas de los aliados en ese día, en muertos, heridos y prisioneros, fueron 1500 más ó menos, y las nuestras: 2250, es decir, más de una cuarta parte de la totalidad de la fuerza expedicionaria, que, hay que confesarlo, que fué enorme!

Sin embargo, el resultado del asalto fué festejado como una gran victoria!

El 3 de Noviembre cayeron, junto con los demás, tres valientes jefes, cuyos recuerdos gloriosos vivirán siempre en el corazón de sus compatriotas: ellos han sido el Comandante Eugenio Lescano y los mayores Sebastián Bullo y Bernardo Olmedo.

Verdaderos mártires de la gran causa nacional que se sepultaron en su misma gloria, á quienes la Patria consagrará una pública gratitud que inmortaliza la memoria de los héroes.

Fueron heridos los comandantes González y Giménez, y los mayores Rivarola, Duarte y Montiel, pero lograron volver entre los suyos.

El Mariscal, satisfecho del comportamiento de las fuerzas expedicionarias, les acordó una medalla que fué acuñada en la Asunción, dictando el siguiente decreto:

« El Ciudadano Francisco Solano López, Ma-
« riscal Presidente de la República y General en
« Jefe de sus Ejércitos, etc., etc.

« Queriendo dar un testimonio especial de satis-
« facción al arrojo y bravura de los cuerpos del
« Ejército que tomaron parte en el asalto glo-
« rioso del campo fortificado de los aliados en
« *Tuyutí*, el día 3 del corriente, á la orden del
« Brigadier Ciudadano Vicente Barrios:

« DECRETA:

« Artículo 1° Concédese una medalla de honor

« á todos los individuos que tomaron parte en el
« asalto el día 3.

« Art. 2° La medalla acordada por el artículo
« anterior será circular de 35 milímetros de diá-
« metro y constará de un trofeo de armas en el
« centro, circunvalado por la inscripción de: «El
« Mariscal López á los bravos de Tuyutí», y
en el anverso la inscripción de: 3 de Noviem-
« bre de 1867» orlada por una guirnalda.

« Art. 3° La medalla se llevará al lado izquier-
« do del pecho, pendiente de una cinta de diez y
« ocho milímetros de ancho, mitad verde y mitad
« azul.

« Art. 4° La medalla de honor será de cobre
« para la tropa, de plata para los oficiales, de oro
« para los jefes, y del mismo metal para el Ge-
« neral, con las inscripciones, trofeos y guirnaldas
« de piedra.

« Art. 5° El Ministerio de Estado en el Depar-
« tamento de Guerra y Marina queda encargado
« de la ejecución del presente Decreto.

« *Dado en el Cuartel General de Paso-pucú á*
« *15 de Noviembre de 1867.*

« (Firmado) Francisco S. López.

« Por mandato de S. E.

«*Luis Caminos*,
«Oficial 1° del Ministerio de Hacienda»

No solamente, como se ve, hubo manifestación del sentimiento de amor á la justicia, premiando el valor y arrojo de los que tomaron parte en el 3 de Noviembre con medalla. sino también fueron premiados al grado inmediato la mayor parte de los jefes que más se habían distinguido,

El Jeneral Barrios ascendió á Jeneral de División.

El Comandante Bernardino Caballero á Coronel.

El Mayor Valois Rivarola á Teniente Coronel; y los Capitanes Martín Bareiro, Julián Roa, Vicente Meza, Bernardo Céspedes y Cándido Mendoza, á Sargentos mayores.

Los prisioneros tomados en *Tuyutí* fueron colocados bajo un gran galpón pajizo, á poca distancia del Cuartel General. El Capitán Matías Goiburú estaba encargado de la vigilancia y cuidado de ellos. Los oficiales estuvieron juntos con los soldados, lo que no era propio bajo ningún concepto. Las raciones que se les pasaban eran en cantidad y calidad iguales á las que se daban á nuestros soldados; pésimas, por supuesto, comparadas con las á que estaban acostumbrados aquellos en el campo aliado, donde había abundancia de todo, aún para satisfacer los más delicados gustos. Uno de los oficiales se desertó, y tres días después fué capturado en un monte próximo á nuestras líneas. Se le formó causa, y su declaración

comprometió á muchos de sus compañeros, re. velando una combinación de un plan de deserción en masa. El oficial desertor llevaba la misión de dar á los aliados los datos necesarios para traer un ataque por donde fuese más fácil, aunque no fuera sinó simulado, que les ofreciese la oportunidad de realizar su proyecto. Todos fueron pasados por las armas, cuyo número ascendía á unos 40 y tantos; los restantes fueron enviados al otro lado del *Tebicuary*, donde muchos de ellos habrán perecido víctimas de todo género de miserias á que todo el mundo estaba sujeto como una consecuencia inmediata y general de la guerra, que de día en día, iba siendo más terrible.

Los dos sargentos mayores, *Cunhas Mato* y *Aranda*, fueron alojados en la mayoría, cuya distinción les fué acordada por el Mariscal en atención á la alta graduación de que gozaban. No me consta que el Mariscal les haya exigido ninguna declaración de cuanto sabían del Ejército Aliado, conforme asegura Thompson en su obra. Es posible que así haya sucedido.

El Mayor *Cunhas Matto* volvió entre los suyos en Lomas Valentinas. A la terminación de la guerra sus compatriotas le hicieron pasar momentos acerbos para un hombre de honor. Algunas pequeñas atenciones que había merecido de la Sra. Lynch, facilitándole algunos bizcochos y un poco de caña,

han servido de pié á algunas versiones calumniosas respecto á la lealtad de sus sentimientos hacia su patria. En consecuencia, fué sometido á un consejo de guerra, que le hizo justicia absolviéndolo de culpa y pena. La altivez y la soberbia en cualquier forma que se hubiesen manifestado, no hubieran servido tal vez sino para empeorar su situación. Cuando al final de la guerra caí prisionero, fuí interrogado por el coronel Paranhos sobre la conducta de Cunhas Matto; le informé estrictamente arreglado á la verdad y á la justicia respecto á su honorabilidad que dejó muy satisfecho á aquel. Y me es muy satisfactorio aprovechar de nuevo esta ocasión para repetir que no me consta que en su difícil y desgraciada posición haya jamás hecho nada contrario á su dignidad y lealtad como militar y patriota.

En todo caso, conviene no olvidar que la calumnia es un mónstruo de muchas cabezas que, cual hidra de Lerna, si se le corta una, al punto renacen en su lugar otras. Así, conviene estar siempre prevenido.

Los malos tratamientos á los prisioneros de guerra de que hace mención el Sr. Thompson, le han acarreado al Mariscal amargas quejas y terribles censuras de parte de los mismos aliados La nota que el Mariscal dirijió al Jeneral Mitre de su cuartel general en *Humaitá* con fecha 20 de No-

viembre de 1865, contiene este párrafo:—.... «In-
« vito á V. E. en nombre de la humanidad y del
« decoro de los mismos aliados, á abandonar ese
« carácter de barbarie de la guerra, á poner á los
« prisioneros de guerra paraguayos en el goce de
« sus derechos de prisioneros, ya estén en armas,
« esclavizados en el Brasil, ó reducidos á servi-
« dumbre en las Repúblicas Argentina y Oriental,
« á no proseguir en ningún acto de atrocidad, previ-
« niendo á V. E. que su falta de contestación, la
« continuación de los prisioneros en el servicio de
« las armas contra su patria diseminados en el
« Ejército Aliado, ó en cuerpos especiales, la apa-
« rición de la bandera paraguaya en las filas de
« su mando, ó una nueva atrocidad con los prisio-
« neros, me han de dispensar de toda la conside-
« ración y miramiento que hasta aquí he sabido
« tener, y aunque con repugnancia, los ciudada-
« nos argentinos, brasileros y orientales, ya sean
« prisioneros de guerra ó no, en el territorio de la
« República, ó en los que sus armas llegasen á ocu-
« par, responderán con sus personas, vidas y pro-
« piedades à la más rigurosa represalia.»

Apesar de esta prevención, y con escándalo de la ley de las naciones, los prisioneros de guerra paraguayos caídos en la Uruguayana, y que fueron obligados á tomar las armas contra su patria, continuaron en las filas del Ejército Aliado, cu-

ya circunstancia pareciera hasta cierto punto disculpar la conducta que haya observado el Mariscal con los prisioneros de guerra. Pero, á mi juicio, por encima de todo estaba el respeto á los sentimientos de humanidad, que está obligado á tener todo hombre civilizado, y el que prescinda de ello, no puede escaparse de caer bajo la cuchilla de la censura y condenación de las naciones cultas.—Toda medida que ultrapase la necesidad que nace de una contienda armada, contribuye á hacer más crueles los males de la lucha, y bajo este concepto los rigores innecesarios con los prisioneros de guerra, en cualquier forma y bajo cualquiera pretesto que fuese, no pueden menos que merecer la execración de nuestra civilización como contrarios á los principios de la moral cristiana.

La pieza de á 32, cuando fué tomada, tenía el oído en mal estado; pero fuê arreglada en seguida y habiendo sido llevada á *Curupayty* al día siguiente, fué colocada á la derecha de la batería, desde donde la escuadra de madera era visible, aunque estaba fuera del alcance de nuestros cañones. Esa misma tarde nuestros artilleros hicieron con ella algunos tiros que obligaron á los buques de madera á trasladar su fondeadero mucho más abajo. La «Belmonte» recibió una bala que le desmontó su Whitworth de á 150, matando toda la

guarnición de la pieza. (1) Después de estos tiros de inauguración en manos de sus nuevos amos, fué trasladada al *Espinillo*, desde donde hacía fuego diario sobre el campamento aliado, á veces, con bastante éxito. Con esta pieza se devolvían al enemigo los centenares de balas y bombas lanza. das con la misma, ú otras de igual calibre, por los aliados á nuestro campamento. Por ese mismo tiempo fué también llevado al *Espinillo* el *Jeneral Díaz*, después de habérsele reparado el defecto que tenía su fundición.

Para terminar este capítulo, voy á permitirme entrar en algunas breves consideraciones.

¿Cuál es el criterio á que debe sujetarse el ataque de *Tuyutí*, dada la situación especial de nuestro ejército después de las últimas operaciones de los aliados?

No es por cierto tarea fácil una respuesta satisfactoria á esta pregunta. Sin embargo, hemos visto, que el Mariscal no tenía el propósito de quedarse en *Tuyutí*; de modo que toda la operación se reducía á dar un golpe á sangre y fuego, y en seguida, tocar retirada, trayendo como trofeos las armas que haya podido tomar. Creyó, además, que este golpe produciría el resultado de obligar á los aliados á reconcentrarse sobre su base de operacio-

(1) Thompson.

nes, abandonando los puestos que ocupaban en esos momentos.

La pronta retirada de las fuerzas expedicionarias, aún cuando su pérdida hubiese sido menor que la de los aliados, estos, en todo caso, la hubieran calificado como una derrota, porque la considerarían como efecto de un rechazo. No es, pues, la pérdida sola la que debe constituir el fracaso de la operación, sinó algo más, es decir, la no realización de la mira que ha tenido en vista el Mariscal para haberse decidido á llevar á cabo el asalto. La consecución de esa mira ú objeto, por grande que hubiese sido la pérdida, hubiera sido siempre un triunfo, porque se hubiera logrado la ventaja deseada sobre el enemigo.

Ahora bien, ¿con qué probabilidades contaba el Mariscal de que el enemigo se replegara sobre su base al efectuarse el asalto de *Tuyutí*, de modo que quede justificada su resolución para emprender una operación tan arriesgada?

Con ninguna absolutamente.

Era una quimera pensar que el enemigo abandone el terreno ganado á costa de tantos sacrificios hasta aproximarse á la margen del río Paraguay, el cual ha llegado á constituir para él una nueva base de sus operaciones. Las fuerzas aliadas en *Tuyucué* y demás puntos inmediatos, ascendían

próximamente, á 36,000 hombres, (1) de manera que sin necesidad de abandonar las posiciones ocupadas, podían atender la defensa de *Tuyutí*, enviando allá una considerable fuerza de refuerzo, cuando las circunstancias así lo exigiesen. Aún en la hipótesis de que los paraguayos se hubiesen posesionado de *Tuyutí*, los aliados no perdían con eso gran cosa, desde que tenían abierta una nueva y más fácil comunicación por el río Paraguay y parte del Chaco. Hasta ese momento la escuadra aún no había forzado el paso de Humaitá, pero esa operación estaba ya resuelta; solo faltaba fijar el día de acuerdo con el Almirante Ignacio. Las provisiones de pertrechos de todo género y de víveres á lomos de mulas por la vía de *Tuyutí*, hubiera hecho, como hicieron después, por el río con más facilidad.

Resulta, pues, que el asalto de *Tuyutí* era uno de tantos actos descabellados del Mariscal, que no obedecía á ninguna concepción militar que pudiera influir ventajosamente á mejorar la situación de nuestro ejército. Por el contrario, fué más bien una segunda edición del 24 de Mayo, por la inmensa pérdida que hemos tenido, con gravísimo perjuicio de la defensa nacional.

(1) La fuerza que partió de *Tuyutí* para *Tuyucué* ascendía á 38,000, y el cálculo que hacemos es suponiendo una baja de 2000 hombres.

CAPÍTULO III

El comandante Núñez es enviado al Tebicuary á guarnecer el paso principal de este río y hacer pasaje de ganado al Chaco.—Los habitantes del Norte del Arroyo *Hondo* se trasladan al Norte del *Tebicuary*—Expediciones enemigas al Departamento del Pilar —Ataque y toma de esta villa por fuerzas brasileras—Heroica defensa de la misma—Simon Antonio Villamayor y D. I. Ayala—Concentración de nuestras fuerzas en *Paso-pucú*—Fundación del campamento y batería de *Timbó*—Mrs. Cochelet y Cuverville cónsules de Francia—Mr. Chaperon, cónsul de Italia—Mi nueva caída —*Paso-poí*—Obsequio del pueblo al Mariscal—Muerte del doctor D. Marcos Paz, Vicepresidente de la República Argentina—Mitre deja el mando del ejército aliado y se ausenta para Buenos Aires —Asesinato del General Flores en Montevideo — Fundación del reducto de Cierva.

Cuando los aliados iniciaron su movimiento para *Tuyucué*, el Comandante José María Núñez fué enviado al *Tebicuary* á la cabeza del batallón de reclutas N° 45 y dos escuadrones de caballería, con las instrucciones siguientes:—Levantar una trinchera en el paso principal del *Tebicuary* guarneciéndola con 6 piezas de artillería;

establecer guardias en los demás pasos del mismo río, y remitir el ganado, las provisiones de boca y la correspondencia al ejército por la nueva vía del Chaco; operación que se practicaba pasando el río Paraguay 4 millas más arriba del *Tebicuary* en un punto denominado *Monte Lindo*. (1)

El comandante Núñez desempeñaba satisfactoriamente su comisión, á pesar de las dificultades con que tenía que luchar. Los trabajos eran incesantes, de día y de noche, de modo que los pobres soldados tenían poco descanso. Sin embargo, los hacían con buen humor, cantando y riendo, sin que el sol, la intemperie, las lluvias, la desnudez y mala alimentación, fuesen suficientes á quebrantar su constancia ó á alterar su proverbial paciencia. Con estas cualidades que posee en alto grado el paraguayo, se vencían las mayores dificultades y se ejecutaban los más árduos y pesados trabajos, ayudados de escasos y primitivos elementos.

El lector recordará que cuando el ejército aliado se aproximó al *Paraná*, el Mariscal había ordenado á los habitantes de la costa que se retiraran á Misiones y al otro lado del arroyo *Hondo*. Cuando la marcha de los aliados á *Tuyucué*, les

(1) El pasaje de ganado se hacía en grandes balsas remolcadas por un vapor.

ordenó nuevamente á los del arroyo *Hondo* que se retiraran al Norte del *Tebicuary*. Aquellas pobres gentes se vieron, pues, otra vez obligadas á resignarse á sufrir nuevas penurias, abandonando sus hogares con sus muebles, llevandó solo aquello que podían cargar en la cabeza. Muchos murieron de hambre, enfermedades y mil otras miserias.

De esa manera quedó desierto el territorio entre la ocupación de los aliados y el *Tebicuary*. Todo el ganado que había fué también arreado, dejándose únicamente algunas tropas para el consumo del ejército.

Los aliados despacharon varias expediciones con el objeto de explorar y reconocer todo ese territorio y llevarse el ganado que hubiese; las cuales tuvieron algunos encuentros con las partidas paraguayas que, diseminadas, también recorrían esos puntos.

El 20 de Septiembre de 1867, una de aquellas á las órdenes, del Baron de Triunfo atacó á la Villa de Pilar, defendida por una pequeña fuerza de 260 hombres al mando de los ciudadanos Simón Antonio Villamayor é Isidro Ayala, compuesta en su mayor parte de amputados, enfermos y heridos convalecientes recién salidos del hospital.

Dicha fuerza guarnecía el *Paso-villa* á la dere-

cha del *Ñeembuçú*. La del enemigo bastante numerosa, compuesta de caballería y de infantería, montada, guiada por los paraguayos Higinio Céspedes, Amarilla y Bordon al servicio de los brasileros, cruzó el mismo río más arriba en el *Paso Yegros*, cayendo sobre la nuestra por la retaguardia. A pesar de la desigualdad del número y armamento, se trabó un reñido combate. La resistencia fué tenaz. Villamayor hizo prodigios de valor y cuando le intimaron rendición, después de haber muerto casi toda su gente, contestó con energía: «Mientras conserve en la mano esta espada (blandiéndola) que me ha confiado la Nación para defenderla, no me he de rendir!...» Al pronunciar la última palabra cayó sin vida, víctima de una descarga de fusilería enemiga. Un artillero, muertos todos sus compañeros, se puso caballero sobre el cañón con el escobillón en la mano, defendiéndolo á golpes de los que se le acercaban, hasta caer muerto también de una descarga de fusilería.

¡Ejemplos inmortales de firmeza, valor, lealtad y patriotismo!

De los 260 hombres, *sólo quedaron vivos 40*, que se retiraron á la playa del río Paraguay.

El enemigo se apoderó de la Villa á las 12 del día. Unos cuantos subieron á la torre de la iglesia á celebrar el triunfo con repique de campanas, y

los demás, en medio de una algazara general, se desparramaron en el pueblo, saqueando las casas que estaban abandonadas por las familias. Algunos soldados brasileros penetraron, forzando la puerta, en casa de Don Isidro Ayala; encontraron en una de las piezas pelotas llenas de miel, que las punzaron con las bayonetas, llevando la que pudieron y dejando el resto correr libremente. Salieron de allí completamente embarrados de miel los pies y las manos, haciendo muecas y caminando como payasos de circo.

En esos momentos llegó de *Humaitá* el *Pirabébé*, trayendo á bordo una compañía de infantes al mando del teniente Felipe Osorio y el Alférez Pedroso, desembarcándose cuatro cuadras más abajo del puerto. En seguida penetró en la población, haciendo desalojar á los brasileros de las casas que continuaban saqueando, retirándose éstos á incorporarse con sus demás compañeros que tenían aparentemente como punto de reunión dos cuadras más allá de la Iglesia.

El *Pirabebé* tomó posición frente á la Capitanía, hacia la desembocadura del *Ñeembucú*, y haciendo espiar desde el palo mayor el sitio donde había mayor grupo de enemigos, lanzó unas cuantas bombas, de las cuales una cayó y estalló en medio mismo de los que se hallaban reunidos más allá

de la iglesia, y otra sobre ésta, rompiendo una de las vigas frente al altar mayor.

Después de esos tiros que sin duda les habían causado algunas bajas, los brasileros se retiraron, llevando sus muertos y heridos en chatas y canoas por el *Ñeembucú*. (1)

La estatua de la Virgen patrona titular del pueblo, así como las de otros santos, colocadas en los altares de la iglesia, desaparecieron, suponiéndose con fundamento que hayan formado parte del botín que se llevaron los expedicionarios. Las que había en casa de D. I. Ayala, se encontraron tiradas en el suelo embadurnadas de miel!

¡Qué mucho que los paraguayos, calificados de *salvajes*, hayan incurrido en su campaña en actos de barbarie, si aquellos que les traían la *Civilización!* hacían peores cosas, sin respetar ni los objetos del culto, despojando los altares de Dios en medio de horribles gritos y de libidinosas imprecaciones!

¡O tempora! ¡O mores!

Dueño el Jefe brasilero de la Villa, dividió su gente en varias partidas, que recorrieron toda la jurisdiccion de dicho Departamento con orden de

(1) El Vizconde de Ouro-Preto dice equivocadamente que la Villa del Pilar estaba defendida por una guarnición, dos vapores, y una chata, sin decir una palabra de la conducta de las tropas brasileras después de la toma.

A Marinha D'out'ora, pág. 327

recoger cuanto ganado vacuno y caballar encontrasen. Consiguieron reunir unas veinte y tantas mil cabezas, regresando con ellas al campamento de *Tuyucué.*

Por segunda vez se apoderaron los brasileros de la Villa del Pilar en el mes de Octubre. Las fuerzas enemigas iban al mando del Barón de Triunfo. El Mariscal envió al Mayor Quintana con una pequeña fuerza de infantería para proteger, si fuese posible, á la Villa. Aquéllas, que no tenían propósito de permanecer en ella, la abandonaron, avanzando hasta el *Paso* del *Tebicuary*, donde cambiaron algunos tiros con la fuerza de Núñez y se retiraron.

Otra de esas expediciones, á las órdenes del mayor Ascona, llegó hasta San Juan, tomando algún ganado y unos cuantos prisioneros.

Pero á su regreso, que lo verifico por el mismo camino, lo cual era una falta de previsión, fué asechado por el Capitan Miguel Rojas, que, lanzándose á la cabeza de una pequeña fuerza de donde estaba emboscado, lo puso en fuga, reconquistando el ganado y los prisioneros.

Convencido el Mariscal de que el asalto del 3 de Noviembre no ha producido el resultado que se había propuesto respecto á la concentración de los aliados sobre su antigua base de operaciones, determinó estrechar las líneas del cuadrilátero y re-

forzar la fortificación de *Humaitá* con mayor número de artillería.

Con este propósito mandó activar los trabajos de la nueva trinchera que, apoyándose á la laguna *Piris,* seguía la prominencia de la loma de *Paso-pucú*, terminando en la antigua trinchera del *Espinillo.*

En el ángulo que formaba la unión de las dos líneas, se construyó un reducto, y de trecho en trecho, en la dirección hacia *Humaitá*, otros más pequeños de forma triangular, sirviendo la misma trinchera para formar uno de sus costados. Estos reductos estaban calculados á cruzar sus fuegos sobre el espacio ó distancia que los separaba.

La antigua trinchera que corría desde *Sauce* al Angulo, quedó bajo la vigilancia de las guardias, y toda la artillería que la guarnecía en número de 159 de diferentes calibres, fué retirada. Las piezas pesadas de á 68 fueron llevadas á *Humaitá*, y las otras de menor calibre fueron colocadas en la trinchera de *Paso-pucú.* El antiguo *centro* y la *izquierda* estaban, además de las guardias, protegidos por un regimiento de caballería al mando del mayor Juan Fernández, y el *Sauce* por una guarnición de 100 hombres al mando del capitán Barrios.

El Jeneral Brugués era el jefe que mandaba toda la nueva línea.

Hemos visto (Cap. I de este tomo) que en e

Chaco paraje llamado *Timbó*, el Mariscal había fundado un nuevo campamento. En efecto, en el mes de Diciembre, 1867, se dió principio á la trinchera que cubría la barranca del río, la cual estaba guarnecida en los primeros días con 30 piezas de artillería de campaña, 6 batallones de infantería y 3 regimientos de caballería. El jefe de esta nueva posición era el coronel Caballero (Bernardino), que á la vez estaba encargado de la comunicación por el Chaco, siendo su segundo el comandante José Manuel Montiel. La artillería estaba á la dirección del capitán de marina, Domingo Antonio Ortiz.

El Hospital General que estaba sobre el camino que conducía á *Humaitá*, fué trasportado á esta fortaleza, donde los pobres enfermos estaban expuestos á las balas y bombas que hacía llover sobre ella de día y de noche la escuadra brasilera. Una vez, una bomba cayó y reventó en una de las salas del Hospital, hiriendo en la pierna al cirujano inglés, Mr. Fox.

El río que frente á *Humaitá* tiene más ó menos unos 700 metros de ancho, (1) estaba atravesado por tres cadenas unidas paralelamente, de las que la más gruesa y más pesada tenía eslabones de $7^1/_2$ pulgadas. Dichas cadenas estaban sostenidas por

(1) Thomhson.—800 metros, según el Vizconde de Ouro-Preto—(Celso).

tres pontones ó chatas y muchas canoas. Como eran visibles desde el punto donde estaba fondeada la escuadra enemiga, ésta, durante tres meses, no hizo otra cosa que dirigir sus tiros sobre los pontones y canoas, hasta echarlos todos á pique. Las cadenas, encontrándose así sin sostén sobre la superficie del agua, cayeron al fondo del río, enterrándose dos pies en el fango, y de consiguiente no ofrecía más obstáculo á la navegacion. Procuraron alzarlas por medio de boyas, pero sin resultado.

Como en la torre de la Iglesia de *Humaitá* flameaba incesantemente la bandera nacional, la escuadra tomó especial empeño en voltearla, dirigiendo sus tiros sobre aquélla casi exclusivamente durante seis meses (desde Agosto de 1867 á Febrero de 1868); pero sólo consiguieron echar abajo parte del frontis y romper por la mitad dos de las vigas que sostenían el techo.

Cada vez que caía la bandera, se la volvía á colocar, y debido á esta circunstancia, los buques de la escuadra no variaban su puntería, ensañándose contra aquel monumento público con toda la tenacidad de una profunda rabia.

En el mes de Octubre de 1867 Mr. Cochelet, cónsul de Francia en la Asunción, fué relevado por Mr. Paul Aimé de Çuverville. Aquél no gozaba de la simpatía del Mariscal. Ignoro cuál haya sido la verdadera causa; pero sospecho que era debida á

ciertas opiniones desfavorables emitidas por Cochelet respecto á la política del Gobierno en los primeros momentos del rompimiento con los países vecinos. Era muy afecto á la política inglesa, y esta no nos fué nada favorable durante la guerra. El representante británico en el Río de la Plata no ocultaba su simpatía por la causa de los aliados. Su sucesor, Cuverville, de una antigua familia francesa, desempeñó su papel más á satisfacción del Mariscal. Después de la guerra nos encontramos fuera del país, y me dijo que el Mariscal lo había tratado muy bien; pero que comprendía que como mandatario era *trop raide*.

Mr. Chaperon, nombrado Cónsul de Italia en la Asunción, llegó á *Curupayty* á bordo de una cañonera á principios de Septiembre. Fuí comisionado para ir á recibirlo y conducirlo á *Paso-pucú*. Pero por una mala inteligencia de las instrucciones que dió al General Díaz y á mí, en lugar de dirigirme á *Paso-pucú*, tomé el camino que conducía á *Humaitá*. Próximos ya á esta fortaleza, ví venir hacia nosotros á todo galope á un ayudante del Mariscal. No bien llegó donde estábamos, y sin más ceremonia me dijo en tono áspero de parte de éste, que ¿dónde llevaba á aquel señor? Y sin esperar contestación, continuó que de orden de S. E. lo condujera á su Cuartel General.

Entonces, disimulando en lo posible la mala im-

presión que me produjo tan inesperado reproche, le manifesté en francés al Sr. Chaperon que el Mariscal deseaba hablarle de paso en su Cuartel General, y que así íbamos á variar de rumbo siguiendo el camino que llevaba á *Paso-pucú*, que no distaba mucho de allí. Me dijo que estaba bien, que con muchísimo gusto.

Chaperon probablemente no habrá dejado de notar, á pesar de mis esfuerzos para ocultarlo, que estaba contrariado. A la verdad, me hallaba bajo la penosa impresión de un presentimiento de que mi equivocacion no quedaría impune y que iba á sufrir nuevamente la vergüenza de algún castigo bochornoso.

En efecto, al llegar á *Paso-pucú*, el Sr. Chaperon fué recibido y conducido ante el Mariscal por un ayudante, y otro que ya había estado prevenido, así que me apeé del caballo me sacó la espada y me llevó á entregar á la guardia en calidad de arrestado, de orden del Mariscal!

¡Qué habrá pensado el Sr. Chaperon de mi repentina desaparición!

Después de algunas horas de conferencia con el Mariscal, Chaperon fué conducido á *Humaitá*, de donde fué enviado por el Chaco á la Asunción (1).

(1) Ya después de la Guerra M. Chaperon fué asesinado en Buenos Aires por unos paisanos suyos que habian jurado vengarse de él por ciertos hechos poco honrosos que le atribuían aquéllos.

Esa misma tarde fuí puesto en libertad, con serias amonestaciones para que en adelante tuviese más juicio y no volviese á incurrir en faltas que ya no serían miradas con clemencia, sin que se haya querido tomar en cuenta para nada las explicaciones que procuraba dar á mi defensa, á fin de *atenuar la gravedad de mi delito*, ya que no era posible esperar ninguna *excusa* ó *perdón!*

Este incidente fué un nuevo motivo de postergación en mi carrera. Pasó una porción de tiempo sin que el Mariscal me volviese á llamar para darme ningún género de trabajo.

Estos incidentes produjeron en mí una profunda impresión, que engendró una lucha interna con mis propios sentimientos y convicciones. Lucha amarga y cruel durante la cual desgarraban el corazón los más tristes presentimientos y en la que reñía el sentimiento de la lealtad con el de la defección. Preferí ser víctima del primero á llevar en la frente el estigma del segundo, atento á que el juramento y la obligación que imponen las leyes patrias al ciudadano son compromisos sagrados é ineludibles, y á esta razón, difícil es concebir un caso en que pueda justificarse la deserción al enemigo en una guerra eminentemente internacional.

Pero resumamos la ilación principal de nuestro relato.

La situación cada vez más crítica del Ejército, es-

trechado por todos lados por el enemigo, en nada ha contribuído para desalentar á las tropas ó hacer desaparecer su buen humor. Los bombardeos, movimientos y operaciones de los aliados, eran constantemente el blanco de agudas críticas y chistes que mantenían entre ellas la risa y la hilaridad. Convenía que así fuese, pues de otra manera tal vez no hubiese sido soportable el estado de miseria en que se encontraba todo el mundo.

A semejanza del combate de las chatas, el bombardeo con los cañones de Whitworth de á 32 *(fiú)* llegó á ser una especie de espectáculo teatral que ofrecía un agradable entretenimiento que, tan siquiera por algunos momentos, nos hacía olvidar las incurables exigencias de nuestro famélico estómago.

Como siempre, la iniciativa de esos bombardeos tenía lugar en nuestro campamento. Entonces los aliados llevaron de *Tuyutí* á *Tuyucué* tres de esos cañones, y con ellos menudeaban sus tiros sobre el cuartel general, así como sobre nuestra pieza de á 32, por ver si la desmontaban.

Sobre el murallón de que hicimos mención al final del Capítulo I, que amparaba la casa del Mariscal, estaba siempre de servicio un oficial con un telescopio en la mano, ó colocado sobre una trípode, para observar el campamento enemigo y avisar al Mariscal de cuanto pasaba en él. Si el enemigo tiraba sobre nuestras líneas, tenía que decir de dónde partía cada tiro,

dónde caía y si reventaba ó no; como igualmente á dónde iban, dónde caían y si reventaban ó no los tiros de nuestra posición del *Espinillo*. Y á fin de tener al corriente al telescopista del cuartel general, ó sea al Mariscal, de la dirección de los tiros, se estableció un sistema especial de comunicación telegráfica. El oficial de la pieza del *Espinillo* tenía un número de letras negras pintadas en un cuero raspado hasta dejarlo blanco como el pergamino, representando cada una las distintas posiciones ó puntos que ocupaban los jefes principales aliados dentro del perímetro de su campamento.

Ejemplo: T, quería decir *Tuyucué*; C, Cuartel General de Caxías; O, de Osorio; M, de Mitre, etc., etc.

Así que el oficial de pieza tenía pronta su puntería, informaba á los telescopios (pues había varios) de *Paso-pucú*, con la aparición de una letra en el *Espinillo* ó en el *Ángulo* indicando el punto adonde iba á dirigir su tiro, á fin de que observe el efecto de la bala ó bomba para luego dar aviso al Mariscal. Uno de los blancos favoritos era la casa del Jeneral Osorio, que tenía enfrente un pequeño parapeto para resguardarla, y habiendo sido agujereado varias veces su techo, colocaron encima de aquél algunos fardos, con el objeto de elevar así su altura hasta cubrir la casita habitación del Jeneral. Sin embargo, los certeros tiros de nuestros artilleros disloca-

ron y tumbaron en distintas ocasiones aquellos fardos.

En uno de estos bombardeos, los brasileros consiguieron incendiar con su bomba toda una acera de casas en el *Espinillo*, quemándose con ruidosos estrépitos las municiones de todo un batallón de infantería (1) y un mangrullo que había en la proximidad.

Tan estrecha y constante era la vigilancia que se hacía sobre el campo enemigo con los telescopios, que no se escapaba al Mariscal el menor movimiento de los aliados. Sabían cuándo salían y volvían á sus respectivas tiendas los jefes principales del Ejército aliado, y si era en carruaje ó á caballo.

Los vapores nacionales «*Tacuary*» é «*Igurey*», que habían quedado entre *Humaitá* y *Taiy*, cuando la toma de esta posición por los aliados, se ocupaban en transportar de *Humaitá* y *Timbó* y viceversa, municiones de guerra y de boca, y especialmente la artillería pesada, cargando y descargando frente á la Iglesia, sin ser vistos por la escuadra brasilera.

El cañón *Cristiano* fué trasladado de *Curupayty* y colocado en las baterías de *Humaitá* y el *Acaberá*; tan luego como estuvo concluído, fué traído de la Asunción y colocado también en *Humaitá*.

(1) 250 tiros por hombre.

Nuestra guerra ha sido fecunda en hechos y episodios heroicos, donde el arrojo y la audacia del soldado paraguayo se destacan de una manera sorprendente, conquistando el aplauso y la admiración de los que lo contemplaban.

¡Ah!.. Si el valor personal fuera suficiente para luchar contra el número y las conquistas de la ciencia, nuestro hubiera sido el triunfo. Pero desgraciadamente, la experiencia de ahora más de 40 años ha venido demostrando que las condiciones de la guerra están profundamente modificadas por los descubrimientos modernos, y que el perfeccionamiento de los elementos bélicos ha llegado á tan alto grado que la resistencia del valor del adversario es casi enteramente ineficaz, cuando éste carezca de esos mismos elementos perfeccionados.

Los ejemplos y casos de audacia paraguaya, son tantos, que sería tarea poco menos que interminable relatarlos todos. Sin embargo, apartándome de la ilasión principal de estos apuntes, iré haciéndome cargo de los más salientes y notables que se han operado durante la pasada guerra.

Uno de esos tantos, es indudablemente el asalto al reducto brasilero en *Paso-poí* en la madrugada del 25 de Diciembre de 1867.

Tres días antes del suceso, se encontraban en el *Paso-Benítez* los regimientos de caballería números 4, 6, 19 y 21, al mando del entonces Teniente Coro_

n e José M. Delgado (hoy Jeneral), haciendo el servicio de extramuros frente á nuestra línea fortificada que, arrancando de *Humaitá*, terminaba en el *Angulo*

Todas las mañanas la división Delgado, previo reconocimiento del campo neutral por partidas de *bomberos*, despachaba una gran guardia con orden de instalarse en un montículo conocido con el nombre de *Isla Barrero*, distante más ó menos un cuarto de legua de nuestras trincheras. De aquel punto se distribuían varios piquetes de observación en los parajes denominados *Paso-Sánchez*, *Paso-pé* y *Ramoacué*, los cuales quedaban frente á frente con las avanzadas enemigas, y tan próximas las unas de las otras, que los movimientos en ambas bandas eran visibles hasta en sus menores detalles. En algunas partes, estaban separadas por esteros de 200 á 300 varas de ancho, permitiendo, por lo tanto, oir distintamente las palabras pronunciadas en una y otra parte. Y si no se tiroteaban, era debido á una especie de convenio tácito, de permanecer tan siquiera por algunas horas gozando de un poco de tranquilidad y sociego. Mas, cuando amanecían de mal humor, el tiroteo á carabina era incesante durante todo el día. A veces, se pedían venia recíprocamente, con chistes burlezcos y obcenos, para relevar los centinelas colocados de trecho en trecho y de á dos juntos, montados á caballo. A la caída de la tarde estas avanza-

das se retiraban, volviendo á incorporarse á la gran guardia, que á su vez se replegaba á nuestras posiciones antes de oscurecer.

Dentro del reducto de *Paso-poí*, los aliados habían levantado un *mangrullo* de observación formado de las maderas del campanario de la Iglesia de *Tuyucué* que para ese único objeto lo derrivaron.

Del Reducto de *Paso-poi* se extendía un *espajin* (1) hacia el Sudoeste, atravesando unos esteros hasta apoyarse en las trincheras enemigas de *Valdez-cué*, el cual servía para hacer la ronda á pie y á caballo á todas horas del día, y con especialidad de noche. A su derecha, desde *Paso Ibicuí*, *Isla Sola* hasta *San Solano*, se hallaban acampados los regimientos de caballería enemiga, en los lugares secos que había, pues todo ese terreno está lleno de esteros y malezales.

He creído indispensables estos detalles para dar al lector una idea más completa y clara de esos parajes y del suceso que voy á referir.

En la tarde del 22 se presentó en la División Delgado un ayudante del Mariscal, cuyo nombre no tengo presente, y pidió á su jefe que mandara poner en formación los 4 regimientos con sus respectivos

(1) Especie de puente improvisado sobre un estero con maderas y ramas cubierta de un lecho espeso de pajas que permite el tránsito de carros, caballos, gentes á pie, etc.

comandante á la cabeza. Formados que fueron, el ayudante los saludó á nombre del Mariscal con el sacramental saludo de «......cómo estaban?» *(maiteipa ye los mita)*. Contestaron á una voz que: «*Muy bien*», y que solo «esperaban su orden para concluir con el resto de los negros!.....» El ayudante satisfecho con esta manifestación les dijo: que precisamente á eso le enviaba el Mariscal; pero que necesitaba de esos sableadores *jefes*, y que por lo tanto ordenaba que aquellos que se consideraban como tales, hicieran dos pasos al frente. A esta voz toda la formación, como movida por un solo resorte, hizo dos pasos al frente. El ayudante, en vista del excelente espíritu de que estaban todos animados, no hizo otra cosa que concretarse á elegir á aquellos que por su buen aspecto físico, robustez y entusiasmo, le parecían los mejores para la operación que iban á realizar, hasta completar el número de 160 hombres, entre quienes iban inclusos muchos cabos y sargentos, figurando entre estos últimos Estanislao Leguizamón, hoy teniente coronel, vecino del Departamento de *Humaitá*.

Verificada así la elección, el ayudante ordenó, á nombre del Mariscal, á los jefes de cuerpo que dejaran á los elegidos completamente libres de toda fatiga pura descansar, con recomendación especial de que no se ocuparan de otra cosa que de afilar sus sables hasta dejarlos como navajas de afeitar, mien-

tras envíe sus ordenes el Mariscal, que sería muy pronto. Dicho esto se despidió.

En efecto, los elegidos tenían sus sables bien afilados y listos para el día siguiente por la noche; pero transcurrió ese día y recién el 24 al oscurecer apareció allí acompañado de otros oficiales el entonces capitán Eduardo Vera, comandante del regimiento N° 19, con orden de organizar y conducir la expedición.

¿Cuál fué la causa del retardo; por qué no se llevó á ejecución el asalto en la noche del 23?

Voy á referir lo que hubo.

Sucedió que en la noche del 22 fué enviado á *Paso Benítez* un oficial *bombero* de la mayor confianza del Mariscal acompañado del sargento Miguel Báez, *bombero* del mismo paraje, con orden de penetrar en las posiciones enemigas y hacer un reconocimiento prolijo del Reducto de *Paso-poi*, cuya comisión no fué cumplida á satisfacción del Mariscal, quien, molestado con aquellos, los echó de su presencia con un «*¡quítense de aquí inútiles!*.... Gracias á la oportuna interposición del comandante Valois Rivarola que le dió algunas explicaciones, se apaciguó, y volvió á llamar al sargento Báez. Interrogado este sobre la falta cometida esa noche, manifestó: que él no había cumplido con su comisión por haber ido á las inmediatas ordenes de un oficial de su confianza, que no había tenido el valor necesario

para afrontar ningún peligro. Oída esta contestación que no dejaba de tener su fundamento, fué de nuevo interrogado de si él (el sargento) haría el reconocimiento ordenado? A lo que respondió afirmativamente, agregando que de puro gusto solía él llegar á esos sitios, y que con mayor razón, teniendo orden para ello del señor Mariscal ....

Fué, pues, enviado de nuevo el sargento Báez, el 23 por la noche, y el 24 por la mañana, el Mariscal dando en seguida orden para la ejecución del plan, de la que, como que queda dicho, estaba encargado el capitán Vera, debiendo llevar de vaqueano al mismo sargento Báez.

Los 160 hombres se pusieron camisas blancas y *tiradores* de cuero al estilo de los peones de estancia, para tener más soltura y ajilidad que no les permitirían los uniformes ajustados, y sable en mano, se pusieron en marcha, saliendo por la tranquera de la trinchera de *Paso-Benitez*. A corta distancia se encontraron con el sargento Báez acompañado de otros compañeros, y poniéndose por delante los guiaron hacia el *Estero Poi*. Después de algunas horas de marcha llegaron á la orilla de éste frente al *Reducto;* pero en lugar de hallar el agua cubierta de juncos y otras plantas acuatiles como estaba antes, la encontraron limpia, convertida en una laguna de 1 vara más o menos de profundidad y de 150 á 200 de ancho. Se detuvieron allí á des-

canzar largo rato, contemplando al enemigo y escuchando sus chistes y conversaciones. El capitán Vera les habló en voz baja, encareciéndoles la necesidad del silencio y la obediencia y docilidad á su mando y que procuraran no desorganizarse para asegurar el éxito de la expedición.

En la misma orilla, pero á unas 200 varas más abajo hacia el Sudoeste, se organizaron en dos filas, colocándose, á guisa de bestias, de cuatro patas con los sables echados en las espaldas y sujetos de las dragonas con los dientes. En esta postura, vadearon la laguna sin ser sentidos, en cuya orilla opuesta empezaba el *espajin*. Si el pasaje de la laguna se verificó con toda felicidad, el del *espagin* ofrecía algún peligro porque estaba vijilado por avanzadas colocadas de distancia á distancia y por rondas á caballo que lo recorrían de intervalo á intervalo. Hubo con este motivo un momento de perplegidad, de verdadera ansiedad, que por supuesto no dejó de turbar la serenidad y el entusiasmo de los expedicionarios; pero resueltos á no cejar, continuaron su marcha silenciosa con redoblada precaución. Cuando estuvieron en la mitad del *espajin*, sintieron pasos de caballos; era una ronda de caballería que venía recorriendo. Entonces se pararon, y, agasapándose á ambos lados del *espajin*, se mantuvieron quietos, dejando á la ronda el paso libre. Esta pasó sin apercibirse de ellos,

debido, sin duda, al descuído habitual con que los aliados hacían el servicio de campaña.

De esta manera, los expedicionarios consiguieron salvar al otro lado, rumbeando luego por unos pajales y bañados hasta dar con el camino real que viene de *Tuyucué* que los condujo al Reducto, donde llegaron al toque de diana en el campo enemigo. A la voz de «*¡A la carga, muchachos!!*.» del capitán Vera, secundada de un grito entusiasta de: *¡Viva la patria!* se precipitaron sobre los brasileros que lo guarnecía (según informes el 19 voluntarios da patria), encontrándolos para mayor desgracia de ellos, á todos dormidos á piernas tendidas aunque con sus armas cargadas al brazo. Pero ya se sabe que para esta clase de sorpresa, toda prevención es inútil.

La sableada fué *jefe*. Los afilados sables subían y caían con una rapidez espantosa, haciendo una horrible mortandad. Cada golpe era una muerte segura, o una herida que dejaba al herido más muerto que vivo. En algo más de media hora todo estaba concluído. La mayor parte de la guarnición quedó sin vida. Aquellos que al principio tuvieron tiempo de incorporarse, dominados por el estupor ó glacial efecto de la sorpresa, disparaban sus tiros maquinalmente, pero sin acertar á herir á ninguno de los asaltantes. Del costado derecho acudió un piquete á dar protección á los del Reducto, ha-

ciendo una descarga sobre los asaltantes. Estos, sin darle tiempo para volver á cargar sus fusiles, en un abrir y cerrar de ojos, se arrojaron sobre él, matando á todos los que lo componían, no quedando ni quien fuera á dar noticia de tan rápido y terrible suceso!...

En ese momento los expedicionarios sintieron sonar cornetas que indicaban que los regimientos enemigos acampados en las inmediaciones, empezaban á ponerse en movimiento. Entonces aquéllos, cumplida ya la misión que llevaron, cargaron con una gran parte de los fusiles, baulillos y bandera del batallón que había sucumbido, y se retiraron en el mejor orden posible, al estero. Se echaron en éste, sin pérdida de tiempo, dirigiéndose hacia un matorral que había en la orilla opuesta. Pero antes de alcanzarlo, ya venía llegando á la orilla del mismo un regimiento de caballería enemiga que, después de una descarga de mosquetería, se lanzó al estero precipitadamente en seguimiento de aquellos que, por fortuna tuvieron tiempo de reunirse y organizarse en el parage indicado, marchando luego por entre pajales y bañados hasta llegar y penetrar dentro de nuestras trincheras del *Paso-Benitez*

La caballería enemiga al vadear el estero *Poi* se encontró con el camino real que conducía á *Humaitá*, y calculando que la retirada de los asaltantes

se haría por aquél, siguió por él al galope tendido en esa dirección, yendo á estrellarse ya al amanecer, contra nuestras trincheras, donde sufrió el fuego de nuestra artillería, que le causó algunas bajas, obligándole á una desordenada huída, en medio de las carcajadas de los asaltantes que hacía rato que estaban descanzando dentro de nuestras líneas. (1)

¿Se quiere un ejemplo de más agallas y decisión?....

Esa misma mañana del 25, el Mariscal envió uno de sus ayudantes á felicitar á los expedicionarios, mandando dar á cada uno una gratificación de 20 pesos, y á los oficiales algo más, doblando esta á los que han traído armas, á razón de diez pesos cada fusil, habiendo habido algunos que han venido trayendo hasta tres.

No hubo de nuestra parte más que dos desaparecidos, Sebastian Báez y Juan Soa Quiroga, y dos heridos en las manos de un hachazo, circunstancia que hacía suponer que los mismos compañeros en la confusión de la sableada, hayan causado esas desgracias, y tal vez, la muerte de los dos supuestos desaparecidos. (2)

Como se ve, este pequeño hecho de armas, de-

(1) Estos datos, á más de los personales, me facilitó el Mayor Leguizamon, uno de los asaltantes..

(2) Tompson (La Guerra del Paraguay p. 277) no estaba bien informado sobre el asalto del Reducto de *Paso-poí* ni sobre el número de los alsatantes ni sobre el jefe que mandaba la operación.

bido á la audacia y valor personal del soldado paraguayo, tuvo lugar á la madrugada del 25 de Diciembre de 1867, fecha memorable en los fastos de nuestra historia, por ser el día eternal en que tuvo lugar el juramento de la *Independencia Nacional*. En el Cuartel General de *Paso-pucú* fué festejado aquel grandioso acontecimiento con marcado entusiasmo, viniendo á dar mayor explendor á la fiesta la llegada de una comisión compuesta de los señores José del Carmen Urbieta, Juan José Loizaga, Carmelo Talavera, y el padre Espinoza, presidida por don Saturnino Bedoya, tesorero á la sazón, de la Nación y cuñado del Mariscal por su matrimonio con doña Rafaela López. (1)

Dicha comisión, decíase, haber sido nombrada por el pueblo de la Asunción para presentar al Mariscal varios objetos de oro y plata como testimonio de simpatía y gratitud, consistentes en una espada con puño y vaina de oro cincelado y saturado de brillantes, y una caja del mismo metal compuesta de anillos metidos unos dentro de otros con una pequeña estatua ó león en el centro, y construída de manera que cerrándola solo se veía la parte que contenía el puño, figurando entonces un casco romano; y, además, un álbum de plata maciza con

(1) Los comisionados eran ocho, pero no recuerdo los nombres de los otros.

dibujos ó paisajes ejecutados á cincel, todos trabajados por los mejores maestros plateros que había entonces en la Capital, tales como don Ramón Franco, don Juan del Valle, etc.

Dicha Comisión se presentó al Cuartel General y entregó los referidos objetos al Mariscal, colocados en una gran bandeja de plata. Su presidente leyó en el acto un discurso escrito que llevaba, concebido, como era costumbre entonces, en términos encomiásticos para aquél, y luego cedió la palabra al Padre Espinoza que pronunció el siguiente discurso:

« Excmo. señor:

« El pueblo paraguayo, que con admiración y
« asombro, no menos que con orgullo y satisfacción
« ha estado presenciando la heroica defensa que V.
« E. está haciendo de su libertad y soberanía nacio-
« nal, como también vuestras extraordinarias proe.
« zas y las innumerables é inmarcesibles glorias que
« V. E. ha conquistado ya para la Patria, no pue-
« de menos que reconocer á V. E. como á su ver-
« dadero y amoroso padre, su Defensor acérrimo
« y garantía la más segura de su porvenir: y mo-
« vido de suma gratitud y agradecimiento hacia V.
« E. por tantos y tan grandes como señalados be
« neficios, ha tenido á bien hacer á V. E. un pre-
« sente de esta espada de honor, obra original de

« los hijos del país que, nosotros, comisionados por « el mismo pueblo, tenemos el alto honor de pre- « sentar á su nombre á V. E. como espresión fiel « del reconocimiento y afectuoso cariño de este pue- « blo dichoso que cuenta á V. E, al frente de sus « destinos; y como símbolo de la indómita bravura « y sublime heroismo con que V. E. está haciendo « pedazos la cadena de la esclavitud con que han « pretendido acollarar al pueblo paraguayo esos in- « fames brasileros y sus pérfidos aliados.

« Dignaos, pues, Excmo. Señor, aceptar esta pe- « queña ofrenda del pueblo agradecido, y contar « con su decidida cooperación en el desempeño de « la defensa de nuestra santa causa: pues el pueblo « paraguayo, que vé afianzada su libertad en la « invencible espada de V. E. está decidido á sucum- « bir bajo la benéfica sombra de su pabellón nacio- « nal al lado de V. E. antes que consentir en la ig- « nominia de arrastrar la cadena de la esclavitud.

« Aceptad igualmente, Señor, las cordiales feli- « citaciones que el pueblo os dirije por medio de « nuestro débil órgano por este grande día de la Pa- « tria, día del aniversario del solemne juramento « que hizo el año 42, de conservar bajo cualquier « sacrificio su Independencia y Soberanía Nacional, « y que nosotros reconocemos á su nombre ante « Dios, la Patria y V. E. en esta solemne ocasión, « prometiendo muy de veras de no apartarnos jamás

« de vuestro lado para secundar eficazmente á los
« heroicos esfuerzos de V. E. en la defensa de nues-
« tra amada libertad....»

El Mariscal entonces recibió de manos de los comisionados la espada de honor, y habiéndola desenvainado se fijó en la hoja que contenía el lema de *Independencia ó Muerte*, y ciñéndosela, contestó con el siguiente discurso:

« Señores:

« El Pueblo me colma de honores, y sus mani-
» festaciones de confianza son más latentes, cuanto
« más prolongada y cruenta se presenta la lucha
« en que nos hallamos.

« Ciñendo la espada que me ofrecéis en nombre
« de los virtuosos hijos de la Patria en uno de sus
« más grandiosos días, nada puedo deciros que
« traduzca mi agradecimiento al Pueblo, sino
« que el lema de—*Independencia ó muerte*—que
« se lee en este acero, será siempre el norte de
« mi guía.

« Confío que mediante Dios, la perseverancia
« del Pueblo y la bravura y decisión de las intré-
« pidas legiones de la Patria, bien pronto ella
« será salvada, y sus hijos reposarán con orgullo
« bajo el frondoso laurel con que habrán con-
« quistado una paz segura.

« Los manes de los valientes soldados, que
« como nosotros juraron Independencia en este
« día, y nos han precedido en el glorioso sacrificio
« de la Patria, militan también con nósotros en la
« santa cruzada, en cuyas filas cayeron.

« Con su testamento, con el ardor de nuestros
« corazones y con el empuje de nuestros brazos,
« daremos cima á la grande obra que nos lega-
« ron, ó, á ejemplo de ellos, sellaremos con nues-
« tra sangre la sentencia, de que un Pueblo libre,
« muere, pero no se encadena.

« Llevad, señores, mi agradecimiento al Pue-
« blo, y decidle que cuento con él para la salva-
« ción y engrandecimiento de la Patria».

A esta ceremonia siguió después el servicio de un abundante *ambigú*, en que se apuraron las copas de *champagne*, pronunciándose tantos y tan animados brindis á la Patria y al Mariscal que el entusiasmo rayó en frenesí!

Sin embargo, tan poco miramiento merecieron al Mariscal los comisionados del Pueblo, que la mayor parte de ellos quedaron agregados á la Mayoría, de donde más tarde fueron alistados a los cuerpos del ejército, y solo dos, Don Carmelo Talavera y Don Juan José Loizaga, regresaron por el camino del Chaco á la Capital, muriéndose de cólera antes de llegar el primero.

El Señor Bedoya que tampoco recibió orden para regresar, continuó en *Paso-Pucú*, alojado en una casita de pajas bajo el naranjal dentro del recinto del Cuartel General, donde el Mariscal le visitaba á menudo; pues en los primeros días le dispensaba todas clases de atenciones. Oportunamente referiré otros hechos relativos á la caída del Sr. Bedoya.

El 11 de Enero de 1868, con motivo del fallecimiento del Vice Presidente de la República Argentina, Don Marcos Paz, amanecieron las banderas en el Ejército Aliado de *Tuyucué* á media asta, y durante todo el día se disparaba cada media hora un cañonazo en el campamento argentino que era inmediatamente contestado en el campo brasilero.

Como en los primeros momentos se ignoroba quien fuese el muerto, excitó gran curiosidad aquella demostración de duelo que evidentemente indicaba la muerte de alguno de los personages de la triple alianza. El Mariscal creyó conveniente suponer que no podría ser otro que el mismo Jeneral Mitre, y, á pesar de las declaraciones contrarias de algunos prisioneros, continuó creyendo que era Mitre. Para cerciorarse de la verdad, mandó arrebatar de las avanzadas argentinas algunos centinelas, quienes declararon que Mitre estaba vivo y que quien había fallecido era el Vice-Presidente

de la República Argentina en ejercicio del P. E. (1)

El entonces alférez, después Coronel, Juan Alberto Meza, fué elegido por el Mariscal para realizar la difícil y atrevida comisión de traerle un prisionero de las avanzadas enemigas.

Acordaron el plan con terminantes instrucciones y Meza partió de noche acompañado de unos cuantos compañeros de los más intrépidos y decididos. El plan fué coronado del mejor éxito. Arrebataron un cabo de una guardia argentina, sacándolo de en medio de dos centinelas separados por la distancia de 80 pasos el uno del otro. Esto sucedió precisamente en momento en que el jefe del batallón, hacía ronda en persona. El escamoteo se hizo con tanta limpieza y rapidez que nadie en el momento se apercibió de la desaparición del cabo!

A consecuencia de la muerte de Don Marcos Paz, el Jeneral Mitre tuvo que retirarse otra vez, del teatro de la guerra para volver á Buenos Aires. Partió el 14 de Enero, 1868, delegando el mando supremo del ejército aliado al marqués de Caxías, con gran descontentamiento de todos los argentinos. El Jeneral Mitre ejercía el mando en jefe con dificultad, porque los jefes brasileros se manifestaban á menudo rehacios á llevar á cabo sus ins-

(1) No sé hasta qué punto es verídica la versión de Thompson sobre el particular. No se puede negar del todo ni afirmarla, pues estaba yo entonces alejado de todo servicio á consecuencia del incidente á la llegada del cónsul de Italia, M. Chaperon.

trucciones, sobre todo el de la escuadra, Almirante Ignacio. Cuando proponía alguna operación, Caxías contestaba que le era imposible porque una gran parte de su ejército se hallaba en los hospitales. Mas, después de la partida de Mitre, los enfermos disminuyeron considerablemente, y el marqués se dispuso á hacer algo en el sentido, por supuesto, de vencer al Mariscal López que en aquella época á penas contaba con 15,000 hombres diseminados en distintos puntos. Empezó por poner en movimiento el grueso del ejército aliado de *Tuyucué á San Solano* y vice-versa, exhibiendo así las numerosas fuerzas de que disponía, con el propósito evidente de asustar ó infundir miedo y pavor á los paraguayos. (1)

Pero estos contemplaban con la mayor impavidez y sangre fría, y sin parar mientes en la difícil situación en que se encontraban, no cesaban de manifestar su buen humor de mil maneras, haciendo á los aliados todo género de diabluras para molestarlos y hacerlos rabiar, tirándoles en las avanzadas con *flechas* y *bodoques*. (2)

El Mariscal no desperdiciaba las ocasiones que

---

(1) Véase á Thompson, pág. 273 obra citada.

(2) Especie de balas de arcilla secadas al sol, y arrojadas con un arco de dos cuerdas separadas con unos palitos, teniendo una fundita en medio donde se coloca el bodoque. Los muchachos en el Paraguay se sirven de esta arma para cazar pájaros.

se le presentaban para hostilizar é inquietar á los aliados. Observó que los argentinos todas las mañanas tempranito hacían el servicio de descubierta más allá de sus líneas de *Tuyucué* en dirección al *Angulo*. En la costa del estero que pasaba por el frente de la vanguardia enemiga y la nuestra, había un pequeño palmar y un gran pajal que se prestaban para una emboscada.

El Mariscal concibió la idea y en seguida trató de llevarla á la práctica. Mandó aprontar dos compañías de infantería y un escuadrón de caballería al mando de su ayudante de campo el joven Capitán Urbieta con instrucciones de que la primera se emboscara en dos puntos: en la mencionada isleta y en un pajal, no á mucha distancia de allí, y el segundo se ocultara en la extrema izquierda de la avanzada enemiga en un parage igualmente adecuado, de manera á caer á la descubierta por la espalda en el momento oportuno.

Efectivamente, el Comandante Pipo Giribone que mandaba la línea avanzada argentina, esa mañana antes de amanecer, vino en persona á la descubierta de costumbre, trayendo como 200 infantes y un escuadrón de caballería del regimiento *Lavalle*; es decir, próximamente unos 300 hombres. Además, por la derecha del estero venía un pelotón como de 25 hombres de caba-

llería al mando del Comandante Falcón, su segundo.

En este orden venían avanzando lentamente, y al penetrar la columna de Pipo en la isleta, la emboscada de infantería nuestra, le hizo una descarga volteando á varios. Lograda así la sorpresa, la emboscada, seguida por el enemigo, se retiró, y cruzando otro esterito, que había enfrente de nuestra avanzada, hizo alto, empezando un escopeteo general de una y otra parte. En seguida, la otra emboscada, cuando llegó á ella el Comandante Falcón por la derecha del estero, hizo también una descarga sobre su gente, hiriéndole á él y á otros.

En vista de esto, Pipo desprendió una parte de su caballería é infantería y mandó á dar protección á Falcón; pero en el camino se encontró con otra emboscada que se le había improvisado de infantería y caballería. Después de la descarga de la primera, carga la segunda con inusitado arrojo y denuedo, matando é hiriendo á la mayor parte.

Simultáneamente con esos hechos, y sin dar tiempo á que Pipo reorganizara su gente, los cien hombres de caballería nuestra, ocultos en la extrema derecha del enemigo, se lanzaron rápidos como rayos sobre la fuerza del Comandante Giribone, logrando fácilmente entrar por el flanco y espalda, causando considerable baja al enemigo

por la decisiva é incuestionable ventaja que lleva nuestra caballería en los combates individuales.

Todo esto, por supuesto, fué llevado á cabo con más rapidez que el tiempo que uno necesita para relatarlo, cosechando un expléndido resultado: la muerte del Comandante Pipo Giribone, su ayudante y un alférez, y herido su segundo, el Comandante Falcón. Además, una baja de 40 hombres entre muertos y heridos. De nuestra parte, la pérdida no pasó de 30 entre muertos y heridos. El Capitán Urbieta salió herido en la pierna con una bala de rifle fracturándole el hueso.

Está demás decir, que en cuanto se inició el sangriento conflicto, vinieron fuertes refuerzos del ejército argentino á protejer á los suyos. Pero nuestra fuerza, habiendo realizado el objeto de la operación, se replegó sobre nuestras posiciones.

Estos asaltos y combates parciales en que lucían el valor y la intrepidez del soldado paraguayo, eran muy bonitos y contribuían á enardecer y entusiasmar al ejército; pero hay que confesar con imparcial franqueza que con ellos no adelantábamos nada sobre el enemigo.

El 19 de febrero de 1868 fué asesinado en su carruage, en las calles de Montevideo, el Jeneral Venancio Flores.

Queda librada al severo fallo de la historia la vida pública de este personage, que llegó á ser

dócil instrumento de la política del Brasil. Y digo esto, porque no es fácil hallar razón que lo justifique por el hecho de haber comprometido á su país en una alianza contra una república hermana, contrariando así el sentimiento de la inmensa mayoría del pueblo uruguayo.

Poco antes de estos sucesos, el Mariscal mandó construir el reducto de Cierva, 3/4 de legua al Norte de *Humaitá*. Dicha fortificación no tuvo otro objeto que hostilizar al enemigo. Tenía 9 piezas de campaña y 500 hombres de guarnición al mando del valiente mayor Olavarrieta.

Según Thompson esa posición era enteramente inútil para el Mariscal, y que los aliados padecieron un error en suponer que era un punto importante en la creencia de que servía de entrada al Potrero Obella, del cual había conquistado una parte.

CAPITULO IV

La escuadra encorazada brasilera pasa *Humaitá*—Asalto y toma del reducto Cierva—Evacuación de la Asunción, trasladándose el Gobierno con todas las oficinas administrativas á Luque—Los encoraza dos *Bahía*, *Barroso y Río Grande do Sul*, suben aguas arriba hasta la Capital al siguiente día que forzaron el paso de *Humaitá* — Incidentes curiosos—Asalto por una fuerza de caballería en canoas á los encorazados fondeados entre *Humaitá y Curupaity* — El Mariscal se retira al *Chaco* y sigue viaje hasta *Monte Lindo* y de allí á *San Fernando*—El enemigo ataca nuestra línea del Espinillo y la del Sauce— Evacuación de estas posiciones por nuestras fuerzas, así como la de *Curupayty*—Nuestra partida de *Paso-pucú* á *Humaitá* y viaje nocturno de aquí á *Timbó* y de este punto á San Fernando.

El pasage de *Humaitá*, operación arriesgada y tal vez muy difícil, si no imposible, para una escuadra de madera, llegaba á ser fácil y sencilla para los buques encorazados, toda vez que no contaba aquella fortaleza en esos momentos con los elementos propios para contrarestar el empuje y la resistencia de esas poderosas máquinas de guerra.

Según ya hemos visto (Cap. I de este Tomo), en el plan propuesto por el Jeneral Mitre y aceptado por el marqués de Caxías, se disponía que la escuadra forzara, una después de otra, las dos posiciones nuestras de *Curupayty* y *Humaitá*, como condición indispensable del movimiento del ejército aliado de *Tuyutí* para *Tuyucué*. La escuadra, después de algunas vacilaciones, pasó la primera, y en cuanto á la segunda, el Vice-Almirante Ignacio y sus subalternos consideraron el pasage imposible, exponiendo que para tentarlo necesitaba refuerzos.

Ignacio contestaba á las exigencias de Mitre que el ataque simultáneo contra *Curupayty* y *Humaitá* solo era concebible por quien nunca hubiese echado una ojeada á un mapa del río y no considerase que para llegar al segundo punto, era preciso forzar el primero distante algunas millas. «Sin em-« bargo, se insiste», añadía, «que la escuadra hiciese « esto que el Jeneral Mitre llamaba: *llenar un deber!* « Mas, ¿por qué *no llenaba también el ejército el deber* « que le incumbía de asaltar las trincheras para-« guayas? La razón, completamente aplicable á la « escuadra, alega el mismo Jeneral en el *memo-« randum* analizado, esto es, que para tentar con « buques un asalto ó pasage de un estrecho canal « fortificado, era preciso que haya probabilidades « de éxito, *pues tentar un asalto en la seguridad de*

« *ser rechazado ó por lo menos, sin contar con una* « *ventaja probable, seria una insensatez.*» (1)

Preguntaba el Vice-Almirante Ignacio: «En las actuales circunstancias de las Repúblicas del Plata, revolucionadas ó en vías de revolución, conocidos como son sus sentimientos respecto al Imperio del Brasil, es *prudente arriesgar la parte más importante de nuestra marina* á una ruína cierta é inevitable, sin convicción de que esta ruína prevenga otra mayor, ó dé triunfo á las armas del imperio? (2)

Pero, á pesar de esas objeciones, el Vice Almirante manifestaba tanto al Gobierno como al marqués de Caxías, que estaba pronto á efectuar el pasage si se le ordenaba, es decir, que obedecería salvando su responsabilidad en cuanto al riesgo que temía.

Tal vez esa orden se le hubiera dado si tanto el Gobierno como el marqués de Caxías no hubiesen tomado en consideración dos razones alegadas por el Vice-Almirante, Barón de Inauma: la 1ª, que los buques de que disponía no reunían las condiciones propias para emplearlos á mayor empresa después de forzar el paso de *Curupayty*, careciendo de algunos importantes reparos; y la 2ª,

---

(1) *A Marinha D'Outr'Ora* por el Visconde de Ouro-Preto.

(2) Confidencial de Ignacio al Ministro de Marina, el 11 de Septiembre de 1869. (Véase la obra citada del Visconde de Ouro-Preto.)

la posibilidad de obtener por el ejército, más lentamente es cierto, pero con sacrificios mucho menores, los resultados que se esperaban del pasaje de *Humaitá*.

Con este motivo, y sin duda para obviar cualquier otro pretexto en adelante, el Gobierno Imperial mandó construir tres monitores de poco calado: el *Pará*, el *Alagôas* y el *Río Grande do Sul*.

Por otra parte, el Gobierno Imperial, interesado más que nadie en la continuación de la alianza, trató de disipar las preocupaciones del Vice-Almirante contra los aliados, y al final de las razones que aducía para demostrar que esas prevenciones no tenían su fundamento racional, y que mientras no estuviese comprometida la dignidad de la nación convenía hacer todos los sacrificios posibles para mantener la alianza, terminó con estas palabras: «En esta eventualidad, que no juzgo posible, el General en jefe de nuestras fuerzas está autorizado para proceder como le dicten su prudencia, patriotismo y valor.» (1)

Por otra parte, el Ministro de Marina procuraba en sus confidenciales infundir ánimo y valor al Vice-Almirante que por lo visto vacilaba ante la idea de forzar á viva fuerza el paso de *Humaita*. En uno de sus párrafos le decía lo siguiente: «La ver-

(1) Obra citada;—confidencial de 27 de Septiembre de 1867 dirijida por e Ministro de Marina al Vice-Almirante, p. 325

« dad es, que nada hemos hecho todavía de osado y
« excepcional contra las fortificaciones paraguayas,
« y entre tanto ir más allá de *Humaita*, no es un-
« imposible para quien pasó *Curupayty*. Los ince-
« santes bombardeos, que ciertamente disminuyen
« el número del enemigo, no han conseguido ni
« conseguirán tal vez, en la brevedad del tiempo en
« que debemos conseguir la victoria, hacer callar
« sus baterías. Si se espera este resultado, como un
« acontecimiento que se debe realizar por el orden
« natural de las cosas, tendremos la guerra prolonga-
« da indefinidamente, y el genio y bravura de nues-
« tros generales puestos á disposición de simples
« eventualidades, aguardando para cantar victoria
« el último arranque de un enemigo ya extenuado.

« Desde que no exista probabilidad de hacer
« callar las baterías de *Humaitá* por los medios or-
« dinarios empleados hasta aquí, desde que el pa-
« saje por aquellas baterías ofrece condiciones de
« practicabilidad que no existían; y. finalmente,
« desde que aún nada hemos hecho todavía para
« llegar á la conclusión de lo imposible, confiando
« en la decisión y valor que distinguen á V. E.,
« creo, señor Almirante, que V. E. *va á emprender*,
« *si ya no ha emprendido*, *la solución del grande y*
« *glorioso problema*. (1). El interés que me domi-

(1) Las subrayas son del autor citado.

« na por los hechos de nuestra escuadra, me sugie-
« re ideas que no debía exponer, deseando que V.
« E. las considere como señal y prueba de mis sen-
« timientos.

« Piense en la posibilidad de hacerse el pasaje « dispuestas las fuerzas como mejor entienda V. « E., durante una noche oscura, y mismo tempes- « tuosa. Teniéndose en *Humaitá* certeza de que « la escuadra no proyecta el pasaje, podría ella « irse desapercibidamente para el enemigo.

« Sería el caso de una brillante osadía, si du- « rante la noche, reconocido previamente el canal « por nuestros prácticos, una división de los pe- « queños encorazados afrontase el mismo canal á « toda fuerza, y fuese á un punto convencional á « combinar con el ejército para la prosecución de « las últimas empresas. No presento sinó una idea, « convencido de que V. E. habrá discutido con el « desenvolvimiento que pueda tener allí, en el tea- « tro de las operaciones, y sometido al criterio de « su experiencia y conocimientos profesionales.

« Estas son las reflexiones que deseaba hacerle. « Plegue á Dios que ellas tengan pronta respues- « ta con una noticia de que fué la escuadra quien « decidió el pleito, probando una vez más que no « hay imposible en la guerra.» (1)

(1) Carta reservadísima del Ministro de Marina al Vice-Almirante, fecha 26 de Diciembre de 1867.—Obra citada, p. 340 y siguientes.

Francamente, tales reflexiones engendran la idea de que el Barón de Inauma no las tenía todas consigo, y que hasta el último momento recelaba que la operación pudiese tener éxito.

Pero sea de ello como fuese, las cañoneras mandadas construir en Río Janeiro para reforzar la escuadra entre *Curupayty* y *Humaitá*, llegaron por fin á Curuzú. El *Pará*, comandante, teniente Custodio de Mello; el *Rio Grande*, comandante, teniente Antonio Joaquín, y el *Alagôas*, comandante, teniente Maurity, estaban anclados junto á la escuadra de madera, esperando orden para forzar el paso de *Curupayty* é ir á incorporarse á los buques de vanguardia. Efectivamente, fué comisionado para traerlas el capitán de mar y guerra Delfino de Carvalho, llevando de prácticos á los tenientes Fernando Etchebarne, Bernardino Guastavino y Manuel Prefume. Levaron anclas el 12 de Febrero de 1868 á las 8 1/2 de la noche, pero una ligera descomposición de la máquina del *Alagôas*, les obligó á dar fondo.

Terminadas las reparaciones el día 13 al anochecer se pusieron otra vez en movimiento los encorazados mencionados y forzaron el paso de *Curupayty* bajo el fuego de las pocas piezas que quedaron en este punto, sufriendo pocas averías, excepto el *Rio Grande*, cuya coraza fué agujereada por balas de á 68 en el momento que suspen-

dió su marcha para desembarazar la proa de un islote flotante de camalotes que al bajar al son de la corriente quedó allí enredada. A las 9 1/2 el *Pará* y el *Alagôa* echaron ancla al lado del *Brasil* que mandaba el Vice-Almirante. El *Rio Grande* llegó una hora más tarde.

Estos monitores eran impulsados por máquinas de doble hélice, y su borda estaba blindada con chapas de 4 pulgadas, elevándose solo un pie sobre la superficie del agua. Su torre era giratoria y armada de una pieza sistema Whitworth, con chapas de 6 pulgadas de blindaje. Su tronera era circular y muy poco más grande que la boca del cañón; de manera que quedaba completamente cubierto. Se graduaba la puntería por medio de un mecanismo que alzaba y bajaba los muñones, conservándose la boca á la altura de la tronera. Todo el conjunto presentaba desde la distancia un blanco muy pequeño, que hacía por lo consiguiente muy difícil acertarlos con un tiro por esmerada que fuese la puntería.

El 19 de Febrero, á las $3^1/_4$ de la mañana, los encorazados que habían tomado posición para protejer con su fuego a la escuadrilla expedicionaria destinada á forzar el paso, iniciaron un bombardeo terrible, haciendo otro tanto la escuadra de madera frente á *Curuzú* dirigiendo sus tiros sobre *Curupayty*. Algunos cañoneros que habían penetrado

en la laguna Piris cooperaron con los otros, lanzando sus bombas y balas sólidas sobre el *Sauce* y otros puntos inmediatos. Las líneas enemigas de *Tuyucué* rompieron igualmente un fuego furibundo sobre nuestras posiciones del *Espinillo*, adelantándose algunos batallones que sostuvieron un nutridísimo tiroteo con nuestra infantería dentro de trinchera. Todo esto hizo el marqués de Caxías, (1) para persuadir á los paraguayos de que iba á llevarles un ataque general.

De modo que el inmenso circuito de la línea ocupada por los aliados en tierra como en el río, ardía como un gran volcán, que lanzaba sobre nuestro campamento sin interrupción, bombas, balas razas, granadas y descargas de fusilería. Parecía un fuego fantástico que la imaginación del poeta concibe, dándole forma material en el escenario de un teatro! No había necesidad de tanto aparato para nna operación que de suyo era fácil y sencilla como se comprobó con su realización.

El orden que guardaban los encorazados expedicionarios para efectuar el pasaje era el siguiente:

El *Barroso*, al mando del capitán Silveira da Motta, llevando atracado al costado de babor al monitor *Río Grande*; el *Bahía*, al mando del capitán de fragata Guillermo dos Santos, llevando al

1) Preto obra citada.

costado de babor al *Alagôas;* y el *Tamandaré* al mando del capitán Pires de Miranda, con el *Pará* al costado como los anteriores, pasaron las baterías de *Humaitá* á todo vapor sin disparar un tiro. Esta escuadrilla iba al mando en jefe del capitan de mar y guerra, Delfino de Carvalho.

El *Barroso* fué el primero que traspuso las baterías de nuestra fortificación. Seguía á éste el *Bahía*, y al acabar de pasar las mismas, una bala de cañón cortó los cabos que sujetaban al *Alagôas*. Sigue aquél adelante, y éste, perdiendo su gobierno, retrocedió hasta cerca de los encorazados escalonados para dar protección con sus fuegos á los que efectuaban el pasaje. Se le ordenó echara fondo; pero su comandante finje no apercibirse de la intimación y desobedece (1) y enderezando la proa aguas arriba, avanza á toda máquina, de modo que cuando despuntó el día, dicho buque se encon traba ya fuera de los tiros de nuestros cañones. Los artilleros de *Humaitá* se portaron bien; sus tiros no solo eran nutridos sino certeros,pero las balas de á 68, en su mayor parte, se hacían pedazos contra las chapas de los encorazados.

Así que pasaron *Humaitá*, siguieron aquéllas aguas arriba hasta *Taiy*, y habiendo tenido que pasar antes por frente de las baterías de *Timbó*, estas

(1) Ouro-Preto.

los hostilizaron, haciéndoles sufrir mayores averías, en razón de que aquellas ocupaban una posición más baja que la de *Humaitá*. El *Tamandaré*, el *Alagôas* y el *Pará* fueron los que tuvieron averías más graves y de mayores proporciones que las de los otros, consistentes en roturas y aboyaduras de chapas y desprendimientos de pernos, las cuales, según el autor citado, reçlamaban prontas composturas para volver á entrar en servicio. El primero, ó sea el *Tamandaré*, recibió 120, y el segundo, 180 balazos......

Las bajas personales fueron por supuesto insignificantes, limitándose á algunos heridos y contusos, entre los cuales se encontraban el capitán Delfino de Carvalho, el Teniente Maurity que comandaba el *Alagóas* y el práctico Etchebarne.

El Almirante Ignacio, en la orden del día que publicó, dijo:—«Teniendo la suerte de ser cristiano, « no puedo dejar de atribuir á la más decidida pro« tección de Dios el tan señalado favor de esta « victoria, que bien poca sangre preciosa de nues« tros bravos nos cuesta.» (1)

Los vapores nacionales *Tacuary* é *Ygurey* penetraron en el *Arroyo Hondo* para escaparse de los acorazados. Asimismo, la guarnición del *Laurel*, cuya posición estaba expuesta al fuego de éstos

(1) Orden del día número 120.

por hallarse sobre la barranca del rio Paraguay, tomó abrigo en el monte inmediato, y cuando los acorazados pasaron, se retiró á *Timbó* conducida por el *Tacuary*.

La operación del pasage de *Humaitá* hubiera sido mucho más fácil, si se hubiese verificado inmediatamente después del de *Curupayty*, porque entonces hubieran encontrado á la primera casi desartillada, por haberse llevado á la segunda las piezas de grueso calibre. Además, hubieran conseguido la ventaja de impedir que se transportasen los cañones de *Humaita* á *Timbó* para guarnecer las baterías de esta última posición que se construyeron ya después.

Pero aún después del pasage de *Humaytá*, si los aliados hubiesen obrado con mas cordura y acierto, no hubieran dejado de ver la conveniencia de situar uno ó dos acorazados entre Humaitá y Timbó; así hubieran impedido que la guarnición del *Laurel* se retirase á esta última posición, *Humaitá* hubiera quedado real y verdaderamente sitiada que era lo que se proponían, y el mismo Mariscal no hubiera conseguido cruzar en un bote al Chaco.

En la misma mañana del día en que pasaron los encorazados *Humaytá*, el marqués de Caxías mandó atacar con 800 hombres el reducto Cierva, con la idea, según su propia confesión, de cortar la guarnición del *Laurel*, en la creencia equivocada

de que existía comunicación entre las dos posiciones. Este primer ataque fué rechazado con grandes pérdidas. Los asaltantes iban armados de los famosos fusiles de agujas, que en esa ocasión no les sirvieron para nada, y sin poder resistir á la granizada de bombas y metrallas que lanzaron sobre ellos casi á boca de jarro nuestros artilleros, se vieron obligados á dispersarse. En seguida fueron reemplazados por otra columna de ataque que tuvo la misma suerte, así como la tercera y la cuarta. Mientras se retiraba esta última, se oyó la voz de un soldado nuestro que advertía al Mayor Olavarrieta que la munición estaba agotada, con lo que cobraron aliento los brasileros y volvieron al ata que; pero ya Olavarrieta se había retirado con sus tropas abordo del *Tacuary* y del *Ygurey* que estaban próximos, y que la habían ayudado con sus fuegos contra los asaltantes. Estos vapores, después de cambiar algunos tiros con los brasileros, bajaron á desembarcar las tropas que llevaban, en *Humaytá*.

La defensa, como se vé, nó ha podido ser más heroica: cuatro ataques sucesivos fueron rechazados, después de haber llegado hasta nuestras trincheras, cuyas fosas quedaron colmadas de cadáveres.

Las pérdidas de los brasileros entre muertos y

heridos se calculan á 1200 hombres, y las nuestras á 150, y 9 piezas de artillería.

Después de la toma de *Taiy* por los aliados, nuestras comunicaciones entre la Asunción y el Ejército, se hacían por telégrafo hasta el *Tebicuary*, y de allí se llevaban á caballo por el Chaco hasta *Timbó*, donde había otro telégrafo que comunicaba con *Humaitá*.

El Mariscal participó al Vice-Presidente señor Sánchez el paso de las corazas por *Humaita*, ordenándole que hiciera desalojar sin pérdida de tiempo la capital, que quedaba convertida en una plaza militar. El Vice Presidente, en cumplimiento de la orden, lanzó un decreto, permitiendo á los ciudadanos que llevaran lo que pudiesen y saliesen á la campaña, no pudiendo volver en busca de nada, sin un permiso especial otorgado por la autoridad del departamento donde fueran á residir. (1) El Vice-Presidente con todas las oficinas públicas de la administración, se trasladó á Luque, distante nueve millas de la Asunción. Luque, pues, llegaba á ser la Capital provisoria de la República, y á esta virtud, la mayor parte de la población se dirigió á dicho pueblo. Las casas que había no eran suficientes para dar alojamiento á

---

(1) Véase á Thompson, á mayor abundamiento, aunque es una verdad que vive en la conciencia de todos los de aquella época.

tanta gente, de modo que un gran número tuvieron que vivir al aire libre, y las familias se acomodaron, como pudieron, en los corredores exteriores de las casas. Esta circunstancia agregada á la escasez de provisiones de boca causó grandes penurias y miserias.

Los pobladores de las orillas del río recibieron orden para retirarse tierra adentro, á fin de ponerse á cubierto de los encorazados.

En la misma tarde del día 19 de Febrero, Caxías se dirigió á *Taiy* á felicitar á los marinos que acababan de ejecutar una *hazaña tan notable*, (1) forzando las baterías de *Humaitá*, y combinar con el Capitán Delfino de Carvalho nuevas operaciones.

En efecto, éste recibió orden para remontar el río Paraguay, con instrucción de reconocer las confluencias del *Bermejo* y *Tebicuary*, hostilizando las fortificaciones ó fuerzas que encontrase, echar á pique los buques paraguayos que apareciesen, y finalmente, bombardear la Capital. (2)

El día 20 partió el Capitán Carvalho con los encorazados menos estropeados, que fueron el *Barroso*, el *Bahía* y el monitor *Río Grande*, reforzados con una guarnición de 100 hombres de infantería del ejército terrestre.

---

(1) Según Ouro-Preto.

(2) Obra citada.

En *Monte-Lindo*, paraje situado sobre la barranca derecha del río Paraguay, había algunos galpones que servían de depósitos de los víveres que se transportaban por el Chaco al ejército. Dicho punto estaba custodiado por una pequeña guarnición de infantes, y cuando el jefe tuvo noticia de la aproximación de las corazas, dió orden á las tropas para que llevasen de los depósitos todas las provisiones que pudiesen, á fin de que el enemigo no encontrase allí nada. Las tropas, muy contentas por esta disposición, se llevaron las provisiones consistentes en maíz, almidón, *typyraty*, miel, sal, etc., etc., á los bosques vecinos, y allí, sin acordarse más de los buques enemigos, consolaron sus famélicos estómagos, atracándose á no poder más de cuanto pudieron llevar!

Los encorazados, así que llegaron allí, bombardearon ese punto, y luego como complemento de la obra, desembarcaron unos cuantos hombres que prendieron fuego á los, galpones, que estaban casi vacíos, pues á penas había en ellos un resto de tasajos agusanados.

Concluída esta operación, siguieron viaje, y el 21 avistaron al *Pirabebé* que llevaba á remolque la goleta *Angélica*, con dirección á la Asunción. El *Pirabebé*, que por supuesto no esperaba tan molesta visita, se vió de improviso en serio apuro. Carecía de leña, único combustible que consumían los vapores nacionales desde que el país quedó blo-

queado por la escuadra enemiga. De modo que se vió obligado, para dar mayor presión á la máquina y conseguir escaparse de la persecución, á echar al fuego la obra muerta del buque y todos los baules de madera de la tripulación. Y para evitar que la goleta cayera en poder del enemigo la echó á pique, quedando así desembarazado de un peso que acortaba su marcha. Los brasileros pretenden, unos que ellos la habían echado á pique, y otros que la habían incendiado. (1) No fué ni lo uno ni lo otro, sino tal cual como queda referido. El *Pirabebé*, que logró escaparse á tiempo, corrió hasta ponerse al otro lado de la Asunción, fuera del alcance de las balas de los buques brasileros.

Cuando éstos llegaron á la vista de la Asunción el 22 de Febrero, rompieron fuego en seguida sobre la Ciudad, lanzando sobre el pueblo unos 60 tiros durante dos horas. Uno de éstos atravesó la torre del palacio nuevo de López, volteando uno de los cuatro torreones. Los otros eran dirigidos contra los trenes que salían de la estación central cargados de gentes que se trasladaban al campo en virtud del decreto del Vice-Presidente, ordenando la desocupación de la Capital. Felizmente no hubo ninguna desgracia personal que deplorar. No pudiendo dominar la ciudad desde la distancia donde estuvieron,

(1) Ouro-Preto.

trataron de aproximarse; entonces el *Criollo* se hizo sentir con algunos tiros, que aunque no dieron al blanco, fueron suficientes para hacerlos volver aguas abajo. Volvieron á detenerse de paso en *Monte-Lindo*, y aunque no había ya allí nada, sino cenizas, sin embargo, por lo que *potens contingere*, dispararon varios tiros á metralla sobre el bosque, continuando después su marcha hasta *Taiy*. El Comandante Núñez les puso una emboscada á la proximidad del *Tebicuary* de dos cañones y algunos infantes, que no dejaron de causarles algún daño.

El pasaje de las corazas por *Humaitá* y el arribo de las mismas á la Capital, dieron lugar en ésta y en *Paso pucú*; á algunos incidentes curiosos, que avivaron el espíritu suspicaz del Mariscal, sirviéndole, puede decirse, de base para iniciar el gran proceso de la CONSPIRACIÓN. Por esta razón merecen ser consignados aquí por la trascendencia que han tenido en los sucesos de la guerra.

Hemos visto en el Capítulo precedente (p. 96), que D. Saturnino Bedoya, después de cumplir la misión que llevaba cerca del Mariscal, en representación del pueblo, continuó allí en virtud de no haber recibido orden de aquél para regresar.

Cuando los encorazados enemigos forzaron las baterías de *Humaitá*, el señor Bedoya, que hasta entonces se había mostrado sereno, se alarmó ex-

traordinariamente, á tal extremo que fué corriendo á ver al Obispo Palacios, que como dije ya, vivía en una casita de paja situada dentro del perímetro del Cuartel General, bajo un gran naranjal, y en un lenguaje oscuro é incomprensible, le manifestó que temía que con motivo del pasaje de los buques enemigos por *Humaitá*, pudiese suceder en la Asunción algo muy grave. El Obispo, procuró aclarar con preguntas lo que quería decir, ó sea los motivos de su temor, pero nada pudo adelantar, notándose en la palidez y voz anudada de D. Saturnino, que éste estaba horriblemente asustado.

El Obispo lo hizo retirar, y acto continuo fuése á dar parte al Mariscal. Este escuchó con calma la relación del señor Obispo, y como ya había andado extrañando ciertos movimientos que notaba entre los hombres de la Asunción, en seguida comenzó á parar las orejas, manifestando desde luego sumo interés en saber á fondo lo que pasaba en la Capital, tanto más, cuanto que su hermano D. Benigno, que no se llevaba bien con él y que de consiguiente, no le merecía ninguna confianza, se encontraba allí. A esta razón, resolvió en el acto ordenar el arresto de Bedoya, disponiendo á la vez que el General Barrios, concuñado de éste, y el mismo señor Obispo, fuesen á tomarle una declaración verbal bajo juramento, sometiéndolo á un interrogatorio formulado al efecto por el Mariscal. Así lo hicieron; pero

nada pudieron adelantar, porque, sin duda, Bedoya, vuelto en sí, principiaba á comprender toda la gravedad é importancia del paso que imprudentemen te había dado ante el Obispo, y procuraba evitar con respuestas evasivas y vagas, aunque ya tarde, que el Mariscal llegase á asir el hilo que le había de conducir al ovillo.

En la Asunción, cuando tuvieron noticia de la aproximación de los encorazados, el Vice-Presidente, á pedido del comandante general de armas, Coronel Venancio López, reunió el Consejo Consultivo, que se componía de Benigno López, Francisco Fernández, Bernardo Ortellado, Deán Bogado, Carlos Riveros, el Padre Espinosa y Gumersindo Benítez, para tratar sobre el suceso de la aparición de los encorazados. Una vez reunido el Consejo, se suscitó la cuestión de si debería ó no hostilizar al enemigo. El Comandante Fernández, que ejercía el cargo de una especie de inspector de armas, manifestó que á su juicio no sería prudente hacer fuego al buque enemigo, porque había muy pocos pertrechos, que no permitirían sostener la lucha sino por muy breve tiempo. La mayoría parecía inclinada á aceptar esta opinión; pero luego el padre Espinosa, que hasta entonces permanecía callado, se levactó y previa la venia del Vice-Presidente, les dirigió una peroración enérgica y calurosa, terminando con estas ó semejantes pala-

bras: «Que el patriotismo imponía el deber de combatir al enemigo, cualquiera que fuese su número, y donde quiera que se presente, desde que la Nación se encontraba frente á frente con él, y que á esta razón, aunque no hubiese más que un solo cartucho de pólvora, con ese se había de romper fuego contra el enemigo» . . . .

Las palabras del padre Espinosa, apoyadas por el Vice-Presidente Sánchez, decidieron que la batería de *Tacumbu* hiciera fuego sobre los buques enemigos, tan luego como éstos estuviesen á su alcance, como en efecto así lo hizo.

Pero el Comandante general de armas, no contento con esta resolución, invitó nuevamente al Vice Presidente para reunir el consejo en su domicilio particular cerca del puerto. El Vice-Presidente, llevado del profundo respeto que profesaba á toda la familia López, y como que se trataba de uno de los hermanos del Mariscal actuando en un elevado puesto militar, fácilmente incurrió en la debilidad de acceder al pedido de D. Venancio, sin sospechar ni lejanamente que pudiese haber malicia ó propósito avieso ó antipatriótico en el proceder de éste. En esta segunda reunión, se volvió á suscitar la misma cuestión que en la primera. Esta vez fué don Carlos Riveros, que tomó la palabra, manifestando: «que esperar á la intimación de bombardeo de la ciudad por el enemigo

« pudiera entenderse cuando aun no se hubiesen « comenzado las hostilidades, y no como en « nuestro caso, en que los beligerantes se hallan « en constante y dilatada lucha.» Convencidos los presentes de este razonamiento, confirmaron la resolución primera de rechazar cuanto antes á las corazas que aportasen.

Estos incidentes, como era de suponerse, llamaron la atención del Mariscal extraordinariamente, y tal fué la importancia que les dió, que dirigió, con fecha 16 de Marzo de 1868, una enérgica nota al Vice-Presidente, pidiéndole que diera una explicación circunstanciada de su conducta en esa ocasión, haciéndole severos cargos por haberse entregado dócil á la influencia de Benigno y Venancio López, y cuál ha sido el verdadero motivo que ha mediado para someter, á indicación de éste, un absurdo á un consejo de hombres cuerdos.

La contestación del Vice-Presidente Sánchez á dicha nota es un documento notable, no sólo por la originalidad y sencillez de su estilo, que le da un sabor de profunda sinceridad capaz de llevar el convencimiento al ánimo más prevenido, sino también por los detalles históricos que contiene sobre dicho incidente, los cuales confirman lo relacionado hasta aquí.(1)

---

(1) Véase el referido documento en el apéndice.

Reasumiendo la ilación de nuestro relato, debemos recordar á nuestros lectores que sólo una parte de la escuadra encorazada brasilera pasó *Humaitá*, quedando entre *Curupayty* y esta fortaleza, siete encorazados, de los cuales el *Limas-Barros* y el *Cabral* formaban la vanguardia y se hallaban situados á cierta distancia de los demás.

La posición que ocupaban los encorazados era: en vanguardia los dos ya mencionados, comandados el 1° por el Capitán de fragata Garcindo de Sá y el 2° por el capitán Alves Nogueira. A popa ó retaguardia de éstos estaba el *Silvado*, Comandante Capitán Jerónimo Goncalves y el *Herval*, Comandante Capitán Helvesio Pimentel. Más abajo, en la boca del río de Oro, como repetidor de señales, el *Mariz é Barros*, Comandante Capitán Netto de Mendonza. En el puerto *Eliziario* el *Brasil*, Comandante Capitán Salgado con el Vice-Almirante abordo, y el *Colombo*, Comandante Capitán Bernardino de Queiróz. (1)

El Mariscal López, empeñado siempre en encontrar algún medio para hacer cambiar de rumbo á la guerra, en sentido favorable al Paraguay, concibió la atrevida idea, propia de su carácter, de apoderarse si no de todos, á lo menos de algunos cuantos de los encorazados que acabamos de mencionar, con

---

(1) Vizconde de Ouro-Preto; obra citada.

designación de la posición que respectivamente ocupaban entre *Humaita y Curupayty*.

Sin pérdida de tiempo, puso mano á la obra.

Llamó á su ayudante de campo, Capitán Ignacio Genes, vecino del departamento de la Villa del Pilar, y preguntado si era buen nadador, contestó que sí. Interrogado luego de si conocía á algún otro oficial vecino de su departamento, que fuese también buen nadador? Contestó: que conocía al Capitán de caballería comandante del regimiento núm. 21, José Tomás Céspedes, hombre de desempeño para cualquier clase de empresa en que el arrojo y el valor personal sean elementos necesarios para su exito.

Acto continuo mandó llamar al Capitán Céspedes.

Cuando éste se presentó á eso de las 10 a. m. le dijo el Mariscal que tenía noticias de que era un buen nadador, y que en ese concepto pensaba darle una comisión importante. Y sin decirle cuál era ésta, le ordenó que fuera á almorzar y que cuando haya concluído, volviera á su presencia, trayéndole desde ya una lista de los individuos de su cuerpo ó de otro que él (Céspedes) conozca ser fuertes en natación. Céspedes se retiró, almorzó bien en el rancho del Mariscal y una hora después volvió ante el mismo, presentándole una lista á lápiz de los individuos que él conocía como excelentes nadadores.

Después de una larga conversación con él, el Mariscal hizo llamar igualmente á los capitanes Eduardo Vera, comandante del regimiento núm. 19 y Manuel Bernal, comandante del regimiento núm. 10. Así que se presentaron éstos, los reunió á los cuatro en círculo, es decir, á Genes, Céspedes Vera y Bernal, y les manifestó que pensaba apoderarse de los encorazados que se encontraban entre *Humaitá* y *Curupayty*, y que para llevar á cabo esta empresa había concebido el plan de formar cuatro divisiones de á 50 hombres cada una, llevando á la cabeza como jefe uno de ellos. Les ordenó por conclusión que fueran á sacar de sus regimientos 200 hombres entre tropas y oficiales, debiendo ser todos buenos nadadores.

Formadas de esta manera las cuatro divisiones, dispuso que el personal que componía cada una de éstas, sujetándose con una mano de una soga larga llevando también el sable en la misma, se echara á la corriente del río, y avanzara á son de camalotes hasta llegar á los encorazados, abordándolos inmediatamente. Se hizo el ensayo, y notando que este modo de llevar el abordaje no iba á dar ningún resultado, porque si bien todos nadaban admirablemente, había en el río remansos que no podían salvar fácilmente, se resolvió abandonar este procedimiento, y en su lugar se mandó hacer unas pequeñas *jangadas* de cuatro palmas cada una,

debiendo llevar dos de ellas cada partida ó división de 50 hombres.

Hechas aquéllas, se unieron dos por medio de una cuerda, de manera que no pudiesen desorganizar las divisiones. Se colocaron los hombres al rededor y se largaron á la corriente; pero cuando estuvieron á la mitad de la distancia á recorrer, vieron en la oscuridad un bulto ú objeto que se figuraron que era una canoa que cruzaba rápida por delante de ellos. Céspedes, que llevaba la vanguardia, temiendo que fueran á asustarse sus tropas, trató de animarlas en sentido de inspirarles confianza, manifestándoles que no tuvieran cuidado, que esa canoa que acababa de cruzar podría ser de nuestra gente, es decir, de algunos marinos que estaban apostados en la costa para prestarles auxilio en caso necesario; pero que si resultase que era enemiga, eso importaba poco, que entonces era sencillamente cuestión de apoderarse de ella, matar á todos sus tripulantes sin darles tiempo para gritar ó para dar la voz de alarma á la escuadra! . . . .

Esta oportuna prevención, desgraciadamente no fué oída por los que iban en la otra *jangada*, quienes se asustaron y empezaron á desparramarse, dirigiéndose hacia la costa. Céspedes, en vista de un hecho tan desagradable y comprometedor, hizo cuanto humanamente le fué posible para evitarlo,

saliendo en frente de ellos, y rogándoles encarecidamente, por lo más sagrado, para que desistieran de su propósito; pero vanos fueron sus exhortaciones y esfuerzos; aquellos hombres, como ganado asustado, pasaron por encima de Céspedes, sin prestarle ninguna atención, produciéndole algunas heridas en la cabeza y en el cuerpo el roce de los afilados sables que flotaban en el agua colgados del puño de cada uno de ellos. Céspedes, con tal motivo, se vió obligado á volver á tierra con el resto de sus hombres.

La partida de Bernal que había seguido á la de Céspedes, fué tomada por el remanzo que se encuentra un poco más abajo de la batería denominada «*Londres*», y á pesar de los esfuerzos que hicieron, no lo pudieron salvar, y, ya de día, consiguieron volver á la playa, mediante la protección que les prestaron los marinos.

En vista de que tampoco el sistema de *jangadas* daba resultado, ordenó el Mariscal que se aprontaran 8 canoas, debiendo llevar cada una 25 hombres y 10 oficiales, armados de sables bien afilados y de bombas de mano. (1)

Cada división compuesta de 50 hombres, como queda dicho, iba en dos canoas unidas estas por la

(1) El Visconde de Oro Preto hace subir el número de los expedicionarios á 1400 hombres, lo cual no es exacto. Dice el mismo autor que iban armados de sables, machetes, pistolas y facones! Solo llevaron sables y bombas de mano.

popa con una soga, llevando tres vogavantes uno á cada lado y otro en la popa como timonel. Al llegar al encorazado tenían que abrirse, á fin de que la proa de este cojiese la soga en medio, yendo las canoas arrastradas por la corriente á colocarse natu ralmente á los costados, y en seguida, ejecutar el abordaje saltándose á bordo.

Todo el mundo iba sentado en la canoa, llevando en la mano hojas ó ramas de *camalotes* y *aguapées*, de manera que cada partida, así disfrazada, se confundiese con las islas flotantes de estas plantas acuátiles que con abundancia bajaban á son de la corriente, por ser época de creciente.

Céspedes, por las heridas recibidas en la forma ya explicada, fué borrado de la lista; pero no pudiendo encontrarse en el concepto de sus compañeros quien lo reemplazase ventajosamente, y manifestando él deseo de volver á formar parte de la expedición, el Mariscal accedió al pedido de sus compañeros y de él mismo.

El 2 de Marzo de 1868, partieron las divisiones de *Humaitá* en una noche oscura, embarcándose en el punto denominado *Carbón-cué*. Así que iban aproximándose á los buques de la vanguardia, de repente apareció una lancha enemiga que hacía el servicio de ronda, (1) cuyo jefe, notando que

(1) Al mandc del guarda marina José Roque da Silva.

descendían cadenciosamente muchas islas flotantes de camalotes guardando en su movimiento y disposición mucho orden y regularidad, entró en sospecha y enderezó la proa de su bote hacia ellas para reconocerlas. Al acercarse á la que iba delante, que era la de Genes, fué sorprendido por el ruído que produjo el choque de la proa de su bote contra la canoa forrada de camalotes. Entonces conoció que no se trataba de una simple isla de plantas acuátiles, sinó de una *tramoya griega*, es decir, de una embarcación paraguaya, que equivalía tanto como decir de un *lobo con piel de oveja!* Sobrecogido de espanto, el bote hiló aguas abajo como una lanzadera, gritando sus tripulantes en alta voz: *¡Paraguá, paraguà viene à abordaje!!*..... de manera que oyesen el aviso los de los encorazados de vanguardia.

En vista de este incidente, Genes ordenó á los paleros que vogaran con fuerza para dar caza, si fuese posible, á la lancha enemiga. Lo mismo hizo Céspedes que iba más atrás, llegando ambas partidas casi al mismo tiempo que aquella al encorazado *Limas-Barros*, cuyos tripulantes no habían tenido tiempo para aprestarse al combate.

Los nuestros á guisa de monos saltaron unos tras de otros á bordo, encontrando sobre cubierta unos treinta hombres, restos de otros que ya se habían

metido adentro. Los primeros, por supuesto, fueron todos muertos en un santiamén.

La división de Vera, también obedeciendo á sus instrucciones, acudió á prestar su cooperación á las de Genes y Céspedes. La de Bernal fué á abordar al *Cabral*.

Esas instrucciones fueron las siguientes: Abordar á la vez los cuatro encorazados de vanguardia; pero si por cualquier evento no fuesen abordados sino uno ó dos, las otras divisiones deberían darles protección.

Aquí padeció el Mariscal una evidente equivocación. Si hubiese dado la orden sencillamente para abordar à los cuatro encorazados en absoluto, sin ninguna otra modificación, el éxito de la expedición era infalible. Así opinan algunos de los expedicionarios que se conservan vivos hasta el presente.

La circunstancia de haberse quedado dos encorazados libres, influyó poderosamente para el fracaso. Estos vinieron á prestar auxilio á los asaltados, arrojando sobre nuestra gente granizadas de piñas, que acabaron por herir y matarla, echando á balazos á pique algunas de las canoas.

En el *Limas-Barros*, después de las repetidas rociadas, solo quedaron vivos 5 hombres, y cuando el *Silvado* quiso aproximársele, estos gritaron: *¡Al abordaje!!!*.... Esta astucia empleada así oportuna-

mente, fué bastante para que el *Silvado* se retirase presto lejos, dando así tiempo á los 5 paraguayos astutos para escaparse á nado.

Casi todas las canoas paraguayas fueron tomadas ó zozobraron; solo algunas regresaron al punto de partida, con las tripulaciones disminuídas.

Nuestra pérdida consistía en unos 150 hombres, habiendo quedado sobre la cubierta de los buques unos 100 cadáveres. Las bombas de mano que llevaron nuestras gentes hicieron bastante daño. El *Cabral* estuvo á punto de caer en nuestro poder; pero en ese momento se presentaron los otros encorazados á darle auxilio. En el *Limas-Barros*, no pudieron penetrar los nuestros, porque los que estaban adentro cruzaron bayonetas sobre la boca de escotilla, arrojando á la vez por las rejillas agua caliente.

Cayeron prisioneros unos 15 hombres, entre ellos el Capitan Céspedes y el teniente Donato Irala. Estos hombres fueron tomados la mayor parte heridos, algunos nadando en el río y otros al salir á la playa del lado del Chaco. Muchos pudieron haberse escapado; pero los brasileros hicieron fuego sobre los que buscaban nuestra costa nadando.

El Capitán Genes (después Jeneral) perdió un ojo y todo el cuerpo estaba acribillado de heridas de metralla. Al echarse al río, mientras estaba asi-

do del borde del buque, le dieron un lanzaso, y así que venía nadando explotó una bomba ó metralla sobre las mismas espaldas, que, debido á la protección del agua que las cubría, no le produjo más efecto que hundirlo al fondo; en ese momento vino á su ayuda y lo sacó á tierra un robusto negro, soldado de su regimiento. Genes siempre se acordaba con gratitud de aquel soldado que con exposición de la suya, le salvó en esa ocasión la vida.

Genes ha sido uno de los héroes más culminantes de nuestra pasada guerra. Como físico era una de las figuras más notables: naríz algo aguileña, ojos azules, alto y bien formado de cuerpo, y como carácter, modesto, suave, generoso y afable. Era el ídolo de sus tropas que le seguían con gusto porque conocían su serenidad y firmeza ante el peligro.

El enemigo ha tenido pérdidas sensibles: unos 40 y tantos muertos, entre éstos el Comandante del *Limas-Barros*, Capitán de mar y guerra Rodrigo da Costa, uno de los buenos jefes de la marina brasilera; fueron gravemente heridos 21 plazas, el teniente 1° Joà Wandenkolck y el Capitán Garcindo de Sá y los Capitenes Joster Vital y Alves Nogueira. Levemente 34 plazas, el teniente 1° Castro Rocha y el guarda marina José Carlos de Carvalho. Contusos 8, entre ellos los tenienies 1os Vital de Oliveira (Octaviano) y Souza Pinto y el teniente 2°

Rodrigo de Lamare y el guarda marina Barros Gandra.

El *Cabral* fué protegido por el *Silbado* y el *Mariz é Barros* que barrían con metrallas la cubierta de aquél, y el *Limas-Barros* por el *Herval* y el propio navío que llevaba la enseña del jefe.

Es opinión general que si el Mariscal esa vez se hubiese apoderado tan siquiera de un encorazado y lo hubiera tripulado con sus propios hombres, hubiera dado cuenta de toda la escuadra enemiga, arrojándola fuera de las aguas del Paraguay. De modo que, como bien dice Thompson, su mayor ambición, era tomar uno de esos buques.

Después de estos sucesos, el Mariscal resolvió retirarse por el Chaco con la mayor parte de su ejército y la artillería que pudiera llevar.

En virtud de esta determinación, dió orden para que toda la artillería de las trincheras fuese llevada á *Humaitá*, dejando únicamente seis piezas de campaña en *Curupayty*; una en el *Sauce* y doce en la distancia que mediaba entre el *Angulo* y *Humaitá*.

En el *Espinillo* quedó un batallón y algunas guardias en otros puntos de las trincheras.

El *Tacuary* y el *Igurey* prestaron en esa ocasión importantísimos servicios, haciendo el trans-

porte de las fuerzas y de todas las piezas de grueso calibre y algunas de campaña de *Humaitá* á *Timbó* Grandes cantidades de pólvora y municiones fueron enviadas al puerto de *Humaitá* para ser igualmente transportadas al Chaco. El 25 de Mayo voló una gran porción de ellas, que fué una verdadera pérdida para el ejército, porque empezaba á escasear la pólvora.

El mayor Thompsón, después Teniente Coronel. fué enviado por el Mariscal al *Tebicuary*, á fin de que informara de si sería posible levantar una batería en la boca de aquel río. Thompson, según él mismo lo refiere en su obra, informó que inmediatamente podía levantarse una en *Monte-Lindo*, para ocupar sin pérdida de tiempo la artillería ociosa, agregando, sin embargo, que sería mucho más útil en la boca del *Tebicuary*, para impedir la entrada á este río al menos á los buques de madera, pero que la realización de esta obra requería más tiempo que la primera.

Cuando el Mariscal recibió este informe, resolvió inmediatamente levantar la batería de *Monte-Lindo*, que fué construída bajo la inspección del mismo ingeniero.

A fines de Febrero, hubo orden para que todos los del Cuartel General y de la mayoría enviaran sus equipajes á *Timbó*, á cuyo efecto fueron proporcionadas carretas.

El 2 de Marzo de 1868, habiendo dejado sus instrucciones á los generales Barrios, Resquín y Brugués; partió á la prima noche para *Humaitá*, seguido de todos los ayudantes del Cuartel General. Al entrar dentro de la trinchera de esa fortaleza, me llamó y me ordenó que quedara con Barrios, le ayudara á éste en todo y que le escribiera dándole noticia de lo que pasaba ó de las novedades que se ocurriesen.

En Humaitá, el Mariscal permaneció hasta media noche, conferenciando con el jefe de la fortaleza, y en seguida se embarcó en un bote, y partió para *Timbó* seguido en canoas de todo su séquito. El río estaba muy crecido, y debido á esta circunstancia, pudieron aproximarse bastante á la costa, aprovechando la sombra de los árboles, llegando á *Timbó* en la madrugada del día siguiente. Un encorazado estaba fondeado frente al *Laurel*, pero felizmente no se apercibió de nada.

El Mariscal permaneció en Timbó todo el día (3 de Marzo) acordando grados militares á los oficiales que debían quedar en *Humaitá* y en *Timbó* y dando instrucciones á los jefes. El Comandante Martínez ascendió esa ocasión á Coronel y fué destinado á *Humaitá* como segundo de Alén que era el jefe principal, siendo nombrado, para los puestos de tercero y cuarto jefe los Capitanes

de marina Cabral y Gill con grados de tenientes coroneles. Esta misma noche, partió para *Monte Lindo* y de allí á *San Fernando*.

El 21 de Marzo, los aliados atacaron nuestras posiciones del *Sauce* y del *Espinillo*. La primera estaba defendida por 100 hombres y una pieza de artillería. El ataque fué traído por una división al mando del General Argollo, que la tomó después de una hora de combate, perdiendo unos 260 hombres.—Los nuestros perdieron la pieza de artillería y 20 hombres, retirándose el resto á *Paso-pucú*.

La división que atacó el *Espinillo* venía al mando del bravo General Osorio, y llegó con bríos hasta el pié de nuestra trinchera; pero fué rechazada con grandes pérdidas. Los argentinos permanecieron inactivos; sin embargo, esa ocasión hicieron una demostración contra nuestra línea del *Angulo*.

Al día siguiente, es decir, el 22, todas las antiguas lineas, inclusive *Curupayty*, fueron evacuadas por nuestras fuerzas, retirándose con toda su artillería á *Humaitá*, único punto que quedaba aún en nuestro poder en el antiguo cuadrilátero.

Parece que al fin los aliados comprendieron, que no podría conseguirse la efectividad del sitio de *Humaitá*, mientras no interceptaban la comunicación entre esta fortaleza y *Tímbó*, y digo esto, porque ese mismo día, dos encorazados forzaron la batería de *Timbó* y se colocaron entre las dos ex-

presadas posiciones, haciendo desde ese momento sumamente difícil la comunicación de esos dos puntos.—¡Más vale tarde que nunca! Habiendo encontrado al *Ygurey* en medio del río, lo echaron á pique, salvándose su tripulación por el Chaco. El *Tacuary* se hallaba en el riacho *Guaycurú*, desembarcando su artillería; operación que logró terminar bajo el fuego de los encorazados. En seguida, los mismos tripulantes le retiraron las válvulas de las bombas y se sumergió, donde hasta hoy día, cuando hay bajante, se ven todavía los restos de aquel vapor nacional que tantos y tan importantes servicios prestó antes de la guerra y durante ella.

El 23 por la noche los tres generales Barrios, Resquin y Bruqués, acompañados de todo su séquito, se trasladaron de *Paso-pucú* á *Humaita*. A las 11, en medio del silencio de una noche oscura, se hizo el pasage de los caballos á nado un poco más arriba de la antigua capitanía. Cuando hubo terminado esta operación, cruzamos el río en botes y fuimos á parar en la estación telegráfica del Chaco. De allí partimos á la 1 de la madrugada siguiendo el camino de la costa que era bastante malo. El barro era profundo y espeso. Los caballos hacían esfuerzo extraordinario para andar, cuyas patas en cada movimiento quedaban atascadas fuertemente, retumbando en el monte el ruido especial que hacían al sacarlas.—Nos tomó el día

en la parte mas rala del bosque que orilla al río y frente á un encorazado que estaba anclado á corta distancia de la costa! Y para completar la fiesta, la mula que llevaba las balijas de la secretaría, se cayó en el barro y mientras se procuraba levantarla, el encorazado que nos había sentido, empezó á saludarnos con piñas. Felizmente no hubo ninguna desgracia personal que deplorar, excepto un ayudante del General Barrios que salió herido. Llegamos á *Timbó* á las 5 de la tarde, con los pies llenos de ampollas ó vejigas, debido á que en medio del camino, cuando los montados estuvieron muy estropeados y cansados, á fin de hacerlos descansar, de orden del General Barrios, hicimos el resto del camino á pie. En los primeros pasos, se quedaron la botas clavadas en el barro, y descalzos, recibían las plantas de los piés las puntas de los troncos de tacuaras que había en el fondo con abundancia, destrozándolos por supuesto de una manera lastimosa. ¡Pero no había que chistar ó exhalar una exclamación de dolor, porque, como militares, estábamos en el deber de aparentar una fortaleza á prueba de bomba y hacerse superiores á todas esas calamidades....

Pernoctamos en *Timbó*, y al día siguiente temprano continuamos nuestra marcha y á eso de las 9 a. m. llegamos á la orilla del *Bermejo*, que es muy tortuoso y cuya agua es muy roja á causa del

color de la arena ó arcilla que forma su lecho. Es bastante hondo, y tiene una corriente muy rápida. Su costa es baja, y en parte cubierta de bosque. Su desagüe en el río Paraguay se conoce por el color rojo con que tiñe el agua hasta muchas millas de distancia en el Paraná en la parte derecha del río. Lo atravesamos en canoa, llevando nuestros montados á los costados á nado. Después del paso del ejército y el viage del Mariscal, el camino por el Chaco estaba en bastante buen estado, de modo que en todo él no se nos había ofrecido ninguna dificultad que entorpeciese ó retardase nuestras marchas, que eran forzadas.

El *Paso-Puente* era el punto designado para per noctar. Antes de llegar allí, á eso de las 10 de la noche, se me cansó el caballo y quedé rezagado. Tuve que apearme y marchar á pié llevando por delante paso á paso á mi pobre y debilitado rocinante. Me encontraba á distancia más ó menos de una legua del parage mencionado; la noche esa obscura y diez minutos después, ya no se sentía más la marcha de la comitiva que seguía adelante. Reinó un profundo silencio que solo era interrum pido por el concierto aterrador que dejaban oir los habitantes de las selvas y de los esteros vecinos: el grazni lo de los sapos y de las ranas, el chirrido agudo y penetrante de los grillos y el canto triste

y lúgubre de las aves y pájaros nocturnos, imponían respeto en medio de aquella soledad.

Pero, ¡oh suerte providencial! De repente veo un caballo obero que estaba pastando al lado del camino. Era uno de la tropilla del General Barrios que, por descuido de los encargados de su conducción, había quedado cortado de los demás como á un cuarto de legua del punto donde se me había cansado el caballo. Me acerqué á él, y se dejó agarrar y ensillar tranquilamente, sin ninguna manifestación de protesta ó de oposición. . . . Mediante este feliz hallazgo, pude llegar al Paso, con mi rosinante por delante, en momento en que se hacía el último pasage.

Al día siguiente llegamos á *Seibo*, donde estuvo el Mariscal acampado algunos días, y de allí á *Monte Lindo*, sobre el río Paraguay, distante de aquel unas tres leguas más ó menos. En seguida atravesamos en tres canoas el río y llegamos á *San Fernando* por la tarde. (1)

(1) Cuando el General Barrios, en virtud de orden superior emprendió viaje por el Chaco para ir á ocupar su puesto en el campamento sobre el Tebicuary, los generales Resquin y Brugués quedaron en Humaitá á continuar la organización de las fuerzas destinadas á la defensa de aquella plaza, y recién el 26 y 27 de Marzo, fueron llamados uno después de otro á San Fernando, para ocupar también sus respectivos puestos en el Ejército.

CAPITULO V

Sitio de *Humaitá*.—Combates en el Chaco.—Osorio ataca *Humaitá*.—*Acáyuasá*.—Evacuación de *Humaitá*.—Pasaje de la laguna *Yberá*.—Ataque nocturno en canoas sobre los encorazados en *Taiy*—Rendición del resto de la fuerza que formaba la guarnición de *Humaitá*.—Desocupación del Chaco.—Los aliados intentan ocupar el paso del Bermejo é impedir la retirada de Caballero y su incorporación con el grueso del ejército.

Con la retirada de las fuerzas paraguayas de *Paso-pucú* y otros puntos, *Humaitá* quedó aislada y entregada exclusivamente su defensa á su propia guarnición. Los aliados, entonces, dispusieron estrechar el sitio. El ejército brasilero con esta mira extendió su línea desde *Cierva* hasta el *Espinillo*, y el argentino, desde este punto hasta *Paso-pucú*. Colocaron enfrente de *Humaitá* en posición conveniente, su artillería y la bombardearon; pero viendo que esa operación ofrecía poca espe-

ranza de conseguir la rendición de la fortaleza, la abandonaron, acariciando la idea de alcanzar ese resultado por medio del hambre, que, según sus cálculos, sería cuestión de más ó menos tiempo.

La guarnición de *Humaitá* se componía de 3.000 hombres y 200 piezas de artillería de diferentes calibres, entre las que se encontraban 6 de á 68.

Había grandes depósitos de provisiones de boca: maíz, almidón, tasajos, caña, vino, conservas en lata, etc., etc y animales en pie. Además, se remitían de *Timbó* animales vacunos que se pasaban del Chaco durante la noche, estando encargado de esta operación el Regimiento N° 2, al mando del capitán Zóilo González (hoy Coronel). La comunicación entre *Timbó* y *Humaitá* por el Chaco, ofrecía grandes dificultades por la fragosidad de aquella región virgen, cruzada por esteros y riachos profundos; pero al fin era un camino donde, aunque con trabajo, se abastecía la plaza. Los aliados, á pesar de todas las precauciones tomadas, se apercibieron de esa comunicación y resolvieron cortarla. (1)

Con este objeto, el Jeneral Rivas recibió orden

(1) Cuando llegó á ser imposible el abastecimiento de la plaza por el Chaco, mandaban de *Timbó* reses carneadas en pequeñas balsas cubiertas de camalotes y *aguapées* que largaban á la corriente del río con espías dentro para avisar su llegada á *Humaitá*. Todos los días, por la noche, se hacía el envío en esta forma; pero una vez no se apercibieron en esta del aviso del espía y pasa aguas abajo, y fué á dar contra uno de los encorazados de vanguardia, donde fué tomada. Desde entonces ya no fué posible el viaje de las balsas.

para cruzar el arroyo de Oro, más abajo de *Humaitá* con 2000 hombres, y abriendo una picada ó vereda por la selva, marchar hasta encontrarse con otra columna brasilera de igual número, que tenía que desembarcarse cerca de *Timbó* en la misma península, á fin de formar una línea al través de ésta é interceptar del todo la expresada comunicación entre *Timbó* y *Humaitá*. Efectivamente, dicha columna, al mando del Coronel Barros Falcão, iba embarcada en dos encorazados y al pasar muy cerca de la costa una guardia oculta en el monte perteneciente al batallón N° 7, al mando del mayor Florentín, les hizo fuego, sin que aquéllos pudieran en el momento hacer uso de sus cañones por la agrupación de las tropas sobre la cubierta y casamatas. Los encorazados atracaron y desembarcaron sus gentes en *Yuasy-y*, donde se encontraba destacado el mencionado Batallón 7, que, después de una tenaz oposición al desembarco, causando muchas bajas al enemigo, se vió obligado, ante la metralla que arrojaban los buques, á batirse en retirada. Esto tuvo lugar el 2 de Mayo por la mañana temprano.

El capitán Z. González estaba departiendo á esa hora alegremente con su gente en la estación telegráfica del Chaco, frente á *Humaitá*, donde tenía acampado su regimiento, cuando recibió la noticia de que el enemigo se había desembarcado en *Yua-*

sy-y. Inmediatamente escojió 100 hombres de los mejores de su cuerpo, y poniéndose á la cabeza de ellos, se marchó al teatro del suceso á dar protección al Batallón 7. A su llegada se encontró con éste, que venía en retirada, pero de mal grado, como le manifestó uno de los oficiales con lágrimas en los ojos, diciéndole que, debido á la disposición de su comandante, recibían las balas enemigas por las espaldas, en lugar de hacerlos pelear de frente. El capitán González, en vista de la excelente disposición de aquellas tropas, les dijo: «¡Ea! muchachos, yo he venido para pelear y vencer al enemigo; aquí no hay otra cosa que hacer que llevarle una carga vigorosa á bayoneta y á sable!» No bien acabó de pronunciar esta breve proclama, y al grito entusiasta de *vivas!* se lanzaron sobre sus adversarios, que, incapaces de resistir al empuje vigoroso de nuestras tropas de infantería y caballería, huyeron hasta la playa, donde en desordenado grupo, unos se echaban al agua y otros subían abordo por la planchada. Las bajas de una y otra parte no habrán pasado de 50 muertos y otros tantos ó más heridos.

Después de esta brillante carga, el Batallón 7 se retiró juntamente con la caballería á pie del capitán Gonzalez á un buen trecho al lado del camino, y haciendo ó improvisando una pequeña trinchera, aguardaron allí al enemigo. El comandante de

Humaitá, Coronel Alén, avisado de este suceso, envió como refuerzo al Batallón 27, al mando del entonces teniente Oviedo (hoy Coronel), y 6 piezas de campaña con 60 tiros cada una.

El Batallón 27, así que atravesó el río, se marchó á incorporarse con el 7, llevando desde luego con sigo 4 piezas, según le habían permitido los escasos elementos de movilidad que le ha podido facilitar el Regimiento 2. Las otras dos piezas, por esa misma escaséz de movilidad, quedaron rezagadas, conducidas como iban por solo, puede decirse, el personal que componía su respectiva guarnición y unos pocos infantes, y antes de llegar á mitad del camino, fueron alcanzadas por la legión 1ª de Voluntarios, que formaba la vanguardia de la columna de Rivas, y que de orden de éste se adelantaba á practicar un reconocimiento hacia *Timbó* á objeto de comunicarse con la brasilera, que se suponía próxima al punto ocupado por la de Rivas. Por supuesto, fácilmente se apoderó de las dos piezas, cuyos artilleros apenas tuvieron tiempo para hacer dos tiros sobre el enemigo.

Con la noticia de que dichas piezas habían caído en poder de éste, el Comandante Orzuza, que mandaba en jefe en esos momentos las fuerzas del Chaco, ó sea de la península frente á *Humaitá*, llamó á una junta á todos los jefes, y dirigiéndose al capitán Zoilo González, le dijo: «Aunque Vd. es de

« menor graduación, es, sin embargo, el oficial más « fogueado que todos nosotros, (1) pues ha tenido « ocasión de tomar parte en muchos combates. Por « esta razón me dirijo primero á Vd. á fin de saber « su parecer respecto á la combinación ó plan que « cabe poner en práctica en la presente emergencia» El capitán Z. González, sin vacilar, contestó: «Que opinaba que, sin más trámites, debía de reconquistar las dos piezas tomadas por el enemigo, ó morir todos en el empeño, si no fuere posible lograrlo». Y al efecto propuso el siguiente plan: seguir él con su caballería á pie, retrocediendo, el camino de la costa hasta encontrarse con el enemigo, y á la vez internarse el Batallón 27 en el monte por una picada oculta más al Sud paralela al camino principal, á fin de llamar la atención del enemigo por su costado izquierdo con un nutrido fuego graneado en cuanto sintiese que se había iniciado el combate de frente con las tropas del capitán Z. González.

El comandante Orzuza aceptó este plan y ordenó que sin pérdida de tiempo se procediese á su ejecución.

Así se hizo. El capitán Zoilo González llevaba su gente formada de á 8 en fondo yendo por delante los tiradores y más atrás los lanceros, Las

---

(1) El capitán Zoilo González era oficial ayudante de cuerpo de nuestra vanguardia frente á *Tuyuty* y ha tomado parte en casi todas las acciones que han tenido lugar en esa época.

tropas iban animadas del mejor espíritu y dispuestas por lo tanto á escarmentar á su atrevido adversario. Un soldado llamado Manuel Vera, chacotón y muy decidor, propuso á sus camaradas apostar un *naco*, (1) á que sería él el primero en matar un negro con su lanza. No faltó quien aceptara la apuesta. De repente, y cuando aún no se esperaba, al doblar un recodo, se encuentran frente á frente con la 1ª de voluntarios, que se anticipó á iniciar el combate con una descarga que en el acto fué contestada con otra. En seguida empezó el entrevero pecho á pecho y brazo á brazo. Manuel Vera, con la agilidad de un gamo, dió un salto y levantó en la punta de su lanza á un soldado enemigo gritando: ¡Ya me gané el *naco!* ..... Acto continuo, hundió en el cuerpo de otro el fierro agudo y cortante de su lanza. La 1ª de voluntarios dominada por el irresistible empuje de la caballeria paraguaya, aunque á pié, dió vuelta y retrocedió por el mismo camino en la más espantosa desorganización, muriendo muchos á golpe de sable y lanza. Manuel Vera, viendo que su lanza estaba inutilizada, la tiró y desenvainó el terrible y filoso corbo, y, como quien siega el tierno retoño de una caña, tronchó las cabezas á dos soldados enemigos con dos golpes sucesivos, separándolas del tronco

(1) Un *naco* es una ración de tabaco negro para una mascada.

completamente. El capitán Z. González entró en envidia al ver tanta intrepidez, y quizo distinguirse por igual hazaña. Mató á tres; pero apesar de su empeño, no consiguió separar de un solo golpe la cabeza del tronco de ninguno. El desorden que se había pronunciado en la 1ª de voluntarios, no le permitía acelerar su retirada por la estrechez del camino, de modo que muchos, para escaparse de una muerte segura, se metieron en el monte desparramándose en distintas direcciones. Se prolongó eso que puede llamarse *arreada* á empujones hasta salir ó alcanzar el punto por donde iban llevando las dos piezas que por supuesto fásilmente fueron retomadas. Cumplido así el objeto de la expedición, el capitán Z. González mandó tocar retirada, trayendo las dos piezas reconquistadas; el enemigo con fuerza de refrezco y dos piezasd e campaña, vino en seguimiento; pero el Teniente Oviedo, que ya se encontraba con su batallón en el camino, con un ¡*Viva la Patria*! sale al frente y mandó hacer una descarga sobre ella, que fué suficiente para obligarla á emprender una precipitada fuga.

La 1ª de voluntarios, debido á su mal comportamiento, fué disuelta, distribuyéndose su personal á otros cuerpos. Los oficiales fueron enviados presos á Buenos Aires. Cosás de la guerra! . . .

Después de este combate en que el enemigo

tuvo una baja considerable, el comandante Orzuza, oído el parecer de sus jefes, dispuso abandonar el punto que ocupaba, por hallarse ya rodeado de fuerzas enemigas, y ordenó que esa misma noche se efectuase la retirada de su gente á *Timbó.* Al amanecer tuvieron noticias de que los aliados venían en persecución de ellos; entónces el capitán Z. González sugirió la idea al comandante Orzuza de hacer alto y prepararse para el combate. Así hicieron, colocando las piezas en posición conveniente, dos coheteras que también tenian, ocultaron en una isleta, y todas las tropas se echaron en tierra á descansar con sus armas al brazo. No tardó en aparecer á la vista la fuerza enemiga pero se contentó con contemplar desde la distancia el brillo de las piezas de bronce y las cabezas de unos que otros de los nuestros que se levantaban, y en seguida tocó retirada por el mismo camino.

Ese mismo día, 3 de Mayo, por la mañana la columna del General Rivas se incorporó á la brasilera, que había empezado á levantar un reducto sobre la márgen del río Paraguay en un lugar denominado *Andaí,* algo más al Sud de *Juasy y* donde según queda dicho, efectuaron su desembarco. Dicho reducto tenía su frente protejido por la laguna *Ibera* y sus flancos por donde únicamente podría ser atacado se apoyaban en el río Paraguay.

Noticioso el Jeneral Caballero de todo lo ocu.

rrido el día 2 y de la retirada de Orzuza, acudió inmediatamente en persona al teatro de los sucesos. Llegado á eso de las 11 al paraje donde se encontraba Orzuza en marcha con dirección á *Timbó*, dió órden al mayor Barrios para que llevando de segundo al capitán Z. González, retrocediera con toda aquella gente á practicar un reconocimiento sobre el campamento enemigo en *Andaí*. La comisión fué algo pesada, si se tiene en cuenta que aquellas tropas hacia 24 horas que no habían probado un bocado!...Pero eran paraguayos y estaban ya acostumbrados á pasar días sin consolar el estómago!... Al acercarse cautelosamente por el monte á la mencionada posición, se le «disparó el fusil á uno de los soldados, con lo que se alarmaron los brasileros que estaban trabajando, corriendo precipitadamente á bordo de los encorazados atracados á la costa. Barrios hizo una inspección ocular del campamento, y regresó á *Timbó* á informar al General Caballero de que los aliados habían abierto un gran rosado y levantado un reducto interceptando por completo el camino que conducía á *Humaitá*.

Al día siguiente, es decir el día 4 de mayo, el Jeneral Caballero con cuatro batallones de infantería y dos regimientos de caballería desmontados practicó un reconocimiento formal sobre el reducto *Andai* por el flanco más próximo á *Timbó*, que estaba defendido por brasileros. Debe advertirse

que no entró en fuego toda esa fuerza, sino una parte de la infantería, que llegó á penetrar dentro de los *abatices* del reducto á pesar del fuego horroroso que sobre ella hacía el enemigo. Los paraguayos, que no pretendían la toma de aquella posición ni mucho menos. pronto se retiraron, con pérdida de mas de 300 hombres entre muertos y heridos. Los brasileros solo perdieron unos 50 hombres. Después de este reconocimiento que dió por resultado la certeza de que no había posibilidad de continuar por esa parte la comunicación con *Humaitá*, los aliados no fueron más molestados, quedando en el goce de una tranquilidad relativa, hasta que nuevos sucesos vuelvan á ponerlos en movimiento.

Los aliados alimentaban la idea de que la plaza de *Humaitá* no podría resistir al sitio por mucho tiempo y pronto se rendiría. Sin embargo, no cesaban de hacer grandes aprestos para un asalto, aprontando gaviones, sacos de arena, faginas y escaleras. Escribían con. frecuencia cartas á los jefes de *Humaitá*, aconsejándoles, á nombre de la humanidad, á que se rindieran; pero estas eran rechazadas y así no pudieron descubrir ningún indicio de que hubiese ánimo ó propósito de hacer entrega de la plaza.

Por otra parte, Rivas estaba sólidamente fortificado, y de consiguiente, todo plan de prestar auxilio ó protección á *Humaitá* era irrealizable. En tales

circunstancias, el Mariscal resolvió tentar otro ataque sobre los encorazados entre *Timbó* y *Taiy*, pensando que la toma de uno de estos resolvería el problema.

Al norte de *Timbó* y bajo la protección de la batería de *Taiy* había dos encorazados: el *Barroso* y el *Río Grande*. El Mariscal resolvió, como llevo dicho, tentar un nuevo asalto sobre ellos. Para el efecto ordenó que se enviaran al río Bermejo 24 canoas que fueron tripuladas con 10 hombres cada una. Entre estos había marinos y maquinistas á fin de manejar los buques cuando fueran tomados. La organización y mando de esta expedición fueron confiados al mayor Lino Cabriza, antiguo ayudante del Mariscal.

Partieron del Bermejo en dos divisiones, compuesta cada una de doce canoas, en la tarde del 9 de Julio de 1868, y navegando aguas abajo, cubiertas de *camalotes* las embarcaciones para imitar á las islas flotantes que abundaban en el río por ser época de creciente, llegaron á media noche al lugar donde estaban los encorazados.

La división que se dirijió al *Río Grande*, logró abordar, pero no así la otra destinada al *Barroso*, que fué sentida á tiempo y la guarnición de este se preparó á la defensa haciendo fuego de fusilería por las portanuelas de adelante y de arriba de las

casamatas sobre los expedicionarios, dispersándolos con graves daños.

El comandante del monitor *Río Grande*, Antonio Joaquín, que estaba sobre cubierta, fué muerto junto con una parte de la tripulación que se encontraba con él por los asaltantes y herido el práctico Etchebarne. El resto tuvo tiempo de encerrarse en las casamatas. La batería de *Taïy* cooperó á la defensa, haciendo fuego con sus cañones y fusilería sobre las canoas expedicionarias.

El *Barroso*, repitiendo el ejemplo de sus compañeros en el primer asalto más abajo de *Humaitá*, se acercó al *Río Grande* y ametralló á los nuestros de una manera horrible, matando é hiriendo á la mayor parte y echando á pique las pequeñas y débiles embarcaciones hechas pedazos.

Algunas de estas de la división que se dirigió al *Barroso*, se salvaron y llegaron al *Timbó*. Al día siguiente, muchos sanos y heridos fueron recogidos de la costa donde habían ganado á nado.

Los brasileros se defendieron bien, echando mano de cuantos medios de defensa tenían, hasta de mixto asfixiante para rechazar como rechazaron á sus molestos y osados visitantes.

Como se ve, esta vez como la primera se malogró el objeto de la expedición. Fué un sacrificio estéril de vidas que bien pudieron haberse ahorrado para empresas más asequibles.

Los aliados ambicionaban la gloria de tomar *Humaitá* por la fuerza, y habiendo visto los marinos de los encorazados que algunas canoas cruzaban el río, informaron sus jefes al marqués de Caxías que los paraguayos empezaban á abandonar la fortaleza. Con este parte, aquel mandó apresurar los preparativos para atacarla. En efecto, el 16 de Julio de 1868, el general Osorio con 12.000 hombres más ó menos, llevó el ataque á las trincheras del Norte frente á *San Solano*, cuya sección estaba á cargo del coronel Pedro Hermosa. Los argentinos estaban preparados para efectuar al mismo tiempo el asalto por otro punto; pero no lo verificaron, ignorando el motivo de su abstención.

Al amanecer del 16, el bizarro Jeneral Osorio condujo sus tropas á nuestra línea en columnas de ataque y á paso de trote. Llegó con sus briosas caballerías riograndenses hasta muy cerca de las trincheras, cayendo sobre los pozos de lobo que cubrían todo el frente de éstas. El coronel Hermosa, cuya figura se destaca como el protagonista principal en esta defensa, había estado esperando con su habitual calma que se aproximasen hasta allí, manda romper fuego sobre ellos con sus 46 piezas de artillería. Oh! aquello parecía un inmenso volcan en repentina erupción, que vomitaba bombas, metrallas y balas encadenadas, causando terribles estragos en las filas de los brasileros, que

arremolinearon y retrocedieron en desorden como era consiguiente, quedando el frente de esta sección sembrado de cadáveres y heridos. Osorio, sin embargo, no se desanimó con este golpe y con la serenidad propia del militar acostumbrado en los combates, trató de reorganizar su gente y hacerla volver al ataque. En esta circunstancia, hacia la izquierda un grupo de 6 ú 8 hombres empezó á destruir rápidamente el *abatis* que era insignificante, á fin de dar entrada á un batallón que á paso precipitado venía aproximándose, siguiendo atrás otros más. Un cañón cargado en posición no pudo hacer fuego porque estaba descompuesto. Los pertrechos se habían agotado, pero había que impedir á todo trance que penetrase el enemigo dentro de trinchera. En esta emergencia, Hermosa baja del caballo y manda cargar hasta la boca otra pieza que se encontraba cerca, desocupada, con balas de fusil, cascos de bomba, pedazos de fusil y bayonetas, etc.; dirije la puntería al grupo destructor del *abatis* y dispara el tiro. Todos los individuos que formaban aquél, volaron por los aires en pedazos. El batallón que se aproximaba, saboreando ya la gloria de ser el primero que iba á pisar el suelo sagrado de *Humaitá*, en vista de aquello suspendió su avance, y pies para qué te quiero, contramarchó lijerito, sin que los esfuerzos de sus jefes y oficiales fuesen suficientes para

detenerlo, arrastrando por delante á los otros que venían más atrás.

Osorio, después de un reñido combate de una hora, pidió refuerzos; pero Caxías se los negó, ordenándole que se retirara. Así lo hizo del mejor modo posible, llevando sus heridos, habiendo tenido como 3.000 hombres fuera de combate. Todos sus ayudantes excepto uno, cayeron al lado de él. Su caballo fué muerto, saliendo montado en otro que le facilitaron y con el poncho de vicuña que llevaba puesto, acribillado de balas.

Los bravos defensores de *Humaitá* tuvieron una baja de 4 oficiales y 86 soldados muertos, y 10 oficiales y 94 de tropa heridos. Total 194 fuera de combate. (1)

Los paraguayos de *Timbó* no dejaban tranquilos á los aliados acampados en *Andaí*, bombardeándolos diariamente y con bastante buen éxito, á pesar de la distancia. Surgió, sin embargo, la idea de que estableciendo un reducto ó batería á media distancia entre *Timbó y Andaí*, se les hostilizarían mejor y que se conseguiría tal vez el resultado de hacer insostenible para ellos aquella posicion. Aceptada esta idea, fué puesta en ejecución sin pérdida de tiempo, bautizando la nueva

(1) Resquín, Memorias.—Según Thompson solo tuvieron una pérdida de 47 hombres; pero me inclino á creer que aquel se aproxima más á la verdad.

batería con el nombre de *Reducto Corá*. Su guarnición consistía en 2 piezas de á 32, 1 batallón de infantería y 200 hombres de caballería desmontados, conocidos con el apodo de *acá morotí* (cabeza blanca) por el sombrero de paja que llevaba en lugar de *kepí*.

El Jeneral Rivas mandaba descubiertas hacia *Timbó* todos los días, las cuales avanzaban hasta cerca de un arroyuelo que atravezaba el camino, tiroteando con la guerrilla de nuestra vanguardia. El 17 de Julio de 1868, Caballero y Montiel dispusieron hacer caer á la descubierta enemiga en una celada que mandaron preparar el 18 por la mañana del modo siguiente: emboscaron 200 hombres de *acà-morotì*, al mando del capitán Melitón Taboada, y una ó dos compañías de infantes al lado del camino y en un paraje donde no podían ser vistos, y ordenaron al oficial que iba de servicio en la avanzada, que cuando apareciese la descubierta enemiga cambiase con ella unos cuantos tiros y se dejase seguir, y que cuando estuviese á tiro de las piezas del reducto *Corá* se hiciese á un lado, á fin de hacer fuego sobre ella. El estampido del primer cañonazo era la señal convenida para caer la emboscada sobre la retaguardia del enemigo. El mismo 18 de Julio dio la casualidad, que Rivas despachó al coronel Martínez de Hoz, milistar arrestado y fogozo, con la orden de llevar

la descubierta de ese día más adelante que lo de costumbre y desalojar la avanzada paraguaya, procurando ver la posición y forma del reducto *Corá* que molestaba y causaba bastante daño con sus bombardeos al campamento atrincherado de *Andaí*. Martínez de Hoz en cumplimiento de sus instrucciones avanzó con intrepidez, siguiendo á la avanzada paraguaya que se retiraba tiroteando hacia el reducto, sufriendo por supuesto algunas bajas en su retirada. Así que llegó al punto de antemano indicado, se hizo á un lado, y empezaron á funcionar los cañones del *Corà*, haciendo fuego con metrallas sobre el enemigo, y la emboscada, cumpliendo igualmente con su consigna, comenzó á acuchillar terriblemente por la retaguardia, conforme al plan trazado. El coronel Martínez de Hoz fué muerto y su segundo, el teniente coronel Campos fué hecho prisionero, quedando sobre el campo 400 argentinos.

La columna de Martínez de Hoz se componía del batallón Rioja y de tropas de otros cuerpos, y tras de él iba un batallón brasilero para darle protección en caso necesario; pero desgraciadamente en cuanto este vió á los argentinos atacados, se desorganizó y puso pié en polvorosa. Un encorazado se adelantó tan pronto como sintió los tiroteos; pero no pudiendo determinar los puntos que respectivamente ocupaban los combatientes, lanzó sus bom-

bas al azar, matando como siempre á tirios y troyanos!

Los paraguayos, á su vez, emprendieron la persecusión de los derrotados hasta *Andai*, donde fueron cargados y rechazados por fuerzas frescas de aquel campamento.

Cuando el abanderado del batallón argentino fué muerto, el comandante Campos se apoderó de la bandera, y para impedir que cayera en nuestro poder, corrió á la costa del riacho y la arrojó al agua.

El combate recibió el nombre de *Acàyuazá*, del lugar donde cayeron los dos jefes argentinos.

El Mariscal altamente satisfecho del comportamiento heroico de los defensores de la patria esa ocasión, condecoró á todos los que tomaron parte en ese combate con una cruz de Malta de plata.

Caballero, que hasta entonces era Coronel, fué ascendido á General de Brigada, y su segundo, el comandante José Manuel Montiel, á Coronel. (1)

---

(1) Los anotadores de la obra de Thompson, Sres. Lewis y Estrada, al hablar de *Acáyuazá*, refieren que "El Coronel Martinez, según noticias recogidas, no cayó prisionero sino muerto". Y más adelante añaden: "que se ha dicho también que este distinguido jefe, hallándose imposibi- "litado para marchar, fué ultimado á palos por los verdugos del tirano".

Es sensible ver en los escritores argentinos sobre la pasada guerra, esa tendencia constante de denigrar y empequeñecer á sus bravos y sufridos adversarios, atribuyéndoles de alguna manera algo que riña con la nobleza y la valentía. El Coronel Martínez de Hoz fué un valiente y cayó en el campo del honor muerto por otro valiente; más que él, porque lo mató en franca lid. Hé ahí toda la historia.

Eso de *palos*, es propio de salvajes, pero del último grado de salvajismo, y la nación que por primer vez en la América del Sud ha hecho una

Aunque las provisiones de *Humaitá* estaban calculadas para más tiempo, ya en el mes de Julio empezó á sentirse su escasez. Como era natural, cortados por el enemigo todos los caminos por donde se abastecía de animales vacunos y otras vituallas, llegó á ser insostenible aquella plaza. Los jefes de la misma, se comunicaban con el Mariscal por medio de espías (mensajeros á pié) que burlando con astucia la vigilancia de las avanzadas enemigas en el Chaco, llegaban á *Timbó* con despachos que inmediatamente eran trasmitidos por telégrafo al Cuartel General sobre el *Tebicuary*. Algunos de estos espías caían prisioneros ó perecían víctimas de su lealtad y patriotismo.

El 14 de Julio de 1868, siendo el Coronel Alén comandante en jefe de la guarnición de *Humaitá*, fué enviado Francisco Ortega, con un despacho telegráfico para *Timbó*, de donde tenía que trasmitirse por telégrafo al Mariscal. Cruzó el río en canoas á altas horas de una noche oscura, recorrió la orilla del *Yberá*, teniendo que atravesarlo en la parte nor-

---

guerra regular, con todas las reglas de una lucha eminentemente internacional, ha dado prueba de civilización y, no de salvajismo.

El comandante Campos murió en nuestro campamento de enfermedad. En ella mucha parte habrán tenido el hambre y todo género de miserias que en sí constituyen las peores crueldades; pero los paraguayos, como les consta á los mismos aliados, padecían y morían de la misma enfermedad. Y en tal concepto, no era justo exijir de ellos mas caridad hacia sus prisioneros que la qus se debían á sí propios. Pero conste que nosotros nunca hemos ofendido el honor y la dignidad de los prisioneros en su desgracia, ofreciéndoles un fusíl contra su Patria y su Gobierno, ú obligándolos, bajo pena, á sentar plaza en las filas de nuestro ejército.

te frente al reducto brasilero de *Andaí* donde había tres centinelas; uno en tierra firme, otro en el agua hasta la rodilla y el tercero, también en el agua hasta la cintura, separados uno de otro por una distancia de 4 metros. La posición de estos centínelas, hay que confesar, no era muy envidiable si se tiene en cuenta, que era en el rigor del invierno. Sería como las dos de la madrugada, cuando los centinelas vieron la sombra de un hombre moverse suavemente, sin hacer el menor ruido. ¡Alto! ¿Quién vive? gritaron, y como no tuvieran contestación, los tres hicieron fuego. No se sintió después ruido, gemido, ni grito, ni sonido de cuerpo que caía al suelo ó al agua. Los centinelas volvieron á cargar sus armas. Al amanecer, vieron á la distancia de unos 20 metros el cuerpo inanimado de un paraguayo con las piernas hasta la cintura dentro del agua y el resto en tierra firme. Avisados los de la avanzada acudieron á inspeccionar el cadáver, y encontraron la pantorrilla y el muslo de una pierna comidos por un *yacaré*, y aunque muerto de una bala que le había atravesado el pecho, tenía fuertemente agarrado en la mano y apretado contra el corazón el despacho de que era portador!

La circunstancia de no haber proferido el menor quejido ni producido el más ténue ruido, parece indicar que había conservado el más perfecto dominio sobre sus facultades sensitivas, luchando por el

cumplimiento de su deber, hasta la muerte. Puede decirse que es uno de los casos raros de fortaleza de espíritu llevada hasta el martirio.

Los brasileros, llenos de adminación, honraron la memoria de este héroe, innominado para ellos, colocando una tabla, á guisa de lápida, sobre su sepultura, con la siguiente inscripción:

¡AQUI YACE UN BRAVO! (1)

Para evitar que la fortaleza de *Humaitá* cayese en poder del enemigo por cualquiera de los med os de guerra con deshonra del pabellón nacional, se ordenó su evacuación, la que comenzó á realizarse en la noche del 24, fecha del natalicio del Mariscal. (2) El 21 tres encorazados forzaron el paso de la

---

(1) Este hecho es verídico y fué referido por D. Miguel Lisboa, hijo del ministro del Brasil en Lisboa á Mr. Hutchinson, cónsul británico en el Perú, á bordo del paquete *Araucania* en viaje para Europa—1870.

(2) El portador de la orden para la evacuación de *Humaitá* fué el capitán Patricio Escobar, hoy general y ex-presidente de la Repúbli a, á la sazón ayudante de campo del Mariscal. Este le dió el término de 24 hóras para llegar á *Timbó*, de donde tenía que pasar á *Humaitá* burlando para el efecto la vigilancia de las posiciones enemigas. Salió de San Fernando á media noche yendo por posta por el camino del Chaco, y llegó á su destino á las 12 del día 23. Habiéndosele cansado el caballo. hizo el resto del camino á pié hasta *Timbó*. De aquí llevó de compañero al sargento Machuca, y rumbeando por el monte, bajaron, ya de noche, á la orilla del rio teniendo á la vista tres encorazados brasileros. Subieron sobre un fuerte embalsado de camalotes y aguapées y bogando con las manos salieron á la corriente del río, que los empujó hasta *Humaitá*, donde llegaron después de 8 horas de pacífica y lenta navegación. A su regreso, al dar cuenta de su comisión, manifestó al Mariscal su opinión de que Martinez no pasaría el Yberá con su división, lo que le molestó; pero habiendo sido confirmada esta opinión por otro ayundante que llegó en ese momento, se calmó. Asegura el general E cobar que la predisposición del Mariscal contra Martinez era ya notable entonces, á tal extremo que ni ya quería oir hablar de éste.

misma, y fueron á incorporarse con la escuadra al norte de la plaza: eran el *Cabral*, el *Silvado* y el *Piauhy*.

A fin de que pueda formarse una idea más acabada de la desocupación de *Humaitá*, y de las dificultades con que se ha tenido que luchar, así como de las penalidades que se ha tenido que soportar al efectuar la operación, voy á procurar dar una breve descripción del territorio del Chaco por donde únicamente podía abrirse camino la guarnición de aquella fortaleza.

Dicho territorio es una pequeña península formada por el río Paraguay al describir una curva en forma de una *U* frente de *Humaitá*; es montuoso, anegadizo y lleno de fragocidades. En medio de él hay una laguna denominada *Berá* que desde corta distancia del río se extiende hasta cerca de *Timbó*, posición algo más al norte ocupada por los paraguayos. El punto de desembarco queda más arriba de la dirección al través del río de la boca del arroyo *Hondo*, y consiste en una lengua estrecha de tierra que penetra en la laguna y está poblada de árboles, por cuya circunstancia le dieron el nombre de *Isla-poí*, ó sea monte *delgado* ó *estrecho*.

La guarnición de *Humaitá*, como ya dije antes, al principio de este Capítulo, se componía de 3000 hombres y 300 mujeres. Para su trasporte al otro lado del río se contaba con 17 canoas. A falta de

otro camino, se veía obligada á emprender su marcha por el Chaco, haciendo otro pasaje por la mencionada laguna bajo el fuego de la escuadra convenientemente colocada para dominar á ésta, y el del reducto brasilero *Andai* situado en la orilla norte de la misma y artillado con cañones de grueso calibre.

Con alguna anticipación los jefes mandaron construir dos chatas pequeñas con las tablas del cielo-raso de la Iglesia de *Humaitá* bajo la dirección de los marinos, armándolas después de botadas al agua con un cañoncito de á 4, y 6 tripulantes cada una, para protejer, en caso necesario, el pasaje por el *Yberá*. Se dió el mando de la una al alférez de navío, Vicente Alcaraz, y el de la otra, al alférez de artillería volante, N. Ortellado.

También mandaron abrir un canal más arriba del punto donde estaba afianzada la cadena tendida al través del río, comunicando este con un riacho que iba á unir sus aguas con el *Yberá*. Por el indicado canal fueron introducidas todas las embarcaciones en esta laguna.

Bajo la dirección del Coronel Hermosa se levantó una pequeña trinchera, con dos piecitas de campaña á corta distancia de la ribera próxima á la entrada de la *Isla Poí*, á fin de dar protección al desembarco de la gente que pasaba de *Humaitá* al Chaco. Dicha trinchera fué asaltada por fuerza

brasilera de *Andai*, antes de efectuarse el pasaje; pero fué rechazada con muchas bajas entre muertos y heridos. En el mismo montículo de *Isla-poí*, se levantó una trincherita colocando en ella tres piezas de campaña para dar protección, en lo posible, al pasaje de las jentes por la laguna.

Después de estos trabajos preliminares, fueron trasladados al Chaco todos los heridos y con ellos las mujeres, con alguna anticipación, cosa de no entorpecer ó embarazar la operación del pasajé de las tropas.

El 23, víspera del natalicio del Mariscal, empezó la banda á tocar piezas escojidas y por la noche hubo bailes á son de banda, con el entusiasmo y animación de costumbre, á fin de que el enemigo no se apercibiera de los trabajos de la desocupación. El 24, com mayor razón, continuaba la banda tocando con furia.

A la prima noche del 23, los jefes de división Gill, Cabral y Hermosa, en cumplimiento de sus instrucciones, procedieron á inutilizar los parques, clavar los cañones y echar al agua ó bajo la barranca todos los que estaban colocados sobre el río. Como á media noche empezó el pasaje de las tropas por cuerpos, dejando en cada división una guardia de observación con orden de presentarse al amanecer en el puerto para verificar después su pasaje al otro lado, en la persuación de que la

operación estaría terminada al venir el día. Pero debido á la grande aglomeración de la gente, á un poco de desorden inevitable y la insuficiencia de la capacidad y del número de las embarcaciones, no fué posible concluirla; de manera que al amanecer cuando se presentaron las guardias, recibieron orden para que prontamente volvieran á ocupar sus respectivos puestos dando vivas y otras manifestaciones de alegría y entusiasmo con la idea siempre de que el enemigo no sospechara lo que se estaba haciendo. A las 2 de la tarde del 24, no notándose ningún indicio de que los sitiadores se hayan apercibido de nada, el Coronel Martínez dispuso que se continuara el pasaje, el cual terminó á las 4, sin que fuese sentido por la escuadra brasilera. El último que se embarcó fué un piquete de 50 hombres que guarnecía la trinchera del Este de *Humaitá*, y que á la par de los otros, estuvo haciendo fuego para engañar al enemigo hasta retirarse definitivamente.

Cuando la canoa que conducía el piquete atracó al Chaco, vieron asomarse sobre la barranca de *Humaitá* un pelotón de caballería enemiga, (1) que atestiguaba que los aliados al fin acababan de tomar posición de aquella plaza, que por tanto tiempo

---

(1) El teniente Juan Acencio Roa mandó hacer fuego con una pieza de á 32 sobre el pelotón del enemigo que se presentó sobre la barranca de Humaitá.

había constituído el acariciado objeto de sus aspiraciones. Pero solo han podido apoderarse de ella después que estuvo avandonada. No fueron suficientes sus numerosos ejércitos y escuadras para tomarla á viva fuerza.

Esa misma noche del 24 lograron llevar á cabo tres expediciones al través de la laguna, burlando la vijilancia del enemigo, habiéndose tomado para el efecto serias precauciones, con amenaza de muerte á los remeros que hicieran ruido con sus palas. A su regreso, venían las canoas cargadas de provisiones de carne cruda y asada proporcionadas en la orilla opuesta por la fuerza de *Timbó*.

En la primera de estas expediciones pasaron los heridos y las mujeres, pero quedaban todavía en la *Isla-poí*, muchas de éstas.

Al fin los aliados se apercibieron de lo que se estaba haciendo, y ya el 26 por la noche, no se podía pasar la laguna impunemente. Reforzaron al Jeneral Rivas, elevando su división á 6000 hombres, aumentaron el número de las canoas.que antes las empleaban para conducir provisiones á *Andai*, á 35, y metieron á la laguna varios botes, de los cuales 4 estaban armados con cañones, regularizando así el servicio con el decidido propósito de cortar la retirada á la ex-guarnición de *Humaitá*. De modo que en adelante los expedicionarios paraguayos tenían que cruzar la laguna bajo el terrible

fuego de los cañones de *Andaí*, de los de los encorazados que barrían con sus metrallas y bombas la *Isla-poí* y el de la fusilería de las guerrillas de infantería colocadas sobre las orillas de la misma: circunstancias todas que hacían de esta operación única en su género en la pasada guerra, por lo arriesgada, lo terrible y horrorosa que era. Once piezas de artillería y 2000 rifleros, relevados por orden, hacían fuego constantemente, de día y de noche sobre los paraguayos. En una semana, según Thompson, arrojaron sobre ellos 10.000 bombas!

A pesar de esta formidable aglomeración de elementos de defensa, las canoas paraguayas pasaban la laguna de noche, atropellando á las embarcaciones enemigas formadas en doble fila de batalla, peleando pecho á pecho y brazo á brazo, hasta que conseguían romper, después de una encarnizada lucha, la doble barrera de canoas y botes, llegando á la orilla opuesta con una tercera parte menos de los que iban. Todo esto lo hacían en medio de una gritería infernal. Los que salvaban al otro lado, lanzaban gritos de placer y se reían á carcajadas, haciendo burla á sus no menos intrépidos adversarios; y una vez desembarcadas las gentes que llevaban, volvían en busca de otras, pasando de nuevo al través de aquel infierno de fuego.

Aquellos combates nocturnos, á la vez de terri-

bles, eran verdaderamente fantásticos, y puede decirse, sin riesgo de contradición, que no tienen paralelo ni en las luchas de la antigüedad. Los tripulantes de las canoas paraguayas se componían de infantes y caballería; los primeros iban armados de fusil y los segundos de sables afilados como navajas de afeitar. Desde la distancia de 200 metros peleaban los infantes á tiros, y así que llegaban á las manos, callaba el fusil y empezaba la lucha á sables y á bayonetas. En la noche del 30 de Julio se hizo la última expedición, en la que iban algunas mujeres y niños. Con una intrepidez que rayaba á la desesperación, que solo era concebible en aquellos que buscan abrir paso para salvarse la vida, atropellaron los expedicionarios á las embarcaciones enemigas, chocando las canoas como cargas de caballería. ¡Oh, qué espectáculo! En aquella espléndida noche de luna, en medio de la apacible superficie de la laguna, los grupos de canoas se estrellaban, produciendo un prolongado eco, y solo se percibían desde la distancia las chispas fosforescentes de los aceros que chocaban con inusitada energía y furia. Tan espantoso fué aquel combate que todos los que de una y otra banda lo presenciaban, quedaron horrorizados. Muchas de las canoas paraguayas fueron hechas pedazos, la mayor parte cayó en poder del enemigo y las que escaparon no lograron su propósito y tuvieron que volver á su punto de

partida con los pocos que salvaron de la lucha, á dar parte de lo ocurrido al coronel Martínez.

Las canoas tomadas, según relación de los aliados, (1) estaban llenas de cadáveres, entre los cuales había muchos de mujeres y niños. Que se encontró viva una criatura, cuya madre tenía un balazo que le atravezaba el pecho y los dos brazos horriblemente hachados que fué necesario amputárselos. Que se buscó y se encontró una nodriza que diera de mamar á la infeliz criatura. Que la madre á consecuencia de la operación murió; pero que su hijo vive y se halla á cargo de una respetable familia de Corrientes.

Las chatas que estaban destinadas á dar protección á las expediciones, fueron transportadas á la laguna el 26 por la noche y las colocaron á medio tiro de fusil de *Andai*, expuestas igualmente á los continuados fuegos de los encorazados convenientemente situados en el río Paraguay, como ya se dijo antes. Al amanecer del 27 dichas chatas rompieron fuego sobre el reducto, y esas débiles embarcaciones soportaron la lluvia de metrallas de éste y de la escuadra, durante varios días. Las bajas de sus tripulantes eran constantemente reemplazadas.

Cuando el teniente Urdapilleta, en una de sus

(1) Notas de Lewis y Estradas á la obra de Thompson.

últimas expediciones, se acercó á las chatas para tratar de reorganizar sus canoas y dar otra envestida, encontró todavía vivos á sus respectivos comandantes. El Alférez Alcaraz estaba acribillado de balas: tenía la espina dorsal rota y las rodillas hechas pedazos. Se había hecho recostar en la popa de su buque que parecía un arnero por la infinidad de agujeros que tenía. Cuando se sintió desfallecer, se dirigió al sargento Segovia en estos ó parecidos términos: «*Espero que como militar cumplirá hasta el último momento con su deber, conforme lo he hecho yo, y le recomiendo que en ningún caso se rinda y que antes prefiera hundirse en la laguna*»; agregando en guarani, con una sonrisa en los labios: «Esos diablos se han de reir mucho de nuestros buques de guerra si llegan á poseerlos. (1)

El comportamiento heroico de Alcaraz es tanto más digno de admiración, si se tiene en cuenta que ya era un hombre de edad, y pasaba entre sus compañeros como una mosca muerta que no inspiraba á nadie la más lejana idea de que tuviese estofa para distinguirse por tanta bravura, legando á la posteridad un brillante ejemplo de valor, de patriotismo y de firmeza. Este caso de Alcaraz viene una vez más á probar que el valor no está vincu-

---

(1) Relación de *Un Viejo Sargento*, publicada en el primer número de *El Paraguayo Ilustrado*, fecha 2 de Agosto de 1896.

lado á la edad, y que si bien por un orden regular con más frecuencia suele hallarse en precipitados y fogosos jóvenes, la firmeza y la reflexión son en cambio, casi privilegios exclusivos de la edad madura.

La chata de Alcaraz parecía un nido donde se incubaban los hechos más extraordinarios y sorprendentes. Refieren que á bordo la baqueta de un fusil enemigo tirado de tierra atravesó el pecho de un soldado, clavándolo contra el borde de la embarcación, y que éste, á pesar de esta posición poco envidiable, continuaba haciendo fuego con su viejo fusil de chispa, hasta que lo desprendieron, arrancando la baqueta que lo sujetaba. Desgraciadamente para él, no fué para vivir sinó para exhalar el último suspiro. Sentimos no poder consignar el nombre de este héroe y el de muchos otros que se han distinguido por su valentía é intrepidez; pero aquellos que presenciaron esos hechos y que sobreviven, y que son los que nos han facilitado estos datos, no conservan en su memoria, después de tantos años, los nombres de tan insignes y heróicos defensores de la patria.

De los 3000 hombres que pasaron de *Humaitá* al Chaco, 1800 quedaron estrechamente sitiados en *Isla-Poi.* De los demás que habían procurado cruzar la laguna, luchando como queda relatado,

consiguieron salvarse al otro lado unos mil hombres, muchos de ellos heridos.

En el primer pasaje que se hizo, fué transportado en una camilla el coronel Alén, quedándose los otros tres jefes, Gill, Cabral y Martínez hasta la terminación de aquella espantósa tragedia en *Isla-Poí*.

Las escasas provisiones que llevaron los soldados al abandonar *Humaitá* y las pocas que recibieron de *Timbó* á la vuelta de las primeras expediciones muy pronto se concluyeron. Entonces tuvieron que alimentarse con la carne de unos 6 caballos que allí tenían, y las canañas hechas de cuero sin curtir. Peleaban sin descanso de día y de noche, muchos de ellos metidos en el agua hasta la cintura, de modo que los que caían heridos morían ahogados. La situación iba siendo cada vez más desesperante. Morían las gentes de hambre. Hubo un oficial de artillería que salvó la vida tomando un poco de aceite del que estaba destinado para aceitar los arreos y guarniciones de los cañones. Tenía enterrado el tarro y se bebía uno ó dos tragos cada día, (1) ó cada vez que le apuraba mucho el hambre.

Los aliados atacaron dos veces á Martínez; pero fueron rechazados con grandes pérdidas. En el

(1) El Alférez Calixto Céspedes, vecino de Areguá.

último combate se les agotaron á los nuestros las municiones de artillería, y entonces para no privarse de este poderoso elemento de defensa, rompieron los fusiles de los muertos é hicieron metrallas con sus frágmentos!

Despuésde estos ataques, el Jeneral Rivas intimó á Martínez rendición por dos veces. Las dos intimaciones fueron recibidas á balazos. Sin embargo, el jeneral argentino, guiado por impulsos generosos, insistió, y cuando mandó la tercera, Martínez, previa consulta, solicitó una conferencia que tuvo lugar el 5 de Agosto de 1868, terminando por la rendición de los restos de la guarnición de Humaitá, que eran unos 1200 hombres de tropa, 4 jefes y 95 oficiales.

El objeto de la mencionada entrevista solicitada por Martínez fué pedir al jefe argentino que no se obligase á ninguno de sus soldados á tomar servicio en el ejército aliado, (1) á lo que Rivas accedió, y en prueba de aprecio y consideración hacia los jefes y oficiales paraguayos, les concedió el honor de conservar sus espadas.

Al encontrarse los dos jefes, á las 12 del día en el puerto en que estaba fondeado el encorazado *Cabral*, el Jeneral Rivas abrazó al Coronel Martínez en prueba de simpática admiración por el he-

(1) Parte del Jeneral Rivas, Agosto 5 de 1868.

roismo y abnegación desplegados en cumplimiento de su consigna por las tropas y oficiales paraguayos, expresándole que *jamás había peleado con soldados tan valientes*, y que su mayor honra era conservar la vida á los que habían sobrevivido de la guarnición de *Humaitá*, concediéndoles los honores de la guerra. Al embarcarse los prisioneros á la 1 p. m. para dirijirse á *Humaitá*, en señal de recuerdo cambió con Martínez un magnífico poncho de vicuña por un rebenque chapeado que aquel tenía en la mano. (1)

Uno de los oficiales que estuvo con Martínez en calidad de ayudante, se escapó de *Isla-Poí* y vino á presentarse al Mariscal en *San Fernando*, y al relacionar el estado y circunstancias de la ex guarnición de *Humaitá*, le dijo: que Martínez y los demás jefes no habían querido pasar: que si hubiesen querido lo hubieran hecho, porque para ello sobrado tiempo habían tenido.

Este informe influyó en el ánimo del Mariscal á formar un juicio desfavorable respecto á los móviles que habían determinado á los heroicos defen-

(1) Vide «Un viejo Sargento»—El embarque de los prisioneros demoró un momento para repartirles algunos alimentos, porque hacía 4 días que no habían comido y estaban en tal estado de debilidad que muchos de ellos no podían caminar. En el intervalo de las dos primeras intimaciones y la tercera del Jeneral Rivas, los reverendos padres Ignacio Esmerati, capellan de la escuadra brasilera, y fray Abolá, llevando por delante una cruz sacada de la Iglesia de *Humaitá*, tuvieron una entrevista con los sitiados, y hablándoles á nombre del crucificado. consiguieron ablandar, con la palabra del evangelio, la resolución y bravura indomables de aquéllos.

sores de *Isla-Poi* á rendirse, conceptuándolos poco menos que traidores. Por otra parte, la esposa del Coronel Martínez, Dª Juliana Insfran, en los momentos en que el marido se sacrificaba por su patria, fué reducida á prisión por supuesta complicidad en la llamada *conspiración*, y después de sufrir crueles martirios, fué fusilada.

El Mariscal, para robustecer la creencia de culpabilidad hacia los jefes, decía que las provisiones de *Humaitá* eran suficientes para alcanzar el mes de Octubre y que debido al descuido de aquéllos se agotaron mucho antes de ese tiempo. Manifestó también que la desocupación de *Humaitá* la había ordenado porque en nada perjudicaba sus planes ulteriores. Sin pérdida de tiempo dispuso la evacuación de *Timbó*, ordenando que la artillería pesada viniese por delante. Así se hizó, y el Jeneral Caballero se retiró con todas sus fuerzas á *Monte Lindo*, y de allí vino á incorporarse con el grueso del ejército en el *Tebicuary*.

Los aliados, después de la capitulación de Martínez, han tenido la idea de ocupar y fortificar el paso del *Bermejo* que servía para la comunicación de *Timbó* con el *Tebicuary*, é impedía que Caballero sacara de aquel punto su artillería pesada y con ella su columna, yendo á reforzar al Mariscal. Con este propósito, aceptando la indicación del Jeneral Gelly y Obes, Caxías mandó hacer un reconoci-

miento del río *Bermejo*, del cual resultó que *no se podía entrar en él por ser estrecha la embocadura*; con lo que desistieron de la idea de emprender esa operacíón. (1)

---

(1) Los datos que le facilitaron á Thompson sobre los combates en el Chaco frente á *Humaitá* son deficientes y por lo general inexactos, según nos han informado los que han tomado parte en ellos desde el principio hasta el fin.

En cuanto á la relación del Visconde de Ouro-Preto sobre los sucesos del mismo territorio, también adolece de algunas inexactitudes. Por ejemplo: le da á la guarnición de *Humaitá* el númera de 4000 hombres y que de éstos algo más de 600 solamente se han salvado al otro lado de la laguna, la mayor parte viejos, mujeres y niños! Emplea además las palabras *huir* y *fugitivos*, hablando de la ex-guarnición de *Humaitá*, con suma impropiedad. En fin, el ilustrado escritor brasilero, se ve que no ha podido desprenderse por completo de ciertas preocupaciones deprimentes con que el *orgullo imperial* miraba á los pueblos del Plata, calificándolos de *republiquetas!*—V. Cap. XXVI. — *A Marinha D'Outr'Ora*, p. 381.

CAPÍTULO VI

San Fernando—Evacuación de Matto-Grosso

Hemos visto que el Mariscal, sitiado en el cuadrilátero por las fuerzas aliadas, se vió obligado á abandonar aquellas formidables posiciones, donde los briosos defensores del suelo patrio habían probado en repetidos combates, durante dos años, cuánto valía su pujanza y cuánto vigor tenía su patriotismo. Si tan valientes y abnegados soldados hubiesen tenido á su cabeza un jefe más conocedor de los preceptos de la guerra, la suerte de las armas nacionales hubiera sido otra, á pesar de la superioridad de los elementos de que disponían los aliados.

Sin embargo, á la época á que hemos llegado, aquel valeroso ejército ya carecía de uno de sus más importantes factores de resistencia: el entusiasmo. Los reveses sufridos, el hambre y todo gé-

nero de miserias, han ido minando paulatinamente su espíritu hasta acabar por extinguir casi del todo aquel ardoroso entusiasmo que le había distinguido tres años antes.

Pero en medio de tantas penalidades, no ha perdido el sentimiento del deber que ha mamado desde la cuna, bajo la atmósfera saludable de una educación religiosa, y sin duda, debido á esa nobilísima circunstancia moral, desplegaba en los combates la misma inquebrantable firmeza que sus antecesores.

Hemos visto también, que desalojado el Mariscal de sus extensas líneas, no le quedaba otro recurso que lanzarse al Chaco, para convertirlo, á fuerza de penosos trabajos, en una nueva base de sus operaciones. El Chaco presentaba grandes dificultades para la conducción de provisiones al Ejército. Además, y esto era lo más serio, existía un peligro inminentísimo de verse cortada de un momento á otro la retirada de ésta por la escuadra encorazada que dominaba el río Paraguay hasta la Asunción, después de forzar las baterías de *Humaitá*.

Gracias á la lentitud é imprevisión de los aliados, se pudo evitar esa contingencia crítica, salvándose casi la totalidad del Ejército nacional con la mayor parte de su artillería pesada. Entre las causas que aducen para tratar de justificar la inercia habitual de aquéllos, se señala por uno de sus cro-

nistas (1) la falta de espías y de caballos. Esta es una alegación por demás pueril. El ejército aliado estaba lleno de paraguayos que le servían con tanta fidelidad que á su propio país. De modo que en cuanto á pasajes, lugares y topografía en general, ellós, (los aliados) sabían tanto comó el mismo López. De lo contrario, no hubieran podido dar un paso ni ejecutar un movimiento con felicidad en el territorio paraguayo. En lo que respecta á medios de mobilidad, estaban mucho mejor que nosotros. La causa eficiente de la prolongación de la guerra, es incuestionablemente la falta, no de caballos y de espías, sinó de actividad y energía.

Hemos visto, finalmente, que después de la capitulación de Martínez pensaron impedir la retirada de Caballero, que fácilmente pudiera haberse conseguido con la inmediata ocupación del paso del *Bermejo*; pero el marqués de Caxías halló un pretexto para esquivar la realización de aquella idea.

El Mariscal, sin el refuerzo de la división de Caballero, tal vez no se hubiera animado á tomar posición sobre el *Tebicuary*, que bajo todo punto de vista era insostenible. En prueba de esta aserción tenemos el hecho de que en cuanto tuvo lugar el doloroso suceso de *Isla-Poi* y la incorporación de Caba-

(1) El Jeneral Garmendia.

llero al ejército, se preparó á levantar el campamento y tomar nuevas posiciones sobre el *Piky syry*.

Veamos ahora, con qué defensa contaba el campamento en *San Fernando*, y los sucesos que se desarrollaron en él, los cuales dejaron en el corazón del pueblo paraguayo una triste recordación.

El encargado de dirigir la fortificación de la isla denominada *Fortín* en la boca ó desembocadura del *Tebicuary*, fué el ingeniero Thompson, y la descripción que éste da del lugar y de los trabajos á ejecutar es exactísima. A esta razón, vamos á permitirnos transcribir aquí de su obra «La Guerra del Paraguay», todo lo que se refiere al cumplimiento de su comisión:

« La desembocadura del *Tebicuary* en el *Para-*
« *guay* tiene cerca de 500 yardas, y el *Paraguay*
« en el mismo punto, mide justamente 330. Su pun-
« to de unión forma un ángulo de 60 grados al Nor-
« te del *Tebicuary* que, por una extensión de 2.000
« yardas *Paraguay* arriba, y 200 *Tebicuary* arriba,
« forma una isla de tierra sólida, llamada *Fortin*.
« Esta isla á causa de los carrizales solo es accesible
« por un punto del lado de tierra, y en él se halla-
« ban estacionadas muchas canoas para un caso ne-
« cesario.

« *Fortin*, como *Curupayty* y *Humaitá* presenta
« una superficie cóncava sobre una curva del Para-
« guay, que á una distancia de mil yardas hace otra

« curva en sentido inverso. Todo el terreno que lo
« rodea, tanto del lado del *Tebicuary* como del del
« *Paraguay*, es un verdadero carrizal, de manera
« que era materialmente imposible, que enemigo al-
« guno hubiera podido levantar en tierra baterías
« para hostilizar á *Fortín*. Cuando el río estaba cre-
« cido llegaba hasta una yarda del nivel general de
« la isla, y en las grandes crecientes es enteramente
« inundada por el agua.

« Cuando fuí allí por primer vez, toda la isla es-
« taba cubierta por un pasto alto, fuerte y florecido
« llamado *Aguararuguay* que tenía más de seis piés
« de altura; dejé sin cortar una ancha faja de estas
« plantas sobre la costa, para evitar que el enemigo
« viera nuestras obras, en caso de que los encorazados
« llegaran antes que estuvieran colocadas las piezas.
« Después de trazar la obra volví á donde estaba
« López y le presenté un croquis de lo que había
« mandado hacer. Me hizo volver nuevamente para
« concluir las obras lo más pronto posible, orde-
« nándome que esa misma noche se retirasen dos
« piezas de 8 pulgadas de las que estaban en *Monte*
« *Lindo* y se trasladasen inmediatamente al *Tebi-*
« *cuary*. Tenía orden de pedir al coronel Núñez,
« que estaba en el *Tebicuary*, tantos hombres cuan-
« tos necesitara. Sólo pude obtener 200, de los cua-
« les 80 eran hombres y los demás muchachos. La
« madera para las plataformas fué cortada en los

« montes situados algo más arriba del *Tebicuary*,
« porque no la había más próxima: fué preciso levan-
« tarla á tres piés de altura, para garantirla de una
« inundación. A fuerza de relevar los hombres con
« tino, pude colocar en tres días, cuatro piezas de 8
« pulgadas, prontas para hacer fuego. En todo es-
« te tiempo no había cerrado un ojo y los párpados
« se me caían contra mi voluntad. Resultó que no
« había necesidad de tanta prisa, porque los enco-
« razados no se presentaron hasta después de ter-
« minadas las baterías: la que estaba en la emboca-
« dura del *Tebicuary* montaba 7 piezas de 8 pulga-
« das y 2 de calibre de 32, y la otra situada 2000
« yardas *Paraguay* arriba, en la misma isla, estaba
« artillada con 2 piezas de 8 pulgadas y 3 calibre
« 32. Obtuve también 2 de mis obuses rayados de
« 32 y los coloqué en una batería aparte, en frente
« del *Tebicuary*, para el caso en que el enemigo qui-
« siera hacer un desembarque.

« Cuando estuvieron concluídas las baterías, los
« trabajadores fueron enviados á otra parte y el
« batallón 18, fuerte de 300 plazas, vino á guar-
« necer la isla; todo estaba bajo mis inmediatas ór-
« denes, teniendo al teniente Abalos por segundo.
« Este se hallaba siempre presente, porque yo te-
« nía que recorrer las diferentes posiciones, trazar
« obras, ó dar parte sobre ellas.

« Cuando todas las piezas estuvieron en posi-

« ción vinieron por la tarde cuatro encorazados, que
« fondearon á la vista de la batería. La bombardea-
« ron toda la noche, sin causarle daño y por la ma-
« ñana levantaron anclas y se acercaron para reco-
« nocerla.

« La batería en la boca del *Tebicuary* fué cons-
« truída de manera que sus piezas batieran á la vez
« este río y el Paraguay, porque no había bastante
« artillería, para tener baterías independientes. De-
« bido á una circunstancia y á la forma del terreno,
« la batería podía ser enfilada desde el río Para-
« guay; pero entre las piezas había traveses para
« protejerlas. Así, pues, en la dirección del Para-
« guay abajo, solo una pieza, la que estaba en la
« punta, podía hacer fuego.

« Un monitor se acercó á cien varas del punto
« y combatió esta pieza, limitándose á hacer fuego
« de metralla sobre la guarnición que estaba su-
« mamente expuesta porque no tenía parapeto; le
« contestamos con balas sólidas, que causaron muy
« poco efecto sobre el monitor. El eje de esta pie-
« za saltó dos veces, cayéndose todas las gualde-
« ras, y fué necesario colocarla de nuevo en su po-
« sición con ayuda de las palancas. Los otros va-
« pores anduvieron de un punto á otro, pero no se
« acercaron á la batería y después de una hora se
« volvieron á *Taiy*.

« Unos cuantos días se presentaron nuevamente,

« y anclando á la vista de las baterías, empezaron á
« bombardearlas. Entonces empecé á arrojarles
« una ó dos bombas por hora é inmediatamente se
« ocultaron tras de la curva del río. Sin embargo,
« allí no les fue mejor, pues por suerte, nuestras
« bombas caían á menudo sobre la cubierta de los
« buques, y entonces se retiraron del todo.» (1)

San Fernando era una antigua estancia del Estado y estaba edificada en un terreno seco; pero el ejército, fuerte de 8000 hombres más ó menos, tuvo que acamparse en un verdadero lodazal porque toda esa región es baja y pantanosa; sin embargo, en pocos días, quedó todo disecado, y las tropas empezaron á construir, como de costumbre, sus chozas de paja, de manera que pronto se convirtió aquel paraje en una aldea. *San Fernando* dista de *Fortín* 4 millas y 1 del paso de *Tebicuary*.

Una fuerza de 400 hombres guarnecía el *Paso Portillo* y otra más ó menos del mismo número, el *Paso Recalde*, algunas leguas arriba del *Tebicuary*.

El teniente coronel Benito Rolón era el jefe de la vanguardia en el *Tebicuary*, y se mantenía acampado en la antigua estancia de *Yacaré*, como 4 millas al Sud del paso del *Tebicuary*.

Bajo la dirección de don Carlos Thompson, hábil mecánico del Arsenal de la Capital, se estableció

(1) Obra citada, p. 290 á 293.

un taller, con tornos, etc., etc., para componer los cañones ó cualquier otra arma que precisase de compostura.

Se colocaron alambres telegráficos á *Recodo*, donde fondeaban los buques nacionales, á *Paso Portillo*, á *Fortín* y al *Paso del Tebicuary*. En *Monte Lindo* estaba la estación de la línea á la Asunción. Los despachos se pasaban en canoas del *Recodo* á aquél punto. Los telegrafistas trabajaban sin descanso de día y de noche, porque eran extensos y numerosos los telegramas que se trasmitían del Cuartel General á la Asunción y viceversa.

No á mucha distancia de la casa del Mariscal, en un punto independiente y fuera del movimiento general del campamento, se edificó una pequeña iglesia de forma octogonal, y allí concurría el Mariscal acompañado de sus ayudantes y otros jefes y oficiales de franco á oir misa que ordinariamente celebraba el mismo señor Obispo con una larga plática ó sermón después del Evangelio, cuyo tema se encuadraba, por supuesto, á las circunstancias porque atravesaba el país en aquellos momentos solemnes y difíciles.

Hé ahí mencionadas sucintamente las posiciones fortificadas y fuerzas de avanzada con que contaba *San Fernando*, por tierra y por agua, para su defensa contra el enemigo. Todas eran débiles,

porque todas eran franqueables, y si los aliados hubiesen desplegado más actividad, hubieran podido haber terminado la guerra allí.

Pero prosigamos.

El Mariscal atravesó el río y vino á instalarse en el cuartel general después de la terminación de la batería de *Fortín*. La fuerza que le acompañaba, venía al mando en jefe del hasta entonces Coronel Caballero, y estuvo acampado en *Ceibo* haciendo los preparativos para efectuar de un golpe el pasaje, como se hizo, á fin de evitar cualquier hostilización que pudieran intentar los encorarados que dominaban el río, según queda dicho más arriba. Terminada esa operación en un solo día con toda felicidad, Caballero regresó á su puesto en *Timbó*.

Estando allí (en *Ceibo)*, llegó don Benigno López de la Capital en obedecimiento á una orden telegráfica que el Vice-Presidente se la trasmitió estando aquél en su estancia en el Departamento de la Villa Concepción. Ese llamamiento, sin duda, se relacionaba con las declaraciones de Bedoya; así se comprende por el hecho de que en cuanto llegó, el Mariscal lo hizo entrar á su presencia, encontrándose también presente en aquel momento el Coronel Caballero, y le interrogó del modo siguiente:

—¡Y bien! ¿Qué es lo que Vds. pensaban hacer en la Capital?

Benigno sin inmutarse y con la mayor naturalidad del mundo le contestó:

—Señor, como no hemos tenido más noticias de Vd. ó del ejército desde que *Humaitá* quedó sitiado por el enemigo, habíamos creído llegado el momento de pensar y tomar alguna resolución tendente á salvar nuestras personas y nuestros intereses.

No bien acabó de dar esta contestación, cuando el Mariscal, volviendo la cara hacia el Coronel Caballero, le dijo á éste:

—«Ya ve, Caballero, como estos son más *negros* que los mismos negros»; es decir, que los de la Asunción, eran más brasileros que los mismos brasileros, á quien por antonomasia acostumbraba llamar «*los negros*», ó sea en guaraní, *los cambá*.

A pesar de esta reprimenda, Benigno, á la hora de comer, mereció la distinción de ocupar un asiento en la mesa entre los demás comensales, inclusa la señora Lynch; pero así que el Mariscal llegó y se instaló en *San Fernando* le ordenó que guardara arresto á domicilio, sin recibir visita de nadie y teniendo á su servicio el mismo ordenanza que fué con él de la Asunción. (1)

(1) Ya con posterioridad supe de buena fuente que en el campamento de *Ceibo* en el Chaco, tuvo lugar una especie de conferencia, ó más bien, careo, entre Berjes, Gumesindo Benítez, Carlos Riveros, Francisco Fernández, Bernardo Ortellado y Saturnino Bedoya, presidido por el Obispo Palacios, cuyo careo

Cuando llegamos de *Paso-pucú* á *San Fernando* á fines de Marzo ó principios de Abril de 1868, conforme queda referido al final del Capítulo IV, supe por referencia de mi compañero y condiscípulo capitán Andrés Maciel, que Bedoya se encontraba con dos pesadas barras de grillos en una guardia bajo una choza de cuero, y que, habiéndose negado en absoluto á declarar todo aquello que el Mariscal suponía que pudiera saber, había sido sometido á la cuestión, y que de esta manera dice que pudo arrancársele algo con respecto á lo que se trataba de llevar á cabo en la Asunción. Poco tiempo después, tuvo un ataque de disentería y la muerte puso fin á sus amargos y cruentos padecimientos.

El capitán Bado, el más intrépido jefe de los espías descubierteros, no dejaba descansar al enemigo. Con la actividad, el valor y la vaquía en el Departamento del Pilar, daba su golpe ó *malón* donde menos se le esperaba, arrebatando ganado de la cercanía de *Pedro González* y zurrando de lo lindo á las pequeñas partidas enemigas que se adelantaban á practicar descubierta más allá de sus líneas. Tal era el arrojo, la audacia é intrepidez de Bado,

---

rodaba sobre una especie de cambio de gobierno y medios de terminar la guerra, que el último, Bedoya, había medio revelado en Paso-pucú al señor Obispo y al General Barrios, el mismo dia que los encorazados forzaron el paso de *Humaitá*. Hago constar estos antecedentes para mayor satisfacción del lector.

que su nombre solo inspiraba respeto y hasta terror á los descubierteros aliados.

Un día llegó á noticia del Mariscal que el capitán Juan S. Silva que se había pasado ó caído prisionero el 24 de Mayo en poder del enemigo, se encontraba en *Pedro González* cuidando una puntita de ganado. El Mariscal dió orden á Bado para que hiciera espiar su movimiento, y una vez bien al corriente de su manejo, le mandó preparar una celada que dió por resultado la captura del capitán Silva.

La noticia de la prisión de éste causó una gran novedad en *San Fernando.* Lo trajeron embarcado y á su llegada al campamento, el Jeneral Resquín, mandó hacer con la tropa una especie de manifestación contra él, con la idea, sin duda, de inspirar horror é indignación hacia los que prestaban auxilio al enemigo contra la patria, cualquiera que sea el pretexto ó fundamento que se invoque para ello. Sin embargo, fué un acto bárbaro completamente en desacuerdo con los elevados sentimientos que debe distinguir en todas las ocasiones á un pueblo civilizado.

Colocado bajo la custodia de una guardia especial cerca de la Mayoría, ya á eso de oraciones, el Jeneral Brugués, á instancia propia, fué comisionado por el Mariscal para ir á hablar con Silva, aunque desde luego aquél le aseguró que

no le había de decir la verdad. Brugués, á imitación de Díaz con Ruiz, le hizo pagar caro el honor de su visita, mandándole aplicar cincuenta *lazazos!* A su vuelta al Cuartel General, el Mariscal, en tono sarcástico, le dijo: «no le he advertido que se había de burlar de Vd?....» Entonces el Jeneral Barrios que también se encontraba presente, se ofreció á ir á hacer á Silva algunas preguntas. López le dijo: «le auguro igual resultado». No obstante, Barrios se trasladó acto continuo á donde estaba el preso, y siguiendo el ejemplo de Brugués, al final de su interrogatorio, le mandó aplicar al infeliz otros *cincuenta lazazos!*....

El lector, fácilmente podrá imajinarse que un castigo tan bárbaro dejó al individuo deshecho, en la más completa miseria.

Al día subsiguiente fuí llamado al Cuartel Jeneral. Introducido ante el Mariscal, me dijo: «Pida al Jeneral Resquín un escribiente y vaya á «tomar declaración jurada por escrito al reo «Silva».

En cumplimiento de esta orden, se me dió un escribiente y se mandó insprovisar un ranchito de cuero cerca de la guardia donde se encontraba el reo. Instalado en él con una mesita de escribir, ordené que me lo trajeran cerca para empezar su declaración. A penas podía moverse y cuando los de la guardia quisieron ayudarlo á levantar,

algunos manifestantes del día de su llegada que pasaban por ahí, le tiraron con pedacitos de palo y bostas duras de animales. En vista de eso, salí precipitadamente y los encaré diciéndoles: «Déjenlo, ya está en manos de la justicia y no «es justo que se le hiciera más nada.»

Esta frase en defensa del reo fué denunciada al Jefe de la Mayoría Capitán Trinidad Palacios, quien en seguida fué á dar parte al Jeneral Resquín, y éste, poniéndose el espadín, pasó á su vez al cuartel general á dar cuenta al Mariscal, manifestándole que me había hecho cómplice del traidor, y que si no había tomado en el acto medida contra mí, era porque había creído prudente poner previamente en su conocimiento lo que pasaba.

El Mariscal le contestó: «Ese muchacho se ha «educado en Europa, y todavía es inesperto y «débil. No hay que castigarlo, sino darle un «buen susto con una buena *raspeada* como Vd. lo «sabe hacer. *(Ibyro-gutericú-hicóni.)*»

Mientras toda esta tempestad se acumulaba sobre mi cabeza, yo estaba ajeno de ella.

De repente á la 1 $^1/_2$ p. m. recibí llamamiento del Jeneral Resquín. Al presentarme á la puerta de su casa, el ayudante de servicio me atajó y me pidió la espada. Primer susto y mal augurio!.... Luego me hizo entrar; me cuadré delante de Res-

quín que estaba con una cara de negar á Cristo, y le saludé con el saludo de uso: *beso á V. S. la mano!*.... Sin contestar siquiera á mi reverencia, comenzó á dirigirme el siguiente interrogatorio:

—¿Qué es lo que anda Vd. diciendo so grandísimo pícaro?

—Señor! Nada que yo sepa ó recuerde.

—Sí, hágase el zonzo ¡Vd. es un traidor y á esta hora debía estar fusilado!

Segundo susto. Cambiaba de colores como el camaleón. Sudaba á mares y me corrían las lágrimas, porque veía que mi vida estaba en un hilo. ¡Qué mortificación! Sin poder tan siquiera imaginar la causa de mi delito!

—«¡Trinidad!».... Grita Resquín.

Se presenta el Jefe de la Mayoría y este le dice: «Recuérdele á éste lo que ha dicho.»

—Sí, Señor. Dijo en defensa del traidor Silva que ya estaba en mano de la justicia y que no era justo que se le hiciera más nada.

—Ya Vd. vé, prosigue Resquín, cómo Vd. ha salido en defensa de ese traidor, haciéndose cómplice de él. Vd. es también un traidor y merece cuatro balazos. Agradezca á la clemencia de nuestro *soberano!* que se ha apiadado de Vd. perdonándolo. Y mucho cuidado, porque con otra falta como esta, le será aplicada la pena prevista por las ordenanzas. Retírese maula!

Recién volví en mí, y dando las gracias, me retiré con una indignación inexplicable por dentro, contra el que tuvo la oficiosidad perversa de hacerme pasar momentos tan crueles.

¡Vaya uno á ser humano y caritativo!

Fuí á continuar mi trabajo en escribir la confesión del reo hasta su terminación, sin ningún otro incidente. En seguida hice entrega del expediente al Jeneral Resquín, y no supe más de Silva, ignorando el jénero de muerte que le habrá tocado.

En Buenos Aires, donde en su calidad de prisionero pasaba bastante bien, algunos paraguayos fanáticos por la causa de la alianza, le montaron la cabeza para volver al ejército aliado. El hombre no pudo resistir á la insistencia de estos empeños en que todo se lo hacían aparecer de color de rosa, haciéndole creer de que la guerra había terminado con la huída de López de *Paso-pucú*, y que podía dedicarse tranquilamente al trabajo que quisiese para recuperar la pérdida que habría tenido, que al fin se resolvió. Comunicó su determinación á un amigo. Este trató de disuadirlo, manifestándole el peligro inminente á que iba á exponerse, asegurándole no ser cierta la noticia de la conclusión de la guerra. Tan sabio consejo fué desoído, halagado por la idea de venir á recojer

el resto de sus ganados y establecer con él un puesto en su departamento.

Estando en *Pedro González*, y pocos días antes de su prisión, otro amigo, que hoy ocupa una elevada posición en la República, (1) fué á visitarlo, y lo mismo que el anterior, le hizo presente el peligro que allí corría su vida por los muchos espías de López que, tanto de noche como de día, recorrían aquellos parajes, y terminó aconsejándole, como un acto de prudencia, que cuanto antes abandonara aquel punto y se plegara dentro de las líneas del ejército aliado, donde estaría garantido. Tampoco hizo caso; de modo que parece que una relación ó encadenamiento de causas secretas y misteriosas en el hombre, le obligaba á continuar asido á la fatalidad que le condujo al abismo insondable de la muerte.

En *San Fernando*, la vigilancia en el cuartel general era rigurosísima. Un cordón de centinelas rodeaba la casa y cada cuarto de hora lo recorría una rondilla para ver si aquellos estaban vigilantes. Además, los ayudantes del Mariscal hacían el servicio de noche por turno (prima y alba) para vigilar á su vez á los otros que circundaban el recinto. Una noche uno de esos ayudantes sorprendió al trompa de la Es-

(1) Jeneral Eguzquiza.

colta Nacional, cuyo nombre sentimos no recordar, yendo á visitar á Benigno López en su casita. Fué por supuesto inmediatamente reducido á prisión y sometido á un riguroso interrogatorio. El resultado sucesivo de las declaraciones de este sujeto, según me informaron personas que han intervenido en el asunto, fué que Benigno fraguaba un plan de asesinato contra el Mariscal en connivencia con el mayor Fernández, ayudante de campo y ayo de los niños de aquél y amigo de Benigno por relaciones íntimas que este tenía con su familia, vecina de Paraguarí siendo el órgano de comunicación entre los dos, el trompa. Que el fin que se propuso Benigno era mandar matar al hermano, decidiéndose para el efecto por el puñal como más seguro que una arma de fuego, y escaparse él luego, junto con otros, en los caballos del Mariscal, al enemigo. En seguida que cayó el trompa, cayeron también el Mayor Fernández y el herrero que estaba encargado de fabricar el puñal.

Ignoro qué fondo de verdad tendrá esta versión que hacía correr el Mariscal y otros de su intimidad sobre este proyecto de asesinato; pero lo que hay de cierto es, que una de las personas llevadas presas de la Capital con motivo de la denominada *consbiración*, por ese mismo tiempo, confesó espontáneamente comprometiendo á más de doscientos,

entre ellos los hombres más conspícuos de la Asunción con muy raras excepciones y á muchos otros de la campaña, sobretodo los que ejercían el cargo de juez de paz y jefe de las milicias urbanas.

Cuando el Mariscal vió que había tantas personas citadas, y que la cosa asumía un carácter serio, mandó remachar una barra de grillo á Benigno, entregándolo á la custodia de una guardia especial que se instaló á alguna distancia del cuartel general y atrás de la mayoría bajo unos árboles.

En seguida reunió en el corredor de su mismo cuartel á los siguientes: los jenerales Barrios, Resquín y Brugués, el Sr. Obispo Palacios y muchas otras personas caracterizadas, hallándose también presente el que escribe estas memorias, y dijo: « Que acababa de descubrirse una tremen-
« da conspiración contra el Gobierno y contra
« aquellos que le eran fieles; que los conspiradores
« se habían puesto en comunicación con el enemi-
« go y que éste, de esta manera, estaba al corrien-
« te de su plan de campaña, y que como le inte-
« resaba saber el proyecto ó plan que ellos tenían
« con el enemigo, pedía el parecer de los presentes
« sobre el medio más eficaz que debería adoptarse
« para abreviar y terminar lo más pronto posible
« el enjuiciamiento de ellos. »

Después de un rato de silencio en que todo el mundo quedó pensativo y hasta cierto punto estu-

pefacto por tan grave denuncia, el Jeneral Resquín tomó la palabra y dijo:—« Señor! yo pienso que « para abreviar todo procedimiento debería de « adoptar los medios con que autorizan las Orde« nanzas á tratar á los traidores cuando son contu« maces, es decir, las torturas. » Pero á esto el Mariscal, visto que nadie apoyaba ni desaprobaba, contestó diciendo:—« que en el siglo en que vivi« mos, ya no se acostumbraban á emplear esos me« dios. »....

Luego habló el Sr. Obispo diciendo: « Que en « su opinión el Mariscal debería disponer que fue« sen pasados por las armas los cómplices, á me« dida que fuesen descubriéndose. » No bien acabó de exponer el Sr. Obispo su opinión, cuando el Mariscal dando un paso hacia atrás, le hizo una gran reverencia, diciéndole en tono sarcástico: « Ilustrísimo Señor!.... V. S. Iltma. comprende« rá que yo tengo especial interés en saber también « aquello que ellos saben, de modo que en ningún « caso me puede convenir la medida que V. S. « Iltma. propone. »....

En seguida dispuso la formación de seis tribunales ó juzgados militares. El 1° fué compuesto de los capitanes Adolfo Saguier y Matías Goiburú, el 2° de los padres Román y Maíz, (1) el 3° del

(1) Cuando la evacuación de la Asunción, instalándose en Luque la capital provisoria, el Arcediano Juan E. Barrios que se había ido por Tem-

capitán M. Antonio Maciel y un escribiente cuyo nombre no recuerdo, el 4° de D. José Falcón y D. Andrés Maciel, el 5° del mayor Abalos y teniente Mauricio Benítez y el 6° del capitán Silvestre Carmona y un escribiente, al lado de quienes fuí yo colocado con el carácter especial de *ayudar* á dictar las declaraciones, atento á la poca preparación del titular que presidía, para hacer este trabajo satisfactoriamente.

Donde declaraban los reos más importantes, era indudablemente en el primero y segundo, sobretodo en este último, pues allí declararon los principales: José Bergès, Benigno López, los orientales Antonio de las Carreras, notable hombre de Estado de su país, y Rodríguez Larreta, el Jeneral Brugués, etc., etc. En los demás, iban los denominados *cómplices*, la mayor parte de la campaña, que no sabían nada.

Los que ejercían una inspección sobre los trabajos en todos esos tribunales, eran los mayores

betary, desapareció sin que nadie supiese de su paradero. Esta ausencia clandestina se tomó á novedad por la posición social del Arcediano, y de Luque se dió parte á San Fernando de su desaparición, y el Mariscal dió orden para que tan luego fuese hallado lo remitiese al ejército.

Una vez en San Fernando Barrios, el Obispo nombró una comisión compuesta del canónigo Román y del presbítero Maíz para tomarle sus declaraciones respecto de aquel desvío de la Asunción á Luque que se atribuía á algún propósito con tendencia hacia los enemigos —De lo actuado nada resultó en este sentido contra el procesado, quien, sin embargo, pereció entre las privaciones y sufrimientos de la prisión. Cuando cayeron los otros complicados y entre ellos el mismo Obispo, la misma comisión, ya por orden del Mariscal, se encargó de su proceso. Es de este modo que Román y Maíz tomaron parte en las primeras comisiones nombradas expresamente para esa causa.

Aveiro y Serrano, después jeneral. Estos llevaban noticias detalladas al Mariscal de lo que declaraban los reos, y éste, por intermedio de los mismos les mandaba hacer preguntas y repreguntas á su antojo, y cuando no se obtenía contestación á satisfacción suya, ordenaba que fuesen sometidos á la cuestión.

De esta manera resultaba que el que verdaderamente procesaba era el mismo Mariscal que se manifestó inconsecuente con la contestación que hipócritamente diera al Jeneral Resquín en la reunión arriba referida.

Como muchas de las autoridades de campaña quedaron acéfalas con motivo de esta conspiración, el Mariscal determinó proveerlas con individuos del Ejército, nombrando de jefes á los tenientes y alféreces viejos, en número de 20 ó 30. Don Luis Caminos, que hasta entonces ejercía el cargo de Secretario General, fué nombrado ministro de guerra y marina interino, en reemplazo del Jeneral Barrios, y enviado á Luque, á la sazón capital provisoria de la República, designándoseme á mí para acompañarlo en calidad de secretario. De esta manera, con viva satisfacción mía, cesé al cabo de unos cuantos días en los trabajos de la información sumaria en el 6° tribunal, que recién había empezado, y de consiguiente, poco ó nada había que hacer.

Mas, sucedió que al día siguiente de mi desig-

nación como secretario del nuevo ministro, había prestado su declaración uno de los personajes de alta posición de la capital, manifestando haber recibido una carta del Jeneral Barrios sobre el asunto de la conspiración, escrita de puño y letra de su secretario, el capitán Andrés Maciel. Con este motivo éste cayó preso, y el mayor Serrano entonces propuso á Aveiro, no una, sinó varias veces, para reducirme á prisión como sospechoso de complicidad. Aveiro no aceptó la proposición de su colega, aduciendo en su apoyo la razón de que si por simple sospecha se iba á reducir á prisión á un individuo, bien pronto se llenaría el campamento de inocentes. Pero no dándose por convencido el mayor Serrano de este razonamiento, aprovechó una de las primeras audiencias después de la caída de Maciel, para insinuar al Mariscal la conveniencia de mandarme remachar una barra de grillos, fundado en que como amigo íntimo de aquel, (1) existía la presunción vehemente de tener algún conocimiento del asunto de la conspiración. Pero mediante el mayor Aveiro, que se encontraba presente, me salvé; pues éste, firme en su ópinión, observó al Mariscal que aún yo no estaba citado en ninguno de los procesos, y que á su juicio la prisión por mera sospecha envolvía el peligro de arrastrar al campamento á

(1) Vivíamos juntos, en una misma pieza, al lado de la casa de Barrios.

muchos inocentes. Esta justa y oportuna observación de Aveiro fué atendida por López; de lo contrario, la imprudente y funesta proposición de Serrano hubiera sido aceptada de lleno. Dejo á la apreciación de los lectores el peligro inminentísimo que corrió esa vez mi vida, debiendo tenerse en cuenta que una vez engrillado, sin remisión, era hombre perdido.

La consecuencia inmediata de este incidente fué que D. Luis Caminos que ya me había ordenado el día anterior para que por la mañana del siguiente día fuera á hacerme cargo de la Secretaría de su nuevo empleo, se embarcó con destino á Luque acompañado de los nuevos jefes políticos, quedando yo, como quien dice: *en el aire!* sin saber qué camino tomar. ¡Horrible situación! Tenía, por decirlo así, una cadena prendida al cuello, y de un momento á otro podría llegar á ser presa de la calumnia, como lo fueron muchos. La vida que llevaba desde ese día era insoportable; apartado del contacto de mis compañeros, con el peso enorme de una atmósfera preñada de los más tristes y dolorosos presentimientos. De día y de noche, despierto y dormido, veía la punta de la terrible espada de la muerte pendiente sobre mi cabeza de un cabello, que parecía aproximárseme más de hora en hora, de momento en momento, en su amenazadora y silenciosa oscilación.

San Fernando, esa ocasión se convirtió en un verdadero infierno! Por doquier uno echaba la vista, no veía sino presos, todas personas respetables, conocidas, y con quienes uno estaba ligado por los vínculos de parentezco, de amistad ó de gratitud. Por todos lados no se escuchaba otra cosa que el gemido de los sufrimientos, los ayes del dolor y de la desesperación y los clamores de muchos inocentes que la calumnia los arrastraba y precipitaba á una vorágine infernal de donde nadie volvía á salir con vida! El estado moral especialísimo en que nos encontrábamos, es indescriptible. Reinaban el terror y la desconfianza. Uno miraba y observaba, pero sin abrir la boca para pronunciar una palabra, emitir una idea generosa ó inquirir sobre el destino de los reos, ó saber lo que pasaba en los respectivos tribunales. Cualquier manifestación de sentimientos de caridad, de compasión ó de humanidad, propia de un corazón sensible, era mirada y considerada como acto de deslealtad ó de *debilidad* digno de castigo. La *debilidad* para el Mariscal era algo así equivalente á traición ó falta de energía y de patriotismo en el cumplimiento de sus deberes. En tales circunstancias, en que toda libertad había desaparecido por completo, en que la razón se hallaba supeditada y avasallada, en que las cosas todas no marchaban por su orden natural y racional, sino por

el que les trazaba el capricho; en que, en una palabra, cada uno tenía la vida en un hilo, se había desarrollado un espantoso egoismo; no existía más la amistad que ofrece un dulce consuelo en la desgracia, porque se veía uno rodeado de peligros, sin más asidero que su propia conciencia y sin más esperanza que Dios! ¡Ah! Si la idea del vacío es aterradora, la del aislamiento y abandono en medio de sus semejantes, es horrorosa!

Hé ahí toda la participación que en el oleaje general de los sucesos me había tocado en la llamada *conspiración*, de la que me salvé por un milagro, según dejo referido.

El lector convendrá que ella fué bien breve é insignificante; pero lo bastante para que en la era moderna del Paraguay, en que reina tanta ignorancia con respecto à los sucesos de la guerra, mis gratuitos enemigos, á falta de armas con qué combatirme, me aplicaran el poco simpático calificativo de *verdugo* y *fiscal de sangre*, como si los que prestaron el concurso de su inteligencia en el gran drama de la guerra, lo hubiesen hecho por su propia virtud, o como si gozaran de la libertad, como hoy día, para aceptar ó renunciar un puesto. La designación de esos ciudadanos para esas comisiones, no fué hecha, porque se les creyese poseídos de un instinto de sangre, sino porque eran los úni-

cos algo más preparados que otros para desempeñar tan difícil é ingrata tarea.

He dicho en otra publicación y lo repito por ser del caso, que donde no hay libertad ni voluntad no puede haber responsabilidad. Un despotismo audaz, apoyado en las bayonetas, privaba á las inteligencia de pensar y á los corazones de exhalar sus más puros y saludables afectos. Habrá habido quienes hayan abusado y excedido á sus atribuciones; mas ¿se sigue acaso de esto que *todos* fueron *malos*, según pretenden hacerlo creer sus detractores, es decir, aquellos que dominados de un espíritu de venganza y de egoismo, se cuidan más de desahogar sus pasiones y de encontrar faltas, que de averiguar con ánimo reposado la verdad de los hechos? Lo que sí creemos que puede asegurarse con fundamento é imparcialidad es, que si no todos, al menos en su mayor parte, fueron esclavos de sus deberes y se hacían una honra en llenarlos cumplidamente, sin tener otra pauta de conducta que una fidelidad y una lealtad á todo trance hacia el jefe que mandaba y gobernaba á nombre de la Nación. Así ellos, como subalternos, no tenían otra opinión ni otra moralidad que obedecer á su jefe con una exactitud rigurosa, terrible si se quiere, cumplimentando al pie de la letra las instrucciones arbitrarias y á menudo caprichosas, que recibían de él, obrando

siempre en todo, hasta en los más pequeños detalles, de acuerdo con las inmediatas inspiraciones del mismo, y en los momentos en que todo el mundo estaba exaltado contra los perjuros que se multiplicaban á medida que se aumentaba la necesidad de redoblar los sacrificios en defensa de la causa nacional. Condénese, enhorabuena á López por sus faltas y tiranías y la mala dirección de la campaña en general, por exigirlo así de todos la moral y la justicia; pero no inculpéis con marcada parcialidad á los que sirvieron bajo sus órdenes en esta ó en aquella comisión, pues eso, cuando más, sería deplorable pero nunca condenable en el subalterno.

El año 1889, siendo á la sazón el que escribe estas memorias, Ministro de Relaciones Exteriores, el P. E. pidió y obtuvo la venia del Senado para acreditarlo cerca del Cobierno Oriental en carácter de Ministro residente del Paraguay, á fin de llenar la vacancia que quedó por la muerte de D. Juan José Brisuelas.

Antes de que se hubiese efectuado su nombramiento, un joven estudiante de acuerdo con otro joven paraguayo residente en Montevideo y aspirante á dicho puesto, publicó algunos sueltos en *La Democracia*, acusándole de haber tenido participación directa en el proceso y desgracia de los ciudadanos orientales que fueron víctimas en aquella hecatom-

be de triste recordación. Esos sueltos fueron contestados en la Capital Oriental con otros basados en la más torpe calumnia.

Por toda contestación á tan infame difamación, me concretaré á la reproducción de los documentos que bajo los números 1, 2, 3, 4, 5 y 6 van en el *Apéndice* de este tomo, los cuales están autorizados con la firma de las personas más respetables y fidedignas que figuraron en la época á que se refieren, cuyos originales obran en mi poder legalizados por el Ministro de la República Oriental del Uruguay en la Asunción.

El aspirante, que nunca ha hecho una estaca á la Patria, tenía la vana pretensión de convertir la representación del Paraguay en un regalo de boda, sin más título que el concepto que tiene de sí de ser la *mejor cabeza* del Paraguay!...

Bien decía San Bernardo: que «la ambición es « fuente de todo género de perversidades». (Ser- « món VI). Y San Basilio: que «el calumniador es da- « ñoso tres veces, á saber: primero, á aquel á quien « recuerda; segundo, á los que lo oyen; y tercero, « á sí mismo».

Pero prosigamos.

Después que fueron llevados presos á *San Fernando* casi todos los hombres principales de la Asunción y de la campaña, la mayor parte padres de familia, principiaron á caer algunos cuantos

jefes del ejercito: los Jenerales Brugués y Barrios y el Obispo. (1) Estos últimos recibieron orden de guardar arresto á domicilio.

El Jeneral Barrios tenía consigo á su señora, hermana del Mariscal. Algunas horas antes del suceso que vamos á referir aquél se vino á su casa del Cuartel General. A su llegada tuvo con su esposa un fuerte altercado, en el que, obcecado por la exaltación y la rabia, se propasó con su compañera, achacando á ella la culpabilidad en el asunto de la conspiración. Terminó aquella reyerta, ordenando á su esposa que fuera á guardar arresto en una de las piezas de otra casita independiente que servía de alojamiento á los ayudantes, y en seguida, volvió al Cuartel General, de donde regresó á eso de la 1 p. m., sin espada, á su casa, á guardar arresto él también. Se sentó á la puerta en una silla de vaqueta recostado contra el marco. Pidió mate y mandó llamar á todos sus ayudantes. Presentes éstos, les dió las gracias por sus buenos servicios, y les ordenó que fueran á presentarse al Jeneral Resquín para ser distribuídos á sus respectivos cuerpos.

Después de todo esto y que hubo acabado de tomar el mate, se levantó y entró al aposento interior de la casa. Allí abrió un estuche de na-

(1) Este fué enjuiciado y condenado á muerte en *Lomas Valentinas*. Ignoro la verdadera causa de que estaba acusado.

vajas de afeitar, y cogiendo una de ellas, la metió en el bolsillo, trasladándose acto continuo á donde estaba su esposa; se paró delante de ésta y se degolló, cayendo al suelo y yendo á parar la navaja en una de las esquinas de la pieza. La señora, asustada y dando gritos, corrió hacia la puerta toda salpicada de sangre; pero allí la atajaron y no la dejaron salvar el umbral. Tan inesperado suceso produjo, por supuesto, una gran alarma, acudiendo inmediatamente al lugar muchas personas. Sin embargo, el suicida no había conseguido cortar las arterias principales, y con el pronto auxilio de facultativos (1) que le cosieron y curaron la herida, se salvó. (2)

Todos los reos, cuyas declaraciones habían terminado, fueron sometidos á una especie de consejo de guerra, presidido por el coronel Felipe Toledo. Y digo una especie, porque se distinguió y brilló por la singularidad de que los reos no tuvieron defensores, ni se les permitió que hicieran ellos su defensa, (3)—circunstancia por cierto bastante significativa, si se tiene en cuenta que sus

(1) Doctores Stewart y Skinner.

(2) Después que lo transportaron en un catre á su casita, y pidió un papel y escribió, manifestando el Jeneral pesar por haber tratado á su esposa con dureza.

(3) El Dr. Roca, ilustrado ciudadano boliviano, que había prestado el concurso de su inteligencia en la redaccion y dirección de *El Centinela*, quizo hacer su defensa. Comenzó pintando la calumnia y sus perniciosos efectos y luego atacó su misma declaración calificando de falso cuanto en ella había expuesto. Pero, sin duda, apercibiéndose el presidente de que iba á destruirse por su base el edificio levantado sobre arena, lo hizo callar! *Me callaré*, dijo, *y seré víctima de la calumnia, como todos!....*

deposiciones descansaban sobre base de arena movediza.

Las irregularidades observadas en el procedimiento de los procesos han producido su natural efecto, estableciendo la duda en el ánimo de muchos acerca de la verdadera existencia de la conspiración, y hay quienes con racionales fundamentos afirman que ella ha sido obra de la imaginación y de la venganza.

Es innegable que todas las declaraciones han sido arrancadas por la fuerza, mediante la aplicación de la bárbara y cruel tortura, cuyo medio indagatorio está completamente desterrado de la legislación y práctica de todos los países civilizados. Bajo este concepto, aquellos procesos no pueden merecer fe, y como documentos históricos, adolecen de una nulidad absoluta, tanto más cuanto que en ellos, según me han asegurado personas bien informadas, no se ha hecho constar la manera cómo fueron tratados los procesados. ¡Oh! aquello fué un sarcasmo!....

Aseguran, sin embargo, por otro lado, que algunos habían confesado sencilla y llanamente, desde el primer momento de su comparecencia, sin que se les hubiese hecho ningún género de presión ó violencia. Esta circunstancia,unida á la de otros hechos incidentales de que se ha hecho mención en estas memorias, relativos al mismo asunto, lo más que

puede establecer es un indicio de haber habido un propósito ó idea de constituir un nuevo gobierno, á la que el Mariscal, en medio de una profunda indignación contra su familia que le era hostil, ha dado una gran exageración, sacrificando á infinidad de inocentes incapaces de rebelarse contra él ni contra nadie.

Una vez completado el sitio de *Humaitá*, era natural pensar que el Mariscal y su ejército estaban irremisiblemente perdidos, y con este hecho, los hombres de la Asunción estaban justificados en intentar algunas medidas precaucionales, en el sentido de salvar el resto de los intereses nacionales. La situación cada vez más crítica y desesperante del ejército nacional, sugería como necesaria aquella resolución, basada en la propia seguridad y conservación que autoriza la ley natural ante un peligro común; sin que esta consideración en nada altere, por otra parte, el derecho que tenía el Mariscal como mandatario para juzgar y castigar militarmente al, ó á los que se hayan puesto en comunicación con el enemigo, hallándose el país, como se hallaba, en estado de sitio, en lucha abierta y frente á frente con éste.

Era tenido como el principal motor de esta conspiración Mr. Washburn, ministro de los Estados Unidos en la Asunción, acreditado cerca del Gobierno del Paraguay.

La extensa nota del Minístro Luis Caminos de

fecha 4 de Septiembre de 1868, en la que están transcriptas las declaraciones de los principales procesados pertinentes á justificar la participación que se había atribudío á aquel personaje, va en el *Apéndice*, á fin de que los lectores puedan ponerse al corriente de los detalles de aquel gran suceso.

La conducta de Mr. Washburn se presta á comentarios, y no cabe duda que ella dejaba mucho que desear en cuanto á la lealtad y corrección con que el representante de una gran nación estaba obligado á cumplir sus delicados deberes en aquellas difíciles y graves circunstancias.

Caxías, no recuerdo en qué ocasión, negó el hecho de que hubiese tratado de promover una revolución en la Asunción; pero confesó, sin embargo, diciendo que si lo hubiese hecho nada de extraño hubiera tenido, puesto que era práctica en todos tiempos, y que las necesidades de la guerra justificaban, promover una reaccion en el pueblo contra el gobierno existente.

Aun en la hipótesis de que fuese cierto, la negativa era natural, ó conveniente, porque no hubiera sido honroso confesarlo.

Conviene no olvidar que la táctica que seguía el marqués en la guerra, era parecida á la del rey de Macedonia que decía: «Que no había fortaleza « inexpugnable, cuando una mula cargada de oro « puede entrar en ella.»

Con esa táctica venció y devolvió al Imperio del Brasil la Provincia de Río Grande, después de haberse constituído en República.

Al Coronel Alén, que mandaba las fuerzas de *Humaitá*, le ofreció grados y millones; pero aquél supo contestarle con la chuscada de un andaluz:

« Siento, Mariscal, no poder á mi vez ofrecerle
« grados y millones; pero si Vd. consiente entre-
« garme su ejército, yo me comprometo, á nom-
« bre del presidente de la República, a regalarle la
« corona imperial del Brasil.»

Otra de las coincidencias curiosas que refiere Thompson, comandante del *Fortín*, en su ya citada obra (p. 293, Cap. XX) es el que sigue: Dice este autor que 15 días antes del 24 de Julio, es decir, antes del natalicio del Mariscal, éste le decía continuamente que los encorazados forzarían las baterías ese día, lo que efectivamente sucedió. Que llegaron en la tarde del 23, y el 24 el *Bahía*, (1) con un monitor amarrado á su costado de estribor y el *Silvado* pasaron aguas arriba á todo vapor á distancia de 18 yardas de la pieza del *Fortín*, recibiendo todas sus balas con buen éxito. La mayor parte de éstas estallaron en mil pedazos, pero hicieron muchos daños, y los artilleros recogieron un fragmento de las chapas del *Bahía*, de 10 pulgadas de largo , que había saltado á tierra con la fuerza del golpe.

Mientras pasaban las baterías, tres individuos sacaron la cabeza por la torre del *Bahía*, y uno

(1) También recuerdo de este suceso, y si lo hago hablar á Thompson es para dar mayor fuerza á la veracidad del hecho.

de ellos saludó con un pañuelo blanco y gritó, pero no se pudo percibir lo que decía.

Thompson dice que á penas habían pasado, mandó un telegrama al Mariscal, avisándole el número de encorazados que habían forzado la batería; y que al empezar á escribir otro despacho con detalles, recibió un telegrama de aquél, concebido en estos términos: «¿Qué seña hizo el primer encorazado al pasar la batería?» El telegrafista le había informado ya del incidente.

Entonces Thompson le escribió dándole todos los pormenores y diciéndole, que se corría entre la tropa que el hombre era el desertor Recalde.

Con este motivo le dirigió la siguiente filípica contra los traidores: «Me asombraba de que los « hubiesen dejado pasar en silencio, permitiéndoles « abrir sus inmundas bocas contra los patriotas « honrados que pelean por su patria.»

Thompson replicó, manifestando que todos habían echado *sapos* y *culebras* contra ellos, lo que en efecto era positivo. Entonces el Mariscal volvió á contestar diciendo, que *«por fin estaba satisfecho de su explicación!»*

Uno de los encorazados subió hasta *Monte Lindo* donde pasó casi todo el día reparando sus averías, y los otros dos bombardearon á los vapores nacionales que se hallaban en el riacho *Recodo*. Como no eran visibles desde el río Paraguay, resultó que el bombardeo no les hizo ningún daño. Si los buques brasileros hubiesen entrado en el riacho, los vapores paraguayos no hubieran tenido escapa toria: hubieran sido tomados ó echados á pique.

Esa misma tarde, volvieron los encorazados

aguas abajo á todo escape, favorecidos por la corriente. Recibieron al pasar por frente de *Fortín* buenos balazos, habiendo tenido que suspender para el efecto los artilleros su baile en festejo del día.

El enemigo mandó hacer su primer reconocimiento sobre el *Tebicuary* el 8 de Junio de 1868. La fuerza de caballería de 3000 hombres más ó menos, iba al mando del Barón del Triunfo. Llegaron al *Yacaré*, arroyo angosto, pero bastante profundo, y lo atravesaron. No bien acabó de pasar un regimiento, cuando el mayor Rojas con 200 hombres de caballería, se lanzó sobre él y lo acuchilló, tomándoles armas y matando á muchos. Con este hecho, los demás se volvieron á *Tuyucué*.

Matto Groso fué completamente evacuado, y los vapores y tropas que allí había fueron trasladados al *Tebicuary*, quedando únicamente, como destacamento de observación un escuadrón de caballería sobre el río Apa. Cuatro piezas de artillería de campaña, 400 hombres de caballería y 100 infantes que guarnecían la Villa Encarnación, fueron también reconcentrados, con excepción de un escuadrón de caballería que quedó para vigilar aquel punto. Un día esa guarnición capturó y echó á pique á una goleta á vela perteneciente á los brasileros.

Después de estos terribles sucesos de *San Fernando* que han dejado una honda impresión de tristeza y de dolor en el alma y que causaron el mayor de los males al país, tronchando la vida de los mejores y más meritorios ciudadanos, el Mariscal empezó á prepararse para levantar aquel campamento é ir á tomar nuevas posiciones sobre el *Piky-Syry*, en Angostura.

CAPITULO VII

El Mariscal abandona *San Fernando* y se marcha con todo su ejército al Norte del arroyo *Piky-siry*.—Mi protesta de inocencia ante el Mariscal y su contestación.—Combate en el Paso del Tebicuary.—El Capitán Bado.—Abandono del Fortín.—Los encorazados.—Construción de las trincheras de Piky-siry y de Angostura.—La escuadra brasilera opera contra ésta.—Combate sangriento de *Surubi-y*.—El ejército aliado acampa en Palma.

La caída de Humaitá determinó la evacuación de *San Fernando*. Desde aquel momento, pensó el Mariscal en los preparativos para mudar su campamento á otro punto que ofreciese más ventajas para tener en jaque al ejército invasor.

El comandante Thompson fué enviado al estero *Poí* para levantar un plano de todo el territorio adyacente á éste, que, como se sabe, es uno de tantos que se forman con las aguas de la laguna de *Ypoá*, y se halla al Sud de Villeta á distancia más ó menos de tres leguas.

Sólo puede atravesarse por el camino real que se dirige á la Capital, donde tiene próximamente una legua de ancho con bastante profundidad.

Según Thompson, que es autoridad en esta parte, el Mariscal pensó al principio fortificar el norte de dicho estero, pero mejor informado, se decidió por el *Piky-syry*, cuya posición ofrecía la ventaja de no ser flanqueable, sino dando una inmensa vuelta por las Misiones, en cuyo caso la retaguardia de la fuerza invasora hubiera corrido el riesgo de ser cortada; ó por el Chaco, que aunque ofrecía serias dificultades, no eran invencibles para un ejército que contaba con poderosos elementos, como se vió después.

Para dar una idea más exacta del *Piky-syry*, voy á transcribir aquí la descripción del ingeniero Tompson:

« El *Piky-syry*, es el desagüe más septentrional « de la laguna *Ypoá*, de la que arranca en la forma « de un ancho estero, disminuyendo poco á poco « á medida que se aproxima al río Paraguay, y re- « duciéndose á una angosta corriente al entrar en « las selvas, que en este lugar tienen cerca de 2000 « yardas de anchura, y desagua en el Paraguay « por Angostura, donde tiene cerca de 20 yardas « de ancho y una gran profundidad. Es también « el límite de los terrenos bajos, que empiezan en el « Tebicuary, y que, con raras excepciones, son su-

« mamente húmedos. Por cerca de dos leguas al « Sud del *Piky-syry*, el terreno está cubierto de « selvas y montes de palmas, pudiendo decirse que « es absolutamente intransitable por todas partes, « con la sola excepción del camino real, que es tam- « bién pésimo. »

Del estudio practicado sobre el río Paraguay, resultó que Angostura era el único lugar propio para establecer una batería, por presentar una barranca de forma cóncava semejante á la de *Humaitá*. En seguida se emprendieron los trabajos de la fortificación, á la que se le dió la forma de modo que las piezas pudieran flanquear las líneas de tierra.

Resuelto el Mariscal á sostener la línea del *Piky-syry*, impartió sus órdenes para poner en movimiento todos los transportes fluviales y terrestres, á fin de concentrar allí todos los elementos de defensa que aun le quedaban. Se desplegó toda actividad y en breve fueron trasladados á aquel punto hombres, cañones, proyectiles, pólvora, etc.

Parte de la guarnición de la Capital con su artillería, inclusive el cañon *Criollo* que estaba colocado en la batería de *Itápytá-punta*, fué llevada á la nueva posición. El *Criollo*, y otros cañones de grueso calibre, fueron destinados para artillar Angostura.

Asimismo se mandó talar el monte ó selva que poblaba la izquierda del *Piky-syry* hasta el río Paraguay, extendiéndose hacia el Sud hasta Palma,

dejando despejado el frente de las trincheras. Los árboles grandes fueron cortados á flor de tierra, de manera que sus troncos no pudieran servir de abrigo á los rifleros enemigos. Las ramas de esos árboles fueron aprovechadas para *abatis*. Aquellos trabajos eran ciclópeos y se hacían de sol á sol, relevándose los cuerpos cada cinco horas.

El 25 de Agosto, á las 4 de la tarde, víspera de la partida del Mariscal, éste estaba solo enfrente de su cuartel general, sentado en una silla de zuela y apoyado en el espaldar de otra, según era su costumbre. Su aspecto ceñudo y adusto indicaba que cruzaba por su imaginación la sombra de algún lúgubre pensamiento. Tal vez escuchaba los remordimientos de su conciencia por las atrocidades que había mandado ejecutar. No era, por cierto, el momento más oportuno para interponer ante él un recurso de súplica á objeto de obtener su perdón, ó un cambio de concepto más favorable que el que ha creído conveniente abrigar respecto á uno.

Mi situación era crítica, y ella me imponía el deber de hacer algo por mi salvación. El sentimiento de propia conservación se sobrepone á todo género de consideraciones, é impulsa al hombre con una fuerza irresistible á estrellarse hasta contra aquello que parece imposible, con la idea de lograr tan siquiera algún lenitivo á la enfermedad moral que le atormenta

Con este prepósito me armé de valor y me presenté al ayudante de servicio, solicitando hablar con el Mariscal. Avisado éste, ordenó que llegara. Me cuadré delante de él y le hice mi protesta de inocencia, formulada en un lenguaje vehemente calculado á llevar á su ánimo la convicción respecto á la sinceridad de mis sentimientos. Siento que la memoria no me sea fiel para consignar aquí las palabras. Recuerdo, sin embargo, que al final de mi discurso le dije:—«Que esperaba de su « bondad y justicia que no abrigaría duda, por un « solo momento, acerca de mi inocencia».

Así que hube terminado, me echó una mirada terrible diciendo: «*Sí!.... así dicen todos!.... ¡Allá veremos:... Retírese!....*»

Con esta *amable* contestación, me retiré lijero, más cabizbajo que nunca.

El 26, el Mariscal abandonó el campo de *San Fernando*, iniciando con la vanguardia una marcha lenta, siguiendo el camino que conduce á la Asunción por la costa del río Paraguay. La marcha era penosa por los accidentes del terreno y el estado pésimo de la vía, que obligaba al ejército á verificar el trayecto en una sola columna. El Mariscal llegaba á los puntos de parada sólo; la mayor parte de sus ayudantes quedaba rezagados por habérseles cansados los montados.

La retaguardia, compuesta de caballería é infantería, iba al mando del coronel Valois Rivarola.

El mismo día 26, por la mañana temprano, la vanguardia aliada á las órdenes de Baron del Triunfo, llegó al *Yacaré.*

En la planicie que forma el recodo de la confluencia de éste con el *Tebicuary*, se encontraba una columna nuestra más ó menos de 200 hombres de caballería de observación.

La posición de esta columna era bastante comprometedora, teniendo el río á la espalda, y aunque su jefe, el célebre capitán Bado, comprendiendo sin duda lo crítica que era su posición trató de emprender una retirada en vista del movimiento del enemigo que se preparaba á atacarlo; lo hizo ya tarde. Una pequeña fuerza brasilera desprendida con anticipación de la columna principal de vanguardia, atravesó el *Yacaré* y se la impidió, entreteniéndolo con escaramuzas. Entonces fué cargado con ímpetu por una columna de caballería lo menos de 800 hombres, al mando del coronel Niederauer. Los paraguayos, viéndose así comprometidos, hicieron frente y pelearon hasta que fueron completamente destrozados, retirándose Bado con los pocos que le quedaron al *Tebicuary.*

Nuestra pérdida en tan desigual combate ascendió á 176 muertos y algunos prisioneros. La del

enemigo se supone que no haya bajado de 80 muertos y algunos heridos.

El 28 todo el ejército aliado, al mando en jefe del marqués de Caxías, pasó el *Yacaré* y vino á acamparse en el camino que conduce á uno de los pasos del *Tebicuary*.

En el paso real de este río había una trinchera ó reducto guarnecido con 400 hombres y tres piezas de artillería. En la cortina del frente tenía un sólido portón y un puente levadizo que daba al camino. Sus flancos estaban apoyados en la orilla izquierda del río. El jefe de esta fortificación era el capitán Bado.

Cuando este vió que numerosas fuerzas aliadas se disponían á traerle el ataque, consideró inútil la resistencia, y muy cuerdamente dispuso la evacuación de la posición con la rapidez que requería el caso, embarcando sus gentes en algunas canoas que tenía allí con ese propósito.

El Barón del Triunfo, en vista de este movimiento, ordenó apresuradamente el ataque. Los pocos paraguayos que aún quedaban allí encabezados por Bado y el mayor Rojas, que en ese momento se encontraba con él, descargaron sus piezas con metrallas sobre los asaltantes é hicieron una breve pero heroica resistencia. Abrumados por el número muchos fueron muertos y otros se escaparon á nado al otro lado del río, protegidos eficazmente

por el nutrido fuego de los que ya habían conseguido pasar antes á la orilla opuesta.

Nuestras pérdidas esa ocasión no bajaron de 100 y tantos muertos y 80 y tantos prisioneros, contando entre estos últimos el mayor Rojas y el capitán Bado con varias heridas graves. Así como la conducta de éste fué digna y patriótica hasta el último, la de aquél fué infame, poniéndose en seguida al servicio de los aliados contra su patria.

Los paraguayos en servicio de los aliados que profesaban simpatía á Bado por su bravura y audacia, cuando estaba su cuerpo tendido, lo rodearon y á propuesta de uno de ellos, hicieron una colecta de libras esterlinas y se las ofrecieron á título de *para cigarros*. Pero Bado, ofendido en su orgullo de buen patriota, se negó á aceptárselas, manifestándoles: *que las guardaran no más, que temía que esas libras fueran á quemarle las manos.*

Se negó igualmente á aceptar la invitación que le hicieron los mismos para ir con ellos á la Legión hasta sanar de sus heridas. Les contestó diciéndoles que prefería quedarse con los brasileros que le habían de tratar tan bien como ellos.

Sus heridas eran graves y á pesar de los cuidados que se le prodigaron, sucumbió al día siguiente, dejando un eterno recuerdo de gratitud en el corazón de su patria, como uno de sus hijos más dignos y más valientes.

Centinela avanzado, se hallaba de día y de noche en los puntos más retirados y de mayor peligro, donde los invasores no daban descanso á los defensores ni para dormir. Mas, el entusiasmo que les inspiraba á éstos la santidad de la causa que defendían, les hacía soportar con paciencia, resignacion y hasta con alegría, todo género de penalidades.

Su nombre será siempre recordado con orgullo por las generaciones venideras, como el tipo más simpático de audacia, valor y lealtad. En esto, ha sido heredero legítimo de los sentimientos de su madre; que era conocida y respetada en la localidad como patriota decidida y ardorosa. (1)

No hay que dudarlo, la madre es el fundamento, es la piedra angular en que descansa la sociedad: de ella dependen las virtudes ó los vicios de una nación. Por otra parte, nada se arraiga con tanta fuerza en la conciencia del hombre, como los preceptos morales que con cándidas palabras le haya inculcado su madre, y son los que, arrullándole constantemente en todos tiempos y en todas partes, le conducen por el sendero de la verdad, de la justicia y de la honradez.

Bado mamó el patriotismo en la cuna,—aprendió á amar á su patria en el regazo materno.

(1) Cuando el Gobierno pedía auxilios á los vecinos, en lugar de una ella daba á dos o tres vacas!.... Siempre más que los otros.

Imitemos su ejemplo en igualdad de circunstancias.

Las pérdidas de los brasileros entre heridos y muertos no han bajado de 350, contando entre estos últimos el mayor Pantaleón Tellez de Quirós; sus cronistas deploran tan sensible pérdida, y creen que tal vez se hubieran evitado, si hubiese estado allí la escuadra! La escuadra era criticada por su inacción y lentitud; pero el ejército aliado terrestre no hacía nada sin la escuadra.

Cuando el Mariscal se puso en marcha de *San Fernando*, el comandante Moreno quedaba todavía en *Fortín* con el batallón 18 y 3 piezas de á 32, con suficiente número de artilleros para hacer funcionar éstas. Tres encorazados habían subido el río y después de un minucioso reconocimiento, se acercaron á la costa cuanto les fué posible y cercando la batería por el Tebicuary y el Paraguay, rompieron fuegos á metralla, pero hicieron muy poco daño, porque las tropas estaban perfectamente resguardadas, mientras no hacían fuego. Los artilleros nuestros hacían fuego sobre los encorazados cuando éstos acababan de disparar sus cañones, teniendo tiempo suficiente para volver á cargar antes que aquéllos les hicieran nuevamente fuego. (1)

El 28, el comandante Moreno recibió orden de re-

(1) Thompson.

tirarse, y arrojando al río sus tres piezas, se marchó durante la noche. Las otras piezas de *Fortín* fueron transportadas á *Angostura* con anterioridad.

Los jefes aliados estaban tan entusiasmados con la caída, poco gloriosa para ellos, de *Humatá* y la evacuación del *Tebicuary*, que se figuraron que la guerra estaba poco menos que terminada, y no pensaron en enviar á la escuadra aguas arriba para impedir que se levantaran en las costas del Paraguay nuevas baterías. De modo que los trabajos de fortificación de Angostura continuaron tranquilamente sin interrupción.

Llegamos á *Piki-syry* á principios de Septiembre de 1868. El Mariscal fué á tomar cuartel en una casa pajiza al pié de un naranjal en el paraje llamado *Cumbarity*, distante del río Paraguay unas 4 millas. Al día siguiente, salió á caballo á reconocer los terrenos de la inmediación, y ordenó que sin pérdida de tiempo, se construyera en *Ita-Ibaté* una espaciosa casa para su cuartel general. Desde esa elevación se dominaba con la vista una extensión de varias leguas. El cuartel general propiamente dicho componían tres cuerpos de edificio: el que habitaba con su familia el Mariscal, con corredores á ambos lados frente al Sud, y dos más que formaban cuadro con el primero, abierto en su fondo hacia el Norte.

Una vez instalado en su nueva habitación, salía á

caballo casi todos los días, yendo á inspeccionar los trabajos de la extensa línea del *Piky-syry*, que apoyaba la derecha en Angostura y la izquierda en los esteros invadeables de *Ita-Ibaté*.

Dicha trinchera, cuya construcción costó inmenso trabajo á nuestras estenuadas tropas por la dureza de la tierra, pedregosa en algunas partes, estaba artillada con 76 cañones, según Resquín, y con más de 100, según Thompson, á quien doy más crédito, aunque esto parezca una paradoja, (1) porque todas esas obras se hicieron bajo su dirección; bien entendido que en la totalidad de los 100, van inclusas las de *Angostura*, que contaba con 8 piezas de á 68, una de 150 rayada *(Criollo)*, 2 lisas de á 32 y otra del mismo calibre rayada de Whitworth tomada en *Tuyutí*.

Nuestro ejército en aquella época se componía, más ó menos, de 12.000 hombres, en su mayor parte muchachos, fraccionado en cinco divisiones:

La de Angostura, al mando del Comandante Thompson;

La de la derecha, al mando del Coronel Hermosa;

La del Centro, al mando del Coronel Luis González;

(1) Debemos hacer notar aquí que las *Memorias* del Jeneral Resquín, publicadas después de su fallecimiento, adolecen de muchas inexactitudes, algunas de ellas inconcebibles, por el alto puesto que desempeñaba durante la guerra el autor.

La de *Timbó*, así llamada porque era la antigua guarnición de este punto en el Chaco, al mando del Coronel Manuel José Montiel; y

La de la izquierda, al mando del Coronel Valois Rivarola.

Se habían mandado traer todos los pertrechos que existían en los depósitos de la Capital, y aun con todo esto, había escasez de municiones, por haberse perdido grandes cantidades en nuestra retirada algo precipitada de *San Fernando*. Debido á esta circunstancia, ninguna de las piezas tenía 100 tiros de dotación, y muchas no contaban más de 20 á 30. (1)

Por el mal tiempo que reinaba, los trabajos de la fortificación de *Angostura* presentaban grandes dificultades. Todo el espacio comprendido dentro de su perímetro, estaba lleno de un mar de barro tan profundo, que las piernas de los trabajadores se hundían en él casi hasta la rodilla.

A fin de proteger el puerto de *Angostura* para facilitar la carga y descarga de los vapores nacionales antes del pasaje de los buques enemigos, la batería fué dividida en dos secciones: la de la derecha y la de la izquierda, separada por una distancia de 750 metros.

Los encorazados situados más allá de la punta

(1) Thompson, obra citada.

de *Itapirú*, no podían ver lo que se hacía en la Sección de la derecha, á no ser que traspusiese aquella punta, en cuyo caso se encontraba frente á la Sección de la izquierda, sirviendo de blanco á los tiros de sus piezas.

El 7 de Septiembre arribó la escuadra brasilera frente á Palma. Uno de ellos, el *Silvado*, comandante Costa Acevedo, subió solo á todo vapor y forzó las baterías de Angostura bajo los nutridos fuegos de las piezas de su dotación, sufriendo daños considerables, con pérdidas de 3 oficiales y 4 soldados heridos. A la subida *El Criollo* se estrenó, metiendo una bala de acero en la línea de flotación.

Después de media hora volvió aguas abajo y al pasar por frente de las mismas, recibió otro balazo de *El Criollo*, más ó menos en el mismo sitio que antes.

Desde entonces subían los encorazados y bombardeaban diariamente á *Angostura*, recibiendo sus correspondientes contestaciones, y luego se retiraban á su fondeadero en Palma, donde no eran visibles y estaban fuera del alcance de nuestros cañones.

El 23 de Septiembre, 1868, la vanguardia del ejército aliado, después de una marcha penosa por terrenos pantanosos, llegó próximo al puente de *Surubí-y*. Este es un arroyo encajonado y profun-

do, y en época lluviosa, aumenta considerablemente el caudal de agua que lleva, siendo el único paso en ese paraje, es decir, del camino real á la Asunción, el mencionado puente.

El Mariscal, con los excelentes *bomberos* á su servicio, estaba al corriente de los menores incidentes de la marcha del ejército aliado, y teniendo presente que el puente era el camino obligado para buscar paraje donde establecer su campamento en la costa ó proximidad del río Paraguay, mandó destacar el batallón rifleros y el regimiento *Acaberá*, al mando del teniente coronel Roa, á objeto de preparar una celada á esta parte del puente, aprovechando para el efecto los arbolados é islas que allí abundan, y procurando hacerse seguir por el enemigo hasta que salve dicho puente, simulando una fuga ó derrota precipitada.

Con este propósito, Roa mandó colocar 200 hombres de caballería en la parte Sud del puente y al lado del camino. Esta fuerza no tenía que ejecutar ninguna iniciativa seria, sino, en cuanto se aproximase la avanzada enemiga, desplegar una guerrilla y contestar á su fuego. El enemigo, evidentemente resuelto á despejar y llevar por delante cuanto se opusiese á la posesión de aquel puente, mandó reforzar su avanzada con fuerzas de caballería, y en seguida trajo una carga á la caballería paraguaya. Pero como el propósito de

ésta, según queda indicado, no era empeñarse en un combate, sino retirarse precipitadamente, simulando una derrota, de manera á atraer en pos al enemigo, traspuso el puente rápidamente con todas las apariencias de una fuga. Uno de los escuadrones de la caballería brasilera emprendió la persecución, y así que pasó el puente fué sorprendido por una descarga á boca de jarro de unos 150 rifleros que estaban emboscados en una isleta de la inmediación. Supeditada la caballería enemiga por tan inesperada sorpresa, retrocedió precipitadamente en desorden; pero habiendo sido protegida á tiempo, pudo sin mayor trabajo reorganizarse para atacar otra vez el punto con mayores elementos.

El Barón del Triunfo, atraído al lugar por el aspecto serio que iba asumiendo la resistencia de los pocos paraguayos, dispuso que se colocaran algunas piezas de artillería en un punto conveniente al lado del camino, para batir el puente y á la vez el bosque donde suponían que se ocultaba fuerza paraguaya.

Previo un furioso bombardeo, el coronel Fernando Machado, á la cabeza de dos batallones (7 y 34 voluntarios da Patria) trajo sobre el punto un terrible ataque. Pero los nuestros los recibieron á pie firme con una descarga certera de

fusilería que los hizo detener en su audaz avance, haciéndolos retroceder al punto de su partida.

El Barón del Triunfo, convencido de que la toma del puente es de absoluta necesidad para las ulteriores operaciones del ejército aliado, toda vez que no había otro camino por donde pasar, determinó organizar mayores elementos cuyo empuje anonadase la resistencia de los paraguayos y coronase la empresa de completo éxito.

Al efecto ordenó al coronel Pedra que atacase con vigor con la 2ª división de infantería, compuesta de 4 batallones, y al coronel Machado que hiciera lo mismo con la 5ª, compuesta igualmente de 4 batallones, ó sean próximamente 3500 hombres, es decir, para apoderarse de una posición disputada por el increíble valor y firmeza de 600 paraguayos!

La lucha fué bastante reñida al principio; pero al fin sucedió lo que tenía que suceder, nuestra gente como siempre, abrumada por el número, tuvo que ceder, retirándose después de haber arrancado los tableros del puente.

Los brasileros con gran entusiasmo se lanzaron tras de nuestros bravos. Traía la delantera el batallón 5° voluntarios da Patria, estrechando á aquéllos con su persecución, cuando de repente el regimiento *acáberá* que, emboscado atrás de una isla al lado del camino, estaba espiando el momento

oportuno, se precipitaron como avalancha desprendida de una montaña sobre el 5°, haciendo en él la más espantosa carnicería con sus lanzas y filosos sables. Convulsionado el batallón brasilero, volvió las espaldas, poniendo pie en polvorosa. Tan grande fué la confusión, que aquel cuerpo ó unidad táctica, se convirtió en una masa informe de hombres indefensos oprimidos como sardinas en la estrechez del lugar, dejándose matar impunemente. En este estado fué arreado hasta el puente; pero allí, fuerza de refresco salió á darle protección, atacando á su turno á nuestra caballería, que ya andaba también algo desorganizada, con la *sableada y lanceada* á discreción, viéndose obligada á tocar retirada, que la ejecutó bajo la protección de otra pequeña fuerza de la misma arma que estaba colocada á retaguardia á la derecha.

El enemigo, temeroso sin duda de alguna nueva emboscada, limitó su persecución á muy corta distancia.

Los brasileros tuvieron fuera de combate, á estar á los cómputos de ellos, más de 300 hombres, y los nuestros ciento y tantos, la mayor parte heridos.

Por decreto del marqués de Caxías que figura en la orden del día de 28 de Septiembre de 1868, fué disuelto el batallón 5°, «haciendo pesar sobre él la acusación de cobardía.» (1)

(1) Garmendia.-Campaña de *Pyky syry*.

Conquistado el puente, el ejército aliado vino á tomar campamento en *Palma*, antigua guardia de observación paraguaya, situada sobre la orilla izquierda del río Paraguay—lugar bastante pantanoso en tiempo de lluvias.

El 1º de Octubre practicaron los aliados un reconocimiento sobre nuestra línea de *Piky-syry*, con fuerzas de caballería á las órdenes del General Osorio, á pesar de los fuegos de nuestros cañones que dieron el resultado de causarles una pérdida de 80 hombres,—y si no fué mayor, era porque apenas se les veían diseminadas entre los pequeños montes que abundan en dicho paraje. Comprobaron los aliados con dicho reconocimiento de que nuestra posición era inaccesible, y que toda idea de atacarla por el frente era absolutamente impracticable. El único camino de avance era el de la Asunción, y allí las aguas del *Piky-syry* estaban detenidas por esclusas, alcanzando hasta 6 pies de profundidad, y expuesto á los fuegos convergentes de la artillería.

Los aliados, fundados en estas consideraciones, determinaron adoptar una nueva base de operación que prometiese mayor probabilidad de éxito, como vamos á ver en el capítulo que sigue.

En nuestra marcha de *San Fernando* á *Piky-syry*, no se había ofrecido ningún incidente digno de mención. El Mariscal venía siempre á vanguardia, y era por consiguiente el primero que llegaba al

punto elegido para acamparse. La mayor parte de sus ayudantes quedaban rezagados y daba sus órdenes á cualquiera que se encontraba cerca de él.

Como yo andaba de capa caída y sin colocación, encontré á bien seguir de cerca las huellas del Mariscal, tanto más, cuanto que para almorzar y comer tenía que recurrir al ranchero del mismo, el Alférez Piris, que siempre me servía con buena voluntad.

Llegado á *Lomas Valentinas* ó *Cumbarity*, mi cuartel de residencia era una de las carretas de la mayoría, y como había que hacer algo para procurar mi rehabilitación, me puse á escribir una correspondencia para «*El Semanario.*» Desgraciadamente, tal fué el desconcepto en que había caído, que el redactor de este periódico, que residía en el cuartel general, no quiso recibir mis manuscritos, sin duda para evitar cualquier compromiso que pudiera acarrearle el contacto de un *excomulgado!* Me retiré con un palmo de narices, y cada vez más preocupado acerca de la suerte que me esperaba.

CAPITULO VIII

Los aliados resolvieron dar un movimiento estratégico por el Chaco para atacar nuestra posición por la retaguardia.—Expedicion al Chaco á las ordenes del Capitán Patricio Escobar.—Los encorazados pasan al Norte de Angostura.—Buques de guerra de potencias neutrales.—Llegada del General Mac-Mahon.—Principio de mi rehabilitación.—Porter Cornelio Bliss, autor de un famoso y erudito folleto contra Washburn.—Libertad de Bliss, Marterunse y Libertàt.—Formación de una reserva importante.—Reflexiones.

El primer reconocimiento de que hemos hecho mención, y otros que practicaron los aliados sobre nuestra línea de *Piky-syry* les demostraron de una manera indudable la imposibilidad de llevar un ataque de frente á nuestra posición. Si lo hubiesen tentado, hubieran sido repelidos con grandes pérdidas. Porque si bien las trincheras no eran tan formidables como otras que hemos tenido, la naturaleza del terreno les daba una consistencia invencible. Aparte de esta circunstancia, la fuerza asaltante, desde una grande distancia, tenía que marchar bajo el terrible fuego de 80 piezas, que la

hubieran destrozado antes de acercarse á aquéllas, ofreciéndonos un fácil triunfo como en *Curupayty* y *Humaitá.*

Estas consideraciones pesaron en el ánimo de los jefes aliados, y desistieron de la idea de traernos un ataque por la parte de tierra. Se reunieron en junta de guerra para deliberar y buscar los medios más fáciles de llevar á cabo un nuevo plan que, á juicio de ellos, respondeise á los fines que se proponían, cuales eran: vencer á López y concluir de una vez la guerra que se iba haciendo interminable.

Uno de esos medios, lo indicó el General Gelli y Obes. Propuso que se embarcaran 20.000 hombres en los transportes brasileros y en los buques de cabotaje que allí había, y remontando el río Paraguay de noche y bajo la inmediata protección de una división de la escuadra encorazada que bombardearía á Angostura reciamente para distraer nuestra atención, fueron á desembarcarse en San Antonio, para luego maniobrar sobre la retaguardia de nuestra posición. El plan era atrevido y de fácil realización. La expedición, escudada por la oscuridad y la rapidez con que hubiese ejecutado su pasaje, no hubiera tal vez tenido grandes pérdidas.

Sin embargo, el marqués de Caxías manifestó que antes de poner en práctica este plan, deseaba tantear si era posible ejecutar un movimiento estra-

tégico por el Chaco, evitando á Agostura, y desembarcando en Villeta. Esta modificación fué aceptada con la variante de que en vez de ser Villeta fuese San Antonio, el punto de desembarco, porque suponían que equella estaba guarnecida. (1)

Aceptada en esta forma la proposición, acordaron llevar á cabo la operación sin pérdida de tiempo. En efecto, el marqués de Caxías dispuso en los primeros días de Octubre que fuese transportado desde *Humaitá* al Chaco el 2° cuerpo del ejército brasilero á objeto de que tomase participación con las demás fuerzas en los trabajos de la apertura de un camino de comunicación, por el cual se pudiera proveer de provisiones á los encorazados que se encontraban al Norte de Angostura.

Esta empresa fué encomendada al Jeneral Argolho. Después de un prolijo reconocimiento, éste encargó la árdua tarea de la ejecución de aquella magna obra, al hábil é inteligente ingeniero teniente Jourdán.

La fuerza traída de *Humaitá*, desembarcó el 15 en el Chaco en un punto que bautizaron los aliados con el nombre de *Santa Teresa*. Y, á fin de que nuestros lectores tengan una idea más completa sobre aquella atrevida empresa, voy á permitirme transcribir aquí algunos párrafos de la obra titulada

(1) Garmendia.—Campaña de *Piky-syry*..

«*Campaña de Piky-syry*» por el ilustrado escritor argentino, Jeneral José I. Garmendia:

« Con la seguridad de la empresa, ordenó el ilus-
« tre general Argolho la apertura del camino, y
« que se diera principio sin pérdida de tiempo á la
« firme solidificación del terreno, hasta que pudiese
« sustentar el peso de la artillería de campaña.

« Estos trabajos dirigidos por los ingenieros
« Falcao da Frota, Sepúlveda, Ewerard, Lassance
« y Jourdan, despertaron verdadero entusiasmo en
« la tropa, y trabajaron constantemente 3 bata-
« llones de infantería y el batallón de pontoneros
« del 2° cuerpo de ejército.

« La faena consistía en derribar árboles y pal-
« meras y colocarlos paralelamente en grandes es-
« pacios de lagunas y bañados, en la construcción
« de puentes, telégrafos y reductos, y en el des-
« monte de espesos bosques que ensanchaba la
« picada.

« Los ardores de un sol de Diciembre en el
« Paraguay, los calores saturados de los miasmas
« pútridos de los esteros, los insectos mortificantes
« que hacían llevar una desesperante vida, el ex-
« cesivo trabajo de una obra de guerra, cuyo
« éxito estaba en la prontitud de la construcción,
« nada arredró á nuestros aliados, y su general de-
« bió sentirse orgulloso cuando en 23 días vió
« concluída su obra.

« Se habían empleado 30.000 troncos de palme-
« ras, desmontado grandes y prolongados espacios
« de bosques vírgenes; levantado ocho puentes
« de profundidad superior á 5 metros; establecido
« un telégrafo en todo el largo de la vía; limpiá-
« dose casi 10 kilómetros de vegetaciones acuáticas
« que cubrían el arroyo «Araguay,» utilizándolo en
« la navegación de chalanas; por fin, construído un
« camino sólido capaz de soportar el rodado de
« la artillería; este ejemplo de constancia y abne-
« gación se había llevado á cabo luchando contra
« las crecientes de los arroyos y la del río Paraguay;
« para que cómodamente pudiera ejecutar su mar-
« cha con todo su material el ejército brasilero des-
« tinado á la tercera grande operación de esta
« campaña. Era ya esta una victoria estratéjica.

. . . .

« Finalizada la obra, se trató de precaverse con-
« tra cualquier intentona del enemigo, al efecto se
« construyeron algunos reductos y se establecieron
« cuatro campamentos que contenían 2 batallones
« cada uno.»

A principios de Octubre, á la madrugada, forzaron el paso de Angostura 4 encorazados, y ese mismo día después de amanecer, subieron 8 más. Tras de estos venían la cañonera de madera, Belmonte, con el Almirante Ignacio á bordo; pero en cuanto se asomó á esta parte de la punta de *Ita-*

pirú, los artilleros de Angostura de la izquierda le metieron una bala de á 150 en su misma línea de flotación, con lo que se retiró inmediatamente.

Aquellos encorazados, después de practicar un reconocimiento de la costa paraguaya hasta cerca de Villeta, pasando para el efecto por un brazo del río Paraguay llamado *Buey Muerto*, fueron á anclarse tras de un promontorio formado por el territorio del Chaco al Norte de Angostura. Los comandantes de esta fortaleza, enviaron 20 hombres armados de rifles á las órdenes del teniente Fleytas para hostilizar á la tripulación de aquellos buques. Fleytas preparó una emboscada á una partida que bajaba á leñar. De improviso y con la rapidez que el caso requería, cayó sobre ella, matando á 20, no habiendo tenido él de su parte más que dos muertos.

El 22 de Noviembre, á la madrugada, el *Brasil* pasó aguas abajo, y volvió el 26, acompañado de dos más, llevando estos últimos á estribor una lancha á vapor y un pontón cargado de provisiones. Recibió el *Brasil* esa vez 31 balazos, de los cuales 5 eran de á 150. Sufrió grandes averías, y su comandante, el piloto, tres oficiales y algunos de la tripulación fueron muertos. Refiere Thompson que esos vapores subieron hasta Villeta para reparar sus averías en la costa del Chaco; y que cuando llegaron allí empezaron á sacar las astillas

y á arrojarlas al río. Que las vieron pasar éstas aguas abajo durante 4 ó 5 horas seguidas, y entre estas astillas venían pedazos de puertas y otros objetos interiores, que demostraban que las corazas habían sido perforadas.

En los meses de Septiembre y Noviembre llegaron á Angostura varios buques de guerra de potencias neutrales, con el objeto de gestionar la salida del país de aquellos de sus connacionales que quisiesen.

El primero que llegó á mediados de Septiembre, fué el cañonero americano «Wasp», en busca de Mr. Washburn, Ministro de los EE. UU., que hacía algún tiempo que había presentado su dimisión. Su comandante, el capitán Kirkland, solicitó y obtuvo permiso para subir hasta Villeta á esperar á Mr. Washburn. Al cabo de algunos días, este se presentó allí conducido por el vapor nacional «Pirabebé», trasbordándose en seguida en el «Wasp», que zarpó acompañado de aquel con bandera de tregua, hasta el punto donde estaban anclados los encorazados, de donde volvió.

Mr. Washburn, despechado contra el Mariscal, dirijió á este desde abordo, una nota en que le hacía terribles cargos, terminando con es e curioso párrafo:

«Su amenaza al capitán Kirkland a su llegada de que Vd. me conservaría preso en el país, sería de-

bidamente representada á mi gobierno, y solo deseo confirmar en su respuesta, que si Vd. hubiese hecho tal cosa, mi gobierno le hubiera perseguido á Vd. *no solamente al través de toda la América del Sud, sino también al través de Europa.*» (1)

A principios de Diciembre el cañonero norte-americano «Wasp», se presentó por segunda vez en Angostura, izando una bandera de Ministro y otra de Almirante. El nuevo Ministro era el general Martín Mac-Mahon que venía en reemplazo de Mr. Washburn. El mismo día de su arribo, el Mariscal recibió dos notas, una en inglés y otra en francés. En la primera el general Mac-Mahon le anunciaba su llegada, y en la segunda el Almirante Davis solicitaba una entrevista.

Con este motivo fuí llamado por el Mariscal, quien me ordenó con voz airada: «Vaya y traduzca esas notas», señalándome la secretaría. Con un *Sí, señor*, y el espíritu algo más alivianado, me trasladé corriendo á esta. En un cuarto de hora estaba hecha la traducción de ambas notas, que eran cortas, retirándome en seguida á mi cuartel. Fué la primer vez que me volvió á llamar el Mariscal, después del trascurso de 6 meses!

El día 3 por la mañana, el capitán Kirkland vino al cuartel general, y convino con el Mariscal recibir esa tarde al Almirante Davis en la Angostura. La

(1) Véase dicho documento en el Apéndice.

entrevista que tuvo lugar en casa del comandante Thompson, fué cordialísima. El Almirante Davis quedó prendado de la esquisita amabilidad desplegada con él por el Mariscal.

La misión del Almirante Davis consistía en reclamar la libertad de Masterman y Bliss, el primero súbdito británico que entró en servicio de nuestro ejército como farmacéutico en 1861, y el segundo, ciudadano norteamericano, hijo de un obispo protestante, y vino al país contratado por el Gobierno del Mariscal para escribir la historia nacional. Era un profundo literato, muy versado en las lenguas antiguas y al corriente de la literatura antigua y moderna. Hablaba y escribía en español con la misma facilidad y perfección que su propio idioma.

Acusados ambos como cómplices en la llamada *Conspiración*, la policía no pudo echarles mano, porque se encontraban asilados en la Legación americana, donde Mr. Washburn lo hizo servir al uno de médico y al otro de secretario; pero fueron arrebatados y llevados presos del lado mismo de aquél en ocasión que iba al puerto de la Asunción para embarcarse en el *Pirabebé*. En seguida fueron remitidos al ejército en Lomas Valentinas para ser juzgados como los demás.

Bliss, sin duda, teniendo conciencia que sería reclamada su libertad por la manera en que fué aprehendido, y para ganar tiempo, propuso al Maris-

cal escribir un folleto contra su antiguo protector, Mr. Washburn, á fin de revelar los trabajos de éste contra el gobierno del Mariscal y el rol que había jugado como *fautor* principal de la *conspiración!* Consintió en ello el Mariscal, y Bliss comenzó á escribir. Cuando la segunda llegada del *Wasp* la obra estaría bastante adelantada; porque al día siguiente fuí llamado al cuartel general y me encargó de la impresión de ella, con la terminante orden de tenerla lista dentro de ocho días. La vara de López estaba sobre mí, y la mía, por supuesto, sobre los tipógrafos! Trabajamos de día y de noche con muy pocas horas de descanso, para comer y dormir.

Bliss era una enciclopedia ambulante: hacía citas de autores clásicos en griego, en latín, en francés y en inglés, en prosa y en versos, con sus correspondientes traducciones. Corregía las pruebas con prolijidad, á las que agregaba casi otros tantos nuevos escritos para componerse. Los pobres tipógrafos estaban tan cansados y extenuados, que algunos caían desmayados y la mayor parte tenían las piernas hinchadas. A los ocho días justos terminó la impresión y encuadernación del folleto hasta donde había escrito el autor. Tomé un ejemplar y lo llevé á presentar al Mariscal, á quien le encontré parado en el corredor de la casa de Mme. Lynch. Lo hojeó, y dijo: *Está limpio*. . y

luego, con paso lento, se encaminó al corredor interior de su cuartel, y al subir las escalinatas que había en la esquina, me dijo: *Vamos á ver, Centurión, qué llega á ser de Vd., ya que Vd. se ha salvado de ese maremagnum....!* (1) Yo sin saber qué contestarle, me concreté á decirle: *¡Si, señor!*

El folleto está escrito con talento, salpicado de satiras agudas contra Washburn. Allá va la siguiente como muestra, de otras curiosísimas que contiene:

« A virtud de la gran *ley de las contradicciones*
« *orgánicas;*—«*¡lucus a non lucendo!!*»—la univer
« salidad de los talentos de nuestro héroe recuerda
» una anécdota de *Lord Brougham,* célebre juris
« consulto contemporáneo de Inglaterra, quien en
« el largo curso de una espléndida carrera, ha lle-
« nado tres veces la Suprema dignidad de su pro-
« fesión,—la de *Canciller del Reino.* Este distin-
« guido patricio no es menos remarcable por el gran
« número de ramos en que ha tomado parte, que
« por el brillante estreno que ha hecho en cada uno
« de ellos.

« Por esta razón, cuando por primer vez llegó
« al colmo de sus honores profesionales, sus amigos
« hicieron circular el chistoso concepto:—«Este
« Lord Brougham es realmente un hombre uni-
« versal;—sabe algo de bellas letras, algo de idio-

(1) Alusión á la *conspiración!*

« mas, algo de historia, filosofía, crítica, poesía y
« elocuencia;—si supiera un poco de *leyes*, sería un
« *Genio Completo!!!*» De nuestro héroe puede de-
« cirse, aunque no en tan halagüeño sentido!—que
« si supiera un *poco de Diplomacia* sería completo
« el círculo de sus *medianidades!* y conforme á que
« en la ocasión aludida, el periódico burlesco inglés
« PUNCH ofreció una lámina representando al
« augusto Canciller en traje de acróbata, saltando
« por el aire desde un trapecio á otro, con el epí-
« grafe—«*Lo que hará después*»,—nosotros, á vis-
« ta de la imposibilidad de encontrar en este mun-
« dito de Dios otra profesión para nuestro héroe,
« sólo podemos imaginarle allá en el Averno, re-
« vestido de las galas de un *sambenito* oficial, dis-
« frutando los «honores, privilegios, distinciones
« y sueldos que son inherentes á la dignidad Su-
« prema» de *Fogonista Mayor de la Corte de Luz-
« bel!!!*» (p. 38).

En otra página, cuenta Bliss que Washburn, refiriéndose á cierto compromiso contraído para desempeñar un rol poco digno en la política brasilera, manifestó que había aceptado aquel rol, no como Ministro de los Estados Unidos, sino como simple ciudadano, aquél le dirigió la siguiente *salada* y *pimentada* pregunta: —« Y cuando por seme-
« jante hecho, el diablo haya llevado el alma del
« *ciudadano*, ¿dónde estará el alma del Ministro?

« A lo qué» continúa, «nuestro héroe no supo
« hallar respuesta conveniente y *cambió el asunto*
« *de conversación!!*—Algun tiempo después, dijo al
« autor, en alusión á esa pregunta:—«Si después
« de todo, resultasen ciertas aquellas viejas fábulas
« de todas las religiones, que hablan de un *Hades*,
« un *Averno*, un *Infierno*, un *Río Estigio*, *¿no ha-*
« *brá cómo echar un Cebo al Cerbero*, *cuando se*
« *llegue al otro lado?* » —significando por esta pre-
« gunta su idea de poder corromper hasta los *guar-*
« *dianes* de las regiones infernales mediante el *oro!!*
« El autor le contestó en el mismo lenguaje figu-
« rativo:—«*Cerbero* tiene esta analogía con usted,
« que refunde tres caballeros en uno,» con sus tres
« correspondientes cabezas y bocas y tendrá usted
« que andar muy presto, para escapar de todos
« los tres!» A lo que dijo Washburn:—Dicen que
« el diablo no es tan negro como lo han pintado! A
« lo menos en las páginas de *Milton* no hace *Sa-*
« *tanás* tan mala figura. Expresa algunos sentimien-
« tos que me parecen hasta *heroicos*, como por
« ejemplo aquello de mejor es *reinar* en los infier-
« nos que *servir* en el Cielo! No puedo convencer-
« me de la realidad de las llamas y del azufre; pero
« si fuera cierto, *á todo puede acostumbrarse uno*,
« como las afamadas *anguilas* al ser *desolladas!* y
« todos los personajes más interesantes de las his-
« torias han ido derechito al infierno, á su muerte,

« si hemos de creer á los teólogos! ¿Quién quisiera « la *insípida* ocupación de cantar himnos en el « Cielo con unas viejas beatas, cuando en el infier- « no, se topara con *Cleopatra*, y aquella estrellada « Reina Etiope, con *Andrómeda*, con *Helena* y to- « das las demás beldades paganas? En tal caso, me « haría amigo de Lucifer, y él, sin duda, me nom- « braría *Fogonista Mayor!!* Y después de todo, « Lucifer puede considerarse como un personaje « que hace insignes servicios á Dios en calidad de « Administrador de una de las regiones de su Uni- « verso, una especie de *Virrey*, que según lo que « yo puedo comprender, desempeña su oficio á la « perfecta satisfacción de su principal! Por consi- « guiente, él y todos los personajes de su *Estado* « *Mayor*, en el lenguaje de la Ley del Congreso Pa- « raguayo, concediendo el grado de Mariscal á « *nuestro amigo gordo*,—deben gozar de todos los « *honores*, *privilegios*, *perquísitos*, *distinciones y* « *sueldos que son inherentes á la dignidad de su* « *rango!*» .... (p. 270). (1)

En la carta que Mr. Bliss dirijió á Mr. Washburn con fecha 11 de Septiembre de 1868, le pide á éste la devolución de sus manuscritos sobre la historia del Paraguay hasta el año 1810, y 2000 pájinas más de notas en español sobre los sucesos

(1) Casi todos los ejemplares de este folleto fueron enviados al exterior por el *Wasp*.—Hoy por hoy, no creo que existan en el país más de dos o tres.

más recientes, de que dice que se había apoderado durante su enfermedad. Probablemente Mr. Washburn se habrá aprovechado de esos manuscritos para escribir su *Historia del Paraguay*. Por desgracia, Mr. Washburn no reune condiciones de imparcialidad como historiador de la América latina.

En la referida entrevista se acordó la entrega de Bliss y Masterman, quienes, con fecha 10 de Diciembre, fueron enviados á Angostura, donde se recibió de ellos en calidad de presos, el capitán Kirkland, para conducirlos á los Estados Unidos.

El Jeneral Mac-Mahón se desembarcó el 12, es decir, dos dias después de la entrega de los presos, y el 14 fué recibido oficialmente por el Mariscal que, para el efecto, se puso de gran parada, con un enorme elástico debajo del bràzo. Poco después de los combates del 21 se retiró á la capital provisoria que á la sazón era *Piribebuy*, de donde regresó á su país.

Mr. Libertat, Canciller del Consulado de Francia, preso por complicidad en la llamada *conspiración*, fué también entregado en calidad de reo al comandante de una cañonera francesa.

En algunos de los buques neutrales, y sobre todo en el italiano *Confidenza*, se cargaron varias cajas muy pesadas, enviadas por el cónsul Chaperón, conteniendo alhajas de oro y plata pertenecientes á ciudadanos italianos y á algunas familias para-

guayas. Dichos objetos no fueron devueltos por Chaperón á sus dueños, y algunos de éstos, en venganza por ese acto de rapiña, le quitaron la vida en Buenos Aires con un estileto forjado expresamente para él.

Un día, el Mariscal estaba inspeccionando los trabajos de su nuevo Cuartel General en *Lomas Valentinas* ó *Itá-Ybaté*, y de repente dirijió su anteojo de campaña al Chaco, y al observar el campamento brasilero, su espíritu se exaltó, preguntando á los circunstantes:– ¿Quién de Vds. se anima á ir á castigar á aquellos esclavos?

Como ninguno de los jefes presentes dijera nada, el capitán Escobar, (hoy jeneral), que se encontraba cerca y que andaba de capa caída de resulta de algunos incidentes en el servicio, se acercó al Mariscal y le dijo:—Que si merecía su confianza, deseaba tener el honor de ser designado para desempeñar aquella comisión.

—¿Y por qué se anima Vd? —le preguntó el Mariscal.

—Señor, como hasta aquí me persigue la desgracia de incurrir en faltas aunque involuntariamente en el servicio, deseaba lograr esta oportunidad para rehabilitarme por completo con V. E. ó de una vez, si la suerte me es adversa, me lleve el diablo!

El Mariscal, viendo la resolución y firmeza del

capitán Escobar, le ordenó que fuera á escojer á su gusto de las divisiones que guarnecían la línea de *Piky-syry* dos batallones y cruzara con ellos al Chaco á dar una sorpresa al campo enemigo.

Escobar llevó el batallón 12, comandante Viveros, y el batallón 8, comandante mayor Serapio Yegros, y una partida de *acá-moroti* encabezada por el teniente Fleytas.

Llegaron á la orilla de un profundo riacho, que necesariamente tenían que vadear para llegar al campo enemigo, que se encontraba á la inmediación de la orilla opuesta; siendo, por otra parte, considerable el número de las fuerzas brasileras: dos circunstancias graves que Escobar creyó de su deber poner en conocimiento del Mariscal. Con tal motivo, le dirijió un telegrama, manifestándole que deseaba hablar con él, á lo que aquél asintió.

En el Cuartel General, en cuanto se presentó delante de él, le preguntó: —¿Son muchos los negros? Escobar contestó: —No, señor, no son muchos; agregando que deseaba hablar con él á solas. Entonces el Mariscal ordenó al Jeneral Resquín, que se hallaba presente, que saliera fuera.

Cuando ya se encontraron solos, Escobar le dijo:

—El enemigo es numeroso, y si no se lo dije antes fué porque estaba presente el Jeneral Resquín! Calculo su número de unos 25 á 30 mil hombres.

El Mariscal aprobó su conducta, y le dijo que también él calculaba ese número, más ó menos.

Continuó Escobar explicándole que para llevar á cabo el asalto, tenía que pasar un profundo riacho, llevando los soldados sus baulillos en las manos, y sin que pudiesen tener tiempo para organizarse al otro lado por encontrarse allí mismo el enemigo. Que únicamente creía practicable el asalto á arma blanca, y que si aprobaba este plan, podría estar seguro de que, aunque sucumbiesen, dejaría un rastro que haría recordar sus nombres en la historia.

El Mariscal le dijo que no convenía y que volvieran no más.

Pero á Escobar no le convenía volver tan á secas. Entonces combinó con los demás jefes una emboscada contra una partida descubiertera enemiga que todas las mañanas avanzaba por un albardón ó faja de terreno pue se extendía hacia el Norte por entre unos esteros. Efectivamente, apareció la partida y fué tomada entre dos fuegos, por el frente y por la retaguardia, escapándose muy pocos de los que la componían. Escobar,á su regreso,presentó al Mariscal, como trofeos, varios magníficos caballos que pudieron tomar, cuyos ginetes fueron muertos. La operación necesariamente tenía que ser muy rápida, á fin de terminarla antes de la aparición de algún refuerzo ó protección del campamento ene-

migo, circunstancia que no dió tiempo para traer otros objetos que quedaron en el lugar del combate.

El Mariscal, llevado de los informes del teniente Lara, que creyó imposible que pudiera emprenderse ninguna operación por un terreno donde, según él, no podían marchar dos hombres unidos, no creyó que el ejército aliado marchara por el Chaco para luego atacarle por la retaguardia. Los partes de los espías contribuyeron á dar consistencia á esa creencia; pues aquéllos informaban diariamente de que los aliados marchaban de día de Palma en dirección á Villeta, y regresaban de allí de noche. Pero sea de ello como fuese, la verdad es, que al fin, el hombre se convenció de la intención audaz que envolvía el movimiento de los aliados, y mandó levantar una trinchera al rededor de Villeta, en la suposición de que ese sería el punto elegido por aquéllos para su desembarque.

También ordenó la formación de una columna volante que la llamaban *reserva*, compuesta de la mayor parte del ejército, quedando en las trincheras únicamente la artillería y algunos cuantos batallones de infantería. La organización de dicha reserva fué encargada al coronel Serrano, que la acampó no muy lejos del Cuartel General, y pronta á acudir á cualquier punto amenazado de nuestra posición.

Terminaremos este Capítulo con algunas breves reflexiones sugeridas por el sentido común y el carácter asaz crítico que iban asumiendo los sucesos de la guerra.

Desde que el Mariscal llegó á comprender la intención del enemigo, y la funesta consecuencia que pudiera surgir de sus futuras operaciones sobre nuestras posiciones, parecía natural que hubiese tratado de conjurar el mal tomando una resolución enérgica, cuyo desenvolvimiento determinase de una vez la conclusión de la lucha ya tan prolongada, por el triunfo de nuestras armas ó por el de las de los adversarios.

A nuestro juicio, era llegado el momento de pensar en dar una gran batalla campal. Reuniendo en *Cumbarity* las fuerzas sueltas que había en la Asunción y otros puntos, hubiera podido aumentarse el ejército de *Piki-syry* á un total de 18.000 hombres, que, aunque inferior en número al del enemigo, lo consideramos, sin embargo, suficiente para vencer á la fuerza brasilera al mando de Caxías. Y esto no lo decimos porque no reconozcamos condiciones guerreras en las tropas imperiales, sino que la experiencia constatada en muchos combates parciales y reconocida, aunque entre dientes, por nuestros adversarios, ha demostrado la superioridad del soldado paraguayo en arrojo, empuje y resistencia. De modo que no es aventurado asegurar, atento á

estas circunstancias, que el resultado de un combate campal bien dirigido, hubiese sido favorable á nuestras armas. Por otra parte, el Mariscal hubiera tenido á su favor la ventaja no despreciable de la elección del terreno, donde quiera que se hubiese desembarcado el enemigo.

Además, si el Mariscal no quiere dar una batalla campal, le quedaba otro recurso: la retirada á la Cordillera, que ofrece grandes ventajas para una defensa, y para el efecto tenía tiempo de sobra. Tal vez no hubiera sido fácil transportar allá toda la artillería pesada; pero era preferible abandonarla, salvando el ejército, mientras que á causa de su imprevisión, ambos elementos se perdieron en *Piky-syry*, con grave perjuicio de la defensa nacional.

Desgraciadamente, el Mariscal, lejos de tomar estas determinaciones, volvió á caer en su antigua manía de hacer pelear sus tropas por destacamentos, aferrado como estaba en la idea de salvar la situación con la prolongación de la guerra, cerrando los ojos, para no ver, la espantosa miseria en que yacía el país, completamente exhausto de elemementos de conservación y subsistencia y tapando los oídos, para no escuchar, el clamor angustioso de los que morían de hambre y de enfermedad.

¡*Quos vult perdere Jupiter, dementat prius*! (1)

---

(1) Eurípedes

CAPÍTULO IX

Desembarco del enemigo en San Antonio—Batalla de *Tóróró*—Operaciones de la escuadra brasilera—Sus averías—El Barón del Pasaje procede á un reconocimiento prolijo desde San Antonio hasta la Asunción — Bombardeo por 2a vez á esta ciudad — Batalla de *Avay*—Las espuelas y poncho de Caballero—Fuerza que tomó parte en la batalla—Nuestras pérdidas y las del enemigo—Abusos con las mujeres.

En los primeros días de Diciembre, el ejército brasilero, fuerte de veinte y tantos mil hombres, pasó al Chaco, y siguiendo por el gran camino que habían abierto, la infantería y artillería, y la caballería por una picada que recorría la orilla del arroyo Araguay, marcharon hasta llegar frente á San Antonio, donde se encontraban fondeados los encorazados brasileros.

En la madrugada del 5 de Diciembre de 1868, se embarcaron las fuerzas brasileras, que componían un cuerpo de 8.000 hombres de las tres armas, en todos los buques de la escuadra, y desembarcán-

dose en la orilla opuesta, tomaron posesión de la aldea de San Antonio con idea de resistir á cualquier fuerza paraguaya que apareciese ahí, y dar lugar al desembarco de las restantes fuerzas del ejército.

Al anochecer ya tenían reunidas en nuestro territorio una fuerza de 18 mil hombres de las tres armas.

El Marqués de Caxías, sin pérdida de tiempo, ordenó que se hiciera un reconocimiento prolijo sobre el camino que partía de San Antonio y seguía á Villeta. La orden fué ejecutada por el Coronel Niederauer, quien llevó la descubierta hasta más allá del puente de *Tóróró*, no habiendo encontrado sino unos que otros piquetes nuestros, que se retiraron á la aproximación del enemigo.

El puente de *Tóróró* era un desfiladero obligado por donde necesariamente tenía que pasar el ejército invasor para llevar adelante sus operaciones contra el campamento nuestro. De modo que constituía un punto en el camino, cuya posesión se imponía para continuar la marcha, so pena de exponer al ejército á grandes pérdidas, como sucedió, ó á un posible descalabro, como pudiera haber sucedido, si hubiese tenido que ver con una fuerza más considerable.

Sin embargo, el marqués de Caxías, que disponía de suficiente tiempo (todo el día y la noche

del 5) cometió el error inexcusable de no ocuparlo, lo cual era inconcebible en un militar de tanta experiencia práctica, en quien no cabe la suposición de que haya ignorado la importancia de aquella posición bajo el punto de vista militar.

Desde que el Mariscal tuvo conocimiento del desembarco del enemigo en San Antonio, y no en Villeta cual lo había esperado él, la destrucción del puente de *Tóróró*, llegaba á ser una operación de rigurosa regla militar. Esa falta, sin embargo, poco ó nada ha influído para empeorar nuestra situación, en razón de que no ofrecía ninguna dificultad echar un puente sobre el *Tóróró*, que es un arroyo profundo y estrecho, y nunca puede ser comparable, por su gravedad, por la cometida por Caxías, por no haberlo tomado con anticipación.

En la noche del 5, á eso de las 10, el Mariscal despachó al General Caballero á la cabeza de 3500 hombres, llevando de segundo al Comandante Valois Rivarola. Más tarde, y ya al final del combate de que vamos á hablar, llegó el Comandante Serrano, llevando de segundo al Coronel Luis González, (1) con una fuerza de 1500 infantes. El jefe que mandaba la artillería era el Mayor Moreno.

El arroyo *Tóróró* corre de Este á Oeste, de

(1) Si bien ese jefe era de mayor graduación, fué de 2°, porque andaba de capa caída, por disgusto que le acarreó faltas en el servicio ¡Cosas del Mariscal!

modo que las extremidades del puente se encontraban al Norte y al Sud. La parte norte del puente es una colina, ó pequeña elevación que forma un recodo antes de llegar al arroyo, terminado en una pendiente rápida que corre hasta el paso.

En la parte Sud del puente donde se situaron las fuerzas paraguayas, el terreno es algo elevado, formando una extensa abra, rodeada por una espesa selva. El interior de esta abra está poblado de algunas pequeñas islas, una de las cuales defendía el paso, y más allá hacia Villeta había un bañado.

El enemigo inició su movimiento de avance de San Antonio hacia Villeta á la madrugada del día 6, llevando de vanguardia una fuerza de caballería, infantería y artillería al mando del bizarro Coronel Fernando Machado.

El 1er Cuerpo iba al mando del brigadier Bettencourt; el 2° del mariscal Argollo y el 3° del mariscal Osorio.

Este último recibió orden para ejecutar una maniobra envolvente sobre la derecha de la fuerza de Caballero, en cuya virtud, Osorio abandonó el camino que llevaban el 1° y 2° cuerpo, y tomó el que va á Ypané, marchando á lo largo del *Tòròrò* con el propósito de despuntarlos y llegar á retaguardia de Caballero. Pero el paraguayo Higi-

nio Céspedes, que le servía de baqueano, perdió el tino, y en su consecuencia aquella operación no pudo ejecutarse á su debido tiempo.

El marqués de Caxías continuaba su avance con el 1° y 2° cuerpo con dirección al puente, y antes de haberse alejado mucho del punto de partida, recibió aviso de la vanguardia de que aquel desfiladero se encontraba en poder de los paraguayos. El marqués, sin embargo, no se detuvo con este motivo, y siguió avanzando resuelto á atacar y á tomar el puente, llegando á él á las 6 de la mañana.

En seguida dispuso su columna de ataque y mandó colocar su artillería en las alturas en línea semicircular, de manera á dominar la posición.

La vanguardia se entretuvo tiroteando con los nuestros por algún tiempo, sin duda para dar lugar á que Osorio llegase á retaguardia de Caballero para iniciar el ataque.

El General Caballero, así que llegó á *Tòròrò* y se apercibió de la aproximación del ejército brasilero en columna de ataque, fórmó su línea de batalla dividiendo su columna en dos: colocó á la derecha una parte de su infantería (dos batallones) sobre el arroyo *Tòròrò*, de manera que sus fuegos tomasen por el flanco á toda fuerza enemiga que pasase el puente; más atrás, después de un lugar espacioso, otros dos batallones en idéntica formación, pero enfrentando al puente. En dicho

espacio y en el intervalo había 4 ó 5 piezas de artillería.

Por la izquierda de estas fuerzas pasaba el camino real que conduce á Villeta, y á cada costado del mismo fueron colocadas 4 piezas que tomaban el puente oblicuamente.

El ala izquierda constituían 4 regimientos de caballería formados por escuadrones, que se situaron en un espacio abierto;—invisible al adversasario como las demás fuerzas, porque estaban abrigadas por la selva que rodeaba el abra. De manera que no se presentaba á la vista del enemigo sino una pequeña fuerza que servía, por decirlo así, de carnada para aguzar el apetito del enemigo.

La línea de batalla así dispuesta, presentaba una figura cóncava, convergente hacia el puente.

El marqués de Caxías, viendo que sus pérdidas en heridos y muertos aumentaban rápidamente en el tiroteo de la vanguardia con los nuestros que, á más de la fusilería que por momentos arreciaba, arrojaban también sobre ella metrallas, y juzgando que tal vez el movimiento envolvente de Osorio estaría próximo á realizarse, impaciente ya por tanta demora, pues eran las ocho, ordenó al Coronel Machado que atacase y tomase el puente.

Este lanzó el batallón 1°, uno de los 4 que formaban su brigada, sobre el puente, conducido por el Comandante Valporto; pero es recibido por

un fuego horroroso de fusilería y metralla, que produjo el efecto de detener su avance, y á pesar de los esfuerzos de sus oficiales, retrocedió en una tremenda confusión.

En tan crítica situación, Machado, indignado por el vergonzoso movimiento retrógrado, se lanza al frente del 1°, lo apostrofa y lo conduce nuevamente al puente, donde cae muerto, víctima de su arrojo é intrepidez. Su segundo, el mayor Moraes Rego, lo reemplaza, quien, tomando la bandera, marcha adelante y consigue traspasar el puente, apoderándose de dos de las piezas nuestras que barrían aquel estrecho desfiladero. En vista de ésto, los otros batallones de la brigada avanzaron y penetraron en nuestra posición para sostener al 1° en su aparente conquista. Pero no pudieron adelantar un paso por el fuego tremendo de metralla en cooperación de la nutrida fusilería de los infantes, que hacían destrozo en los batallones de ataque, alcanzando también á los que aparecían avanzando más allá del puente, en número de 8 ó 10 batallones.

En esta circunstancia, el Comandante Rivarola cae con sus escuadrones sobre los batallones brasileros. Algunos de éstos formaron cuadro, pero no pudieron resistir el empuje de la carga de nuestra caballería que á sable y á punta de lanza, mata, hiere, destruye y desorganiza toda la fuerza adversa, arrojándola por delante en el más espantoso

desorden hasta el otro lado del puente. Al arrojarse desesperados en confuso tropel sobre el puente, muchos de ellos cayeron al agua que corría en el fondo de la profunda zanja de *Tòròrò*.

Los batallones brasileros se reorganizan y reforzados con 5 ó 6 más, reaccionan y vuelven á pasar el puente con ímpetu. Pero fueron nuevamente cargados, y convulsionados retroceden y repasan el puente, fusilados y acuchillados por la espalda. (1)

Después de estos rechazos repetidos, recibe orden el General Gurgeao (2) para que con una una división del 2° cuerpo cargase. Así lo hizo; pero cayó herido sobre el puente.

Lo reemplaza Argollo, que tuvo la misma suerte, sin haber podido tampoco adelantar un paso.

El combate, sin embargo, seguía cada vez más encarnizado: el sable, la bayoneta y los cañones funcionaban con una actividad espantosa. Las armas de fuego conmovían la atmósfera con sus ruidosos estampidos, el suelo estaba cubierto de cadáveres y heridos, revolcándose estos últimos en arenas y fangos, dando gritos lastimosos de dolor y de desesperación! Y tal era el ardor de la lu-

---

(1) Garmendia. campaña de *Siky-syry*, y relato de varios jefes paraguayos.

(2) Este General al entrar en combate con permiso de él, le acompañó un sargento y cuando cayó gravemente herido, éste lo sacó, llevándolo fuera del alcanse de las balas. Murió en *Humaitá* de resultas de las heridas, legando en su testamento 2000 pesos oro al sargento que le salvó esa vez.

cha, que no daba tiempo para retirarlos del campo, de modo que eran pisoteados por la caballería, que avanzaba y retrocedía matando y muriendo, cayéndose sobre ellos, muertos ó heridos, caballos y jinetes, en caótica y sangrienta confusión.

Aquel cuadro era indescriptible. Los hombres convertidos en fieras, en cuyas facciones se pintataba la rabia de que estaban animados, ávidos de sangre y lanzando un alarido ensordecedor, se batían con un encarnizamiento atroz, cubiertos de sangre que brotaba de las heridas á chorro, de polvo mezclado de pólvora y empapados en sudor bajo los rayos de un sol canicular.

Los brasileros, en este obstinado combate, avanzaron y retrocedieron tres veces, y los paraguayos avanzaron y retrocedieron otras tantas veces, pero quedando siempre dueños del campo y del puente.

En esta circunstancia, Caxías, visiblemente inquieto al ver que habían transcurrido 4 horas de combate en que sus gruesos batallones han sido constantemente rechazados, y que Osorio, de cuya cooperación dependía el éxito, no hacía su aparición á la derecha de la columna de Caballero, se decide a tentar un esfuerzo supremo á fin de concluir y salir de una vez de aquella ansiedad mortificante. Desvanecida la esperanza en el movimiento envolvente de Osorio, no le quedaba otra para decidir el éxito que el empuje de las espesas

masas de las divisiones del 1° y 2° cuerpo, ya que la vanguardia ha sido impotente para alcanzar el resultado que se proponía.

Con tal motivo, ordena al General Bettencourt que con 12 batallones del primer cuerpo que servía de reserva, atacase y tomase el puente á toda costa.

Bettencourt, á la cabeza de su columna, se arroja sobre el puente, pero los estragos en sus filas causados por una terrible descarga á metralla de la artillería de Moreno, le obligaron á detenerse en su avance. Los batallones empezaban á vacilar y retorcerse, cundiendo en ellos el desorden. Entonces el marqués de Caxías, impulsado por un sentimiento de indignación y arrebatado de un ardor de soldado, descendió de la colina desde donde había estado observando el combate, y desenvainando la espada y al grito de *vivas* al *Emperador* y al *Brasil*, se lanza en medio del puente, invitando á sus tropas que le sigan. Su caballo cae muerto y varios de los que le acompañaban; pero aquéllas, entusiasmadas por ese acto de heroica intrepidez, pasan el terrible desfiladero, repelen á los nuestros y se apoderan de 6 piezas de nuestra artillería.

En seguida Caballero, avisado de la aproximación de la columna de Osorio, y cansadas ya, por otra parte, sus tropas de tanto pelear, aun cuando existía todavía bastante entusiasmo para continuar

la resistencia, ordenó la retirada con las 6 piezas restantes.

El enemigo no se animó á emprender la persecución de Caballero, ó en todo caso, la hizo hasta muy corta distancia, lo cual hacía suponer que el triunfo que acaba de obtener, lo dejaba postrado de fatiga.

Los nuestros tuvieron 1200 hombres fuera de combate y la pérdida de las 6 piezas ya mencionadas; y los brasileros tuvieron una baja de más de 3000, contándose entre los muertos y heridos muchos jefes importantes. (1)

Los batallones de infantería que tomaron parte en la batalla de *Tórbró* fueron los siguientes: el 2, comandante capitán Vargas, que ascendió después á sargento mayor; el 36, comandante capitán Gorgoño Rojas; el 37, comandante capitán Pedro V. López; el 40, comandante teniente coronel Duarte; el 3, comandante........ y el 20, comandante mayor Oviedo. Todos ellos se portaron bien; pero sobre todo el 40, el 36 y el 37, cuyos jefes y tropa hicieron prodigios de valor é intrepidez.

Los regimientos de caballería fueron los siguientes: el 6, comandante mayor Carmelo Gómez; el 9,

(1) Los generales Gurgeao y Argollo, heridos; y muertos, los coroneles Machado, Acevedo, Guedes, Silva y otros de menor graduación.

comandante capitán Anselmo Cañete; el 12, comandante capitán Pablo Aguilar; el 19, comandante mayor Zoilo González; y el 30, comandante mayor Manuel Espíndola.

Estos regimientos no tenían arriba de 350 plazas cada uno en esa época.

El comportamiento heroico del soldado paraguayo en *Tóróró* ha legado á los que sobreviven un recuerdo imperecedero. La retirada de la columna paraguaya fué lo más honrosa; ella no fué impuesta por la imposibilidad material de continuar la resistencia, sino para escaparse del golpe de una combinación estratégica que hubiera sido funesta.

Mientras el marqués de Caxías llevaba adelante sus operaciones contra nuestra posición de *Pyky-syry*, la escuadra brasilera no cesaba de visitar y bombardear casi todos los días á Angostura. Pero su movimiento dejaba conocer el gran recelo que tenían los encorazados de las baterías de aquel punto. Solían subir hasta colocarse más arriba de *Itapirú*, y abrigándose atrás de la punta del Chaco enfrente de Angostura, bombardeaban á ésta sin ningún resultado, mientras que nuestros artilleros, con la precisión con que habían calculado la distancia en que se encontraba aquel punto, casi siempre lograban sus tiros á dar al blanco, causando á los buques serias averías.

El 26 de Diciembre, 1868, forzaron el paso de

Angostura los encorazados *Brasil*, *Cabral* y *Piauhy*. Los tiros certeros de nuestra fortaleza mataron en el primero al práctico Juan B. Pozzo é hirieron gravemente al capitán de fragata Salgado. En el *Cabral* fué muerto el teniente 1° Velho Junior. Los buques, por supuesto, sufrieron averías considerables: una de á 150 agujereó la coraza y la madera del *Brasil*; otra abrió la chapa de popa de la casamata, y una tercera hizo pedazos el mástil de proa, destruyendo casi todas las obras de madera del *Cabral*. El *Piauhy* perdió un pedazo del bauprés, destruyéndole á la vez el revestimiento que sirve de protección á la torre. (1)

El 17 de Noviembre salió el Barón del Pasaje (Delfín de Carvalho) de la Villeta con los encorazados *Bahía* y *Tamandaré* y los monitores *Alagôas* y *Río Grande do Sul*, y se dirigió aguas arriba, llevando instrucciones de hacer un prolijo reconocimiento sobre los puntos intermediarios hasta la capital.

Llegado á ésta, fué saludado con unos cuantos tiros, y en contestación el Barón del Pasaje tiró sobre la ciudad algunas bombas, dirigiendo su puntería principalmente sobre el Arsenal, la Aduana, y otros edificios públicos. El *Pirabebé*, que se encontraba en esos momentos en el puerto, se re-

(1) Véase al Vizconde de Ouro-Preto, obra citada.

tiró aguas arriba hasta ponerse fuera del alcance de los cañones de las corazas.

Después de la batalla de *Tóróró*, el ejército brasilero fué á acamparse en el puerto de *Ypané*, y el general Caballero con el resto de su fuerza al borde del potrero Baldovinos, al pie de una gran lomada ó colina. Cuando vió que el ejército enemigo se preparaba para dar un ataque, entonces Caballero encontró conveniente abandonar aquella posición, y fué á ocupar un nuevo puesto á la margen izquierda del arroyo *Abay*, en actitud de defender el puente que tenía aquel arroyo. Allí fué reforzado por un regimiento de caballería y un batallón de infantería que habían sido destacados á Villeta para hacer frente al enemigo en caso que se hubiese desembarcado en esa aldea, como tuvo la intención al principio.

El arroyo *Abay*, en el punto ocupado por Caballero, corre por un valle formado por dos extensas colinas,—la una en su margen derecha y la otra en la de la izquierda.

Sobre la altura de este costado, Caballero acampó su ejército en forma semi-circular, guardando más ó menos la misma disposición que en *Tóróró*.

Estando allí, y próximo ya el día de la batalla, el Mariscal pidió parecer á Caballero y Rivarola sobre la posición que ocupaban; es decir, si reunía condiciones ventajosas para una defensa, y si el

arroyo *Abay* era ó no accesible para el enemigo?

Previa consulta con los jefes de cuerpo, á cuyo efecto los había reunido, Caballero le contestó:—«Que el enemigo, á juzgar por sus movimientos, estaba dispuesto á atacar; que la posición no era buena, y que el arroyo *Abay* era accesible por donde quiera. Que á esta razón, eran de parecer hacer una retirada para constituir con la fuerza de su mando la vanguardia de *Lomas Valentinas*.»

El Mariscal, con quien en esos momentos se encontraba Serrano, recién ascendido á coronel en recompensa de su buen comportamiento en *Tóróró*, dando oído a la opinión contraria que este jefe le manifestara, le mandó decir á Caballero y Rivarola: «Que si ellos no se animaban á hacer frente al enemigo en esa posición, tenía otros jefes que harían sus veces.»

Caballero, viendo que su parecer había sido mal interpretado por el Mariscal, le contestó á nombre suyo y el de sus compañeros:

«V. E. nos ha pedido nuestro parecer, y creemos haber cumplido con nuestro deber en dárselo, con toda lealtad y franqueza. Pero que aparte de eso, él y sus compañeros se consideraban muy capaces de hacer la defensa hasta sucumbir todos ó conseguir el triunfo, y que de ninguna manera podrían consentir que se les tenga en menos que á otros en valor y patriotismo.»

El Mariscal, sin duda, quedó satisfecho con esta contestación, que revelaba decisión y firmeza, porque no hizo ninguna innovación en el mando de aquella columna.

Serrano vino á incorporarse á Caballero momentos antes del combate como primer Jefe de la fuerza de infantería, siendo su segundo el Coronel Luis González.

A su llegada, Rivarola, ligeramente resentido con Serrano, en la persuasión de que fuera éste quien hubiese influído en el ánimo del Mariscal para no haber aceptado el parecer de ellos, le dijo:—
« ¡Ola, amigo! Creo que pronto va á tener oca-
« sión de inaugurar sus nuevos galones. El ene-
« migo empieza á moverse aprestándose al com-
« bate, y debe tenerse en cuenta que esos *negros*
« no nos van á venir con *paños tibios;* así, *es pre-*
« *ciso tenerlas todas consigo!*».... (*Eiopyque nderebicuá galón pyahù tuyá!*) (1) Serrano contestó con una sonrisa.

El 11 de Diciembre por la mañana temprano, levantó el campamento el ejército brasilero y se puso en marcha y recorriendo la parte Oeste de una laguna. se dirigió al paso del *Aba-y* á atacar á la columna paraguaya allí acampada.

(1) Relato del Jeneral Caballero. Hemos consignado entre paréntesis en guaraní la verdadera expresión de que Rivarola hizo uso por ser muy expresiva y difícil de traducir al castellano su verdadera y genuina significacion.

La vanguardia á las órdenes del Jeneral Osorio, el centro á las de los jenerales Bettencourt y Luis Mena Barreto, y la reteguardia á las del Barón del Triunfo (Andrade Neves) y el general Manuel Mena Barreto.

En mitad del camino, cerca de un punto denominado Paso Malo, la división de caballería mandada por estos últimos, se separó de la dirección que llevaba la marcha y tomó rumbo hacia Villeta disfrazando así, en lo posible, su vesdadero objeto que era cortar la retaguardia de Caballero y á la vez envolver su costado izquierdo.

En cuantó el grueso del ejército llegó al paso, colocaron en seguida su artillería sobre la colina que queda enfrente á dicho punto é iniciaron un recio bombardeo, como preludio de la reñida batalla á que iba á darse comienzo.

Para desgracia nuestra, en aquel momento se desató un terrible temporal de truenos y lluvia, cayendo el agua á torrentes. Esta circunstancia no perjudicaba en nada al adversario armado de fusil de precisión; y favorecía notablemente sus movimientos extratégicos; mientras que los nuestros, armados de fusiles viejos de chispa, en su mayor parte quedaron sin poder hacer uso de sus armas—sin decir nada de la inmensa desigualdad numérica que existía—cuatro contra uno! ...

A las 10 a. m. el marqués de Caxías lanzó 22.000

hombres (1) sobre la diminuta columna paraguaya!

El general Osorio que había tomado posición frente al paso, inició el combate con las fuerzas del 3er cuerpo, atacando el puente con la división Cámara y tres batallones.

Fueron recibidos por una horrorosa descarga de fusilería y de artillería, dejándolos hechos pedazos, y como siempre, se vieron obligados á dar vuelta en un desorden espantoso. Osorio, desesperado por tan triste espectáculo, pidió refuerzos, y Caxías en el acto se los mandó. Con esta fuerza de refresco, dos batallones avanzaron subiendo á una loma; pero el mayor Bernal á la cabeza del Regimiento 8, llevó una intrépida carga de caballería sobre ellos; los convulsiona y los compele á sable y lanza á volver las espaldas en una gran confusión, atropellando los unos á los otros, y cebándose en ellos los paraguayos en todo el trayecto hasta más allá del puente.

Osorio desplegó los mayores esfuerzos, valiéndose hasta de palabras de cariño y suplicatorias para detener aquella gente que iba en completo desbande, y gracias á la gran influencia que ejercía en ellos y al justo renombre de bravo y valiente de que gozaba entre ellos, pudo conseguir, y cuando reorganizados los cuerpos, volvieron al ataque,

(1) Garmendia.

un soldado paraguayo de un balazo le rompió el maxilar izquierdo, retirándose en seguida del combate.

Entonces Caxías, antes que decayera el espítitu de las tropas con la retirada de tan esforzado y prestigioso jefe, avanzó con todas las fuerzas del 2° Cuerpo y de la artillería, llevando como reserva las de Bettencourt del 1er Cuerpo.

Este movimiento coincidió con la aproximación por la izquierda y retaguardia de Caballero de la división de Caballería del Barón del Triunfo y de Manuel Mena Barreto.

Los nuestros viéndose rodeados por todos lados formaron un gran cuadro, que iba disminuyéndose á medida que iban muriendo. Todos se batieron, como bien dice Thompson, como leones! Pelearon sufriendo repetidos asaltos durante cuatro horas! Aquel cuadro representaba la idea de un gran panteón de seres humanos, dentro del cual iban cayendo hasta que no quedó casi ni uno! El general Caballero, viendo rotas sus líneas por la caballería enemiga, acompañado de su ayudante el alférez Páez y el coronel V. Rivarola, herido de una bala que le atravesó el cuello, abrió paso por entre las filas del enemigo; fué reconocido y perseguido estrechamente, pero les tiró las espuelas de plata y el poncho, y mientras corrían los soldados á recoger las prendas, pudo escaparse. Saltando el caballo

de Páez sobre unos tembladerales que por allí abundan, se le corrió la cincha á la verija. Entonces Páez desnudó su cuchillo, y, agachándose, sin dismi nuir la velocidad que llevaba, lo introdujo entre el cuerpo del animal y la cincha, y de un golpe, cortó ésta, cayendo al suelo toda la montura, salvándose él en pelo! (1)

Al día siguiente se presentaron al Mariscal que trató de consolar al Jeneral Caballero que, con lágrimas en los ojos, manifestaba profundo pesar por la sensible pérdida de su brava y heróica columna.

El Mariscal había dispuesto mandar un importante refuerzo á Caballero. Al efecto, dió orden al coronel Montiel que llevando de segundo al entonces mayor Patricio Escobar, hoy general, marchase al *Aba y* con los demás cuerpos que formaban la *Reserva*, pues debe saberse que después de las fuerzas que llevó Caballero á *Tòròrò*, quedaron formando la *Reserva* los batallones 12, comandante Viveros; 6, comandante Luján 7, comandante

---

(1) Las espuelas y ponchos de Caballero fueron presentados al marqués de Caxías con el parte de que aquel había muerto. El marqués: víctima de un entusiasmo loco por la víctoria, creyó á pie fijo cerrado, cuanto se le refería, y con fecha 13 de Diciembre de 1868, dirigió una carta al Ministro de la Gueraa del Brasil, Barón de Muritiba, consignando en ella el siguiente párrafo relativo á la batalla de *Aba y*: —«El « Jeneral Gaballero que mandaba la acción, cayó muerto; habiendo sido « encontrado su cadáver, y recogidos los papeles que tenía en su bolsillo, « los trajo á mi presencia el capuchino Fray Salvador Maria de Nápoles, « que le asistió en sus últimos momentos!»

Insfrán; y 20, comandante Aspillaga. Montiel, por motivo que ignoro, no fué despachado, y entonces marchó Escobar, mandando en jefe aquella fuerza, con dirección al lugar del combate; pero éste terminó antes de su llegada, lo que demuestra que la determinación del Mariscal fué tardía. Escobar dió parte, y en contestación recibió orden para replegarse á Lomas Valentinas. En el camino se le incorporó el batallón 21, comandante mayor Oviedo, que venía en retirada, y que fué el único batallón que se salvó en *Aba-y*. [1]

La fuerza que combatió en esta batalla no pasaba de 5.593 hombres, de los cuales quedaron en el compo 3.600 cadáveres, cayendo prisioneros 1000 y tantos, más de la mitad heridos, y 18 piezas de artillería.

A pesar de esta inmensa pérdida, la de los brasileros fué mayor. Tuvieron cerca de 4.000 hombres fuera de combate, (2) entre ellos varios jefes importantes muertos y heridos: Tenientes coroneles Silva, Cunha, Miranda y Niederauer muertos, y Osorio, Nery, Pedra y otros, heridos.

Dos días después de la batalla, se presentaron al Mariscal como 200 que se habían escapado del campo brasilero debido á la poca vigilancia de

(1) Versión del Jeneral Escobar.

(2) Thompson.

los que los custudiaban. Entre ellos varios oficiales y jefes: el mayor Montgelós, el mayor Moreno, jefe de la artillería y el Sargento Cirilo Rivarola, que después fué presidente constitucional del Paraguay. (1)

Tomaron también los brasileros como 300 mujeres, que fueron tratadas horriblemente, llegando á ser objeto del más feroz desenfreno. «La soldadesca desenfrenada», dice Garmendia, «abrió las válvulas á su feroz lascivia, y estas infelices que han visto perecer á sus esposos, hijos y amantes, sufrieron los ultrajes de la lujuria en la noche más negra de sus penas. ¡No sé cómo no murieron!»

¡Conducta poco edificante de los que se titulaban portadores de la civilización al Paraguay!

¡Obras son amores y no buenas razones!

Entre los prisioneros paraguayos se encontraban los coroneles Germán Serrano y Luis González; este último her do de un balazo que le atravesó el pecho; el mayor Zoilo González y el capitán Gorgoño Rojas, comandante del aguerrido batallón 36, ambos gravemente heridos. Este batallón y el 40, comandado por el teniente coronel José Duarte, vecino de *Caapucú*, hicieron en esa ocasión prodigios de valor: si bravas fueron las tropas, bravos y arrojados fueron sus jefes y oficiales. ¡Murieron todos!

(1) El Mariscal habló largamente con D. Cirilo á su llegada, ofreciendo su conversación la singularidad de que mientras aquel le preguntaba en guaraní, éste contestaba invariablemente en castellano.

El comandante Duarte tomó parte casi en todas las acciones importantes de la guerra, acreditando en todas ellas un valor á toda prueba. Lucía en el pecho la *Cruz de Corrales!* Se retiró del combate gravemente herido, y murió aquel mismo día en el hospital de sangre, sellando así con su muerte el más acendrado patriotismo en servicio de su patria. ¡Honor y gloria á su memoria!

Durante la batalla de *Aba-y*, el ejército argentino en Palma hizo una demostración algo seria sobre el frente de la línea de *Piky-syry*, sin duda, con el propósito de que el Mariscal no pudiera retirar en un caso dado ninguna fuerza de las que guarnecían aquella trinchera.

La lluvia copiosísima que empezó á caer desde las 10 1/2 a. m., contribuyó á poner en peores condiciones aquellos terrenos que de suyo eran malísimos. De modo que fué imposible el avance de la infantería; pero una fuerza de caballería oriental y argentina, inclusa la *Legión Paraguaya*, al mando del Jeneral Castro, avanzó, aunque con dificultad, hasta ponerse á tiro con nuestras trincheras. Hubo entonces de una y otra parte un tiroteo bastante recio.

CAPÍTULO X

El ejército brasilero después de *Aba-y* se retira á Villeta.—Fortifican la parte occidental de ésta.—El Jeneral Mena Barreto practica un reconocimiento hasta *Pirayú*.—Construcción de nuevas fortificaciones abandonadas.—Angostura transformada en reducto—*Itaybaté* y sus trincheras —El Coronel Vasco Alves sorprende al regimiento 45 de nuestra caballería.—Reconocimiento del marqués de Caxías el 18 de Diciembre.—Toma posición frente á *Itaybate*.—Los brasileros arrebatan y llevan los animales de nuestro abasto. —Muerte del Comandante Roa.—Ataque da Lomas-Valentinas el 21 de Diciembre de 1868.—Siete días de combate.—Fusilamiento del Obispo Palacios, del Jeneral Barrios y de Benigno López.—Toma de la trinchera de P*iky-syry*.—Intimación de los jefes aliados al Mariscal y elocuente contestación de éste.—Ataque del ejército argentino á Lomas Valentinas el 27 y derrota del Mariscal.—Llegada á Cerro-León.

Después de la batalla de *Abá-y*, el ejército brasilero se retiró á Villeta, estableciendo su campamento sobre las alturas cerca de aquella aldea, desde donde se devisaba á Angostura. Allí dieron descanso los jenerales brasileros á sus fatigadas tropas, é hicieron pastar á sus caballos.

Al mismo tiempo, las corazas se ocupaban en

transportar á Villeta los depósitos de víveres que estaban en el Chaco, lo que hacía presumir con fundamento que trataban de constituir esta aldea en una nueva base de operaciones.

Para resguardarse de cualquier intentona ó sorpresa de nuestra parte, hicieron construir trincheras en la parte occidental de Villeta.

Después de las considerables pérdidas que han tenido en los días 6 y 11, el ejército reclamaba un remonte, y á ello procedió el marqués de Caxías, refundiendo varios batallones que habían quedado deshechos en los referidos combates.

Además, ordenó al General Manuel Mena Barreto que a la cabeza de una división practicara una exploración sobre el camino de la retirada posible del Mariscal, llegando en esta operación hasta Pirayú. Tenía también por objeto este reconocimiento recojer los ganados esparcidos que hubiese dentro del perímetro de la exploración para ayudar á la proveeduría del ejército, que se hacía con grandes dificultades.

La intención del enemigo se hacía cada vez más evidente. Nadie dudaba ya que se preparaba á operar sobre la retaguardia de nuestra posición, y en tal concepto, el Mariscal, aunque ya tarde, pensó en mandar ejecutar una nueva línea para defenderla del lado de Villeta. En efecto, se dió principio á la construcción de una nueva trinchera que par-

tía de Angostura con dirección al Cuartel General, la que debería ser enfilada por los cañones de la batería de la derecha de aquel fuerte, de la misma manera que la de *Piky-syry* lo era por la de la izquierda. Pero como dicha obra era de romanos y faltaban brazos para ejecutarla en la brevedad que exigían el tiempo y las circunstancias, fué abandonada, y en lugar de ella, se mandó fortificar con unas pequeñas trincheras la loma de *Ita-Ybaté*. Se trató de ligar éste con Angostura por medio de una cadena de fuerza; pero también se tuvo que abandonar la idea, porque los acontecimientos se sucedían con tanta rapidez, que no daban tiempo para llevarla á cabo.

Angostura fué transformada en reducto, cerrando por la parte de tierra las dos baterías que tenía. En su derredor fué construída una pequeña trinchera para proteger á los soldados de las metrallas. Y como ésta era tan insignificante que un caballo podía saltar por encima con la mayor facilidad, el comandante Thompson mandó colocar una cadena en postes para detener el ímpetu de una carga de caballería, en caso que ésta se resolviese á verificar un asalto.

Ya dije que el Cuartel General ocupaba la cima de *Ita-Ybaté* que se compone de dos mesetas: la primera que mira hacia Villeta corre hasta una pequeña zanja con una corriente de agua en el fondo; y la segunda, corre desde aquella zanja hasta la

boca del Potrero Mármol. Sobre esta última estaba situada la casa del Mariscal con frente hacia *Piky-syry*.

La trinchera de que se ha hecho mención más arriba, estaba sobre la primera meseta de derecha á izquierda formando ángulo con una línea quebrada que se dirigía hacia el Cuartel General por el frente. Dicha trinchera consistía en un foso de dos pies de ancho por dos de profundidad, amontonando las tierras sacadas al frente, de manera que pudieran servir de abrigo contra las balas enemigas á los soldados sentados en el borde interior del mismo; quedando así completamente descubierto el costado derecho.

En esta posición, el Mariscal concentró todas las pequeñas fuerzas que había, consiguiendo reunir unos 6 á 7 mil hombres, dejando en Angostura 700 y en la trinchera de Piky-syry unos 1500, compuestos en su mayor parte de inválidos y muchachos, y artillada con piezas de diferentes calibres. También mandó traer allí el número de cañones indispensable para artillar la nueva trinchera de *Ita-Ybaté*, entre ellos el de á 32 Whitworth *(fiu)* tomado el 3 de Noviembre. Esta pieza estaba exclusivamente á cargo del capitán Manuel A. Maciel (hoy teniente coronel).

El 17 de Diciembre el coronel Vasco Alves, al frente de la 3ª división de caballería, practicó un

reconocimiento sobre nuestras posiciones; se emboscó durante la noche del 16 en la parte Sud de *Zanja blanca*, y á la madrugada del día citado antes, sorprendió al regimiento 45 de nuestra caballería, que hacía el servicio de avanzada; fué de improviso atacado por la retaguardia, y antes que pudiera reponerse de tan inesperada carga, fué completamente deshecho, escapándose solamente el jefe y un cabo herido!

El 18, el marqués de Caxías en persona, á la cabeza de una fuerza considerable de infantería y caballería, practicó un reconocimiento, desde una larga distancia, sobre nuestra posición de *Itá-Ybaté.*

En esa ocasión, dice el ilustrado autor de la «Campaña del *Piki-Syry*», se encontró la clave de la pérdida de la posición del enemigo; agregando: «que todo se supo, que todo se vió claro, « y que allí no había más ciego que el General « enemigo.» (1)

Es sensible ver que tan preclaro escritor se haya extraviado en su criterio, arrastrado por la pasión. Pues, á mi juicio, el único que vió claro en esa ocasión fué el Mariscal. Por eso no hizo caso,—*no dió señales de vida*,—porque así covenía á su propósito para ocultar mejor la debilidad de

(1) Página 96—Obra citada.

su posición. Y el que, si no estuvo ciego, vio turbio, fué Caxías, porque descubrió y eligió, como bien dice Thompson, los únicos dos desfiladeros que había frente á las líneas de *Itá-Ybaté*, en vez de dar vuelta ó contornear para atacarla por los puntos donde nó había ninguna fortificación. He ahí explicada la causa de las inmensas pérdidas que sufrieron esa vez los brasileros.

Además, el marqués se cuidó de mandar arrebatar los animales de nuestro abasto, pero se olvidó de mandar colocar una fuerza en el Paso de *Yuquyry*, el único del Potrero Mármol por donde podía escaparse, y por donde se escapó, el Mariscal López. Y ¿cómo ha sucedido esto, si todo se supo y todo se vió tan claro?...

En la mañana del 21, el marqués de Caxías, después de mandar distribuir á su ejército una proclama en hojas sueltas, levanto el campamento de Villeta y se puso en marcha á la cabeza de 25.000 hombres de las tres armas. En el camino dividió este ejército en dos columnas: la de la derecha á las órdenes del General Bettencourt, y la de la izquierda á las del General Luis Mena Barreto.

Vino á tomar posición frente á las líneas de *Itá-Ybaté*. La artillería fué colocada sobre las alturas de *Cumbarity*, desde donde dominaba á ésta. Allí aprovecharon un largo descanso para

comer, mientras algunas divisiones de caballería ejecutaban operaciones aisladas en la seguridad de no encontrar ninguna hostilización de parte de las uerzas que guarnecían á *Itá-Ybaté.*

Manuel Mena Barretto con la suya, algunos pocos infantes y algunas piezas de artillería, atacó, por la tarde, por la retaguardia, las trincheras de *Piky-syry.* Nuestros soldados, para hacer frente al enemigo, tuvieron que dar las espaldas á los parapetos de aquéllos, formando una línea de batalla por batallones, distantes unos de otros 500 ó 600 metros. De igual modo tuvieron que dar vuelta á los cañones; pero á penas tuvieron tiempo para hacer algunos disparos, por la rudeza y rapidez con que cargó el enemigo.

El Sargento Mayor Solís, que mandaba la izquierda de aquella posición, se conservó en su puesto, rechazando á los asaltantes mediante reñidos combates. El Mariscal, comprendiendo que al fin iba á sucumbir, por la desigualdad del combate, le dió orden para que se retirase, replegándose, como lo hizo, sobre Lomas Valentinas con el resto de su gente. A su llegada fué promovido á Teniente Coronel en recompensa de su buen comportamiento.

Nuestras pérdidas en *Piky-syry* fueron 900 om bres entre muertos y heridos, y toda la artillería que defendía la línea hasta una milla de Angos-

tura, que fué hasta donde llegaron los asaltantes. Muchos de los derrotados y muchas mujeres se refugiaron en aquella fortaleza, que desde ese momento quedó completamente cortada de *Itá-Ybaté.*

El ejército argentino en Palma operaba por el frente de *Piky-syry* durante el ataque de Mena Barreto; pero no podía atacar la trinchera, porque el riacho, como se dijo antes, en su mejor paso no podía vadearse sino con el agua al pescuezo.

A las 11 de ese mismo día, el Barón del Triunfo, á la cabeza de 2500 hombres de caballería, contorneó nuestra posición de *Itá-Ybaté* y penetró en el Potrero Mármol, sacando de allí impunemente todos los animales de nuestro abasto, consistente en 3000 cabezas de ganado vacuno, 500 ovejas y 400 caballos.

El comandante Roa con su regimiento le salió á esta parte del paso del *Yuquyry* tratando de recuperar tan importante presa, pero en los primeros encuentros fué víctima de una bala que lo dejó muerto, debido á su excesiva fogosidad. De modo que aquello fué un sacrificio estéril; pues el Barón del Triunfo prosiguió su marcha de regreso, yendo á engrosar para empezar el ataque la columna del General Bettencourt.

Una vez dispuesto para el ataque, Caxías resolvió llevarlo en dos columnas sobre el frente de

nuestra posición, siguiendo la primera un camino sombreado por un espeso bosque ó *mangua* que iba á salir á una especie de abra frente á la trinchera, y la segunda, otro camino á la izquierda (nuestra) conocida entonces por el de la *Reserva*, el cual iba á salir frente mismo á la casa del Mariscal ó sea Cuartel General. Sobre la línea de la derecha formando ángulo con aquélla, había un naranjal donde se encontraban la Mayoría y el Hospital.

Eran las 3 de la tarde cuando empezaron el ataque por los dos caminos ó desfiladeros mencionados y á la vez por la derecha. En cuanto se encajonaron en el camino, vomitaron sobre las columnas los cañones que lanzaban metrallas, bombas y balas sólidas, causándoles horribles estragos. Los batallones que venían por delante formando cabeza rodaron por tierra hechos pedazos, volando por los aires fragmentos de cuerpos humanos, y el suelo convertido en un reguero de sangre. Pero nuevos batallones avanzaron y continuaron con más brío su sangrienta ruta hasta llegar á la zapa de la trinchera. Allí se produjo un terrible combate cuerpo á cuerpo. Los nuestros emprendieron con los asaltantes á lanza, sable y bayoneta, y éstos con los nuestros haciendo uso de las mismas armas, pues los que venían por

delante eran los riograndenses de la caballería desmontada del B ırón del Triunfo.

El batallón de rifleros, que se encontraba sobre una lagunita hacia el Potrero Mármol, cuando vió que gran parte de la masa asaltante penetraba frente mismo al cuartel general, amenazando cortar nuestra retaguardia, acudió prontamente á este punto para repeler al enemigo; pero desgraciadamente al llegar allí, su comandante, el mayor Vicente Jiménez, fué muerto, lo que produjo en él un momento de desorden por falta de dirección. Pero el General Caballero y el coronel Valois Rivarola y otros jefes y oficiales, á la cabeza del escuadrón Escolta, acudieron allí con la prontitud que el caso exigía, y llevando una vigorosa y entusiasta carga, doblaron y persiguieron hasta lejos al enemigo. Los rifleros pronto, mediante la energía de sus oficiales, reaccionaron y prestaron una importante cooperación en el rechazo de aquél.

Al mismo tiempo que los asaltantes fueron rechazados en toda la línea de nuestra posición, nuevos batallones brasileros, reforzados por los pontoneros á las órdenes del capitán Martins, avanzaron con brío sobre nuestra defensa de la derecha, y tal fué el vigor de su avance, que consiguieron penetrar dentro de nuestro atrincheramiento, apoderándose de 14 piezas de artillería, entre ellas el famoso Whitworth de á 32 *(fiu)*.

La fuerza nuestra que había concurrido al re chazo del enemigo que había penetrado poco antes por el frente, acaudillada por el coronel Rivarola y varios otros jefes y oficiales, entre quienes se encontraba el coronel Toledo, comandante de la escolta nacional, acudió inmediatamente á hacer frente á la nueva irrupción que hacían la infantería y caballería brasileras por la parte indicada. Con *un viva* á la Patria, cargaron los nuestros con ímpetu a los atrevidos asaltantes, iniciándose así un reñido combate á lanza, á sable y bayoneta. Hubo allí un gran entrevero, peleando por grupos de una y otra parte en el mayor desorden. Cayó muerto el coronel Toledo de una bala que le atravesó el cráneo, y herido gravemente el coronel Valois Rivarola.

Los artilleros, viéndose desposeídos de sus piezas, emprendieron con los asaltantes á sable. El capitán Manuel Maciel, montado en un caballo moro, sableaba de lo lindo, repeliendo con singular bravura á los que pretendían rodearlo. El Mariscal. que lo presenciaba, dijo:—«Maciel está sableando bien!....» Momentos después, este valiente oficial cayó herido de una bala que le atravesó el pecho.

El Mariscal mandaba en persona y se encontraba á caballo en el mojinete de la acera de la derecha del cuadro del Cuartel General, rodeado

de sus ayudantes, que caían á su lado heridos y muertos. El hombre estaba inmutable, dando prueba de la mayor serenidad y sangre fría. Cuando el enemigo consiguió por un momento dominar la primera meseta, avanzó sobre la segunda, llegando hasta la distancia de media cuadra del punto donde él estaba; pero ni aun entonces no hizo el menor movimiento, manteniéndose tranquilo con la mayor impavidez. (1) En vista de la inminencia del peligro, varios jefes y oficiales que nos encontrábamos allí, impulsados por un sentimiento de honor, nos lanzamos á la carga contra el enemigo, por nuestra propia cuenta, sin qne hayamos previamente recibido orden de él para el efecto. Do-

---

(1) Thompson dice en su obra *Guerra del Paraguay*, p. 342, año 1869, que «cuando empezó el combate en *Ytá-Ibaté*, López abandonó su casa y levantó una tienda en los montes como á una milla á retaguardia.»—Como se ve esta ve sión no es exacta. La verdad es tal cual queda consignada. Abandonó el cuartel general el 23, cuando ya no era posible estar en él por la lluvia de balas que caía sobre él, mudándose cerca de la boca del Potrero Mármol; porque sin duda habrá comprendido que no había ningún mérito para exponerse inútilmente á las balas, cuando no se iba á conseguir ningún resultado. Se hace uno matar cuando hay necesidad.—Luego el mismo autor añade má adelante (p. 346), tratando al parecer de corregir la primera afirmación:—«López nunca se había expuesto al fuego durante toda la guerra, hasta estos últimos días.» (lo que prueba que no había abandonado el campo), «y aun en ellos, apenas si puede decirse que se exouso, porque siempre estaba, ó fuera de tiro, ó protegido por la espesa muralla de tapia de su casa.» Las paredes de los edificios del cuartel general no eran espesas, como afirma el autor; eran del sistema llamado *pared francesa*, y de consiguiente. una bala de rifle atravesaba de parte á parte; tan es así, que algunos oficiales fueron heridos estando durmiendo de día dentro de las piezas, descansando de las fatigas de la noche.—Tampoco es exacto lo que afirma el General Garmendia en su *Campaña de Piky-syry*, p. 92, de que el Mariscal, «temeroso del peligro á que exponía sin piedad á cada momento á su infeliz pueblo, hizo construir *dos grandes murallones* que los resguardaban á él de los proyectiles.»—Tales murallones no fueron construídos, y sólo han podido existir en la imaginación de quien lo informó. No se escribe la historia inventando hechos que jamás han existido.—El subrayado es mío.

blamos la cabeza de la columna enemiga, que fué trabajo fácil porque venía en desorden, y la llevamos hasta la trinchera; allí reforzada con gente de refresco, nos hizo retroceder á su vez hasta la zanja; aquí llegaron á nuestro auxilio unos 25 ó 30 de caballería, con los que arreamos nuevamente á aquélla hasta la misma línea de nuestra posición, y sin ánimo de ejecutar otro avance, se formó en batalla, pero siempre dentro de nuestro atrincheramiento. Siguió luego un escopeteo vivísimo de una y otra parte. Momentos después se presentó allí el escuadrón Escolta, poniéndose en formación de dos de fondo frente al enemigo; permaneciendo así inmóvil como un muro esperando á éste que no se atrevía á acometerle, porque también se encontraba fatigado, habiendo sufrido muchas bajas. La lluvia que principió á caer poco después del combate, empezaba á arreciar, y con ella las balas de las avanzadas enemigas apostadas á las inmediaciones de nuestra trinchera.

Notando que había muchos marinos y heridos leves dispersos, sugerí la idea al coronel Marcó para reunirlos y organizar con ellos una guerrilla, á fin de echar fuera de nuestras trincheras á la caballería brasilera, que continuaba en formación adentro. Aceptada la idea, en menos de un cuarto de hora estaba extendida una guerrilla de ciento

y tantos hombres, que iniciaron un vivísimo fuego graneado que produjo el efecto deseado.

En seguida, vine á dar parte al Mariscal, y como viera de paso cerca de la zanja unas cuantas piezas de campaña que fueron abandonadas al principio del ataque al caer herido su jefe, que era el capitán Adolfo Saguier, propuse á aquél hacerlas llevar á la trinchera de la mayoría. Me contestó: que estaba bien, y que hiciera todo lo que me pareciese conveniente.

Con esta autorización volví, y reuniendo dispersos con la cooperación del teniente Mauricio Benítez, á quien invité para el efecto de órden del Mariscal, arrastramos dos piezas hasta colocarlas en la trinchera al otro lado del naranjal. Lo mismo hicimos con otra de marina, ya á boca de noche, y mandando recoger los pertrechos que había esparcidos en el suelo por donde quiera, los pocos artilleros que se encontraban allí cargaron las piezas y empezaron á atronar el aire con sus disparos, tratando con esa demostración de impedir que el enemigo, aprovechándose de la oscuridad de la noche, volviera á apoderarse de nuestros fosos.

A eso de las 8 de la noche, regresé con la cabeza abombada y el caballo herido de una bala de rifle que le bandeó el cuarto. Había en el cuartel general un silencio y una lobreguez espantosos. Me metí con montado y todo en una pieza vacía, tendí

en el suelo el pellón y me eché á dormir hasta el día siguiente.

El enemigo fué rechazado aquel día, es verdad; pero la victoria nos costó tan cara, que bien podíamos exclamar con Pyrro, que, después de la batalla de Asculo, cuando recibió las felicitaciones de sus generales por el triunfo, contestó:—*¡Con otra victoria como esta, estoy perdido!*

A la verdad,sólo nos quedaron noventa (90) hombres sanos! .... Los demás fueron muertos ó heridos, ascendiendo el total de nuestras bajas en los combates habidos aquél día en distintos puntos de nuestra posición, próximamente á unos 8000 hombres, inclusives prisioneros. (1)

Entre los heridos se encontraban los coroneles José Manuel Montiel, Avalos, Valois Rivarola, Rolón y Sosa, y Capitanes Maciel, Meza y Delvalle. El Capitán Juan A. Meza fué herido en el muslo estando delante del Mariscal recibiendo orden de éste. Murió el año 1895 siendo Coronel, á consecuencia de aquella vieja herida. Entre los muertos se hallaban el Comandante de la Escolta Felipe Toledo, septuagenario, hombre íntegro á carta cabal y de un carácter bondadoso que le captaba la simpatía de todo el mundo, y el de igual clase de artillería Vallovera, de muchos años de servicio y de un carácter igualmente bondadoso.

(1) Resquín.—Memorias.

Los brasileros, en el rechazo del 21, tuvieron una baja de 4000 hombres (1), sin incluir las que tuvieron en otros puntos, encontrándose entre los heridos el *Barón del Triunfo.*

Desde el 21 hasta el 27 de Diciembre, las balas de rifle no cesaron un momento, tanto de día como de noche; haciendo converger sus fuegos los brasileros sobre el cuartel general. No podía uno atravesar de una parte á otra de éste, sin riesgo de caer herido ó muerto. Había un ombú en medio del cuadro que formaban las casas, cuyas hojas cortadas por las balas caían incesantemente, como si lo fueran con tijeras!... Algunas horas antes del ataque que nos trajo el enemigo el 21, fueron fusilados á la inmediación de la boca del Potrero Mármol, Benigno López, el General Barrios y el Obispo Palacios, los tres juntos, siendo el Coronel Marcó el jefe encargado de la ejecución. (2) Al día siguiente, á las 6 de la mañana, salí con mi caballo de la pieza donde pasé la noche. El Mariscal, que en ese momento se encontraba parado solo en el corredor de la acera opuesta, en cuanto me vió me llamó, ordenándome que fuera á recorrer toda nuestra línea de la derecha

(1) 3969, Según Jourdan, ingeniero militar del E. brasilero.

(2) El Sr. Obispo fué enjuiciado en Lomas Valentinas. No han faltado en estos últimos tiempos almas perversas que con intención malevolente han lanzado la voz de que yo he tenido intervención en dicho proceso. Basta la lectura de la relación de San Fernando á Piky Syry, para comprender que es una descarada calumnia.

y parte del frente; que tratara de levantar el espíritu de las tropas que la guarnecían, y que les prometiera *asado* y *caña* que dentro de un par de horas se les iban á mandar, y que finalmente, hablara con el capitán Jara (después mayor) y le comunicara tal orden (que no recuerdo).

El Capitán Jara, una hora antes, fué enviado á la cabeza de una partida de sableadores á pie para echar de nuestros fosos á los brasileros que, reforzados por la noche, habían vuelto á apoderarse de ellos.

En seguida partí al galopón sobre mi hambriento rocinante, que, á pesar de su herida, andaba como si estuviera del todo sano.

Encontré en la extrema derecha de nuestra posición al Mayor Delvalle (después coronel) con el brazo derecho en cabestrillo, haciendo tocar diana con una caja ronca, sin más gentes que unos 10 ó 12 soldados. Conversé con él un momento, haciéndole presente la comisión que llevaba. Al despedirme me dijo en tono de jarana: «debe Vd. rezar *un Padre Nuestro* y *un Ave Maria!* porque lo que es al otro lado, no sale Vd. vivo!» —«Veremos», le contesté, ¡Abur!...

Empecé mi excursión al galopito, siendo recibido en todo el trayecto por una lluvia de balas de fusil, cuyo desagradable silbido molestaba al oído como melancólica música precursora de la

muerte. Llegué sin novedad al punto donde se encontraba el Capitán Jara, quien, en cuanto me vió, se desprendió de su gente y vino á verme, figurándose desde luego que le llevaría alguna orden del Mariscal. Los combatientes, sudorosos, llenos de polvo y de sangre que manaba de sus heridas, peleaban cuerpo á cuerpo, á sable y á bayoneta, lanzando terribles imprecaciones unos contra otros. La polvareda que se levantaba en el sitio de la lucha cual espeso humo, y bajo los rayos de un sol canicular, era capaz de asfixiar.

En el momento que acabo de comunicar la orden de que era portador, una bala de rifle atravesó la oreja derecha de mi montado. El animal con el dolor se asustó y se encabritó, arrancando á correr sin que pudiese sujetarlo y sin darme más tiempo para otra cosa que decir á Jara *¡adiós!*... Media hora después, este oficial fué llevado herido de una bala que le bandeó el muslo.

Cuando alcancé la sección de los artilleros, bajé del caballo y me metí entre ellos en el foso. Casi todos estaban heridos. Hablé con ellos un rato, manifestando el mejor espíritu! Así que noté que ya no era tan fuerte la lluvia de plomo, volví á montar mi caballo y al galopón subí la loma del cuartel general, donde una bomba lanzada del campo enemigo vino á reventar casi debajo de la barriga de mi montado, sin causar, felizmente, ningún daño.

A mi llegada, encontré al Mariscal siempre de pie y en el mismo sitio donde lo había dejado. Al cuadrarme delante de él, con una sonrisita en los labios, me preguntó:

—¿Has vuelto?...

—Sí, Excmo señor...

—Creí que no hubieses vuelto, repuso.

En seguida me ordenó que, llevando 4 soldados y un sargento, saliera fuera de trinchera á recoger pertrechos de los muertos enemigos. Volvimos cargados de baulillos llenos de pertrechos que los entregamos al encargado del parque que, á la sazón era el Comandante Valiente.

Satisfecho el Mariscal de mis servicios en aquellos dos días, me mandó extender, el 23, el despacho de Sargento Mayor efectivo de infantería de línea.

El mismo día 22, el Mariscal dirigió una comunicación á los comandantes de Angostura, ordenándeles que esa misma noche se abrieran paso al través del ejército brasilero y vinieran á reunírsele en *Itá-Ybaté*. A juzgar del estado de las cosas, esta disposición era acertadísima; pero por una fatalidad inconcebible, en el momento que aquellos jefes empezaban los preparativos para iniciar su marcha, recibieron contraorden, diciéndoles:

« La situación ha cambiado, me sostengo bien,
« y el enemigo sólo puede atacarme débilmente,

« pues está completamente desmoralizado. Vds.
« deben sostenerse á todo trance, si esta orden
« llega á tiempo. El principal inconveniente que
« sufre el enemigo, es el inmenso número de he-
« ridos que tiene y que no puede atender, por-
« que el camino que ha abierto por nuestras trin-
« cheras, apenas le permite transportar sus heri-
« dos de distinción. Así, pues, la orden de ayer
« no se pondrá en ejecución, sino en un caso ex-
« tremo, que creo no llegará, porque espero poder
« llevarles provisiones. »

El Mariscal no se ha equivocado en cuanto al estado de desmoralización en que se encontraba el ejército enemigo después del rechazo de *Itá-Ybaté*. Efectivamente, á estar á las relaciones de los escritores de la alianza, después del 21, el ejército brasilero era impotente para efectuar un ataque fructuoso á la fecha en que el Mariscal se dirigió á los jefes de Angostura. En prueba de este aserto, tenemos que el marqués de Caxías se ocupó con preferente empeño en la reorganización de su ejército, refundiendo en dos cuerpos los tres que habían entrado en campaña. (1) En cuanto á lo demás, el Mariscal ha padecido una ilusión. Se olvidaba, sin duda, que en esos momentos existía en Palma un ejército de 8000 hombres, que hasta

(1) Véase á los señores Lewis y Estrada, anotadores de Thompson. p. 337 de la obra de éste.

entonces no había sufrido nada, y que tenía ya, después de la toma de *Piky-syry* el camino expedito para venir á prestar, como vino, su importante cooperación en las nuevas operaciones que emprendiera el marqués de Caxías. En cuanto á las provisiones que el Mariscal promete llevar á Angostura, era poco menos que imposible su realización, por la carencia absoluta de fuerza con que hacerlo. Así no nos podemos explicar en qué se basaba para ofrecer una cosa que evidentemente era irrealizable.

Desde el 23 al 25 llegaron algunos refuerzos de tropas á *Itá-Ybaté* de *Cerro-León*, *Caapucú* y el Paso de *Ypoá*, los cuales ascendían á un total más ó menos de un mil seiscientos hombres de infantería y caballería.

Dichos refuerzos fueron organizados en 4 pequeños batallones. Uno de estos fué otra vez llamado batallón 40 en memoria del que tanto se había distinguido por su valor y pujanza en los combates desde que el enemigo puso su planta en nuestro territorio, dando el mando de ese nuevo cuerpo al Comandante Julián Godoy. Los marineros de los vapores fueron también desembarcados, no dejándose á bordo sino el número estrictamente necesario para manejarlos.

El 22 el ejército argentino de Palma vino á incorporarse con el brasilero frente á *Itá-Ybaté*.

En la mañana del 24 (y no el 25, como equivocadamente dice Thompson), los Jenerales en Jefe de los ejércitos aliados dirigieron una nota de intimación al Mariscal López, concebida en estos términos:

«Campamento frente á Loma Valentina, Diciem-
« bre... de 1868.—A S. E. el señor Mariscal Fran-
« cisco Solano López, Presidente de la República
« del Paraguay y Jeneral en Jefe de su ejército.

«Los abajo firmados, Jenerales en Jefe de los
« Ejércitos aliados y representantes armados de
« sus gobiernos en la guerra á que fueron sus na-
« ciones provocadas por V. E., entienden cumplir
« un deber imperioso, que la religión, la humani-
« dad y la civilización les imponen, intimando á
« nombre de ellas á V. E. para que dentro del plazo
« de 12 horas contadas desde el momento en que
« la presente nota le fuese entregada, y sin que se
« suspenda durante ellas las hostilidades, deponga
« las armas, terminando así esta ya prolongada
« lucha.

«Los que firman, saben cuáles son los recursos
« de que puede V. E. disponer hoy, tanto en rela-
« ción á la fuerza de las tres armas como en lo rela-
« tivo á municiones. Es natural que V. E. conozca
« á su turno la fuerza numérica de los Ejércitos
« Aliados, sus recursos de todo género y la facili-
« dad que siempre tienen para hacer que ellos sean

« permanentes. La sangre derramada en el puente « de *Tórøró* y en el arroyo *Ava-y* debía haber de- « terminado á V. E. á economizar las vidas de sus « soldados en el 21 del corriente, no compeliéndo- « los á una resistencia inútil. Sobre la cabeza de » V. E. debe caer toda esa sangre, así como la que « tuviere que correr aún, si V. E. juzgase que su « capricho debe ser superior á la salvación de lo « que resta del pueblo de la República del Para- « guay. Si la obstinación ciega é inexplicable fuese « considerada por V. E. preferible á millares de vi- « das que aun se pueden ahorrar, los abajo firma- « dos responsabilizan la persona de V. E. para « ante la República del Paraguay, las naciones que « ellos representan y el mundo civilizado, por la « sangre que á raudales va á correr y por las des- « gracias que van á aumentar las que ya pesan « sobre este país.

« La respuesta de V E. servirá de gobierno á « los infrascriptos, que tomarán como negativa, « si al fin del plazo marcado no hubieran recibido « cualquier contestación de la presente nota. (1)

« Firmados —Marqués de Caxías. —Juan A. Ge- « lly y Obes — Enrique Castro.»

El Mariscal, cuando recibió esta nota, cerca de la boca del Potrero Mármol donde tenía instalada

(1) El General Garmendia pone fecha á la copia de esta nota insertada en su obra «Campaña de Piky-syry»; pero la original no la tenía, como se comprueba con la contestacion del Mariscal.

su carpa, mandó reunir á todos los gefes y oficiales, y les hizo presente que acababa de recibir una comunicación de los gefes aliados, en la que se les intimaba á él y á todos ellos rendición, á ver si estaban dispuestos á aceptar dicha intimación. Todos á una voz contestaron que preferirían mil veces la muerte antes que sufrir semejante ignominia.

Oída esta franca y unánime resolución de parte de sus oficiales y gefes, mandó traer una mesita, y colocándola á la sombra de un gigantezco *Yuasy y* (ó Tala) dictó á su Secretario Comandante Manuel Palacios, la siguiente contestación: —

« Cuartel General en Piky-syry, Diciembre 24 de « 1868. (A las tres de la tarde.)

« El Mariscal Presidente de la República del Pa- « raguay debiera quizá dispensarse de dar una con- « testación escrita á SS. EE. los señores Jenerales « en gefe de los Ejércitos Aliados, en la lucha con « la Nación que preside, por el tono y lenguaje « inusitado é inconveniente al honor militar y á la « majistratura suprema, con que SS. EE. han creído « llegada la oportunidad de hacer, con la intimación « de deponer las armas en el término de doce horas, « para terminar así una lucha prolongada, amena- « zando echar sobre mi cabeza la sangre ya derra- « mada, y aún tiene que derramarse si no me pres- « tase á la deposición de las armas, responsabili- « zando mi persona para ante mi patria, las na-

« ciones que VV. EE. representan y el mundo civi-
« lizado; empero, quiero imponerme el deber de ha-
« cerlo, rindiendo así holocausto á esa misma san-
« gre generosamente vertida por parte de los míos
« y de los que los combaten, así como el sentimiento
« de religión, de humanidad y civilización que VV.
« EE. invocan en su intimación. Estos mismos
« sentimientos son precisamente los que me han
« movido, ha más de dos años, para sobreponer-
« me á toda la descortesía oficial con que ha sido
« tratado en esta guerra el elegido de mi patria.
« Buscaba entonces, en Yataity-Corá, en una con-
« ferencia con el Excmo. señor Jeneral en Gefe de
« los Ejércitos Aliados y Presidente de la Repúbli-
« ca Argentina, Brigadier Jeneral don Bartolomé
« Mitre, la reconciliación de cuatro Estados sobe-
« ranos de la América del Sud, que ya habían
« principiado á destruirse de una manera notable,
« y sin embargo, mi iniciativa, mi afanoso empeño,
« no encontró otra contestación, que el desprecio
« y el silencio por parte de los gobiernos aliados,
« y nuevas y sangrientas batallas por parte de sus
« representantes armados como VV. EE. se cali-
« ficaban.

«Desde entonces ví más claro la tendencia de la
« guerra de los aliados sobre la existencia de la
« República del Paraguay, y deplorando la sangre
« vertida en tantos años de lucha, he debido ca-

« llarme, y poniendo la suerte de mi patria y de « sus generosos hijos en las manos del Dios de las « naciones, combatí á sus enemigos con la lealtad « y conciencia con que lo he hecho, y estoy toda- « vía dispuesto á continuar combatiendo hasta que « ese mismo Dios y nuestras armas decidan de « la suerte definitiva de la causa.—VV. EE. tienen « á bien anoticiarme el conocimiento que tienen de « los recursos de que actualmente pueda disponer, « creyendo que yo también puedo tenerlo de la « fuerza numérica del ejército aliado y de sus re- « cursos cada día crecientes. Yo no tengo « ese conocimiento, pero tengo la experiencia « de más de cuatro años, de que la fuerza numé- « rica, y esos recursos, nunca han impuesto á la ab- « negación y bravura del soldado paraguayo, que « se bate con la resolución del ciudadano honrado « y del hombre cristiano, que abre una ancha tum- « ba en su patria, antes que verla ni siquiera humi- « llada. VV. EE. han tenido á bien recordarme que « la sangre derramada en «*Itororo*» y «*Avay*» « debiera determinarme á evitar aquella que fué « derramada el 21 del corriente; pero VV. EE. ol- « vidarán sin duda, que esas mismas acciones pu- « dieran de antemano demostrarles cuan cierto es « todo lo que pondero en la abnegación de mis « compatriotas, y que cada gota de sangre que cae « en la tierra, es una nueva obligación para los

« que sobreviven. ¿Y ante un ejemplo semejante,
« mi pobre cabeza puede arredrarse de la amenaza
« tan poco caballerezca, permítaseme decirlo, que
« VV. EE. han creído de su deber notificarme?—
« VV. EE. no tienen el derecho de acusarme para
« ante la República del Paraguay, mi patria, porque
« la he defendido, la defiendo y la defenderé to-
« davía.

« Ella me impuso ese deber y yo me glorifico de
« cumplirlo hasta la última extremidad, que en lo
« demás, legando á la historia mis hechos, solo á
« mi Dios debo cuenta. Y si, sangre ha de correr
« todavía, él tomará cuenta á aquel sobre quien
« haya pesado la responsabilidad, Yo por mi parte,
« estoy hasta ahora dispuesto á tratar de la termi-
« nación de la guerra sobre bases igualmente ho-
« norables para todos los beligerantes; pero no es-
« toy dispuesto á oir una intimación de deposición
« de armas.

« Así, á mi vez, é invitando á VV. EE. á tratar de
« la paz, creo cumplir un deber imperioso con la
« religión, la humanidad y la civilización por una
« parte, y lo que debo al grito unísono, que acabo
« de oir de mis jenerales, gefes, oficiales y tropa á
« quienes he comunicado la intimación de VV. EE.
« y lo que debo á mi propio honor y á mi propio
« nombre. Pido á VV. EE. disculpa de no citar la
« fecha y hora de la notificación, no habiéndolas

« traído y fué recibida en mis líneas á las siete y
« media de esta mañana.

« Dios guarde á VV. EE. muchos años.

« Firmado— Francisco S. López.»

Esta es la única nota clásica que ha producido la guerra del Paraguay, y que deja muy atrás á la de la intimación de los señores jefes aliados, que fué enviada sin fecha y sin indicación de hora.

Arranque más noble y elocuente jamás ha estallado de la mente y del corazón de un jefe colocado en tan grave y críticas circunstancias. Es una página brillante y gloriosa que ha de triunfar de los estragos del tiempo y pasará esculpida en letras de oro hasta la más remota generación. Es un impulso heróico de patriotismo, que no admite en su contra ninguna interpretación desdorosa, porqne quien lo produjo, supo sellar sus palabras con su propia sangre en *Cerro Corá!*

Al Mariscal lo han tildado de *cobarde*, injustamente á nuestro juicio. Un cobarde no forma un ejército de héroes. Èl creó, organizó é instruyó el ejército nacional, infundiéndole el sentimiento del deber hasta el fanatismo. El heroismo que desplegaron los soldados de la patria en los campos de batalla, prefiriendo caer muertos á rendirse, es debido á esa educación militar que constituye una de las glorias más positivas del Mariscal.

Sean cuales fueran los errores, las faltas y los

crímenes mismos con que haya manchado su vida, su fama como defensor acérrimo de su patria, está asegurada, y será *uno de aquellos, cuyas resonantes pisadas harán eco en los corredoros del tiempo!;*—(1) uno de aquellos á quien son aplicables estas bellas palabras de Horacio:—«*¡Non omnis morior! Exegi monumentum aere perennium!*»—*No moriré del todo! Me he erijido un monumento más duradero que el bronce!*

Ante el tribunal de la historia, no siempre el triunfo decide de la reputación de los grandes jenerales. *Aníbal*, el vencido en *Zama*, goza de mayor fama que su vencedor *Escipión el Africano*. *Welligton*, el vencedor en *Waterloo*, no puede sostener comparación con *Napoleón*.

Pondré término á esta digresión, con la inserción del juicio que el Mariscal ha merecido al ilustrado y erudito escritor argentino, D. Tomás Guido (hijo) que dice:

« Sea cual fuese el juicio de la posteridad sobre » la violación de las leyes, de la justicia y de la hu « manidad que él holló temerariamente, es indu « dable que reservará una palma al caudillo y al « mártir de una defensa incomparable en su heroici « dad y en sus desastres. Privilegio fué éste siem-

---

(1) Whose sounding footsteps echo
In the corridors of time!!

(Longfellow.)

« pre de varones fuertes que han levantado en alto
« el pabellón patrio aunque sea sobre un río de
« sangre, cuando sucumben combatiendo.» (1/

A las 3 1/2 fué entregada la nota-contestación del Mariscal en nuestra línea de la izquierda por un parlamento compuesto de varios jefes y oficiales, entre quienes se encontraba también el que escribe estas memorias.

El campo que mediaba entre los dos ádversarios estaba todavía lleno de cadáveres en estado de putrefacción que no habían podido enterrarse por la incesante hostilización de una y otra parte. A la vuelta vimos debajo de un guayabo dos cadáveses, el uno paraguayo y el otro brasilero, que habían espirado ambos fuertemente abrazados!

El Jeneral Mac-Mahon, ministro de los Estados Unidos, permaneció en el Cuartel General durente todo el día 21, presenciando los combates, hasta el 23, en que partió pera *Piribebuy*, á la sazón, capital provisoria de la República, llevando consigo á los hijos del Mariscal, excepto el mayor.

A la madrugada del 23 estaba durmiendo debajo de una carreta cerca del Cuartel General en el Potrero Mármol, cuando un ayudante vino á despertarme, diciéndome que me llamaban urgentemente á la Secretaría. Así que me presenté allí, me dijo

(1) Biblioteca Popular de Buenos Aires.—Tomo XXIV, año 1879.—Los Dictadores del Paraguay.

el Coronel Aveiro que era para firmar como tes tigo al pié del testamento del Mariscal. En el acto lo firmé sin previa lectura ni averigüar tan siquiera el contenido de aquel documento. Aquello importaba una orden y no había que andar con vuelta!

El 27, entre otros papeles, cayó en poder del enemigo aquel documento y fué publicado, el cual está concebido en estos términos:

« El infrascripto mariscal Presidente de la Re-
« pública del Paraguay, por el presente documento
« declaro formal y solemnemente que, agradecido
« á los servicios de la Señora Dª Elisa A. Lynch,
« hago en su favor donación pura y perfecta de
« todos mis bienes, derechos y acciones personales
« y es mi voluntad que esta disposición sea fiel y
« legalmente cumplida. Para todo lo cual firmo
« con testigos en el Cuartel General de Piky-syry
« á los veintitrés días del mes de Diciembre de
« mil ochocientos sesenta y ocho.»

(Fir.) FRANCISCO S. LÓPEZ.

El 25 los aliados colocaron en línea semi-circular en la loma frente á nuestra posición 46 piezas de artillería y á las 6 de la mañana, empezaron uno de los bombardeos más terribles que jamás habíamos presenciado. En seguida avanzaron algunos batallones brasileros por el frente de nuestra derecha hasta el punto donde habían abandonado el 21

el cañón Whitwortk de á 32 y 3 piezas más sistema Lahitte. Mientras unos sostenían un fuerte tiroteo con nuestra gente, los otros se llevaron á su campamento aquellas piezas.

En este combate el enemigo tuvo una baja de unos 300 hombres entre muertos y heridos.

El 26 se pasó el día sin ninguna novedad digna de mención. El enemigo visiblemente se preparaba para el segundo ataque á nuestras posiciones. El Mariscal, juzgando que no tardaría en efectuarlo, mandó llamar la guarnición de la capital y un batallón de marina con orden de presentarse á *Lomas Valentinas* en la noche del 26; pero desgraciadamente para él, dicha fuerza no apareció aquel día, lo que no habrá dejado de contrariarlo, dada la circunstancia de que la fuerza que tenía no era suficiente para resistir á un nuevo ataque que, era de presumirse, sería mejor ejecutado que el del 21. Además carecía casi en absoluto de artillería; todas las piezas estaban fuera de combate ó no tenían dotación.

En efecto, el 27, á las 6 de la mañana, después de un recio bombardeo con 40 piezas de artillería que cruzaban sus fuegos sobre nuestro campamento, efectuaron el ataque por la derecha y luego por el frente y la izquierda, penetrando sin dificultad dentro de nuestras trincheras, no solo por esos puntos, sino luego por todos los demás también.

La caballería enemiga que había hecho un movimiento envolvente por nuestra extrema derecha con propósito de cortar, si fuese posible, nuestra retaguardia, tuvo un encuentro con una pequeña fuerza de igual arma que el Mariscal acertadamente había hecho apostar allí, porque toda esa parte era accesible; pero fué deshecha, y la enemiga entonces, en lugar de continuar vigilando aquel punto, lo abandonó, dirigiéndose hacia *Lomas Valentinas*.

La infantería enemiga con algunas piezas de artillería, iba avanzando, después de convulsionar y destrozar nuestros pocos batallones de reclutas, y cuando estuvo á una cuadra del cuartel general, recién entonces el Mariscal se retiró lentamente con su estado mayor por el camino del Potrero Mármol á la vista de todo el ejército enemigo, sin desprender este ó su jefe, ninguna fuerza á su persecución.

En esos momentos en que el Mariscal se marchaba, una mujer de la servidumbre de éste, llamada Ramona, saltó hacia el enemigo blandiendo una espada é invitando á sus paisanos que la siguieran á combatir á aquél que continuaba avanzando. Aquella mujer estaba transfigurada, hasta parecía bella; sus ojos arrojaban rayos de fuego que se confundían con el reflejo de la espada. Desgraciadamente, tan heroico arranque se estrellaba contra

el desorden que se producía en todo el mundo por la aproximación de los aliados triunfantes.

El jeneral Caballero quedaba todavía en el campo, sosteniéndose á la cabeza de una pequeña fuerza de caballería.

Viendo que venía penetrando un batallón argentino (el 4° de línea) á un abra á la entrada del Potrero Mármol, resolvió darle un golpe. Colocó en acecho su jente atrás de una isla, y cuando aquel llegó á un punto conveniente, cayo sobre él como un rayo. Tan repentino y violento fué el asalto, que el batallón 4° quedó completamente destrozado, siendo una de las primeras víctimas su comandante el coronel Romero, que, á ejemplo de los jefes nuestros, se había puesto al frente de su batallón, en vez de ir á retaguardia como era de su deber.

Otro batallón, el Correntino, venía también avanzando á la altura del 4° de línea. Entonces, Caballero reunió la poca gente que le quedaba, y dando de tomar un trago de caña á cada uno, les invitó á hacer otra gauchada. Aquellos valientes contestaron á una voz con entusiasmo que estaban prontos á efectuar otra carga. En efecto, y sin pérdida de tiempo, se lanzaron de atrás de la misma isla sobre el batallón correntino. Fué aniquilada una parte de éste, y el alférez Gregorio Medina, ayudante entonces de Caballero, (hoy sargento ma-

yor) mató al abanderado y le arrebató la bandera.

Después de estos dos atrevidos asaltos, que puede decirse fueron los últimos esfuerzos de resistencia, los pocos soldados sobrevivientes se retiraron en desorden, siguiendo el mismo rumbo que había tomado el Mariscal.

Recién entonces emprendió la caballería enemiga una débil persecución hasta cerca del arroyo *Yukyry*. Si hubiera avanzado más allá de éste, podemos asegurar que hubiera alcanzado al Mariscal, quien por vía de descanso bajó del caballo no á mucha distancia del mencionado arroyo en el campo libre. Estando allí llegó el ministro de guerra, don Luis Caminos, á quien hizo severos cargos por no haber llegado con la fuerza á tiempo para tomar parte en la defensa de la posicion que acababa de abandonar.

Luego siguió para *Cerro-León*, haciendo volver para aquel campamento á la guarnición de la capital, que encontró en las inmediaciones de *Yaguarón*, lo mismo que un regimiento de caballería que venía de *Caacupé*. Esa misma tarde llegamos á *Cerro-León*, donde permanecimos unos tres días, durante los cuales llegaron muchos de los derrotados el 27. Al cabo de ese tiempo pasamos á la Cordillera de Ascurras, donde el Mariscal se ocupó en seguida en organizar un nuevo ejército. Hizo

nuevo reclutamiento y mandó sacar de los hospitales todos los hombres á quienes les permitían sus heridas andar. Despachó al comandante Galeano á San Pedro con instrucciones de recoger y enviar ganados y caballos de todos los departamentos de costa arriba, así como para reclutar y organizar tropas.

Según se ve por lo que dejo relatado más arriba, no es cierto lo que afirma el Jeneral Garmendia en su *Campaña de Piky syry*, p. 163, de que «cuando el Mariscal tuvo conocimiento que los aliados habían penetrado á su recinto, abandonó como un pusilánime el campo donde sus soldados se batían heroicamente y morían. etc.....»

Sentimos ver tanto apasionamiento en tan distinguido autor.

El Mariscal, repito, se retiró recién cuando las tropas enemigas venían llegando á su cuartel general—y cuando sus fuerzas ó restos de ellas, se retiraban en desbandadas, después de una resistencia heroica, es verdad, pero ya en condiciones imposibles de continuar esa resistencia. Creo que todos los que estuvieron presentes hasta el último mo momento, no podrán decir otra cosa, á pesar de que nuestras palabras le merecen poca fé, á estar á lo que dice en el párrafo 6° de la obra citada, pájina 165.

La derrota fué tan evidente y positiva, que el

mismo Mariscal no tentó disimularla. Todos sus bagajes fueron tomados. Sus carruajes, ropas, documentos, sombrero y el famoso poncho redondo con flecos de oro, cayeron junto con los bagajes en poder del enemigo.

En cuanto al juramento que dice Thompson, (p. 346 de su obra) de que el Mariscal había hecho repetidas veces á sus tropas de permanecer y vencer ó de perecer con ellos en aquel lugar, tenemos derecho de ponerlo en duda hasta que mejores datos comprueben ese hecho. Los señores Thompson y Garmendia se ensañan contra el Mariscal, y á esta razón, sus apreciaciones sobre incidentes ó hechos personales de éste, no siempre pueden ser considerados como la expresión de la verdad, por carecer de una de las condiciones más esenciales del historiador, cuales son,—la imparcialidad y la justicia.

CAPITULO XI

Sitio de Angostura

Desde la ocupación de la línea de *Piky-syry* por las fuerzas aliadas, Angostura quedó aislada, y de consiguiente, comprometida su situación, en razón de que no podía prestar ningún auxilio á *Itá-Ybaté*, n tampoco recibir ninguna protección del Mariscal en ningún sentido.

Su situación cada día se hacía más tirante, es decir, á medida que iban escaseando los víveres.

Su guarnición que al principio constaba de 700 hombres, había aumentado á 2400, inclusos muchos heridos y 500 mujeres. Toda esta gente, estaba muy agrupada por la estrechez del espacio que ocupaba el fuerte, y por consiguiente, sufría mucho con los bombardeos brasileros que no cesaban de día y de noche.

Los comandantes de la fortaleza, viéndose á los pocos días, sin víveres para alimentar á tantas bocas, y sin esperanzas de recibirlos de ninguna par-

te, determinaron tomarlos del enemigo, despachando sucesivamente dos expediciones, una al Chaco y otra sobre el camino que va á Villeta, cuyas operaciones y resultados se detallan en la siguiente nota, que fué recibida por el Mariscal en Ascurras, ya después de la rendición de aquella fortaleza:

« Angostura, Diciembre 28 de 1868.

« Excmo. Señor Presidente:

« Anoche recibimos el oficio de V. E. traído por « el alférez Torres. Y conforme con la orden de V. « E. hemos notificado al mayor Fretes su nombra- « miento, y dado los mensages de V. E. á los ca- « pellanes Flores y González, que ambos agradecen « muchísimo.

« Antes de llegar el alférez Torres, habíamos « despachado al sargento Contreras con un oficio « para V. E. en el cual dimos parte á V. E. de « la toma de 248 cabezas de ganado y 14 caba- « llos con pérdida de sólo 4 heridos. La expedi- « ción la mandamos en dos partes: una división « al mando del mayor Orihuela con tiradores y « volantes, á la costa de la trinchera, que se « tiroteó como tres horas con el enemigo que « tuvo tres cañones, y salió con tres levemen- « te heridos, y la columna principal al mando « del capitán de corbeta Ortíz, al lado de Villeta,

« como 25 ó 30 cuerdas de aquí, que tuvo que re-
« sistir una carga de un regimiento de caballería
« al sacar del corral las vacas. Tuvo un solo he-
« rido de una bala de fusil de la guardia avanza-
« da enemiga; merecen todo elogio los jefes, ofi-
« ciales y tropa de las dos partidas, por la mane-
« ra ejemplar con que cumplieron sus deberes, y
« el buen orden que guardaron en sus tropas.

« Tenemos el honor de incluir á V. E. una lista
« de los oficiales que más se distinguieron en el
« Chaco y en la otra expedición.

« Después de escribir lo de arriba, ha llegado una
« bandera parlamentaria á la que mandamos hacer
« alto en la orilla de la loma, y mandamos al ca-
« pitán Ortiz con los alféreces Zárate, Eulogio Gon-
« zález y Giménez á recibirla, dándole orden al ca-
« pitán Ortiz que viese lo que se le ofrecía y man-
« dase avisarnos. Mandó el alférez Zárate á decir
« que venía el comandante Decoud y el coronel
« Alvarez, que traían para nosotros una comunica-
« ción de los tres jenerales, el marqués de Caxías,
« general Gelli y Obes y general Castro, y que ellos
« deseaban vernos. Le mandamos decir que no se
« podía recibir aquí comunicación del enemigo, y
« que la dirigiesen al Cuartel General. Poco des-
« pués llegó el capitán Ortiz y contó que habían
« venido Pancho Decoud, alférez Recalde y capi-
« tán Goiburú y un oficial brasilero. Dijo el ca-

« pitán Goiburú al capitán Ortiz,—que seguramen-
« te no se esperaba que ellos vinieran, y le contestó
« que ciertamente. ¿Y á quiénes esperaban? A súb-
« ditos brasileros. Decoud y Goiburú dieron á en-
« tender al capitán Ortiz que traían propuesta de
« arreglos, y que informados nosotros de las
« circunstancias, no dudaban que aceptaríamos.
« Les contestó el capitán Ortiz que ya estaba dada
« la respuesta, y que podían retirarse.

« Más tarde bajó un monitor con bandera blan-
« ca, y le hicimos seña de fondeo y gritamos *fondo!*
« No obedeció; hicimos entonces un tiro con cartu-
« cho vano, y salió en una lanchita el capitán Or
« tiz: siempre se venía, y al acercarse de la batería
« hicimos fuego sobre él con fuerza: cuando dió
« vuelta y se marchó para arriba, alcanzó más aba-
« jo del centro de la batería de la derecha.

« No entendemos en la *Angostura* esa clase de
« parlamentos.

« Vamos á hablar sobre el asunto, á los coman-
« dantes de divisiones y cuerpos y hemos encarga-
« do á los Padres que hagan lo mismo con todos.

« Nos podremos mantener por mucho tiempo
« aquí. A más de lo indicado, no ha ocurrido nin-
« guna novedad.

« Dios guarde á V. E. muchos años.

« (Firmado) GEORGE TOMPSON.

« (Firmado) LUCAS CARRILLO.

« P. S.—De nuestra parte queremos recomendar « á V. E. los servicios del capitán Ortiz, mayor « Orihuela, tenientes Fleitas y Rotela, y alférez « Zárate.

« (Firmado) GEORGE THOMPSON.
« (Firmado) LUCAS CARRILLO.

« P. S—Con la licencia de V. E. queremos defen« der esta posición hasta el último momento, y ha« remos todo esfuerzo para hacerlo: si nos ataca el « enemigo, será infaliblemente rechazado.

« (Firmado) GEORGE TOMPSON.
« (Firmado) LUCAS CARRILLO» (1)

Esta nota fué traída por el alférez Torres, habiendo salido de allá el 28 á la noche, y por interrupciones que tuvo, llegó á Ascurras dos días después que se efectuó la entrega de la plaza.

La expedición al Chaco de que también se hace mención en la antecedente comunicación, tuvo lugar del 25 al 26 por la noche, bajo las órdenes de los capitanes Fretes y López y del teniente Fleitas, en tres divisiones: una debía marchar en dirección á *Itapirú*, otra en dirección á Villeta, y la tercera, directamente al centro del camino del enemigo en el Chaco. Cumplieron su misión arreglado á sus

(1) Esta nota fué publicada en la *Estrella* correspondiente al número 7—fecha 17 de Marzó de 1869.—Dicho periódico se editaba en *Piribebui*. Thompson en su obra no hace mención de dicha nota.

instrucciones, cayendo sobre los abastecimientos brasileros. Los dos primeros se apoderaron de una buena cantidad de víveres y el tercero logró tomar 27 mulas y caballos.

En la mañana del 29 iniciaron los jefes de Angostura el parlamento con el inusitado pretexto de pedir explicaciones á Caxías sobre el hecho de haber bajado, en la tarde del día anterior, un *monitor* con bandera blanca, sin querer obedecer las indicaciones de la batería para echar fondo. No era, por cierto, la primer vez que han pretendido los aliados hacer reconocimientos con bandera blanca! Y de ninguna manera establecía una necesidad de las explicaciones solicitadas, y sin duda, ese paso envolvía el propósito de cohonestar su intención, como vinieron luego á demostrar sus actos ulteriores. No era más que, como bien dice Garmendia, un pretexto para entrar en relaciones con los jenerales aliados.

El alférez Mazó, junto con otros oficiales fué designado para llevar el parlamento que recibió el mismo marqués de Caxías, é invitó al parlamentario que le acompañase á leer la nota en la sombra.

Dicha nota es la siguiente.

« A sus Excelencias los Sres. Jenerales del Ejército
« Aliado en guerra con la República del Para-
« guay.

« Ayer como á las cinco y media pasado meridia-
« no levantó ancla un monitor de la escuadra, arriba
« de las baterías de la Angostura, y bajó *á son de*
« *camalote*, llevando izada una bandera parlamen-
« taria. Al acercarse á la batería se le gritó va-
« rias veces que fondease y se le hizo seña al mis-
« mo efecto con un pañuelo blanco, de la batería.
« Salieron también dos oficiales en una pequeña
« lancha á recibir al parlamento. No obstante todo
« esto siguió el monitor aguas abajo y marchaba
« ya á fuerza de máquina, cuando con un tiro de ca-
« ñón en cartucho vano se le intimó que quedase.
« Como tampoco hizo caso de este aviso, sinó se
« venía acercando más á fuerza de vapor á la bate-
« ría, cuando estuvo en frente de ella tuvimos que
« hacerle fuego á bala, cuando dió vuelta y se mar-
« chó aguas arriba. Protestamos enérgicamente
« contra este abuso de la bandera de parlamen-
« to, echando toda la responsabilidad sobre el co-
« mandante del monitor, quien quiso aprovechar-
« se del uso de esa bandera, sin respetar las le-
« yes que le debían hacer inviolable. Rogamos
« á V.V. E.E. que si tuviesen alguna respuesta que
« dar á esta comunicación, la dirijan al Cuartel Ge-
« neral para las ulterioridades.

« Dios guarde á V.V. E.E.

(Firmados) *Jorge Thompson—Lucas Carrillo.*

Angostura, Diciembre 29 de 1868.»

Cuando Caxías acabó de leer esta comunicación ó protesta, dijo al parlamentario que el abuso sería investigado y si resultase comprobado, sería castigado el comandante del monitor, y que la nota no necesitaba contestación; sin embargo, le pidió que llevase una comunicación á los comandantes Thompson y Carrillo, y contestándole que no tenía orden de recibir ningún papel ni mensaje, y que lo dirijiese al Cuartel General, Caxías replicó que unas cuatro palabras no más quería que les llevase, consistentes en que el Mariscal López había sido completamente derrotado en *Itâ-Ybaté*, y que toda resistencia sería un derramamiento de sangre inútil; agregando que si no capitulaban ese día, se daría principio al ataque en la mañana siguiente, á cuyo efecto tenía allí 16.000 hombres; y que serían tratados con todo el rigor de la guerra.

Aprovechó también Caxías, para decirle que si querían cerciorarse mejor, podían visitar el cuartel general y tomar informes de los heridos paraguayos. —Mazó volvió con esta noticia, trayendo al mismo tiempo para el comandante Thompson una carta privada de un inglés que había sido testigo de cuanto había pasado en Lomas Valentinas el 27, día en que se pasó ó cayó prisionero, en la que le relataba el verdadero estado de las cosas, aconsejándole el temperamento que convenía que tomase en aquella emergencia.

Efectivamente, enviaron una comisión compuesta de varios oficiales, que acompañada de un escuadron de caballería brasilera, se transportó á *Itá-Ybaté* á escudriñar el campo y tomar cuantos informes deseaba.

Regresó ya á una hora avanzada de la tarde, y, enterados de los sucesos, los comandantes Thompson y Carrillo, reunieron á los gefes, oficiales y tropa y les explicaron la situación en que se encontraban, sin perspectiva de ningún auxilio del Mariscal, sometiendo á su criterio si no sería preferible capitular salvando sus vidas que podrían alguna vez ser útiles á su país, en lugar de perecer todos allí, matando, sin duda, un gran número de enemigos; pero en la seguridad de sucumbir todos. Con excepción del teniente Fleytas, todos estuvieron conformes en capitular, y entonces los dos comandantes dirijieron á los Gefes aliados la siguiente nota:

«A SS. EE. los Jenerales del Ejército Aliado en
« guerra contra la República del Paraguay.

« Habiéndo considerado bien la proposición (1)
« de VV. EE. y habiendo consultado á los gefes
« y oficiales de esa guarnición, hemos resuelto
« evacuar á Angostura, con tal que lo hagamos con
« todos los honores de la guerra, conservando cada
« uno el rango que ahora tenga, á sus ayudantes,
« asistentes, etc., garantizando que las tropas de-

(1) Verbal, se entiende,

« positarán sus armas en un lugar conveniente, sin
« que por eso se extienda esta condición á los jefes
« y oficiales, quienes conservarán las suyas.

« VV. EE. garantirán á cada uno la libertad de
« elejir el lugar de su residencia.

« Dios guarde á VV. EE.—Jorge Thompson—
« Lucas Carrillo.

« Angostura, 30 de Diciembre de 1868 »

Esta nota fué en el acto contestada con la que sigue:

« Cualtel Jeneral frente á Angostura, Diciembre
« 30 de 1868.

« A los señores Jorge Thompson y Lucas Carri-
« llo, comandantes de la fortificación de la An-
« gostura.

« Los abajo firmados responden á la comunicación
« de los señores Thompson y Carrillo del modo si-
« guiente:

"Que teniendo en vista evitar efusión inútil de
« sangre atacando á viva fuerza la fortificación de
« la Angostura, no tuvieron inconveniente en pro-
« rogar hasta hoy al romper el día el plazo de seis
« horas que ayer marcaron para la rendición.

« Que los infrascriptos garanten á los que forman la
« guarnición de la Angostura la conservación de los
« grados militares que actualmente tengan, así como
« sus ayudantes y asistentes.

« Que consienten igualmente en que los jefes y

« oficiales de la guarnición de la Angostura puedan
« conservar sus espadas bajo palabra de honor de
« no servirse de ellas contra los aliados en la pre-
« sente guerra.

« Que, finalmente, conceden los honores de la
« guerra á los soldados de la guarnición de la An-
« gostura, para que saliendo con sus armas
« las vengan á depositar en el lugar que les
« sea señalado al efecto por indicación de los abajo
« firmados ó de su orden.

« Firmados —Marqués de Caxías.—Juan A. Gelli
« y Obes—Enrique Castro. »

A las 12 del día al son del ronco tambor salió la columna prisionera envuelta en una atmósfera de tristeza, y, en medio de un profundo silencio, entregó las armas. Luego fué dividida como una majada de ovejas en tres partes y repartida entre los tres ejércitos de la Alianza! . . . .

La conducta de los comandantes Thompson y Carrillo presenta un contrasentido á lo que dos días antes escribieron en los términos más halagüeños. Juzgada bajo el punto de vista militar, es censurable, porque ellos no debieron haber entregado las armas sin haber salvado el honor de la bandera; es decir, sin haber por lo menos rechazado un asalto. Bajo este concepto la rendición de la Angostura es aún más vergonzosa que la de la Uruguayana, que sucumbió al hambre.

Dice el ilustre autor de la *Campaña de Piky-syry:*
« Marchaban por el flanco con el arma al brazo á la
« antigua usanza: los comandantes Carrillo y
« Thompson ocupaban la cabeza, las banderas marchitas caían de vergüenza! y con un paso sin orden fueron saliendo hasta que las últimas hileras
« abandonaron el puente. » (1) ....

El comandante Thompson, no cabe duda, ha prestado durante la guerra, importantes servicios al Ejército Nacional, en su profesión de ingeniero, y es autor de la primera obra seria y metódica que ha salido de nuestra parte sobre la pasada guerra—Pero esta vez ha sacrificado sus deberes militares á los deberes de la humanidad.

Al día siguiente, el 31 de Diciembre de 1868, el ejército aliado se puso en marcha y llegó á la Asunción el 5 de Enero de 1869.

Aquella ciudad solitaria y silenciosa, por cuyas calles solo cruzaban hambrientas ratas, fué ocupada y saqueada por los brasileros de una manera bárbara. Los buques transportes y algunos de guerra salían del puerto cargados de muebles de sala y dormitorio: iban pianos y camas juntos! Las casas de comercio de argentinos, brasileros, orientales, españoles y de otras nacionalidades, sufrieron grandes perjuicios. De modo que la Capital de la República fué sometida á soportar la suerte del vencido allá

(1) Página 179.

de los tiempos antiguos, con absoluta prescindencia de los preceptos establecidos por la civilización moderna. (1)

El jeneral argentino Emilio Mitre, para no hacerse cómplice de este acto abusivo y repugnante, acampó la fuerza de su mando á cierta distancia de la población.

¡Y, sin embargo, «la guerra se hacía al tirano y no al pueblo!....»

(1) Véase á Thompson, p. 355, y á Garmendia, «Camp. de Piky-syry,» p. 181.

APENDICES

Carta del Vice presidente don Francisco Sánchez al Mariscal don Francisco S. López levantando cargos que éste hacía pesar sobre él con motivo de la conspiración

---

¡ VIVA LA REPÚBLICA DEL PARAGUAY !

Excmo. Señor:

En justo obedecimiento de la respetable orden de V. E., del 16 del corriente, que recibí el 18 de manos del Sargento Mayor, ciudadano Francisco Fernández, para rendir ante V. E. una exposición sobre los puntos en ella contenidos, paso á cumplirla con la sinceridad que debo:

Me recuerda V. E., en primer lugar, que cuando á principios de Enero me escribió una carta, hablándome extensamente sobre los temores del pueblo en relación al ejercicio de la autoridad Vice-presidencial, de que en nombre de la Ley investía yo; sobre mi comportamiento equívoco en la ocasión del glorioso triunfo de nuestras armas en Tuyutí;

sobre el completo dominio del hermano de V. E., don Benigno, en que se decía á V. E. haber caído yo, los desgraciados antecedentes de él; y sobre las gratuitas acusaciones que el pueblo hacía á V.E. con tal motivo: esperó despertarme de mi letargo y libertarme de una influencia que ante el pueblo no podía ser sino dañosa para V. E. y para mí; pero que bien pronto tuvo V. E. la necesidad de mitigar esa confianza, porque mi respuesta era lacónica y de todo punto insignificante. Que todavía entonces atribuyó V. E. mi simple contestación á la seguridad de la comunicación; y recordando mis tantos años de servicios á la patria, esperó que mi conducta ulterior mostraría al país y al mundo, que si aquello ha sucedido por impremeditación, plenamente avisado como quedaba, otro sería el desarrollo de mi política. Pero que después se ha desengañado, porque se ha dicho á V. E. que ha continuado á ser influenciado por el mismo don Benigno.

Me dice también V. E. que ya sabía yo que el que hacía de Tesorero General, había quedado en ese campo, porque su conducta en la Asunción no había sido satisfactoria á V. E. y temía que con la preponderancia que había tomado sobre los funcionarios públicos, sin excepcionarme á mí, prevalido de su empleo, y de su ingreso en la familia de V. E. por el casamiento con una hermana de

V. E., no sirviera á contrariar la marcha del gobierno.

Que más tarde llegó á ver V. E. que sus temores eran fundados, y continuó manteniendo allá al ex-tesorero don Saturnino Bedoya, apartado de todos los negocios; pero sin tener hasta entonces fundamento bastante para esperar lo que paso á decir á V. E.; y que con sobrada razón debe asombrar á cuantos lo vean ú oigan; y es que el 19 del pasado forzaron algunas corazas el paso de Humaitá; y Bedoya, que hasta entonces se había mostrado sereno, soportando sin trabajo su posición poco honorable, se alarmó y presagiando sin duda una conmoción política aquí, fué á revelar de una manera vaga al Reverendo Obispo Diocesano, que aquí estaba urdida una trama de conspiración para cosas que él dijo no podía explicar, y en efecto, no pudo adelantarse por más que el Prelado y el Jeneral Barrios lo hubieran exigido de orden de V. E.

Que seguidamente llegó á noticia de V. E. un hecho extraordinario y sorprendente como el que yo había convocado el consejo consultivo con la aproximación de tres corazas á la Asunción, para saber si debían ser ó no hostilizadas.

Que semejante hecho llamó seriamente la atención de V. E. y motivó el llamamiento del Ministro Berges y sus acompañados; los cuales han confirmado dicha noticia por exposición, datos de que

resulta que el Comandante General de Armas, abusando criminalmente de su posición oficial, pedía la convocación de ese consejo, haciéndose representar allí por el Ministro de R. E. para la materia de que se ocupó, por causa de mi inexplicable docilidad y la prescindencia inadvertida, ó no, que hice de mi consejero el señor Deán Bogado.

Que V. E. se avergüenza de ver que á la indicación del mismo Comandante General el consejo se reunió por segunda vez en su domicilio particular con mi misma asistencia, porque la resolución primitiva de hostilizar al enemigo no satisfizo al Comandante. Que en esa reunión abusiva, se le ocurrió, y que ese Comandante General es el mismo á quien acaba de declarar incapaz de ocuparse de sus deberes, privando al Comandante Núñez hasta de entenderse con él, y que ese comandante delirante sometía un criminal absurdo á un consejo de hombres cuerdos.

Que con antecedentes tan alarmantes mandó V. E. enjuiciar á Bedoya, resultando que él, de acuerdo con Benigno, debían producir la consumación para elevarse á un Gobierno revolucionario que con la cooperación del enemigo debía entregarle el país á discreción. Y que para todo esto se cuenta conmigo como el instrumento más eficaz.

Que requerido Bedoya sobre un crimen tan grave imputádome, ha contestado que yo no he go-

bernado, sino héchome vil instrumento de su candidato don Benigno; y que aunque no le constaba mi complicidad en la trama, mi ciega obediencia en todos los negocios, aun en los más insignificantes, era tal, que no era de dudar que me prestaría gustoso á cumplir las órdenes de don Benigno, que me llevaría hasta la traición más consumada.

Aquí suspende V. E. una relación que le es en extremo penosa, dejando á mi cargo las funestas consideraciones que de lo dicho se desprenden; y de la ampliación que se sirve encargar al Sargento Mayor, ciudadano Francisco Fernández y ciudadano Oficial Benítez y Juez Ortellado, que por sus manos acaban de tocar allí la horrenda llaga de la Patria.

V. E. continúa: Oh! si todos sus hijos hubiesen tenido una parte de todo el patriotismo y abnegación que blasonan por las calles y las plazas; y por poco que hubiesen hermanado sus sentimientos á los que generosos vierten su sangre en la lid, mucho tiempo ha que la sangre se hubiese estancado y cicatrizado las heridas; pero que desgraciadamente el enemigo posee la clave de nuestra debilidad. Y que el Dios de las naciones sea clemente y no castigue nuestra miseria, para que esta Patria de tantos sacrificios no desaparezca de la tierra, que situación tan grave obligó á V. E. á renunciar á planes hasta ahora mantenidos con tan-

ta gloria, poniéndolo en la necesidad de adoptar otros, dando al enemigo por la primera vez una ventaja que nunca esperó. Que por esto no disminuye la fe de V. E. ni en la protección de nuestro Dios ni en la decisión y bravura de los leales ciudadanos.

El párrafo siguiente de más de lo que V. E. se sirve ordenarme en él, respecto de otro empleado y que ya he cumplido, me impone el deber de dar la exposición que paso á cumplir, y que si no fuese satisfactoria, como yo lo deseara, sino al menos ingenua como ser quien la da con el corazón en la mano.

En cuanto á los temores del pueblo relativamente al ejercicio de la autoridad de mi cargo, y sobre mi comportamiento equívoco, en ocasión del glorioso triunfo de nuestras armas en Tuyutí, no pretendo ocuparme, pues mi pecado ha pasado inapercibido por mí, sino es que cuando el segundo caso, ese encargo no me ocurrió primero mandar izar el pabellón nacional, verificándose después que alguno me lo advirtió, mas estoy persuadido que los actos de alegría del pueblo yo los suscité.

Sobre el completo dominio de D. Benigno sobre mí, y gratuitas acusaciones que el pueblo hacía á V. E. con tal motivo, tal vez mi falta de perspicacia me ha hecho incurrir en la sumisión á su influencia, de que soy sindicado; pues la memoria no

me ayuda para expresar aquí especialidades que no tengo intención de callar ante V. E., ni puedo concebir cómo habrá habido tanto dominio de don Benigno sobre mí, cuando no existía entre ambos una comunicación frecuente y precisa, como parece que fuera menester para producirlo, salvo en la época en que concurría á formar parte en las reuniones de ciudadanos, con el propósito de discutir y acordar lo conveniente á la causa nacional. Entonces es verdad que le dije, de que yo necesitaba ser auxiliado por alguna misión en dichos puntos, porque sentía en ocasiones que por parte de los más de los reunidos no se proponía materia que discutir y á mí no me ocurría, porque mi cabeza, que poco abarca, no me suministraba asunto al efecto, y alguna vez me lo facilitó, sin haber echado de ver en su opinión cosa que no fuera de interés general.

Después de lo que el ciudadano José del C. Urbieta me habló, cuando ahora como dos meses vino de Paso-Pucú y á quien le he referido lo que había habido entre D. Benigno y el ex-jefe de Yaguarón y yo, que no dudo lo habría puesto aquél al conocimiento de V. E., don Benigno dejó de asistir á dichas reuniones, hasta que las corazas enemigas forzaron el Paso de Humaitá, ocasión en que nadie se apercibió de ello, ni yo tuve la advertencia de averiguarlo, si bien no lo extraño en mi laya; pues me acuerdo que en algunas de esas ocasiones

me mostró despachos de V. E. y sin duda ésto, con el respeto que he profesado siempre á todo lo que pertenece á la casa y familia de V. E., me bastaría á considerar propia su concurrencia. Pero esa falta de mi apercibimento no fué tanta, que un día que trataba de reunir el consejo á que según hago memoria, fué con el desacertado objeto de saber, si por nuestra parte se hostilizaría primero á las corazas enemigas que se aproximaban á la Asunción, dije al ciudadano Benítez si convendría que D. Benigno concurriese, y me contestó afirmativamente. Callé, pero cuánto he sentido mi silencio de aquella ocasión, el día que leyendo la respetable carta de V. E. que motiva mi presente relación en presencia de los señores Bogado, Juez Ortellado, Mayor Fernández y Oficial Benítez, al llegar á un período análogo, recordé á este último el pasaje mencionado; y su respuesta fué que ignoraba que D. Benigno estuviese entonces en desconcepto para con V. E., puesto que yo no le había dado á conocer una carta reprobatoria de la conducta de D. Benigno y de la cual tuvo noticia después. Nada se asegura á este respecto, porque no conservo de un modo positivo aquellos hechos, pero había estado persuadido que nadie ignoraba entre nosotros.

En cuanto á la solicitud del Comandante general de reunir el cónsejo pará deliberar sobre la ocasión de hostilizar á las corazas enemigas, recuerdo que

mucho la extrañé; como impertinente y de inmerecida discusión y hasta me parece que así lo manifesté á los ciudadanos ministro Berges, Deán Bogado, Oficial Riveros y no sé si algunos otros: expongo estos dos casos no porque pueda disculparme de haberme dejado arrastrar por dos veces á esa reunión, que fué efecto solamente de mi impericia, y de mi fatal propensión de desconfiar siempre de mi propio juicio; sino solamente por presentar datos con que creo desmentir de algún modo la gratuita y horrorosa imputación de D. Saturnino que contaba hasta con mi traición para colocar á su candidato en el gobierno.

¿Cómo cuenta conmigo para traicionar á mi gobierno sin referirme siquiera á algún acto, ó expresión de mi parte, que indujera probabllidad? ¿En qué fundar tan infame atribución? ¿Cuál era el interés que podía precipitar á ese nefando crimen á un viejo en el fin del último tercio de su vida, pisando al borde de su sepultura, mientras no ha tenido en todo el tiempo de su existencia ninguna clase de aspiración? ¿Y contra quién se pensaba hacerme conspirar? Nada menos que contra el señor don Francisco Solano López, muy digno Mariscal Presidente de la República, á quien como á su ilustre predecesor, les debo muchísimo más de lo que yo era capaz de pretender, así en honores, como en comodidad. Rechazo, pues, con toda la fuerza de m

alma esa impávida y temeraria impostura de don Saturnino, como lo sostendré hasta el último.

He olvidado probablemente y por eso me deja confuso la referencia hacia el venerable Deán Bogado de que se hubiese explicado en el consejo ni fuera de él, opinando contra qué se verificase esa reunión y por ese motivo habrá incurrido en la prescindencia del voto de tan digno ciudadano, que V. E. me desaprueba; y sólo advertí con gusto en la segunda reunión la observación del ciudadano Riveros, diciendo que esperar à la intimación del bombardeo de la ciudad por el enemigo, pudiera entenderse cuando aun no se hubiesen comenzado las hostilidades, y no como en nuestro caso en que los beligerantes se hallaban en constante y dilatada lucha. Así se confirmó por todos la resolución primera de rechazar cuanto antes á las corazas que aportasen.

El motivo que adujo el comandante general, fué el de exponer en reserva al consejo la escasez de proyectiles en que nos hallamos, y no tengo ninguna duda de que ni esta observación me hubiera hecho variar de lo que concebí desde el principio, y quedó por último acordado generalmente, de suerte que todo esto ha sucedido sólo por mi inexperiencia.

Mi falta de no haber hecho la más mera indicación de ese propósito anárquico, conociéndolo yo mejor, como V. E. se sirve expresármelo, no, no ha sido

intencional: mi simpleza no me permitió figurarme en que la solicitud pudiese traer un fin tan detestable, inclinándome á creer que fuera un error involuntario del que pidió la enunciada reunión y por no haberla participado á V. E., la causa ha estado por un lado en ese mismo juicio de imprudente indignación de que soy víctima, alucinándome factiblemente la referida excusa de falta de proyectiles y por otro lado mi desmemoria é ignorancia de distribución del tiempo, que todavía pueden traer sobre mí muchos cargos iguales, y sin embargo, no hay uno solo que acuse mi conciencia de haberlo silenciado con deliberado propósito.

Suspenderé aquí, Excmo. Señor, por no demorar más el cumplimiento de su respetable orden y perder la ocasión del vapor que debe bajar hoy de la Capital á los puertos de abajo, suplicando como más encarecidamente puedo que sin pedir indulgencia de tantas faltas como gravitan sobre mí, se digne otorgarme la absolución de la supuesta facilidad á conspirar, en que Don Saturnino ha creído poder envolverme, que es la que más me oprime y de que deseara quedar exento.

Dios guarde la interesante vida de V. E. muchos años—Luque, Marzo 27 de 1868—Entre líneas—del pasado—y me contestó afirmativamente—Gobierno—Se hallan—Vale.

Excmo. Señor:

FRANCISCO SÁNCHEZ

Excmo. Señor Mariscal, Presidente de la República y general en jefe de sus ejércitos.

CARTAS JUSTIFICATIVAS

N° 1.

Asunción, Abril 11 de 1890—Señor Coronel don Manuel Antonio Maciel—De mi mayor aprecio:

Para mi propia satisfacción y la de mis hijos, me permito dirigirme á usted, como antiguo compañero de penurias y fatigas en la pasada guerra, para pedirle quiera hacerme el señalado servicio de contestarme al pie de la presente á la siguiente pregunta:

¿Si le consta ó ha oído decir á quienes puedan saber, que yo haya tenido alguna vez que ver con los orientales doctores Carreras y Rodríguez Larreta en el proceso ó causa que se les siguió de orden del Mariscal López en San Fernando?

Anticipándole á usted las más expresivas gra-

cias por ese servicio, me es grato repetirme como siempre—Su más atento S. S y amigo.—*Juan C. Centurión.*

—

Señor don Juan C. Centurión—De mi mayor aprecio:

Accediendo gustoso al deseo de usted, me permito asegurarle que no me consta, ni he oído decir á las personas que pueden saber, que usted haya jamás tenido que ver en el asunto de su referencia. Con tal motivo, me es grato suscribirme de usted, muy atento S. S. y amigo—*M. A. Maciel.*—S|c. Abril 12 de 1890.

—

Nº 2.

Señor Presbítero, ciudadano don Fidel Maiz.—Arroyos y Esteros. — Distinguido y estimado amigo:

Para mi propia satisfacción y la de mis hijos, vengo á pedirle á usted, mi antiguo compañero de penurias y fatigas en la pasada guerra, un servicio, y es que me haga el bien de contestarme al pié de la presente á la siguiente pregunta:

¿Si le consta que yo haya tenido que ver con los Orientales doctor don Antonio de las Carreras y Rodríguez Larreta en la causa que se les si

guió de orden del Mariscal López en San Fernando?

Espero merecer de su reconocida bondad é imparcialidad este servicio, por el que me complazco en anticiparle las más expresivas gracias. De usted atento y S. S. y amigo—*Juan C. Centurión.*

—

Mi estimado coronel:

Puedo decir á usted, respondiendo á la pregunta que me hace, que no me consta haber tenido que verse con los orientales nombrados en la causa seguídaseles en San Fernando de orden del Mariscal López. (1)

Me ha dado usted el placer de llenar su pedido con la satisfacción del antiguo compañero de penurias y fatigas en la pasada guerra.» Soy como siempre su afectísimo amigo—*F. Maíz.*—Arroyos y Esteros, Abril 26 de 1890.

—

N° 3.

Asunción, Abril 11 de 1890—Señor Coronel don Silvestre Carmona.—San Pedro (Villa)—Mi estimado amigo:

Habiendo sido soezmente calumniado, me permito dirigirme á usted como antiguo compañero

(1) Es as cartas se conservan originales en poder del autor de estas memorias.

de penurias y fatigas en la pasada guerra, rogándole quiera servirse contestarme al pie de la presente á la siguiente pregunta:

¿Si le consta que alguna vez haya tenido yo que ver con los orientales doctor Carreras y Rodríguez Larreta en la causa que les siguieron en San Fernando de orden del Mariscal Lopez? Espero merecer de su imparcialidad este servicio lo más pronto posible, por el que desde luego le anticipo las más expresivas gracias.—*Juan C. Centurión.*

—

Villa de San Pedro, Abril de 1890.—Señor don Juan C. Centurión.—Asunción.—Mi estimado amigo:

En contestación á la pregunta que usted me hace, debo contestarle, en obsequio á la verdad, que es cierto y me consta que nunca usted ha tenido que entender con los orientales doctores Carreras y Rodríguez en la causa que les siguieron en San Fernando por orden de Lópe*z*: y le autorizo para que haga usted el uso que le convenga de la presente declaración. Dejando así cumplido su pedido, me suscribo.

Su atento S. S. y amigo—*Silvestre Carmona.*

—

Núm. 4.

Asunción, Abril 12 de 1890—Señor don Cirilo Solalinde.—Presente.—Mi estimado amigo:

Para mi propia satisfacción y la de mis hijos, me dirijo á usted como antiguo compañero de penurias y fatigas en la guerra pasada, pidiéndole el servicio de contestarme al pie de la presente á la siguiente pregunta:

¿Si le consta, ó ha oído decir á quienes puedan saber, de que yo alguna vez haya tenido que ver con los orientales doctor don Antonio de las Carreras y N. Rodríguez Larreta, con el proceso ó causa que se les siguió en San Fernando de orden del Mariscal López? Espero merecer de su bondad y reconocida imparcialidad este servicio, anticipándole por ello las más expresivas gracias.

De usted muy atento S. S.—*Juan C. Centurión.*

—

Señor don Juan C. Centurión.—Fecha ut supra.

Accediendo á su pedido, debo decirle que no me consta ni he oído decir á nadie, de que usted haya tenido que ver jamás con los orientales mencionados, habiendo tenido yo la facilidad de saberlo, puesto que en aquella época yo vivía en el Cuartel General de López. Dejando así cumplidos sus deseos, y el respeto que debo á la verdad, me es

grato repetirme de usted atento S. S. y amigo.—*Cirilo Solalinde.*

—

Asunción, Mayo 6 de 1890—Legalización—Certifico: que las cuatro cartas que anteceden son copia fiel de las originales presentadas en esta oficina de mi cargo por el señor coronel don Juan Crisóstomo Centurión pidiendo se le expidiera este testimonio para los fines que puedan convenirle.—*Ricardo García*, Cónsul General del Uruguay.

—

Núm. 5.

Asunción, Abril 28 de 1890—Señor general don Bernardino Caballero. — Presente. — Distinguido amigo:

Habiendo sido soezmente calumniado, me permito dirigirme á usted como antiguo compañero de armas, que ha compartido con heroísmo las penurias de la larga campaña que sostuvo el país, suplicándole quiera servirse contestarme al pie de la presente á la pregunta siguiente:

¿Si le consta, ó ha oído decir á personas que puedan saber, de que yo haya tenido alguna vez que intervenir en las causas que se siguieron en San Fernando de orden del Mariscal López á los orientales doctor don Antonio de las Carreras, Francisco Rodríguez Larreta y otros?

Se trata simplemente de establecer la verdad del

hecho de la referencia, y el testimonio de usted, como una de las figuras más prominentes en la pasada guerra, puede mucho para ello.

Espero merecer de su imparcialidad y reconocida rectitud este servicio que, á la vez de servirme de resguardo contra la infamia de mis gratuitos calumniadores, ha de contribuir al esclarecimiento de la verdad en la historia.

Anticipándole las gracias, me es grato aprovechar esta ocasión para reiterarle á usted los sentimientos de mi aprecio y distinguida consideración.—Atento S. S. y amigo.—*Juan C. Centurión.*

—

Señor coronel don Juan C. Centurión.—Distinguido amigo:

Contestando á su apreciable que antecede, en que me pide le conteste á la pregunta que formula usted de ¿si me consta ó he oído decir á personas que pueden saber de que usted haya tenido alguna vez que ver ó intervenir en las causas que se siguieron en San Fernando de orden del Mariscal López á los orientales doctor don Antonio de las Carreras, Francisco Rodríguez Larreta y otros?, debo declararle con toda sinceridad que no me consta, ni he oído que usted haya intervenido en la causa que se siguió en San Fernando á las personas á que usted hace referencia.

Satisfaciendo en esta forma sus deseos, le saluda.
Su affmo. y atto. S. S.—*B. Caballero.*

—

Núm. 6.

Asunción, Abril 11 de 1890.—Señor coronel don Silvestre Aveiro.—Presente.—Distinguido y estimado amigo:

Para mi propia satisfacción y la de mis hijos, me permito molestarle á usted como antiguo compañero de armas en la pasada guerra, para rogarle quiera hacerme el servicio de contestarme al pie de la presente á la siguiente pregunta:

¿Si le consta que alguna vez haya tenido yo que ver con los orientales doctor don Antonio de las Carreras y Rodríguez Larreta en el proceso ó causa que de orden del Mariscal López se les siguió en San Fernando?

Espero merecer de su bondad y reconocida imparcialidad este servicio, anticipándole á usted las más expresivas gracias.

Atento S. S. y amigo.—*Juan C. Centurión.*

—

Señor coronel don Juan C. Centurión.—Distinguido amigo:

Accediendo gustoso á su atento pedido, voy hoy á responderle á la pregunta antecedente, que ninguna vez sé que usted haya intervenido en el pro-

ceso instruído al doctor don Antonio de las Carreras y señor Rodríguez Larreta, orientales, en el punto y orden que expresa la pregunta, como podrá verse algún día más ó menos tarde, cuando á los brasileros, en poder de quienes supongo pasan esos procesos, les pluguiese darlos á la publicidad.

Dejando así satisfecho su pedido, me suscribo de usted atento S. S. y amigo.—*S. Aveiro.*—Abril 30 de 1890.

—

Asunción, Mayo 7 de 1890.—Certifico: que las dos cartas que anteceden son copia fiel de las originales presentadas en esta oficina de mi cargo, por el señor coronel don Juan Crisóstomo Centurión, pidiendo se le expidiera este testimonio para los fines que puedan convenirle.—*Ricardo García,* Cónsul General del Uruguay.

Nota del Ministro Caminos al Ministro Americano Mr. C. Washburn.

MINISTERIO DE ESTADO
de
Relaciones Exteriores — Luque, Septiembre 4 de 1868.

He recibido la nota de V. E. fecha 29 del próximo pasado mes, con la lista de los individuos para quienes, incluso V. E., pide pasaportes; y para dar á V. E. la contestacion á ésta, debo comenzar por responder á la otra del 13 del mismo mes, en la que viene expresando las razones que V. E. dice tener para no haber despedido de la Legación á los reclamados Bliss y Masterman, y por qué aun no debe hacerlo.

Me veo en la precisión de considerar algunas de esas razones por seguir á V. E. en todo terreno, pero no las tocaré todas, porque V. E. no halle otra vez muy larga esta contestación. Pudiera, sin embargo, no disculparme de la incomodidad de dar á V. E. mucho que leer en este asunto, si por otro

lado no fuese V. E. quien le ha dado todo su ser de complicación: cuando de por sí era de tan fácil solución bajo el aspecto de la justicia y del derecho.

Además, mi gobierno, abundando en demostraciones de consideración y estima á V. E., le había invitado por el órgano competente á una oportuna inteligencia verbal á evitar esta serie de largas é ingratas correspondencias, y cuyo paso tan amistoso V. E. jamás podrá desconocer por más que no lo haya apreciado debidamente. Así ha querido V. E., y á fe que en esto tendría sus razones por el mismo sentido de las que le asisten para mantener en su Hotel á los asilados Bliss y Masterman. Verdad es que todo tiene su explicación con el tiempo. Sin duda que no podía menos que ser consecuente en dispensar su protección á los acusados Bliss y Masterman: estos han debido gritar más alto á V. E. que la voz de la recta razón y la preferente consideración debida á la justicia y al derecho, bien como á la situación especial del país y á la índole de la reclamación instruída.

La nota de las razones de V. E. no presenta por cierto las que yo esperaba encontrar y que pudieran de algún modo apoyar el procedimiento adoptado por V. E, en este asunto: lejos de esto, ella está concebida en los términos y con todos los caracteres de un documento en cuerda dilatoria; y es por esto que me creo dispensado de entrar en aprecia-

ciones de todos los puntos que contiene, especialmente los que solo pudieran demostrar la esquisita erudición de V. E. en materia de Ley de las Naciones.

El caso de Bliss y Masterman no admite tantas digresiones; es una cuestión muy sencilla. Ellos son simplemente asilados en la Legación Americana, y están reclamados por la justicia para responder en una grave acusación comprobada de miembros de un complot ravolucionario.

A la solicitud de este Ministerio para despedirlos de esa Legación, ha dicho V. E. que los considera no como asilados sino como miembros de su Legación, pero sin justificar esta calidad, y haciendo solamente alegatos y argumentaciones poco consistentes ante las razones que el Ministerio ha aducido especialmente en la nota del 31 de Julio, de las cuales se desentiende V. E. en lo principal, tomando de la anterior, del 23, puntos de contestación; pero ya que así lo hace V. E., voy á responder á lo que dice en su respecto.

El Ministerio ha dicho entonces ciertamente si no parecía á V. E. que si las inmunidades de un ministro llegasen á la extensión reclamada por V. E., que no habría Nación alguna en el mundo que quisiera aceptar una embajada; y V. E. replica que todas las naciones reciben y se complacen de recibir embajadas en esos mismos términos: que sim-

plemente ha reclamado el derecho de Legación en su negativa de despedir de ella á Bliss y Masterman.

Extraño es que el Ministro de una grande y honorable nación, tan familiarizado con las leyes de las naciones, se vea obligado de producirse de esta manera bajo el intuito de amparar á dos asilados criminales. No puedo menos de protestar contra esas aserciones; pues no todas, pero ninguna nación se complacerá, como V. E. dice, de recibir embajadas que tengan que protejer á semejantes criminales y darles el título de miembros de ella.

Llamaré desde luego la atención de V. E. sobre la citada nota de 31 de Julio refiriéndome en todo á su contesto, y después por vía de complemento observaré nuevamente que si V. E. en su nota del 13 del próximo pasado mes, expone como una prueba de ser Bliss miembro de su Legación porque á pedimento suyo había ido á su casa, y le había dado como miembro de su Legación sin haberse hecho ninguna objeción á su permanencia en ella, sino solamente á la calidad con que le había clasificado. V. E. debe tener presente lo que ahora voy á repetir, y es que Bliss desde un principio, lo mismo que Manlove, no han sido reconocidos por el Gobierno como miembros de esa Legación, y sólo se ha tolerado su permanencia en ella en la misma calidad y no más de los otros varios

individuos que al tiempo de la evacuación de la capital ganaron la casa de V. E. No puede comprenderse de otra manera lo que sobre el particular se ha declarado á V. E. por este Ministerio en nota de 23 de Febrero último.

Si bien ha significado V. E. en su nota de 4 de Abril por vía de explicación que había escrito una contestación á dicha nota del 23 de Febrero con fecha del siguiente del 24, y que no ha llegado á enviarla, pareciendo á V. E. que las circunstancias habían hecho innecesario, según la expresión de V. E., de ocupar más la atención del Gobierno con respecto á negocios personales de su Legación, añadiendo que una idéntica nota escribió el 24 y procuró remitir á Berges de la que abjuntaba. En esta nota se incluía la siguiente lista como de las personas unidas con su Legación, á saber: Carlos Meineck, alemán; Porter Cornelio Bliss, americano; Santiago Manlove, id.; Concepción Casal, paraguaya; Ana Bella Casal, id.; Dolores Caballero, id.; Basilio Jara, id.; Melchora Jara, id.; dos lavanderas, id.

Esta nota fechada el 24 de Febrero fué dirijida al ex ministro Berges acusando al mismo tiempo recibo de la que el 23 le ha dirijido.

La nota del 4 de Abril no ha sido contestada por este Ministerio y menos podía serlo la que venía adjunta sólo como su anexo y por vía de expli-

cación de que no hubo descortesía ni olvido en responder á la nota en que se le anunció el traslado del gobierno á Luque. Por otra parte, habiendo estado Berges ausente del Ministerio de Relaciones Exteriores por ese tiempo, y por cuya razón se entendía V. E. directamente con su primer oficial, para que pudiera considerarse una nota pasada á este Departamento, la que V. E. ha incluído, debía de dirigirla en debida forma. Además, V. E. no ha dicho si esa nota debía considerarse subsistente, ni dado otra explicación sobre ella, limitándose por el contrario á lo que queda expresado, cuando en orden del personal mismo de la Legación pudiera también haber habido alteración de Febrero á Abril, y es bajo estos conceptos que la nota, dice V. E. haber escrito en 21 de Febrero y que ha enviado el 4 de Abril con dirección al ministerio ausente entonces, además de las circunstancias expresadas, traía en sí la ineficacia y la claudicación. Y debo consignar aquí que cuando se recibió dicha nota, las paraguayas Concepción Casal y Dolores Caballero no existían ya en la Legación de V. E. y ellas han manifestado que nunca han solicitado ni sabido que sus nombres fueran puestos en la lista del personal de la Legación de V. E. Recuerdo esta circunstancia solamente para demostrar á que si ha tenido á bien consignar el nombre de ellos en esa lista para formar parte de su Lega-

ción, no ha habido proligidad en eliminar otra vez de ella, habiendo dejado de permanecer en esta Legación.

De la simple exposición de este pasaje, se ve claramente que no está robustecida de fundamento la opinión que ha inducido á V. E. á su resolución de considerar miembros de su Legación á Porter C. Bliss y lo mismo en relación á George F. Masterman, á quien considera también V. E. como miembro de su Legación por haber puesto su nombre en la lista de su comitiva en su nota fechada del 24 de Febrero; y de que ninguna objeción se ha hecho hasta tres meses después.

Según puedo deducir de las notas y pretensiones prácticas de V. E. para que un individuo pueda considerarse miembro de embajada, basta que el jefe de ella le proponga al gobierno.

Esta es la conclusión de la lógica de V. E. cuando después de proponer á Bliss y Manlove en la lista de su servidumbre, no los ha reconocido miembros de esa Legación, y hábiles por lo tanto á los privilegios que les acuerda el Derecho de Gentes, V. E. en la nota fechada al día siguiente de esa repulsa, colocaba otra vez los nombres de dichos dos individuos en su lista, aumentando el personal de la Legación con Masterman y otros más, como queda constatado.

Pero si Bliss es miembro de la embajada y lo

mismo Masterman, ¿cómo es que no han ejercido ni ejercen los privilegios que como á tales están señalados por la ley de las naciones? Esto sería inexplicable. ¿Y por qué es que estando igualmente el nombre de Manlove al lado de Bliss y Masterman en su nota fechada del 24 de Febrero, se le ha postergado á ellos cuando, según el principio sentado por V. E. deben ser todos (ó ninguno) miembros de la embajada. ¿Pero el precedente del caso de Manlove evidencia que sólo des pués ha tenido á bien acordar á esos dos criminales la calidad de miembros de su Legación.

A lo que V. E. dice respecto de Masterman, de considerarlo en dicho carácter en todo y por todo, porque ninguna objeción se hizo hasta tres meses después, debo observar á V. E. que por su doctrina práctica, á Masterman ha debido considerarlo como tal desde el primer día, pues si al día siguiente se hubiera repulsado también por este Ministerio, como se hizo con Bliss, prontamente su nombre hubiera aparecido otra vez en nueva lista de V. E., pues tal ha sido su práctica en la materia.

Es demostrada hasta la evidencia la poca exactitud del juicio de V. E. para considerar á dichos individuos como miembros de su Legación. No importa mucho en la cuestión que ellos hayan buscado la casa de V. E., ó que V. E. haya buscado á ellos, para traerlos á su Hotel; pero no convengo

con V. E. que ellos no sean refugiados allí, porque esto sería negar una verdad demasiado clara y distinta. ¿Qué hacen allí? ¿Por qué se encuentran en el Hotel de V. E. cuando encausados la justicia pide por ellos.?

Es evidente que no están allí porque son inocentes ni porque son miembros de Legación, sino por especial protección de V. E. Asevera que algunos meses han sido reconocidos tácitamente como pertenecientes á la embajada, y que la negativa del Ministerio es ya muy tardía para afectar el caso. Repetiré á V. E. sobre este punto que tendría razón desde que haya de seguirse la práctica de V. E., atento á que la objeción hecha por mi Gobierno expresamente sobre la presentación de Bliss como miembro de Legación, no ha considerado V. E. bastante para respetar el derecho con que se la había representado. Tardía ha sido para V. E. la negativa hecha en el caso de Bliss al siguiente día de su presentación, y no puede menos de ser así también tardío el caso de Masterman, sobre cuya presentación se ha objecionado tres meses después, según dice V. E.

Yo pido á V. E. de considerar más sobre la misteriosa nota del 24 de Febrero á encontrar una razón bastante para convencer de que ella pueda importar una lejítima presentación del personal de su Legación, y precisamente en los más solemnes mo-

mentos de la República, agredida á muerte por sus invasores.

V. E. comprenderá por lo que llevo expuesto cuán distante estoy de reconocer la acusación de V. E. de que yo pretenda de que un Ministro extranjero no pueda reclamar privilegios de Legación para sus sirvientes, secretarios ú otros miembros de su familia hasta que el Gobierno los reconozca especialmente por nombre. Pero estoy de acuerdo con la observación de V. E. de que si un Ministro pasa la lista de su séquito (en debida forma) y no se le respeta, ninguna objeción es hecha por el Gobierno, siguiéndose que tácitamente reconoce los comprendidos en la lista como miembros de la Legación. Me parece que la interpretación está bien hecha, y á mi vez debo observar que en esencia es lo que ha sucedido en relación á los individuos siguientes: Carlos Meinke, alemán, Jorge Hamilton inglés, Catalina Lechy id., Basilio Jara paraguayo, Melchora Jara id., los cuales tácitamente fueron aceptados, cuando figurando sus nombres con los de Bliss y Manlove en la nota de V. E. el 22 de Febrero se han excepcionado á estos últimos para permanecer simplemente en la morada de V. E. con la expresión de que no les será lícito dejar la Legación sin que los vigilantes de seguridad y servicio público cumplan las ordenes que tienen de no permitir que personas no munidas de carácter público

circulen por aquel punto, y de que en la misma forma pudiera permanecer en la Legación Ana Bella Casal propuesta igualmente en dicha lista.

Recordaré también á V. E. una vez más que en su precitada nota de 4 de Abril hizo mención de este caso aludiendo á individuos que este Ministerio no ha reconocido como miembros de esa Legación. ¿O á quiénes otros se ha referido V. E.? Pero de todos modos Bliss era uno de ellos.

Por más que V. E. se empeñe en hacer una violenta interpretación á las razones alegadas en contra de las opiniones de V. E. sobre este asunto, no podrá justificar sus deducciones. Curiosa es la aserción de que el Ministerio ha reconocido solamente á Bliss y á Baltazar el sirviente de color que dice haberle dejado el doctor Carreras; y todavía es más curioso el concepto de que jamás se ha reconocido ni su mujer, ni su hijo, ni su secretario privado, ni la sirvienta que ha traído consigo al país. Todo esto y lo demás que se sigue no merece tomar en consideración, apartándose demasiado de la verdad y tomando un carácter ageno á la seriedad del caso.

Si V. E. no ha tenido á bien poner en la lista del personal de su Legación á su señora é hijo no es del Departamento la culpa. Sin embargo, comprendo la importancia que representa en una embajada la familia del Jefe de ella.

Debe saber V. E. que mi Gobierno tiene la conciencia necesaria de su dignidad, de sus derechos y deberes para no cometer el acto de enviar un notario á casa de V. E. para examinar á los criminales Bliss y Marterman, cuando ellos no han sido jamás ni son miembros de esa Legación, y no hesitará por cierto de hacerlos comparecer ante la justicia, pues son en todo y por todo simplemente asilados en el Hotel de V. E.

La máxima del Derecho de que todo hombre debe considerarse inocente hasta que resulte ser culpable, desea V. E. aplicarla en el caso de Bliss y Masterman, diciendo que se desconoce este principio al continuar hablando de ellos como criminales y refugiados, y sin haberle dado nunca prueba alguna de su culpabilidad. Hubiera mucho extrañado esa pretensión y lenguaje de V. E. si á renglón seguido, no se me presentase en la nota de V. E. la misma clave diciendo que dudaba todavía de la veracidad de los informantes del Ministerio sobre la criminalidad de aquéllos, y aludiendo á las declaraciones de Berges y Carreras, dice saber que contienen casi tantas falsedades como sentencias y que si estas falsas declaraciones han sido prestadas por ellos para ligar á V. E. á una vergonzosa maquinación, no sería imposible que sea con el designio de implicar á otros.

Si V. E. no quiere dar crédito á mis palabras, y

puede todavía dudar de la veracidad de los informantes sobre que Bliss y Masterman son miembros importantes del complot, no puedo ofrecer á V. E. la presentación de documentos auténticos de la realidad del hecho para complacerle, y V. E. puede proceder en el caso ds acuerdo con las leyes de su país, ó como mejor le parezca. Preguntaré, sin embargo, á V. E. ¿cuál es el caso en que el hombre debe considerarse culpable? Yo comprendo que es de legislación universal el axioma de Derecho que V. E. ha invocado, y también que las declaraciones contestes de los testigos hacen plena prueba en asuntos más ó menos graves. Creó que esta indicación no será por demás á V. E. para demostrarle que sucediendo esto en relación á sus protejidos, como otros comprendidos en la misma causa, dejará de extrañar V. E. que no se ha prestado atención á su llamado sobre aquella máxima, que esta vez menciona nuevamente con reiteración.

En cuanto á las recomendaciones que hace V. E. de la profesión y cualidad de cada uno de ellos diré solamente á V. E. que casi están identificadas con las que V. E. halló por conveniente hacer en honra de Carreras. Cuando se ha solicitado su despedida de esa Legación, y ya se vé que V. E. no ha ido lejos para vertir en su disfavor las palabras menos honorables para un hombre. V. E. no se equivoca en creer que mi Gobierno no tiene deseo

de exponer á V. E. ni á su familia á ninguna calamidad, y es público que en su larga residencia en el país ha sido objeto de consideraciones, como V. E. mismo ha confesado en su correspondencia; no conceptúo por lo mismo incompatible con sus comodidades la expulsión de aquellos individuos, cuya permanencia en la Legación contribuirá más bien hasta infundir juicios menos satisfactorios, siendo ellos miembros importantes de un enorme complot, en cuya averiguación las citas alcanzan igualmente á V. E.

Si un gobierno de cualquier nación tiene el perfecto derecho de admitir ó rehusar á un Ministro extranjero según sus circunstancias, y de que para esto debe ser presentado debidamente al Soberano territorial, de esto se sigue la practica indispensable de que el Jefe de una Legación está obligado á participar oportunamente las personas que toma en su comitiva y las que llegue á elegir después, ya para aceptar ó rehusar los primeros, ya para tomar nota de los otros, que por lo mismo deben estar en el goce de los privilegios inherentes á su anterior calidad.—Y creo con tal motivo que la lista que V. E. incluyó en su nota fechada el 24 de Febrero contenía entre otros los nombres de Concepción Casal, Dolores Caballero y Ana Bella Casal, y además sin nombrarse dos lavanderas, cuyas cinco personas no constan ahora en la nueva lista de V.

E., excepto Lucía Rivas que parece haber sido una de dichas lavanderas. Pero prescindiendo de esto, se vé que V. E. no ha dado á este asunto la importancia que merece según queda demostrado y corrôbora el hecho de que habiéndosele admitido con excepción de tres personas los individuos comprendidos en su lista del 22 de Febrero, V. E. la había aumentado con otros sin dar conocimiento á este Ministerio de esa circunstancia, ni de los despedidos.

En cuanto á Bliss queda suficientemente demostrado de no ser miembro de su Legación; pero como dice también V. E. que Baltazar, criado de Carreras, ha sido igualmente reconocido miembro de su Legación, notaré á V. E. que en su despacho del 12 de Julio dijo V. E. que aquellos cuyos nombres fuesen dados no ha mucho como no pertenecientes á la Legación, de estos quedarían solamente Carreras, Rodríguez y su sirviente y la Señora de Leite Pereyra; y en la otra nota de V. E. del dia siguiente 13, refiriendo que Carreras y Rodríguez desocuparon su Legación antes de la hora designada dijo que el sirviente de color de Carreras todavía permanecía con V. E. en calidad de sirviente, pero V. E. nunca ha dicho más, y después que tan luego nombraba ya como sirviente de Rodríguez, ya como de Carreras, recién ahora dice llamarse Baltazar. Ignoro el tiem-

po en que V. E. lo ha tenido en calidad de sirviente, y solo he visto por su nota no contestada del 13 de Julio que todavía permacía con V. E. en dicha calidad, lo que hace suponer que de tiempo atrás Carreras no tuvo ya su sirviente. Como V. E. parecía tener necesidad de él y deseaba mantenerle en esa calidad, no se ha puesto en ello ningún inconveniente, sin por esto dejar de observarle que no es correcta la apreciación hecha por V. E. de que ese individuo y Bliss eran los únicos reconocidos como miembros de su Legación.

En cuanto á los conceptos que tiene al final la nota de V. E. que contesto me refiero á lo que sobre el particular se ha expuesto en esa correspondencia.

Quedando así contestados los puntos principales de su referida nota, debo invitar á V. E. á considerar en su verdadera importancia la de ese Ministerio del 31 de Julio conjuntamente con la presente, y añadir en esta una palabra más para expresar francamente á V. E. que si hasta ahora no se ha tomado en cuenta la actitud que V. E. ha asumido en su correspondencia, dudando hasta de la fé de la Administración de justicia de mi País y la sinceridad de las manifestaciones oficiales á V. E. sobre la criminalidad de sus asilados Bliss y Masterman, mi Gobierno no puede mirar

este procedimiento sino como una ofensa de su honor y dignidad á la justicia nacional.

El Gobierno de la República lejos de desear que V. E. se aparte del camino que debe seguir para merecer la aprobación de su Gobierno, la opinión pública y la familia de las naciones, por el contrario verá con placer que V. E. sea en ese terreno siguiendo los principios de una sana política y los dictados de la razón y justicia que prescribe el respeto que se debe á las naciones y sus Gobiernos.

Llevado ha sido siempre mi Gobierno de este deseo, y penoso le es tener que ver á V. E. en boca de los traidores de la patria como uno de tales. Ellos lo dicen así, y á V. E. toca hoy pesar esas citas dadas en juicio, que yo me permito adelantar con otras aquí.

Haré aparecer por delante á uno de los individuos de quien V. E. ha dicho que por primera vez ha tenido que oir hablar de él. Es Benigno López que en parte de sus declaraciones dice textualmente lo siguiente:

«Que con motivo de la primera expedición al Norte en 64, principiaron á hablar de política diciendo Washburn al declarante: parece que el País va á sacudirse.—El declarante: así es, pero no sabemos quién llevará el primer coscorrón, aunque es probable que al fin nosotros tengamos la peor

parte en consideración al poder é inmensos elementos con que cuentan los enemigos—agregando aquí que Washburn convino entonces perfectamente con él.

«Que desde entonces continuaron hablando las veces que se veían vituperando el sistema gubernativo por ser la política del Gobierno arbitraria en vez de ser liberal y constitucional cual convenía á un país como el Paraguay, rico en clima y producciones naturales de todo género: que el Gobierno del Mariscal no se ocupaba sino en hacer soldados sin poderse casi encontrar un Ciudadano, cosa que no puede servir sino de estorbo á la industria y el progreso del País, es decir, á la civilización.

«Que en este sentido abundaban en sus conversaciones hasta que, según tiene declarado, con motivo de acompañar en su viaje al Ejército, para de allí pasar Washburn al campo enemigo en el mes de Marzo, hablaron más á fondo cambiándose la idea de la necesidad de un cambio de Gobierno para terminar la larga guerra producida, en opinión de Mr. Washburn, por un acto violento é inconsiderado del Mariscal que seguramente estaba bastante arrepentido: á lo que dice el declarante haberle contestado—de lo que él está arrepentido es de no haber tomado uno á uno á los aliados para hacerlos bailar.

«Que por estas y otras conversaciones que tuvieron antes y en el mismo viage comprendió el declarante en Washburn que deseaba más bien un triunfo á la alianza que al Paraguay y que estaría dispuesto á trabajar en ese sentido, motivo porque no tuvo ya escrúpulo ninguno en desarrollarle el pensamiento de trabajar por su parte en el sentido de un cambio de Gobierno, con tal de que el marqués de Caxías mandase las bases de un arreglo final para empezar á trabajar sabiendo lo que reportaría de ventajas la revolución triunfante.

«Que en Paso-pucú y en momentos antes de pasar Washburn al campo enemigo, el declarante estuvo á verse con él en su alojamiento, y que allí preguntándole de la situación del Ejército, le contestó el declarante que no era mala, pues que sería difícil si Caxías extendiese una línea á partir de Tuyutí para dar con el río Paraguay dejandolo cercado—que al decir esto se inclinó á describir en la tierra esa operación demarcando las posiciones de uno y otro Ejército, y demostrando que de ese modo quedaba el interior de la República abierto y sin obstáculo de pasar cualquier fuerza al Tebicuary por Caacupú, y hacer un movimiento rápido hasta Paraguarí que no estaba distante, y ponerse en contacto con la revolución dominando esta fuerza combinada los partidos más importantes

de la República, así como la Capital por la vía férrea.

«Que entonces interesado Washburn de comprender bien este plan indicado por el declarante, sacó del bolsillo de su chaleco un lápiz y le pasó diciendo á la vez á su secretario privado Meinke que estaba en el cuarto, pára que saliese un poco, como lo hizo en seguida, pero ya después de haberse apercibido de la conversación que tenían, y visto lo que empezaba á rayar el declarante con su dedo en la tierra: que entonces (después de salir Meinke) concluyó la descripción con el lápiz de Washburn quien en seguida partió al campo enemigo, y acaso llevando en papel la misma descripción.

«Que la intención del declarante al hacerle la delineación de aquella operación, era que manifestase Washburn á Caxías, y si no le dijo expresamente no fué sino porque comprendía demasiado bien que Washburn lo haría precisamente: lo cual en efecto, quedó justificado no solo con el hecho posterior de haber realizado el enemigo ese plan sino por lo que el mismo Washburn á su vuelta le trajo la comunicación de Caxías con las bases para realizar el cambio de Gobierno, según tiene declarado anteriormente.

«Que después que el declarante volvió por fines de Septiembre último del Ejército á la capital pasó á visitar á Washburn (ya en Octubre entran-

te) á su casa y le preguntó al declarante cómo había dejado esa gente (el Ejercito) á lo que le dijo buena de salud, pero no así de situación que como le indiqué anteriormente se ha agravado (aludiendo al movimiento del círculo). Que Washburn le volvió á preguntar—¿pero van á pelear? El declarante: á no dudarlo, pero creo que no será mucho —Washburn: y por qué?—El declarante: por que están canzados algunos, y otros tienen poca fé en el resultado de un gran choque en presencia de los elementos que se desarrollan á su vista y á fé que yo no he tratado de desengañarlos—y que continuó diciendo—veo con mucho gusto que aquí se ha trabajado mucho y muy bien y está todo preparado para cuando llegue el caso previsto que lo presumo muy cercano—Washburn: el Sr. Berges es hombre muy hábil, bajo su jesuitismo y aparente indiferencia se agencia con una atitud remarcable—El declarante: efectivamente, yo tampoco había esperado que hiciese tanto—Washburn es que tiene buenos colaboradores, y sobre todo no recatea el *God-money* (el Dios plata).

«Que en seguida sacó la obra de Du Gratis y se pusieron á ver en el mapa que tiene el río Tebicuary y las distancias de las partidas, todo con relación á las operaciones militares que se esperaban referentes al proyecto ó movimiento revolucionario.

«Que el 16 de Octubre con motivo de ir Wash

burn á cumplir por aquel día se vió con el declarante cerca de las columnas del Palacio de Gobierno y allí hablaron de los hechos de armas que en los primeros días de aquel mes había habido, diciéndole el declarante que los aliados habían sufrido un contraste—á lo que Washburn contestó: si no serán de aquellas acciones que describe el «Semanario,» en que ciento ó dos ciento matan á muchos batallones, y á penas muere uno de ellos—Que también el declarante en esa ocasión le contó que la línea de sitio no llegaba todavía al río, y hablaron algo más en ese sentido.

«Que después estando una mañana á visitar á Washburn en su casa hablaron sobre la noticia de que los aliados habían llegado al río, echando á pique dos buques; á los que dijo Washburn que habían hecho mal en perder esos buques porque ya no serían útiles al Ejército y sí al Brasil, cuya escuadra arribaría sin duda; á lo que el declarante le contestó, que esos buques les hacía mucho daño: que también en esa ocasión le dijo el decla rante que ahora era de esperarse en breve grandes sucesos, aludiendo al movimiento de que él (Was hburn) tenía conocimiento, y que era el rompimiento del sitio por el Ejército Nacional.

«Que después por principios de Enero con motivo de una visita pasagera que el declarante hizo á Washburn en la casa de la Trinidad le dijo este

después de informarse de lo que había de novedad como era costumbre entre ellos, que le parecía que era cada día más apremiosa la situación y se hacía necesario ponerle término, puesto que se trataba hasta de enrolar mugeres para continuar la guerra, y que esto revelaba la imposibilidad de concluirse por un tratado honorable (aludiendo á las diferentes aberturas de paz que no fueron aceptadas por la inflexibilidad del Mariscal). Que semejante cosa (el enrolamiento de las mugeres) era ridícula y que su señora le había dicho que si esto tenía lugar, ella no quería permanecer más en un país donde se hace semejante cosa: á lo que el declarante contestó:—que no tenían más objeto esas manifestaciones, que el de robustecer, si era posible la confianza pública, agregando—si Vd. se va buena nos la hace—á lo que Washburn contestó: si yo permanezco aquí es porque pienso ser de alguna utilidad á Vdes (en orden á la revolución.)

« Que en otra ocasión se encontraron en el Campo Grande viniendo Washburn de la de Fidanza, y preguntó al declarante qué novedades había tanto en el Ejército como en el pueblo, y contestándole que ninguna en particular, se mostró Washburn poco satisfecho de la calma con que todo marchaba, lo que entendía el declarante que sería á consecuencia de la visita que venía de hacer con Manlove á Fidanza, con quien, siendo uno de los que

trabajaban por la revolución, sin duda hablaron del asunto en aquella ocasión.

« Que poco tiempo después fué Washburn á Tapuá donde se encontraba el declarante con su señora madre, á quien Washburn iba á dar las gracias por haberle franqueado una quinta en la Trinidad para pasar el verano, porque pensaba volver á entrar al pueblo, y acompañándolo el declarante al despedirle le dijo—que el Gerente del Consulado francés era zonzo porque hablaba de cosas que podían comprometer, á lo que le preguntó el declarante—¿Cuáles son esas cosas?—Washburn: habla sobre nuevo orden de cosas, recoje y da noticias de todo, y habla mucho también de la política general del país.

« Que también recuerda que desde antes aún de la evacuación de la Capital, y hablando de que esta medida se tomaría como consecuencia del suceso de «Taiy» declarándose como punto militar la Asunción, Washburn dijo al declarante que semejante medida sería absurda, y que no había derecho de obligarlo y que podía hasta protestar cuando esta medida abrazase también á los extranjeros residentes: que después que se ordenó efectivamente la evacuación refirió José Berges en el Ministerio en presencia de un tercero estando esa noche á visitarlo (á Washburn) y hablando sobre la vacuación de la Capital, este había declarado for-

malmente que no lo haría él por su parte; y que con este motivo le ofreció á él (á Berges) asilo para cuando pudiese precisar, y que así dijese á las personas del Gobierno. Que Washburn sostenía su derecho de protestar, según dijo al mismo declarante, contra la medida de la evacuación en la parte que toca á los extranjeros, y que los cónsules no cumplían con su deber cuando se retiraban, que si él no lo hacía era porque tenía pocos nacionales.— Que así mismo le dijo, que declarar la Capital fortaleza con un cañón y contra coraceros, exponiendo á ser destruída la ciudad, era un error injustificable.

«Que el declarante sabe también que sostuvo calurosamente Washburn estas mismas ideas con el propósito de hacerse apoyar por los Cónsules de Francia é Italia según estos le dijeran, pero que ellos de ninguna manera le quisieron coadyuvar en su propósito; agregando el declarante que en ese sentido Washburn hablaba á nacionales y extranjeros, haciendo comprender á los revolucionarios que era en su interés, y para inspirarles mayor confianza, había tomado más casas en las que principió por dar asilo á los ingleses, y después á Carreras y Rodríguez que pertenecen á la revolución.

«Que se acuerda también de que no solo al declarante sino á otros se expresaba muy quejoso sobre su mantención en la Capital, y que particular-

mente á él le decía que las pocas consideraciones que se guardaban á su persona (Washburn) y últimamente á su bandera, concluiría por exasperarlo y colocar al Gobierno en una situación aún más difícil de la en que se hallaba, dando á entender con esto, dice el declarante, que sería rompiendo bruscamente las buenas relaciones entre la República y los Estados Unidos.

«Que en Paso pucú después de la vuelta de Washburn del campo enemigo trayendo las bases y la carta de Caxías al declarante, éste dijo: que si se consigue el resultado de la empresa podría contar con medio millón y un centenar más encima para no ir á Chile sino á donde le diera la gana: que esto le dijo aludiendo que siempre Washburn decía que de aquí pasaría á la Legación de Chile, y que solo por esta esperanza aguantaba la Legación del Paraguay.

«Que á más de esta oferta, el declarante por fines de Octubre y principios de Noviembre, entregó á Washburn en dos partidas la cantidad de un mil onzas de oro sellado y quince mil pesos en billetes del país, diciéndole que si más precisaba no tuviera escrúpulo alguno en avisárselo; pues podría disponer hasta de tres mil onzas.

«Que esta cantidad fué entregada á Washburn por el declarante en persona en su casa de la Capital, donde pasó al efecto, llevando él mismo á pié

la primera vez y la segunda á caballo, ambas ocasiones á prima noche.

«Que el objeto que llevaba el declarante en hacer á Washburn esta gratificación era por la eficaz cooperación á la causa de la revolución.

«Que en la citada carta de Caxías decía que Washburn había explicado cómo el declarante le había encargado el proyecto, que estaba muy de acuerdo con él, y que así era portador de las bases exigidas, y que se tratase cuanto antes de trabajar en ese sentido: que el portador (Washburn) sería un eficaz colaborador y que venía *ben cheio* (bien pagado.)

«Que estas bases eran las mismas que después fueron propuestas al Gobierno por Mr. Gould, con la diferencia material de que el cambio de Gobierno venía como artículo primero en las que el declarante recibió, y en las de Gould aparecía el último.

«Washburn por lo visto completamente comprado por el Marqués de Caxías, trajo de éste el encargo de proponer de su parte al Mariscal de una manera extra-oficial que renunciase el mando para hacerse la paz, y que esto por lo mismo que sabía que el Mariscal no declinaría, no era sino precisamente para tener Washburn la libertad de poder hablar á este respecto, popularizando la idea de que toda la causa de la guerra no era sino el Mariscal, y, de consiguiente, que la alianza, lejos de atacar

al pueblo no quería otra cosa que salvarlo por medio de un nuevo Gobierno.

«Que consecuente á este propósito, Mr. Washburn quizo aprovechar la ocasión del sitio del ejército para ofrecer sus servicios al Mariscal bajo las mismas bases de Mr. Gould, salvo diferencias meramente accidentales; llevando en esto Mr. Washburn el verdadero espíritu de pasar con este motivo hasta el campo enemigo para hablar con el Marqués de Caxías é informarle del estado del trabajo en el sentido de la revolución, y animarlo á moverse de una vez para aprovechar aquella feliz disposición del pueblo.

«Que otra ocasión dijo Washburn que probablemente terminada la guerra, se daría una Constitución al País, á lo que el declarante contestó que no le parecía oportuna cuando el país saliese de una situación tan azaroza.—Washburn: piensan seguir en el despotismo?—El declarante: no, señor, se darán leyes oportunas sin el nombre ni carácter de Constitución, es decir, como se hace en Inglaterra.—Washburn: el señor Berges, es más constitucional que V. El declarante: es porque ha estado en los Estados Unidos.

«Que á más de estas conversaciones que tuvo el declarante con Mr. Washburn, sabía por Berges que estaba en disposición de hacer por la revolución cuanto se le pidiese y fuese necesario para

conseguir los fines de ella, y el mismo Berges le trasmitía cuanta noticia había del Ejército: en una palabra, se entendía en un todo y por todo con él (Washburn) quien á su vez recibía y mandaba correspondencias de Berges y Carreras al exterior relativas á la revolución, y comunicando también á este mismo objeto las noticias que recibía del exterior por medio de sus correspondencias.

«Que además de estos trabajos de Washburn, favoreciendo á la revolución, él tenía que reconocer oficialmente en caso de un buen éxito al nuevo Gobierno establecido por el golpe revolucionario, y en caso contrario avisar á los revolucionarios bajo su bandera.

«Que todos los papeles de la revolución que han corrido por sus manos los juntó en un envelope cuadrado que cerró con goma y tiene un sellito de timbre, que después llevó en persona al Ministro Americano, habiéndole puesto por inscripción de su propia letra—Papeles privados—y en otro renglón abajo, las iniciales de su nombre —B. L.—que al entregar al Ministro le dijo— No quiero dejar en casa esos papeles, por eso se los traigo, guárdemelos, si yo muero, al fuego, y si se los pido me los entregará, á lo pue Washburn contestó: corriente, y tomándolos puso sobre la mesa redonda de la sala, á donde estuvo con él el declarante.

«Que esta entrega le hizo en los días del movimiento que empezó á haber por los Ministerios, disponiéndose papeles para transportarlos con motivo de la arribada de las corazas enemigas á la Capital y será como el 29 de Febrero como á medio día, habiendo entrado el declarante en la sala por la puerta del corredor anunciado por la sirvienta Kety (no recordando bien este nombre): que en el poco momento que estuvo con el Ministro hablaron de las corazas, dándole el declarante noticias de ellas, á lo que el Ministro le dijo, que ya sabía, y continuó—entonces se evacúa el pueblo— Y el declarante le contestó que sí: que el Ministro á la sazón de entrar el declarante había estado tomando ginebra y con ese motivo le ofreció á elección este licor ó el coñac, y aceptando este último se lo hizo traer con la misma sirvienta Kety que entró con una bandejita llevando una botella de dicho licor y una copita para tomar, como lo hizo el declarante; que no tardó después para despedirse acompañándolo el Ministro hasta la puerta del zaguán por donde se retiró.

«Que la última conversación que tuvo el declarante con Washburn fué el 15 de Marzo viniendo el declarante á la Capital para seguir viaje al Ejército, y saliendo Washburn de la Capital se encontraron á dos cuadras de la iglesia de San Roque donde se pararon á conversar un momento,

Washburn preguntó al declarante dónde iba y diciéndole que al Ejército, le volvió á preguntar: —¿qué me deja Vd. encargado? A lo que el declarante le contestó—la familia y que le vaya á Vd. muy bien—aludiendo, la familia á la protección que Washburn le ofreció para acoger algunas personas indefensas y sus fortunas, según consta en otra parte: y el otro inciso—que le vaya á Vd. muy bien—al negocio de la revolución en que trabajaba Washburn, para que siguiese en su empeño.»

Ahora V. E tendrá la bondad de escuchar por primera vez á otro individuo que satisfaciendo á la justicia nombro á V. E. El ex-Comandante General de armas Coronel Venancio López dice lo siguiente:

«Que el 1° de Abril el Ministro americano estuvo á visitar al declarante en su casa de la Capital, y le dijo que Humaitá no resistirá á las corazas y mucho menos las fortificaciones improvisadas, y teniendo ya á su dispocición el Paraná y el Tebicuary con las Misiones ya no hay cómo desalojar al Brasil, y así ya están Vds. de una manera que por todos lados serán atacacados y no hay como salvarse: sin embargo, tiene Vd. mi casa para toda garantía, pero no todos pueden caber en una casa. Además, es preciso conservar lo que han trabajado Vds. ya sabe (aludiendo á la revolución) y

así es bueno que Vd. escriba á Caxías para que pueda con sus intereses y familias salvarse: es el único medio que le queda.

«Que además le dijo que diese á saber á Caxías que todos los que dirigían la revolución habían sido traídos al Ejército, y que así estaba descubierto el plan. Que el declarante al principio se le negó por no tener conocimiento con Caxías, á lo que Washburn le dijo que eso nada importaba: que entonces el declarante le preguntó que por dónde le mandaría la comunicación, y Washburn le dijo que por la vía de Caapucú, indicándole que por allí había un tal Filisbert; agregando que Vasconcellos (el Vice-Cónsul) también conocía á este sujeto; y que para más animarlo le dijo que también iría su carta como acompañando la del declarante.

«Que el Ministro Americano le había indicado el paraje en que debía encontrarse la avanzada brasilera.

«Que la contestación de Caxías recibió el declarante por medio del ministro americano por la cañonera «Wasp», y su contenido era que no tuviera miedo, puesto que era para salvar su país haciendo un cambio de administración á evitar los desastres de la guerra.

«Que otra carta con fecha de 10 á 11 de Mayo escribió también á Caxías diciéndole que bajo la

confianza de la seguridad del ministro americano continuaba sus trabajos, si bien con poca esperanza de éxito, por la falta ya de los principales de la revolución, y porque ésta estaba ya descubierta. Que fué dirigida por Washburn, quien mismo trajo cuando vino á este campo para mandar entre sus correspondencias sin que haya tenido contestación alguna.

«Que el ministro americano estaba hecho cargo de todos los papeles como única garantía, entendiéndose que dichos papeles son los de la revolución. Que los que no creían de interés inutilizaban siempre, así como los borradores. Que el declarante entregó al mismo ministro los documentos que encontró en poder de Bedoya, los mismos que le había mostrado Benigno en la tarde de su última venida al Ejército, diciéndole que esos eran los papeles de que Bedoya le habló también cuando su venida al Ejército; como en afecto Bedoya había contado al declarante, quien no dió después con ellos sino con motivo de ir á buscar en el escritorio de Bedoya en la casa de su señora, junto á la catedral, algunos picos de pluma, hallándolos en unos de los cajones, pues que después de la venida de Benigno se había olvidado de ellos.

«Que dichos documentos estaban bajo carpeta cerrada con la inscripción de Documentos de Salinares — habiéndolos entregado á dicho ministro

americano juntamente con una hoja suelta de medio pliego en que estaba la lista del personal del nuevo Gobierno. Que el día de esta entrega fué el 4 de Julio como á las 10 de la mañana, en la casa de la capital de la señora madre del declarante, donde éste habitaba. Que Washburn al recibir el paquete cerrado dijo:—esto será por duplicado—dando así á entender que demasiado bien conocía su contenido.

«Que las palabras con que Washburn empezó á hablar al declarante para empezar éste á formar parte en la conspiración fueron estas: Washburn: ¿qué hay de nuevo? Nada, como siempre,— diciendo él mismo; á lo que el declarante contestó que nada sabía. Washburn: es extraño, su hermano (el Sr. Mariscal) no quiere la paz por más que he trabajado, y yo no veo esperanza de ganar porque es preciso conocer el poder del Brasil y su influencia en todas partes: además todos conocen el derecho del Brasil de sostener esta guerra á que ha sido obligado, por eso nadie se determina á ofrecer su intervención, y su hermano sería un hombre admirado como los más célebres y valientes por haberse sostenido tanto tiempo de tres poderes, y no por vencido deja el puesto sino por interés de restablecer la paz, legando el poder al señor Sánchez para entrar en arreglos; pero tienen Vds. un medio de salvar; la Gran República es la

única que debe salvar al Paraguay y sostener su autonomía, el tratado secreto es ridículo, tados Unidos no admiten eso. Aquí nó son muchos los hombres, y una representación de los más notables que tengan la confianza del pueblo ha de ser el medio de salvar.—Que el declarante le apoyó la idea, resolviéndose como antes á formar parte de la revolución, de la que de este modo el ministro era el principal promovedor, prometiendo además hacerse el órgano para entrar en tratados con el enemigo por parte de los conspiradores.

«Que según el mismo Washburn dijo al declarante, su verdadero objeto en hacer arribar á la Asunción la cañonera «Wasp» era tenerla allí para protejer á sus amigos y que extrañaba de que Caxías no quiera abrir un precedente para otros.

«Que el declarante hablando con Washburn sobre el modo como podía salvarse la situación, ya que S E. sabía la revolución, le dijo:—efectivamente ese canalla de Cuverville, que no es capaz de guardar un secreto, es el que ha descubierto; pero Caxías no ha de perder tiempo, se ha de apresurar á tomar Humaitá, en seguida ha de extender la escuadra para acá y mover el ejército sobre el Tebicuary, de modo que Vds. (los revolucionarios) se han de salvar porque yo entonces ya podre salir á pedir armisticio y ofrecer los comisionados para

entrar en tratado con los aliados; que conseguido esto, la situación dependía del movimiento revolucionario y de consiguiente el Ejército Nacional ya no podría accionar, viéndose en la obligación de tener que someterse, porque Caxías ha de traer gente de desembarque para colocar en cualquier parte donde quiera llamar la atención del Mariscal, así como rodearlo por todos los puntos del Tebicuary, de manera que le será muy difícil su retirada; y quedando de este modo sin poderse ya sostener él mismo deseará ó admitirá un arreglo que ya no será tan ventajoso como antes. Que por lo que hace á Humaitá, no era un estorbo para Caxías y que si no lo había tomado aún, no era sino porque no convenía todavía á sus planes: que además le gustaría más tomarla por rendición. Que sobreesta revolución de Washburn persuadió éste al declarante que convenía que él también escribiese á Caxías, pues que era el único y el comandante Fernández los que podían hacer esto para salvar la situación.»

Aquí viene José Vicente Urdapilleta, ex-Juez de lo civil en 2ª instancia, á hacer unas referencias de V. E:

«Que el ministro americano se había comprometido á garantir el conducto de las comunicaciones que Benigno entablaba con el enemigo, que debía obrar en combinación con la fuerza revolucionaria

para protejer el movimiento, haciendo arribar sus corazas hasta la Asunción con gente de desembarco, que debía dejarse en tierra en la misma capital, ó en cualquier otro punto que fuera más conveniente según el plan de operaciones que más tarde debía formularse: que además Mr. Washburn estaba allanado para hacer por su parte los más grandes esfuerzos en protección del pensamiento, ya por sí ó ya por todos los medios á su alcance, hasta recabar si fuera necesario de su Gobierno el apoyo de esta idea y de hacer uso de los elementos de poder que tenía en el Río de la Plata para protejer la realización del movimiento pensado, pues que estaba entre las instrucciones de su Gobierno el prestarse de todos modos á trabajar por el sostenimiento de la libertad de los pueblos americanos.

« Que el tiempo ó momento de estallarse debía ser anunciado por Mr. Washburn á consecuencia del acuerdo en que debía ponerse con el Jeneral del ejército aliado ó por medio de comunicación, ó por una entrevista que tendría lugar.

« Que otra tarde, y esto sería como veinte días después volvió á encontrarse cerca de la casa de Figueredos el declarante con Benigno López, que parece entonces venía de su casa de la Recoleta, y le acompañó como otras veces hasta el centro de la ciudad. En esta ocasión preguntándole el decla-

rante cómo iban las cosas de la revolución, le dije que sobre todo el más recomendable de los que toman parte es Mr. Washburn, que está prestando servicios muy importantes en la causa de la conspiración, y que por eso mismo debe guardársele todas las consideraciones posibles, no solamente por los conspiradores sino por el pueblo todo; y que en atención á estos buenos oficios, había obsequiado á dicho Mr. Washburn con una cantidad de mil quinientas onzas de oro, y veinticinco mi pesos en billetes; á lo que el declarante le observó que eso era mucho, y que estaría muy contento con ellos, pues que sabía (el declarante) que no ganaba sino cinco mil pesos anuales de su Gobierno por su misión á este país, y que según le decía Mr. Washburn, su fortuna no se encerraba más que en lo que pueda ganar por su servicio; que entonces Benigno le dijo que también grande era el merecimiento de aquel caballero, porque según se había dicho, Mr. Washburn estaba completamente resuelto á fuvorecer á los conspiradores con todos los medios de que podía disponer; y que aún le había dicho que iba á mantener una estación naval de una, dos ó tres cañoneras de su nación en el puerto de la Asunción bajo pretexto de la presente guerra, para protejer y recibir bajo su bandera á los insurgentes en caso de ser derrotados ó de fracasar la rebelión; y que por todos estos

títulos le había entregado aquella cantidad, debiendo al concluirse los negocios, acordarle igual ó más cantidad todavía (esta no recuerdo bien); y que por los veinticinco mil pesos en billetes que le he entregado ó la cantidad que fuese precisa para llenar ese objeto, se debía buscarle un terreno bien situado que se prestase mejor para un establecimiento de recreo y agricultura y que no estuviese muy retirado del pueblo, pudiendo disponer para este fin aún de los terrenos del Estado, y todo bajo precio módico.

« Que después de algunos días que se retrajo de las entrevistas con Benigno López, por advertencia que le hizo éste, se encontró una ocasión el declarante, parte de mañana cerca de la casa de Velilla con Mr. Washburn que venía de la casa que habitaba en la Trinidad, y preguntó al declarante: ¿Cómo van las cosas de la guerra? Urdapilleta: yo no sé nada estos días, ¿y Vd. sabe algo?—Ministro: tampoco he sabido nada, voy á Gobierno ahora, si sé algo le contaré á Vd. de paso por su casa. Continuó el mismo—me ha contestado don Benigno que Vd. estaba iniciado en la revolución, y me alegro que hombres como Vd. tomen parte en hechos de esa clase.—Urdapilleta:—es verdad: y Vd. ha tomado también parte en ella para garantir las comunicaciones con el enemigo para ese negocio?—Ministro: Sí, y algo más que eso: trabajo

con mucho gusto en favor del proyecto, y hasta he de empeñar el nombre de mi Gobierno cuando fuese necesario para protejer ese hecho, pues entre mis instrucciones está hacer cuanto me sea posible en favor de la libertad de los pueblos de América. pienso pasar para abajo por poco tiempo para traer mis comunicaciones, que ha pasado ya el tiempo y no las recibo; y con ese motivo arreglaré ese negocio entre ellos (entre Benigno y el enemigo).—Urdapilleta: me alegro mucho, y espero que así lo hará.—Ministro: sí, sí, pierda el cuidado, lo hemos de hacer.

« Que otra ocasión estando el declarante en la puerta de su casa de la Ciudad, por donde pasaba con frecuencia Mr. Washburn, se pasó éste un rato con el declarante, quien le preguntó: ¿Cómo va el asunto?—Ministro, frotándose las manos: aguardo con ansiedad mis comunicaciones que deben venirme de mi Gobierno, y con ellas también la otra (del enemigo)—Urdapilleta: y eso es benéfico para nosotros?—Ministro: por supuesto, no le dé cuidado. Que después de algunas otras expresiones entre los dos pasó á las actualidades del país, y le dijo: que estaba muy bueno que el Mariscal López hubiese hecho célebre á su Patria por la defensa heróica y de valor que hace de ella: que vendrán despues de esta guerra muchos capitalistas á visitarla y á comerciar con ella por sus riquezas,

pero no obstante todo esto, y de que el Mariscal López haya sacado á luz al Paraguay, ya de ningún modo convenía á la nación el Gobierno de este Mariscal, porque un jefe militar á cada paso pone al país en estado de conflicto con la guerra, y de este modo, le decía, las frecuentes alternativas de paz y de guerra privan al país de su marcha progresiva, porque la guerra destruye la riqueza que la paz ha hecho: y que por otra parte el país encerraba grandes fondos de explotación, y que aplicado á esto el adelanto de otros pueblos, como las máquinas, se obtendrían grandes y rápidos progresos, lo que es difícil ver bajo un gobierno militar.

« Que en una de las conversaciones que el declarante ha tenido con el Ministro Norte Americano Mr. Washburn le hebía dicho también que Saturnino Bedoya le había franqueado para su residencia su quinta de Ybyray con un edificio hermoso de dos pisos, en donde le daba todos los utensilios necesarios, hasta criados para su servicio, y esto sin ningún pago de parte de Mr. Washburn; y que el declarante supone que todo esto hacía Bedoya, no por la mera amistad que tenía con él, sino seguramente por corresponderle los servicios que se resolvía á prestar á la causa de la rebelión.»

Francisco Rodríguez Larreta, que tiene en su apoyo el testimonio mismo de V. E. de haber sido de su íntima relación, y cuyos sentimientos todos

penetraba perfectamente V. E. dice á su vez lo que sigue:

«Que con respecto á las condiciones del tratado secreto de la Triple Alianza, el ministro Washburn decía que á pesar de ser demasiado duras, el Paraguay tarde ó temprano tendría que someterse á ellas, en razón de que los brasileros eran muy fuertes, y que si debía ser más tarde, mejor era que fuese pronto.

Que como principio general del Derecho de Gentes, el ministro Washburn consideraba inaceptable la pretensión de los aliados de que S. E. el señor Mariscal López fuese separado del Gobierno de la República, como atentatoria á la Independencia y Soberanía de las naciones constituídas, pero que en el caso en que se encuentra la sitaación del país, creía conveniente la separación como el medio más conducente para una pronta terminación de la guerra actual y que por esta razón se había decidido á prestar su apoyo á los revolucionarios, según decía el citado ministro.

«Que después que este ministro regresó de San Fernando, que nada había podido adelantar respecto á la situación de Benigno López y Saturnino Bedoya, apesar de haber tratado de indagarla, y que solamente ha sabido que José Berges se había enfermado en la retirada por el Chaco y expresaba su juicio de que si estaba enfermo en su casa

se ofrecía cuando menos una probabilidad de que no estuviese preso, y que en tal caso no debía considerarse el proyecto revolucionario como fracasado sinó aún practicable.

«Que en la ocasión que se presentó Leite Pereira en la Legación Americana á pedir auxilio al ministro Washburn, éste consultó al doctor Carreras y al declarante hasta qué punto podría servirle á dicho Leite Pereira el asilo de su casa en la circunstancia en que se encontraban: que el declarante y Carreras le contestaron que de ninguna manera tenía derecho de asilarlo, si acusado criminalmente era reclamado por la justicia nacional; le mostraron para su más completo convencimiento los principales autores del Derecho de Gentes que tratan sobre la materia, como Wattel, Martens, Wheaton, Hautefeuille y Andrés Bello; y que no obstante su convencimiento de que no tenía derecho á darle asilo y el conocimiento de que estaba comprometido en la revolución, el ministro Washburn admitió en su casa á Leite Pereira.

«Que el ministro Washburn ha garantido al comité revolucionario el asilo de su casa, y á las personas ya asiladas en ella, que no las dejaría entregar á la justicia en caso dado sino por la fuerza, según dijo el mismo ministro al declarante, lo que prueba el hecho que hasta el momento de salir el declarante y Carreras á la calle para ponerse en

manos de la justicia, el mismo ministro les volvió á decir que si no querían entregarse se lo dijeran, que él no consentiría que se les sacase sino á la fuerza.

«Que el ministro Washburn les encargó al declarante y á Carreras que no revelasen el conocimiento que él tenía de los asuntos de la conspiración para no comprometerle en las declaraciones que tuviesen que dar, ofreciéndoles toda asistencia para cuando quedasen en la Asunción; y que el declarante y Carreras le aseguraron que no descubrirían el sigilo ni lo comprometerían en nada.

«Que todo esto era el fondo de convencimiento que todos tenían en las diferentes conversaciones que tuvieron lugar durante la permanencia del declarante en la Legación Americana, en las cuales el ministro Washburn lamentaba, como sus interlocutores, para cuando fracasen los trabajos de la revolución, sin poderse realizar el fin que se habían prometido para concluir la guerra, el estado en que quedarían todos los comprometidos en ella.

«Que el mismo ministro recibió la cantidad de ciento cuarenta mil pesos en billetes, según confidencia del mismo ministro al declarante; que este dinero le fué remitido por Benigno López en los últimos días de Febrero ó primeros de Marzo, sin que el declarante pueda fijar la fecha de una manera determinada; que el dinero era llevado en la

cabeza en canastos por dos mujeres criadas del mismo Benigno, y en repetidos viajes á la entrada de la noche: que el declarante ha presenciado una vez la entrada de las sirvientas en la casa con el dinero y que el mismo ministro puso á disposición de Carreras y el declarante la cantidad de cuarenta mil pesos, según orden que dijo haber recibido del mismo Benigno López; pero que Carreras y el declarante no recibieron el dinero por no tener por el momento en qué emplearlo, permaneciendo de consiguiente el total de la suma en poder del mismo ministro.»

El doctor Carreras dice más:

«Que Mr. Washburn sostiene en principio que el Gobierno del Paraguay no debe acceder á las exigencias de los aliados respecto á la separación de S. E. el Sr. Mariscal López de la Presidencia de la República, pero que en el estado en que han llegado las cosas, prolongándose la guerra indefinidamente y aniquilando el país en su población y en sus riquezas, es el caso de hacer un sacrificio espontáneo y personal en obsequio de la paz y del porvenir del país, con tal que se salve el principio de la Independencia Nacional; y que encontrando resistencia y fanatismo en el señor Mariscal para llevar la guerra hasta concluir con el país, le parece bueno (á Mr. Washburn), todo medio que impida ese completo sacrificio del pueblo, y

consiguientemente ha aprobado el plan de la revolución hasta tomar parte en ella para derrocar al Mariscal por el hambre ó el puñal.»

También V. E. anda en boca de Leite-Pereira, Antonio Vasconcellos y otros individuos de la revolución, que más ó menos han estado en conocimiento de la importante parte que V. E., dicen, ha tomado en ella.

Pero yo terminaré estas citas con una más del ex-Ministro Berges que dice de que «en la ocasión de quejarse V. E. de las cosas más necesarias en la vida; como azúcar, coñac, café, vino, fideos y hasta ropa, y que no tenía más que aguardiente del país, Berges le había observado que con plata y yerba no se pasa mal; y esto era alucivo á que el mismo Berges proveía á V. E. de yerba y Benigno de dinero: á lo cual, dice textualmente en su declaración, contestó el Ministro: es verdad que Vd. me provée de yerba y don Benigno me ha dado ya algún dinero. El declarante dijo entonces—no será tan poco—y el Ministro: aproximadamente igual, según el cambio actual de billetes á lo que Vd. dió en Norte América á Ward y Carlisle es lo que me dió don Benigno.»

Por todo esto, y por los antecedentes de que V. E tiene ya conocimiento, mi Gobierno estaría justificado de tiempo atrás para cesar en toda correspondencia con un Ministro que en las graves

circunstancias porque pueda atravezar el pueblo paraguayo, aparece en boca de los infames traidores de la santa causa Nacional como uno de tales. Mi Gobierno, sin embargo, siempre solícito á dar las pruebas más inequívocas de su alta consideración y estima hacia el Gobierno de la Gran República Americana, no lo hace y como una nueva prueba de esto, se limita á enviar á V. E. los pasaportes que reiteradamente ha solicitado para salir del país siéndome agradable anunciarle que la «Wasp» que ha venido á llevar á V. E. se halla en su espera en la Villeta, y que un vapor recibirá á V. E. y su séquito mañana á la hora que guste en el puerto de la Asunción.

De entre los individuos de su Legación, como no pertenecientes á ella, los acusados Bliss y Masterman no pueden obtener sus pasaportes, y ellos quedan bajo la accion de la justicia local de la manera que esta deba entenderse con ellos para que comparezcan á responder en juicio. Tampoco Baltazar, sirviente de Carreras puede salir del país, por cuya razón su nombre no está incluído en el pasaporte.

Dejando así también contestada la nota de V. E. fecha del 2 relativamente al arribo del «Wasp,» aprovecho esta ocasión para reiterar á V. E. las seguridades de mi distinguida consideración.

Firmado—Luís Caminos.

A S. E. Mr. Charles A. Washburn, Ministro Residente de los Estados Unidos de América.

Nota de Mr. Washburn dirijida al Mariscal desde á bordo del «Wasp»

«Vapor de los Estados Unidos «Wasp» frente á la Angostura, Río Paraguay, Septiembre 12 de 1868.

A S. E. el Mariscal López, Presidente del Paraguay.

Señor:

Cuando el Capitán Kirkland estaba para dejar este buque ayer para ir á despedirse de V. E. yo le dí un memorandum de ciertas cosas, sobre las cuales le pedí llamara su atención. El Capitán Kirkland me informó que al llegar á su cuartel general advirtió que había omitido llevar consigo ese memorandum, y que en consecuencia no le era posible cumplir completamente con mi demanda, no habiéndo le dado un breve repaso á aquel papel. En consecuencia, me tomo la libertad en el momento de mi partida, de desviarme de los usos diplomáticos mandando una nota personal dirijida á V. E.

En el memorandum le indicaba que podría mostrar á V. E. una carta del general Webb, nuestro

ministro en Río, de la cual aparecía que él casi había llegado á una ruptura con aquel Gobierno, por razón de haberse negado á permitir que este buque pasase más arriba de la escuadra. Esto es lo que él había hecho bajo su sola responsabilidad, sin esperar órdenes del Gobierno de los Estados Unidos, el cual al saber esta ofensa, habrá tomado sin duda medidas más enérgicas para hacer efectivos sus derechos, y librar á su ministro de la más espantosa posición. Esa carta que V. E. vió, prueba cuánta verdad había en la declaración del ministro de negocios extranjeros de V. E., José Berges, cuando aseguraba que yo estaba en coalición con el general Webb, é interesado y pagado por los brasileros.

Tengo en mi poder varias cartas para el doctor Carreras, las cuales yo pedí al capitán Kirkland que entregara, pero lo cual rechazó hacer, á menos que yo las abriera, receloso de que él también fuese acusado de ser conductor de correspondencias á traidores.

Sin embargo, yo incluyo las cartas, pues no creo que haya en ellas nada de traición, ni creo tampoco que ninguna correspondencia traidora jamás haya pasado por mis manos para nadie.

En efecto, *no creo que haya jamás habido ninguna conspiración.* Las declaraciones de Berges, de los dos hermanos de Vd., Venancio y Benigno, y

del Sr. Urdapilleta, según se ha dado en las notas de sus dos últimos ministros de V. E., por lo que toca ellas implicarme en haber tenido cualquier conocimiento de una conspiración son *enteramente falsas y Vd. bien sabe esto, y usted sabe que ninguno de ellos querría confirmar ó afirmar la declaración que se les imputa, si estuvieran fuera del poder de usted,* pues lo negaría *in totum* y declararían que nunca lo habían hecho, ó que si lo habían hecho, sería BAJO LA TORTURA. Declaraciones de ese género debía Vd. saber que no tendrán ningún peso fuera del Paraguay, ni una palabra de ellas será creída, y que todas ellas pueden ser negadas por ellos, y que Vd. tendría no solamente que matar á todas las personas que *las han hecho*, sino también á todos los que las han arrancado por la fuerza.

Antes de dejar finalmente al Paraguay, es de mi deber hacer una solemne protesta contra la prisión de aquellos miembros de mi Legación, Porter Cornelio Bliss y Jorge J. Masterman: su prisión en la calle cuando ellos iban en mi compañía de la Legación para pasar á bordo del vapor, fué tan grosera violación de las leyes de las naciones como habría sido su aprehensión en mi misma casa. Fué un acto no solamente contra mi gobierno, sino *contra todos los poderes civilizados*, y coloca al Paraguay FUERA DEL GREMIO (pale) DE LAS NACIONES y por ese

acto usted será mirado COMO ENEMIGO COMÚN, negando lealtad á las leyes de las Naciones.

Vd. también será considerado *como un enemigo común* por haberse apoderado, *tomando presos con grillos á casi todos los extranjeros en el Paraguay*, y después de haber entrado á sus casas y *sacado de ellas su dinero* bajo el *miserable* pretexto de que hallando de menos en su tesoro, que usted suponía que aquellos que tenían cualquier dinero en el país debían en consecuencia habérselo robado á su gobierno.

Su amenaza al capitán Kirkland á su egada de que Vd. me guardaría preso en el país, será representada debidamente á mi gobierno, y sólo debo confirmar en mi respuesta que si Vd. hubiese hecho tal cosa, mi gobierno le habría perseguido á Vd. no solamente *al través de toda la América del Sud, sino también á través de la Europa.*

Su obediente servidor.

(Firmado) *Carlos A. Washburn.*

INDICE

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

CAPITULO III

CAPITULO IV

CAPITULO V

CAPITULO VI

CAPITULO VII

CAPITULO VIII

CAPÍTULO IX

CAPITULO X

CAPITULO XI



